AÑO 2011 **Número**

TESIS
Para la obtención del grado de
DOCTOR DE LA ESCUELA DE ALTOS ESTUDIOS EN CIENCIAS SOCIALES

Disciplina: Antropología social, etnología y etnografía

Presentada y sustentada públicamente por
Carlos Martín CARBONELL HIGUERA

El 13 de Enero de 2012

Título: "Los efectos de la renovación urbana y patrimonial en las zonas locales-globales de frontera: el caso de la Plaza de San Victorino (Bogotá, D.C., Colombia) en un análisis comparado".

Director de tesis: Michel AGIER

JURADO

RESUMEN en francés (2000 palabras)

La presente tesis lleva a cabo una "etnografía genealógica" en torno a los principales aspectos históricos que confieren al sector de San Victorino, en la ciudad de Bogotá, D.C. (Colombia, Suramérica) una serie de características espaciales y socioculturales propios de una "zona de frontera urbana" cuyo alto valor estratégico, tanto en términos patrimoniales como inmobiliarios y de localización en la ciudad, atrae significativamente el interés de los reformadores urbanos. Lo anterior ha generado en años recientes una serie de conflictos relacionados con la construcción de rasgos de identidad por parte de los actores sociales presentes en el sector que reivindican una serie de prácticas y modos de vida producidas en el entorno local, ante las tendencias señaladas por una ciudad que intensifica su inserción al actual proceso de globalización. Es precisamente este factor el que permite evidenciar situaciones similares en otras metrópolis del subcontinente latinoamericano (Quito, Lima y México, D.F.), marcados por elementos históricos, socioculturales y urbanísticos comunes que contribuyen a la realización de una reflexión etnológica y antropológica por medio de un análisis comparado. El objetivo de este análisis consiste en comprender los efectos que las reformas urbanas impulsadas por las tendencias de la ciudad global en el siglo XXI tienen sobre estas zonas de frontera y sobre los grupos de población que habitan en los escenarios locales donde se desarrolla este tipo de intervenciones, muchos de los cuales ya han creado un *modus vivendi* en esos lugares y ven transformada su existencia a raíz de los proyectos promovidos por las administraciones urbanas.

DISCIPLINA: Antropología social, etnología y etnografía.

PALABRAS CLAVES: patrimonio, popular, público, ciudad global, zona de frontera, etnografía, genealogía, San Victorino.

INTITULÉ ET ADRESSE DE L'U.F.R. OU DU LABORATOIRE:
Centre d'Anthropologie des Mondes Contemporains
54, Bd. Raspail
75006 Paris

A mis hijos maravillosos, David y Ariadna.
A mi familia entera y extensa: a mi abuelo Tomás, por haber sido el pilar de nuestro futuro; a mi tía Betty, por sus servicios y su entrega durante mi formación universitaria; a mi abuela Eugenia, por su vida entera; a mi mamá, por la mía y por su admirable sacrificio hacia sus hijos; a mi papá, por su generosidad, bondad y sabiduría; a Tom, por Jr. y por Boddhisathva II; a Juli y Juan Pa, sencillamente por su amistad; a Sandy, por su grandeza y amabilidad; a la tía Consuelo, por todo lo que compartimos y por los juegos de bádminton en las frías madrugadas sabaneras; a toda mi familia Higuera.
A Pachito Romero, un personaje singular y el puente entre mi curiosidad etnográfica y la historia de San Victorino, que él siempre tuvo como anhelo relatar. Él y otros miembros de Galerías Antonio Nariño fueron las principales motivaciones de este esfuerzo.
A los amigos que han estado allí, compartiendo alegrías y desdichas.
A todos quienes fueron, son y serán comerciantes informales de San Victorino.
A mis ángeles.
A la vida.

El secreto está en las ciudades.

NOTAS Y OBSERVACIONES AL TEXTO

Existen una serie de convenciones que es necesario tener en cuenta para una mejor comprensión de la narración aquí presentada:

Los números se escribirán siempre en letras, excepto las grandes cantidades.
La denominación de las vías urbanas en Bogotá (rues) se dividirá, para una mejor identificación del lector, entre las calles (escritas en números) y las carreras (citadas en letras). En la capital colombiana, las calles están organizadas de Sur a Norte, y las carreras de Oriente a Occidente.
Centro y centro: en mayúscula para el centro de la ciudad (Centre-ville), y en minúscula para todos los otros casos. Para la denominación "Centro Comercial", se hará en mayúscula cuando se trate de la edificación, y en minúscula cuando se hable de un sector de ciudad.
La diferencia entre Plaza, Plazoleta y plazuela se hará de la siguiente manera: Plaza = place; Plazuela = petit carré; Plazoleta = petite place. Cuando se haga referencia específica al sector de San Victorino, la denominación "plazuela" hará referencia al espacio urbano existente durante la época colonial, hasta principios del siglo XIX (1598-1813); la denominación "plaza" se referirá a la época republicana y moderna, con sus sucesivas transformaciones, entre 1813 y el año 2000; por su parte, el término Plazoleta se empleará para designar a la Plazoleta Antonio Nariño, es decir, la existente en el sector de San Victorino a partir del año 2000.
Alcalde o Alcalde Mayor, y alcalde: en mayúscula para el Alcalde Mayor de Bogotá, y en minúscula en todos los otros casos.

Las obras que se citan en la presente investigación provienen del francés y el español. Las traducciones de citas del español al francés son libres y no provienen de otras traducciones antes realizadas.

Debido a las dificultades que implica la traducción de ciertas expresiones propias del argot empleado en los diversos países latinoamericanos objeto de la presente investigación, éstas se mantendrán sin traducir al francés. Al final del texto se presenta un glosario de términos al cual puede remitirse el lector con el fin de comprender mejor el significado de estas palabras.

La bibliografía será citada bajo la forma establecida en los formatos de la EHESS. En las referencias a las entrevistas, se colocará el nombre del entrevistado, seguido de su posición como actor social en el contexto del campo de relaciones creado en el entorno de la temática de investigación, y el año de realización de la entrevista (nombre, posición, año). Luego de que el entrevistado haya sido mencionado, se

colocará únicamente su nombre como referencia, y el año de la entrevista sólo si se trata de un testimonio realizado en un momento diferente.

* Becario de la Fundación COLFUTURO – Promoción 2002.

ÍNDICE TEMÁTICO

PREFACIO

El presente trabajo inició como una reflexión etnográfica y antropológica –que luego habría de expandirse en forma necesaria hacia el amplio campo de las ciencias sociales- en torno a las relaciones que los habitantes de la ciudad establecen con el espacio urbano, tomando como caso especial el sector de San Victorino en Bogotá, D.C., Colombia. El carácter mismo de este escenario sociocultural (visto desde la perspectiva de su sedimentación espaciotemporal) termina por convertirse en una composición polifacética de rasgos y expresiones que permiten hacer de él una multiplicidad de lecturas e interpretaciones. La interpretación que vengo a proponer en esta ocasión parte de un par de situaciones problemáticas reveladas por la condición histórica que presenta este escenario urbano en el momento actual, y su comparación en perspectiva con la de otras ciudades latinoamericanas: primero, ¿qué factores socioculturales se han conjugado para que el sector de San Victorino -y más específicamente, el área hoy conocida como Plazoleta Antonio Nariño- se configurara como una "zona de frontera" que aún no ha sido reconocido institucionalmente como parte del Centro Histórico de la ciudad de Bogotá, D.C.? Y en segundo lugar, ¿cómo el hecho sociocultural específico del mercado "popular" termina por entrar en contraposición con las lógicas del espacio público y la patrimonialización de los Centros Históricos que se tiende a implementar en las ciudades latinoamericanas en épocas recientes como resultado de nuevas disposiciones "globales" sobre el espacio urbano?

En cuanto al primer tema, es importante señalar que el Centro Histórico de la ciudad de Bogotá resulta ser una denominación que tiene al menos dos tipos de interpretaciones posibles: la oficial y las no oficiales o no institucionales. La primera es fácil de definir, pues desde 1959, la Ley 163 y más adelante, el Decreto-Ley Extraordinario 264 de 1963, establecieron con claridad los límites del Centro Histórico de Bogotá, declarado por dicha Ley como Monumento Nacional de carácter patrimonial[1]. Esta delimitación excluye tanto la Plaza de Santander

---

[1] La Ley 163 de 1959 define los límites del Centro Histórico en los siguientes términos: "**Artículo 1º.-** *Asignación del Tratamiento de Conservación Histórica.* Se asigna el tratamiento especial de Conservación Histórica al sector que a continuación se delimita:

Por el Norte: El eje vial de la Avenida Jiménez entre la Avenida Circunvalar y la carrera 10, incluyendo todos los predios con frente a ambos costados de la Avenida Jiménez.

Por el Occidente: El costado oriental de la carrera 10 entre la Avenida Jiménez y la calle 1ª.

Por el Sur: El costado norte de la calle 1, entre la carrera 10 y la carrera 3.

Por el nororiente: La carrera 3, entre la calle 1ª y la calle 2ª, continuando hacia el oriente por la calle 2ª hasta encontrar la carrera 2ª; siguiendo en dirección norte hasta la calle 5, para empatar con la carrera 3 Este en dirección norte, incluyendo los predios localizados a ambos costados de dicha vía, la Plazuela General

(otrora denominada "Plazoleta de las Yerbas") como la Plazoleta Antonio Nariño (que sería construida en el año 2000 en parte del área ocupada por la antigua Plazuela de San Victorino). No obstante, aunque ambas son plazas fundacionales de la ciudad[2], las razones para esta exclusión del perímetro oficial del Centro Histórico en cada uno de estos casos son de diferente tipo. Y en realidad, mucho podría afirmarse sobre el espinoso y delicado tema de las inclusiones y exclusiones históricas y socioculturales, que conllevan necesariamente a situaciones de distinción, prestigio y puesta en valor económica y simbólica. Pero el tema que capta nuestra atención en esta ocasión es el de los factores socioculturales que llevan, de manera específica, a la Plaza de San Victorino a ser ubicada al margen del Centro Histórico que es considerado hoy en día, desde la perspectiva oficial, como Patrimonio Cultural de Bogotá.

Desde ciertas interpretaciones, este y otros lugares de la capital colombiana estarían –como de hecho lo están- incorporados en un concepto más amplio del Centro Histórico de la ciudad. Las múltiples sedimentaciones de la arqueología urbana permiten diferentes miradas y, por ende, agregan a esta centralidad dotada jurídicamente de un sello de privilegio y distinción otras zonas de menor jerarquía, pero no por ello menos importantes para la comprensión del complejo entramado histórico de una ciudad que lleva casi 500 años de haber sido fundada por los conquistadores españoles. En este contexto, los límites de lo que se denomina "Centro de ciudad" varían, y se expanden tanto como lo requieren las diversas estrategias de planificación, zonificación o gestión de las áreas urbanas seleccionadas por los diversos actores sociales y los organismos o entidades involucradas en la definición que se pretende establecer. La pregunta en torno a "¿qué es el Centro?" resulta, pues, "central" en el momento de definir las fronteras urbanas en este sector del Distrito Capital.

Sin embargo, la connotación de "Centro Histórico" le confiere a este interrogante un carácter especial, pues añade a la condición de centralidad urbana un factor que en nuestro mundo contemporáneo, caracterizado por las condiciones que enmarcan la "modernidad avanzada"[3], tiene qué ver con una clara tendencia a la

---

Hermógenes Maza, incluyendo los predios situados a ambos costados de la misma y el costado occidental de la Avenida Circunvalar (Paseo Bolívar), entre la Plazuela General Hermógenes Maza y la Avenida Jiménez.
Parágrafo 1º.- En la zona antes descrita se localizan los siguientes sectores:
1. Sector declarado Monumento Nacional del Centro Histórico por la Ley 163 de 1959 y el Decreto-Ley Extraordinario 264 de 1963, ubicado al norte de la calle 7, incluyendo los predios localizados a ambos costados de ella.
2. Sector sur, el cual comprende los predios ubicados al sur de la calle 7".

[2] Conforme a los diversos documentos históricos, se considera que las tres plazas fundacionales de la ciudad son: la Plaza de Bolívar (1539), la Plaza de San Francisco o Parque Santander (1553) y la Plazuela de San Victorino (1598). Otras plazas, como la de Las Nieves y San Diego, aparecerían en momentos posteriores y no serían consideradas como plazas fundacionales de la ciudad.

[3] La "modernidad avanzada" es el término que se ha preferido para señalar la etapa histórica en la cual se encuentra el mundo de la contemporaneidad, el mundo de la globalización, o desde una interpretación más

patrimonialización de la historia y la cultura. Esto lleva consigo un fenómeno de puesta en valor económica y simbólica de los lugares, pues lo que hace el fenómeno de "patrimonialización" o de "puesta en patrimonio" de los bienes culturales es revestir de una "valoración", de un "peso específico" a la historia y la cultura locales para insertarlos en los procesos de globalización, poniéndolos en circulación bajo una misma insignia o emblema. La noción de patrimonio permite la vinculación de todo factor cultural a un fenómeno económico global en referencia al cual puede ser reconocido, mercadeado, emitido e intercambiado desde y hacia cualquier lugar del mundo (es lo que ocurrió recientemente en Colombia con los palabreros Wayúu y la marimba de chonta de los afrodescendientes en la Costa Pacífica: hasta antes de su promulgación como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, eran pocas las personas que tenían conocimiento de su existencia. Después de la impresionante difusión de este galardón, y de las características culturales de quienes fueron merecedores del mismo, los hicieron reconocibles en todo el planeta, lo cual los hará objetos y sujetos de nuevos intercambios culturales que incluyen el auge del turismo y la emisión profusa de sus mensajes socioculturales a todos los rincones del orbe).

Pero la problemática que se genera en relación con la "puesta en patrimonio" de la Plazoleta Antonio Nariño y el sector de San Victorino es que su acontecer histórico habría terminado por configurar en este lugar de la ciudad una "zona de frontera"[4] que, como un "hecho social total", se reflejaría de manera holística en las dimensiones social, cultural, económica, política, jurídica y administrativa en relación con las dinámicas urbanas. No obstante, en lo que respecta a la cuestión de la "puesta en patrimonio" tales dimensiones revelarían que este escenario histórico de Bogotá habría sido relegado, una vez más, a un lugar de exclusión en términos de su "valorización total", esto es, política, económica, social y cultural.

Este proceso de "puesta en patrimonio" se refiere especialmente a lo ocurrido en el sector entre 1998 y 2000, hecho que habría de generar una tensión creada entre la voluntad de una administración distrital -encabezada por el Alcalde elegido para ese período, el cual proponía un paradigma de ciudad y orden urbano en torno a una "ideología del espacio público"[5]-, y el ordenamiento espontáneo y paulatino

---

simple y menos valorativa, el mundo del siglo XXI. Otros autores lo han denominado "postmodernidad", "hipermodernidad", "sobremodernidad", "modernidad tardía", e incluso "capitalismo avanzado" o "capitalismo global".

[4] Las razones por las cuales la Plazoleta Antonio Nariño y el sector de San Victorino son considerados "zonas de frontera" serán explicados con mayor amplitud más adelante, pues hacen parte de una sedimentación socioespacial compleja. Por el momento, es importante destacar que San Victorino no es simplemente un sector marginal de la ciudad, sino que debido a múltiples factores, puede ser considerada una "zona", "sector" o "área" ubicada en las márgenes de una centralidad urbana definida y especificada conforme a criterios jurídicos e institucionales. Sobre el tema de "zona de frontera", es importante destacar las reflexiones de Frantz Fanon en el ámbito de los estudios culturales.

[5] Esta idea –como otras señaladas más adelante en esta presentación- ha sido elaborada en reflexiones propias realizadas en torno a la temática del presente trabajo doctoral, y se refiere a la manera como la noción de lo

que se fue generando (en especial durante el siglo XX) a raíz de un proceso de aglomeración sociocultural de migrantes, comerciantes informales y habitantes nómadas de la calle inducido por una centralidad económica, geográfica y urbana de carácter "popular"[6] históricamente consolidada en ese sector del centro de la ciudad.

Los nodos del conflicto fueron, en aquel entonces, de varios tipos: el primero, de carácter sociocultural, establecido entre el ideal "occidental"[7] de ciudad plasmado en las ideas de "lo público" y "lo patrimonial" como paradigmas de hegemonía, y las formas espontáneas que adoptan los grupos subalternos de escasos recursos para insertarse en el escenario urbano y garantizar su supervivencia económica y sociocultural, noción plasmada en la idea de "lo popular"; el segundo, de carácter espacial y territorial, es decir, haciendo referencia a los usos del entorno urbano, entre un espacio funcional a la movilidad necesaria para el crecimiento de la metrópoli moderna, en el cual se disponen elementos para el goce estético, el ocio, la contemplación y el turismo, y un espacio apropiado por actividades relacionadas con los fenómenos de la informalidad y la marginalidad que desvían el uso previsto por la institucionalidad; el tercero, de carácter económico, entre un escenario socioespacial identificado con las necesidades de la economía formal y uno que incluye/excluye actividades económicas de carácter informal y marginal; cuarto, el elemento político, visto como un juego de fuerzas entre los agentes institucionales de la administración urbana y los actores sociales del sector asociados en torno a sus propios intereses. Por último podemos incorporar al análisis el conflicto subjetivo, entre la visión de ciudad del Alcalde de ese entonces (Enrique Peñalosa) y las de los actores sociales que debieron disgregarse y

---

público aplicado al espacio urbano pasa de tener una connotación de pluralidad a erigirse como un discurso de poder con un significado único impuesto desde la administración de la ciudad, relacionado en nuestro tiempo con las exigencias de planificación y gestión de los centros metropolitanos planteados desde organismos y conferencias internacionales en el marco de la modernidad avanzada.

[6] La idea de "lo popular" constituye uno de los elementos centrales de la reflexión vinculada al tema de las "zonas de frontera", pues las comunidades que podrían agruparse bajo la denominación de "culturas populares" se encuentran precisamente ubicadas en estos lugares en las distintas regiones del planeta. Tanto la dimensión socioespacial de las "zonas de frontera" como la dimensión sociocultural de "lo popular" comparten *una posición y una condición subalternas* en el marco de las segmentaciones establecidas por las relaciones entre hegemonía y subalternidad creadas a partir de las dinámicas históricas de los grupos humanos en el contexto amplio de la globalización.

[7] La noción de "Occidente" debe ser entendida en términos de una construcción sociocultural compleja y difusa que tiene un posicionamiento a la vez geográfico e imaginario en el espacio-mundo. Su centro es Europa y tiene sus antecedentes en la civilización grecorromana, pero el escenario cultural de surgimiento de esta construcción abarca todo el Antiguo Mundo. A su vez, se ha proyectado hacia otras regiones del mundo como Norteamérica y Australia. De manera indirecta o periférica, o como resultado de una hibridación, esta región sociocultural denominada "Occidente" ha expandido sus códigos y referentes hacia el resto de las regiones del mundo, entre ellas América Latina. El ideal de "ciudad occidental" corresponde a la imagen de la *polis* en la Antigua Grecia, y sus sucesivas transformaciones en la historia de la civilización europea hasta convertirse en el paradigma global de ciudad conforme a los parámetros de los organismos y las agencias internacionales del urbanismo y el hábitat.

disolverse para emprender nuevas trayectorias de vida a raíz de la construcción de la Plazoleta Antonio Nariño.

No obstante, la hipótesis que se quiere plantear en esta ocasión tiene que ver con un marco espaciotemporal de mayor amplitud, así como a hechos socioculturales de mayor alcance. Como puede apreciarse, el hecho de que San Victorino fuera desde épocas tempranas una plaza oficialmente erigida por los fundadores de la ciudad le otorgó un carácter de cierta importancia para las diversas necesidades y funciones urbanas, razón por la cual terminó por adquirir un peso geoestratégico significativo en el contexto urbano, nacional y global. Esta situación entró en contraste con los fenómenos socioculturales de la informalidad y la marginalidad, los cuales están en estrecha relación con la presencia permanente de un "mundo de lo popular" en el sector, y con intensas dinámicas de flujo, nomadismo, intercambio y encuentro de personas, objetos y símbolos, debido a las características propias de la plaza en su relación con el resto de la ciudad y el mundo.

El fenómeno de la informalidad se plantea en relación con las dinámicas del mercado, esto es, fundamentalmente en relación con la dinámica económica, la cual oscila entre una economía que paga impuestos y cumple con los requerimientos administrativos frente a otra que los omite o no los declara. No hace referencia simplemente a las ventas callejeras, sino también a un ámbito de mayor amplitud asociado a fenómenos como el contrabando, la prostitución y el tráfico de armas, drogas y personas. La marginalidad, por su parte, se plantea en relación con las prácticas sociales y culturales de las personas en una condición de exclusión extrema, desde la cual es poco probable una relación equilibrada de fuerzas con la institucionalidad. No obstante, las condiciones de anomia y desviación social terminan por vincular esta situación de marginalidad con las redes de la informalidad, generando con frecuencia situaciones de delincuencia, clandestinidad y desorden social.

Esta situación dicotómica y complementaria de orden y desorden social responde a una serie de circunstancias que se han venido configurando históricamente en el marco del actual proceso de globalización[8]. En efecto, es preciso hablar de una

---

[8] Aquí se pone de manifiesto la dualidad del orden social y su contrapunto y complementariedad en el desorden: "Orden y desorden remiten a la relación entre el todo y las partes, entre lo uno y lo múltiple, en los conjuntos de elementos. Es necesario referirse al comentario de Marcel Conche, a la serie de sus definiciones y diferenciaciones, a su riguroso análisis que va del orden al desorden: 'Hay 'orden' cuando los elementos no carecen de vínculo, sino que tienen entre ellos un principio de unidad que los hace participar, al mismo tiempo, de un conjunto único'; este principio puede ser interior, inmanente, formador de una estructura, de un organismo, o exterior, constituyendo sólo un 'orden menor', una suma. (…) Una definición trae a la otra: 'Hay desorden cuando los elementos de un conjunto, formando parte de este conjunto, *se comportan como si no formaran parte*'; introducen la contradicción; en cierta manera, cada uno realiza su juego para sí. El desorden remite al elemento, donde reside su principio; y las posibilidades de desorden crecen en la proporción del grado de autonomía, de individualidad, del que disponen las partes: del cristal a las otras

simultaneidad en las dinámicas de sinergia y exclusión establecidas entre los lugares de lo formal y lo informal, de lo oficial y lo no oficial. Este fenómeno es otra de las claves fundamentales que delinean el panorama problemático al que da lugar la complejidad de la estratificación, especialización y segmentación de la patrimonialización urbana en el marco del actual proceso de globalización:

> "Se puede afirmar que no existe una segregación absoluta de la sociedad; existe, tal vez, una segregación físico-espacial; pero no una segregación de la sociedad entre opuestos irreconciliables, ya que se encuentran presentes en un mismo escenario urbano diferentes niveles de complejidad y diversidad que coexisten simultáneamente, superponiéndose de manera permanente, con una dinámica flexible marcada por la prevalencia de una u otra postura en la condición temporal. No son procesos lineales sino dinámicos, que están permanentemente disputándose un lugar en la sociedad y por tanto en la ciudad" (Torres, en Torres, Viviescas y Pérez, 2002: 329).

Los grupos subalternos intentan o han intentado ajustarse a las condiciones actuales planteadas por los actores hegemónicos del sistema-mundo global a través de toda una suerte de mecanismos y estrategias propiciados por la misma dinámica del sistema. No obstante, estos intentos de inserción, vinculación o relación que tienen como objetivo la supervivencia económica, política y cultural no están exentos de situaciones de conflicto, en la medida en que son un resultado involuntario de las acciones y estrategias desplegadas por la hegemonía[9].

En este contexto, la economía informal sigue ocupando un papel de primer orden en tanto creadora de espacios fronterizos en los cuales los grupos humanos subordinados pueden existir y subsistir. La proliferación de este tipo de actividad económica en los intersticios y zonas baldías dejadas en el avance y consolidación del sistema global la convierte en un paradigma potencial de resistencia social y cultural ante las estrategias de la hegemonía.

---

formas de la materia, después a los organismos vivos, después a la sociedad donde la 'libertad' de los individuos es la más grande" (Balandier, 1988: 44).

[9] La ambivalencia inherente a esta compleja relación es esclarecida en la reflexión de Michel de Certeau en términos de las "estrategias" y las "tácticas": "Yo le llamo 'estrategia' al cálculo de las relaciones de fuerza que deviene posible a partir del momento en que un sujeto de deseo y de poder es aislable de un 'entorno'. La estrategia postula un lugar susceptible de ser circunscrito como algo *propio* y por lo tanto de servir de base a una gestión de sus relaciones con una exterioridad distinta. Yo le llamo por el contrario 'táctica' a un cálculo que no puede contar con un propio, ni por ende con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene un lugar sino aquel del otro. Ella se insinúa allí, fragmentariamente, sin apoderarse enteramente, sin poder mantenerlo a distancia. No dispone de base para capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias. Lo 'propio' es una victoria del lugar sobre el tiempo. Al contrario, por el hecho de su no-lugar, la táctica depende del tiempo, vigilante a 'atrapar al vuelo' las posibilidades de provecho. Lo que ella gana, no lo guarda. Debe jugar constantemente con los acontecimientos para crear 'ocasiones'" (De Certeau, 1990: LXIV) (FRA, ESP).

La recurrencia de prácticas sociales vinculadas a las lógicas de la informalidad genera un proceso de producción y reproducción alternativo de la vida social. Esta situación da lugar a la posibilidad de creación de identidades culturales que obedecen a premisas distintas a las promovidas por la homogeneización de los comportamientos y la estandarización del universo de sentido manifiesto en cualquier dinámica territorial, sea la planteada por el imperialismo global, por el aparato de Estado o por las administraciones urbanas.

En el caso de la economía informal, definida como una economía no ejercida en el marco de los mecanismos y dispositivos institucionales, el escenario creado se relaciona, de una u otra manera, con el devenir de los grupos subalternos o marginales, cuya condición de exclusión los induce a integrarse a las diversas modalidades de intercambio y creación de valor ofrecidas por la economía informal.

Aunque la economía informal tiene una manifestación socioespacial fragmentaria y dispersa, el efecto de aglomeración de estas formas de intercambio tiende a crear centralidades mercantiles en zonas de frontera. Así, el "lugar central" se desplaza del espacio vacío y el punto fijo al rango de acción política, económica y sociocultural en donde discurre la frontera. Esto conduce a una tensión entre las centralidades, entre el centro-centro y el centro creado en torno al umbral entre los campos hegemónicos y los periféricos, que pueden ser múltiples, diversos y polifacéticos.

Esto conduce, de manera inevitable, a una tensión entre la centralidad creada por el espacio de la hegemonía ideológica y la centralidad creada en torno a la línea de frontera. En la medida en que la centralidad de frontera se aparta, así sea parcialmente, de las condiciones de unidad impuestas por la hegemonía, surge un "campo de relación y conflicto" en el cual se ponen en juego las premisas orientadoras de cada una de las centralidades: la hegemónica y la subalterna, es decir, aquella que opera en los lugares de la hegemonía.

Aunque *podría decirse que la "cultura popular global" está hecha hoy en día de todos aquellos elementos que toman algún tipo de distancia frente a los dispositivos unitarios del Imperio occidental moderno*, es decir, los dispositivos establecidos como parámetros del nuevo orden global, existen ciertos aspectos en torno a los cuales se encuentran integrados y otros en torno a los cuales comparten escenarios y situaciones de la cotidianidad. En el caso que nos ocupa, la dicotomía complementaria entre orden y desorden social se presenta en tres dimensiones: en la relación entre lo público liberal y "lo popular" (entendido como la conjunción de los hechos socioculturales de la informalidad y la marginalidad), la relación entre patrimonio arquitectónico o urbanístico y patrimonio vivo, y la relación entre el espacio público patrimonial y

sus usos correspondientes con aquellas manifestaciones urbanísticas y socioculturales existentes en ese espacio que no llegan a ser consideradas patrimoniales. La reflexión que aquí se presenta se centra en la integración producida entre estos elementos en una retroproyección genealógica[10], para indagar en torno a las causas que han llevado a establecer condiciones de distinción sociocultural y segmentación socioespacial hasta dar lugar a una "zona de frontera" que tendría sus efectos sobre la puesta en valor patrimonial del espacio urbano de San Victorino en la actualidad.

Lo anterior quiere decir que por ser una zona situada en los bordes físicos e imaginarios de la ciudad patrimonial, el sector de San Victorino termina por experimentar una situación que trae consigo una serie de consecuencias relacionadas con su valor histórico, simbólico, real, y con la lucha por el reconocimiento social de los usos a los cuales ha sido destinada en el transcurso del tiempo. El complejo cúmulo de circunstancias que dan lugar a esta situación convirtió a la presente investigación en un "palimpsesto" producido por la trayectoria trazada de manera subjetiva por el investigador en diversos contextos espaciotemporales y narrativos que involucran una compleja yuxtaposición de planos en el ámbito local, urbano, nacional, regional (latinoamericano) y global. No es posible presentar de manera lineal los resultados de una investigación que ha venido recopilando, hasta prácticamente agotarlos en el transcurso de los últimos doce años, los documentos relacionados con la gran historia de la Plazoleta y el sector de San Victorino, como núcleo rizomático base de la indagación. El objetivo consistió, más bien, en efectuar una indagación genealógica de la sedimentación sociocultural y espaciotemporal de los diversos factores que configuraron al lugar desde su fundación, en la medida en que "todo patrimonio (…) es un texto que se inscribe en relaciones de poder y se construye a través de una puesta en escena que incluye operaciones de selección, combinación, descontextualización, monumentalización y olvido" (Salgado, 2008: 17). Así, "de lo que se trata es de hacer una genealogía en tanto puesta en juego de saberes locales, discontinuos, descalificados, contra la teoría unitaria que los filtra y jerarquiza en nombre de un supuesto conocimiento verdadero" (Ibid.: 21).

[10] Sobre la noción de genealogía, es necesario remitirse a la interpretación hecha por Michel Foucault y Friedrich Nietzsche que se expresa en el curso de sus obras, relacionada con una interpretación alternativa de la historia. La labor del etnógrafo es la de seguir los rastros genealógicos del proceso de sedimentación de los hechos que conducen a una determinada configuración de la realidad social. Esto remite a la noción de la genealogía en tanto procedencia (*Herkunft*): "Seguir el hilo complejo de la procedencia es (…) conservar lo que ha sucedido en su propia dispersión: localizar los accidentes, las mínimas desviaciones, los errores, las faltas de apreciación, los malos cálculos que han dado nacimiento a lo que existe y es válido para nosotros; es descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no hay ni el ser ni la verdad, sino la exterioridad del accidente" (Foucault, 1992: 27-28). Puede decirse que el objetivo de la genealogía es construir una sensación histórica, una cierta perspectiva de la realidad que enmarca una situación en particular.

Las relaciones necesarias entre antropología e historia se reflejan en este esfuerzo narrativo, tomando en cuenta que, aún así, "El antropólogo que tiene y que debe tener intereses históricos no es, sin embargo, *stricto sensu*, un historiador" (Augé, 1995: 17). En realidad, *la labor del etnógrafo no es la de hacer historia, sino precisamente la de hacer genealogías, dando lugar a la posibilidad de coproducir la historia a través de las historias de los otros, ampliando las zonas de frontera en donde se puedan establecer diálogos e intercambios semánticos y socioculturales, procurando que los grupos no consignados o negados en la memoria institucional estén representados en las memorias de los tiempos, y abriendo el camino para la posibilidad de integrarlos a una visión alternativa del patrimonio cultural.*

Los resultados etnográficos, genealógicos y documentales de la presente indagación se presentan, por tanto, bajo la modalidad de una narrativa que incluye los datos empíricos e históricos mezclándolos con algunos elementos de análisis, los cuales se verán especialmente reflejados en las reflexiones finales de cada capítulo y las conclusiones.

Pero el de San Victorino no es un caso aislado; por ello, su posibilidad de extrapolarlo y encontrar analogías y puntos de contacto con realidades vividas en otras partes del mundo: "Los límites del consenso liberal y su percepción unitaria del lenguaje, del ser, de la posición y la política se desmoronan y se esparcen a medida que el conjunto de nuestras historias se reescriben en los lenguajes contradictorios de aquello que ha intentado convertirse en el *topos* privilegiado del mundo moderno: la metrópoli contemporánea" (Chambers, 1995: 31). En efecto, la realización de un análisis antropológico sólo es posible en el marco de un análisis "general", que en una acepción socioespacial, debe también ser "global", o al menos, cubrir un ámbito geográfico con referentes comunes que permitan un análisis comparado y la abstracción de elementos más amplios de reflexión. Por ello, en una segunda parte del estudio se analizan otros casos similares de creación histórica de zonas de frontera urbana en Centros Históricos de ciudades latinoamericanas y las relaciones que éstas establecen con los procesos de "puesta en patrimonio" y fomento de los espacios públicos en los centros de ciudad, así como los efectos de estos procesos sobre la construcción sociocultural específica del mercado "popular" en esas zonas de frontera que ha acompañado el devenir de estas centralidades históricas. Debido a la existencia de rasgos que permiten un análisis comparado y a su trascendencia en el ámbito latinoamericano y global, se eligieron los casos de Quito (Ecuador), Lima (Perú) y Ciudad de México (México).

INTRODUCCIÓN

San Victorino es un sector de Bogotá, D.C. ubicado en la localidad de Santafé, entre la Carrera Décima al Oriente, la Avenida Caracas (Carrera Catorce) al Occidente, la

Avenida Jiménez (Calle 13) al Norte y la Calle 9 al sur. Hace parte de la zona céntrica de la ciudad, aunque se encuentra ubicada en las márgenes del Centro Histórico, especialmente desde la construcción de la Carrera Décima en 1951. Precisamente, su ubicación entre la Carrera Décima y la Avenida Caracas hace que este sector esté y no esté conformando el Centro de la ciudad. La Décima lo excluye, pero la Caracas lo incluye, contribuye casi a empujarlo hacia los límites del Centro (Carte 1). Se calcula que por este lugar de confluencia de tantas avenidas principales de la ciudad, que la atraviesan de un lado a otro (Carte 2), circulan diariamente alrededor de unas 500.000 personas, lo cual le otorga el valor y el significado comercial que ha adquirido en el transcurso de la historia urbana.

En este lugar, el espacio existente había sido compartido desde hacía varias décadas entre dos tipos de comercio: el formal, que ocupaba las edificaciones del sector, y el informal propiamente dicho, cuyo núcleo principal se halló durante mucho tiempo entre las Carreras Once y Doce y las Calles 12 y 13, pero cuyas ramificaciones se extendían por todas las calles que hacían parte de este importante complejo comercial, muy especialmente orientado a las franjas poblacionales más pobres de la ciudad. Para decirlo en otras palabras, o más precisamente, en las palabras empleadas por los propios comerciantes del sector, sean de carácter formal o informal, el comercio de San Victorino es un comercio "popular" que ha ocupado desde hace largo tiempo las inmediaciones de un sector de primordial importancia en la historia de Bogotá y Colombia.

Colombia, por su parte, está situado en el centro de América, el cual, de acuerdo con algunos autores, es el centro del mundo moderno, el pivote del mundo globalizado, el territorio que logró comunicar a Oriente y Occidente más allá del Antiguo Continente. El Centro histórico de Bogotá es el centro de ese centro, y San Victorino es el centro comercial de ese Centro de ciudad. El lugar de San Victorino se instituye, pues, como una frontera entre el centro y la periferia, entre la ciudad y el mundo, lugar de umbral y de paradoja.

Y no son únicamente estas características las que le otorgan a San Victorino una condición *sui generis* en la historia de Bogotá, el país y nuestro entorno global. La historia de Colombia es, en sí misma, un caso atípico en Latinoamérica. Colombia es el único país sudamericano con costas en los dos océanos (Atlántico y Pacífico); además, en Colombia no se establecieron una, sino varias centralidades urbanas que se expandieron por todo el territorio, lo cual le otorgó a la estructura regional del país un carácter descentralizado, distinto al de la mayoría de países latinoamericanos, que establecieron su estructura territorial en torno a un polo urbano principal: Ciudad de México, Buenos Aires, Lima… Mientras en los principales Estados latinoamericanos se instauraron durante largo tiempo dictaduras en el poder, Colombia se jacta aún de tener "la democracia más antigua de América Latina"; en el resto de países el populismo llegó a prosperar e, incluso,

a tomar las riendas del Estado, pero en Colombia esta tendencia política se erradicó de raíz, dando lugar a un círculo de violencia que hoy en día no cesa, situación que nos otorga también el "dudoso prestigio" de tener en las FARC a "la organización guerrillera más antigua de América"; mientras el proceso de migración del campo a la ciudad en América Latina se generó por el proceso de industrialización ocurrido a partir de los años treinta, en Colombia se sumó a esta tendencia el impacto de la violencia generadora de desplazamientos masivos; por último, Colombia ha sido durante mucho tiempo, en función de circunstancias climáticas y geográficas, el principal centro de cultivo y producción industrial de los estupefacientes más consumidos a nivel mundial hasta el presente: la marihuana y la cocaína. Suele decirse que las bonanzas cafetera y *marimbera* de los años setentas fueron aspectos decisivos para que Colombia, a diferencia de otros países latinoamericanos, no declarara una moratoria en los pagos de la deuda externa durante la crisis de los años ochenta.

Esto ha hecho de la nuestra una historia singular, que ha creado también una particular existencia de un mundo visible y otro soterrado y oculto. Y todos estos factores se conjugan, como en una muestra representativa, en un crisol que logra capturar esta serie de factores en toda su complejidad: la historia del sector de San Victorino.

En 1999, las acciones emprendidas por la administración de Enrique Peñalosa le dieron una nueva apariencia a este sector de la ciudad, alentadas por las políticas de espacio público y renovación urbana, las cuales estaban orientadas a la recuperación de zonas degradadas de la ciudad. La lucha que se produjo se concentró fundamentalmente en los comerciantes informales y los grupos marginales, quienes habían ocupado importantes zonas de la ciudad, fuese por cuenta propia o con el aval de funcionarios y personajes de la clase política de la ciudad, en especial durante la segunda mitad del siglo XX.

Durante los primeros días de mi trabajo de investigación fui a visitar por primera vez la aglomeración de casetas y puestos de comercio informal en San Victorino, cuyo epicentro eran las denominadas "Galerías Antonio Nariño", con bastante atención puesta a cuanto sucedía a mi alrededor, pues habían precisamente comenzado a implementarse estas políticas de transformación urbana. Esto escribía en mi cuaderno de terreno:

> *"Hace mucho tiempo que no iba a San Victorino. Con las nuevas políticas de la administración Peñalosa, las casetas azules de los libreros sobre la Carrera Décima dejaron de existir arrasadas por los bulldózeres, dejando al descubierto un parqueadero que funcionaba bajo ellas. Con seguridad dejará pronto de prestar sus servicios para dar paso a un edificio de oficinas o un Centro Comercial. Sobre las murallas que circundan el área donde se construyeron las*

casetas hace 36 años, se han pintado las nuevas direcciones donde los ya legendarios libreros de San Victorino prestarán en adelante su servicio al público. En efecto, para la historia reciente de Bogotá, el espacio donde se desempeñaban los vendedores de libros usados era plenamente reconocido, identificable y hacía parte del imaginario urbano. Existen otros en el centro de la ciudad, pero sin la fuerza evocadora ni la carga de sentido que tuvo el conjunto de casetas amontonadas al margen de la Carrera Décima hacia occidente.

Esto es precisamente lo que busco allí, en el laberinto de fierros rojos y amarillos que ocupa lo que alguna vez fue un parque, el parque de San Victorino. Para los bogotanos, 'San Victorino' significa comercio, economía informal, pero también caos, desorden, contrabando, inseguridad, precios bajos, folclor y pueblo. El encuentro con Jairo Romero, administrador de las 'Galerías Antonio Nariño', epicentro del sector -que en realidad es el nombre del barrio conformado también por los establecimientos comerciales formales, las calles en pésimo estado y los inmuebles vetustos y semiderruidos- fue el más interesante de la jornada. Él me hizo saber el verdadero nombre de la organización que agrupa a los comerciantes de la cuadra colindante con la Avenida Jiménez entre Carreras Once y Doce. Allí predomina el comercio de calzado, ropa, maletines y bolsos, aunque también se encuentran locales que ofrecen ollas y utensilios de cocina, repuestos y reparación de relojes, gafas y electrodomésticos, productos naturales y farmacéuticos, esencias, remedios caseros, brebajes para magia blanca y brujería, juegos de cama y, para esta época, muchos adornos de Navidad. No pueden faltar, por supuesto, las ventas de comida y cerveza al interior de las casetas, recreadas en esta ocasión por el ambiente propio de un sábado en los 'sectores populares'"[11].

En este texto yo hablaba de un "parque", pero poco a poco, en la medida en que continué con mis indagaciones, pude comprender qué concepciones del espacio urbano se habían establecido en el sector a lo largo de diversas épocas. Los vendedores de las Galerías con los cuales tuve la oportunidad de conversar en días posteriores me ayudaron a entender cómo había sido este proceso, en especial en el transcurso del siglo XX. A Jairo, el primero de ellos con quien hice contacto, lo encontré en la cabina de locución, el punto de referencia más importante de las Galerías Antonio Nariño en términos de su *organización* social. Esta reducida estancia de aproximadamente diez metros cuadrados y construida en "L" se

[11] Al leer esto de nuevo, puedo apreciar que asignaba definiciones para algo que apenas había yo comenzado a explorar, acogiendo la supuesta vocería de los "bogotanos". Errores comunes en los primeros ejercicios etnográficos, por lo menos con respecto a lo que considero es el camino hacia la *construcción conjunta de un conocimiento* con personas que ejecutan prácticas cotidianas muy diferentes a las que yo acostumbro realizar en la ciudad, y que tienen su propia representación de las mismas. De ese modo se intenta reducir el efecto de la violencia simbólica que se produce en el contacto con las personas en tanto investigador, y al mismo tiempo se propone concebir la actividad etnográfica como un "proceso de aprendizaje" (*Cuaderno de terreno*, Diciembre 12 de 1998, pág. 2).

encontraba en el costado occidental de las Galerías, ahogada en ese entonces por las casetas de SIMESCO que bordeaban la Carrera Doce. Allí se celebraban las principales reuniones de la Junta Directiva de ACUGAN, la Asociación de Comerciantes de Galerías Antonio Nariño -y más tarde de la Comisión Negociadora creada para efectos de la transformación urbana que iba a operar sobre el lugar. Además, a través de los parlantes conectados a un equipo instalado en la cabina se emitían desde allí los anuncios del día, así como las intervenciones por parte de los responsables de ACUGAN sobre asuntos concernientes a las actividades de la Asociación y al devenir de los comerciantes que en esos días ya comenzaban a ver amenazados sus intereses.

Decidí comenzar un trabajo más regular y continuo de visitas al sector luego del 15 de Enero de 1999, fecha en la que se podía observar ya una cierta actividad comercial. Esos días sirvieron para crear una ruta que paulatinamente se fue haciendo "rutinaria": la de mis continuos desplazamientos entre la Universidad Externado, donde trabajaba, y San Victorino, el lugar donde me encontraba realizando mi terreno. El eje principal de este vaivén era la Calle 12, que une de manera directa a la Universidad, ubicada en la Calle 12 con Carrera Primera Este, y San Victorino, que comienza a partir de la Carrera Décima hacia Occidente (Carte 3). El mapa no permite apreciar el desnivel creado por los Cerros Orientales, pues el Externado se ubica en las faldas del Cerro de Guadalupe, uno de los dos cerros tutelares de la ciudad, junto al de Monserrate, principal centro de peregrinación de la ciudad. Aunque Bogotá se fundó y expandió sobre la Sabana de Bogotá, gran altiplanicie ubicada a 2.600 metros sobre el nivel del mar en la vertiente oriental de la Cordillera de los Andes colombianos, la fusión entre los cerros y la sabana da lugar a un declive que sólo llega a estabilizarse más allá de la Avenida Caracas.

El etnógrafo, como el viajero, interconecta espacios y sociedades diversas. Para mí, la Calle 12 se convirtió en una metáfora de esa conexión que el antropólogo urbano establece entre los espacios de su cotidianidad, entre su propio contexto histórico y sociocultural, y los contextos en los cuales los "otros" que también habitan la ciudad y que son los interlocutores de su indagación se debaten continuamente. Pero también, la Calle 12 fue una metáfora de ese contacto que el etnógrafo logra crear entre lo que algunos denominan "la alta" y "la baja" culturas, "la alta" y "la baja" sociedad, las "clases altas" y las "clases bajas", como altos y bajos son los cerros y las hondonadas que el relieve ha creado en la planicie. El etnógrafo, al igual que el habitante de la ciudad, no sólo discurre en los meandros de la diferencia sociocultural, sino también por los altibajos de las desigualdades históricamente acumuladas, como le ocurre al arriero que sube y baja por los filos de las montañas escarpadas, con su carga ingente de señales y de símbolos. En ese proceso, el etnógrafo –al menos, ese era y ha sido mi propósito- procura integrar las esferas del saber académico con las formas del saber "popular", o lo que algunos llaman "el sentido común", con el fin de aproximar el conocimiento

intelectual a los modos en que las personas comprenden, entienden, se imaginan y expresan su experiencia del mundo.

En este recorrido por "la Calle 12 abajo" me encontraba en ocasiones con personas conocidas, que iban y venían desde los distintos lugares de la ciudad. Pero también, las edificaciones y los signos plasmados en el espacio construido hacían frecuentemente alusión a esta sucesión de transformaciones que, como una serie de oleadas continuas, van cambiando, paulatinamente y en ocasiones de forma imperceptible, el paisaje de las ciudades en la medida de nuestros desplazamientos. Georg Simmel expresa, desde el lenguaje sociológico, los efectos que puede suscitar este encuentro con una sucesión de realidades diversas:

> "El fundamento psicológico sobre el que se alza el tipo de individualidades urbanas es el *acrecentamiento de la vida nerviosa*, que tiene su origen en el rápido e ininterrumpido intercambio de impresiones internas y externas. Las impresiones persistentes, la insignificancia de sus diferencias, las regularidades habituales de su transcurso y de sus oposiciones consumen, por así decirlo, menos consciencia que la rápida aglomeración de imágenes cambiantes, menos que el brusco distanciamiento en cuyo interior lo que se abarca con la mirada es la imprevisibilidad de impresiones que se imponen. En tanto que la gran urbe crea precisamente estas condiciones psicológicas (a cada paso por la calle, con el *tempo* y las multiplicidades de la vida económica, profesional y social), produce ya en los fundamentos sensoriales de la vida anímica, en el quantum de consciencia que ésta nos exige a causa de nuestra organización como seres de la diferencia, una profunda oposición frente a la pequeña ciudad y la vida del campo, con el ritmo de su imagen senso-espiritual de la vida que fluye más lenta, más habitual y más regular" (Simmel, 2001: 107).

Y esto era precisamente lo que me ocurría cuando trataba de observar, con la atención del etnólogo que intenta colocar al mismo tiempo sus ojos en todo lo que aparece a su alrededor, las casas coloniales de La Candelaria, los anuncios de las tiendas, los restaurantes, los bancos, las joyerías, los almacenes de telas, los cruces de calles y carreras, los vendedores ambulantes en las esquinas, las compraventas de esmeraldas y tantos otros referentes urbanos que iba dejando atrás cada vez que descendía hasta la entrada de San Victorino por la Iglesia de San Judas Tadeo, situada en la esquina de la Calle 12 con Carrera Décima.

Pero es posible que esas impresiones no fuesen para nada comparables con la agitación que podía presenciarse una vez atravesaba la Décima en medio del *smog* y el tremendo tráfico de buses, busetas y automóviles que caracterizan a esta vía de

la ciudad, lo cual constituía un preludio del gran movimiento social y comercial que solía encontrarse cuando se tocaba tierra en ese mundo aún por descubrir.

La Calle 12 se convertía allí, entre las carreras Décima y Once, en una vía peatonal, que para ese entonces era ocupada por los módulos de SIMESCO, uno de los sindicatos de vendedores que se encontraban dispersos por todo el sector. Para ese entonces, los vendedores que habían sido desalojados de las calles cercanas se encontraban vendiendo sus artículos, no ya en las casetas que antes solían ocupar, o en los puestos improvisados instalados sobre la calle, sino portando sobre sí mismos las mercancías de muy diversas formas: colgadas en sus extremidades, haciendo uso de cajas de cartón o plástico que ayudaban a sostener con una cuerda que caía desde sus cuellos, caminando de un lugar a otro o estáticos, alineados en el límite del andén, atentos a la llegada de los policías que por esos días estaban haciendo más requisas y rondas de vigilancia por el sector, respondiendo a las disposiciones de la Alcaldía (Photo 1). En la foto 2 se muestra el área ocupada por las Galerías Antonio Nariño en este sector de la ciudad, al cual se llega una vez se atraviesan los módulos de SIMESCO y se llega a la esquina de la Calle 12 con Carrera 11 (Photo 2). Las Galerías ocupaban el sector que antaño había sido el área ocupada por la Plazuela de San Victorino y una cuadra que había tenido diversos usos desde la fundación de la ciudad:

> *"Galerías Antonio Nariño está construida sobre un espacio de aproximadamente una hectárea. Situada en una depresión con respecto al nivel del suelo que desciende desde las cordilleras de Oriente, el acceso a las Galerías se hace por rampas en declive o escalinatas, excepto en el costado occidental, donde la sabana continúa en un leve descenso. La estructura espacial fundamental de las Galerías Antonio Nariño son los 'galpones', basamentos de las casetas y el techumbre construidos desde su fundación. En torno a esta armazón se harían progresivas mejoras que darían como resultado el aspecto de las Galerías en la actualidad. Estos galpones se encuentran divididos por corredores trazados en forma paralela a los rectángulos de casetas, excepto uno que los atraviesa por la mitad en forma perpendicular* ('Carrera Séptima'). *Galpones y corredores constituyen los elementos de tensión entre permanencia y movilidad que le dan el nombre de 'Galerías' al lugar construido* [(Photos 3 et 4)].
>
> *En el centro de las Galerías se halla una placa conmemorativa de la fundación de este comercio, avalada en su momento por la Administración de Jorge Gaitán Cortés. En ella se consagra de manera clara la oficialización de esta zona del comercio informal, o más bien, semiformal* [(Photo 5)].
>
> *Las Galerías tienen salidas a las cuatro vías circundantes a través de unas puertas de hierro enrollables que se cierran con candados cuando termina la jornada, las cuales desembocan en distintos puntos de la calle: hacia el norte*

hay una, hacia oriente dos, hacia occidente una y hacia el sur dos puertas. Las puertas hacia el exterior y los corredores internos que se conectan con las salidas crean un espacio de flujo que se integra a las casetas y otros equipamientos, como factores estructurales de estabilidad"[12].

En medio de las segmentaciones, diferencias y enorme diversidad de actores sociales que se podían encontrar en el sector, el lugar y el nombre de las Galerías permanecía como un factor fundamental de estabilidad identitaria en torno al cual habían fluido y con respecto al cual habían entrado en contacto cualquier cantidad de personas durante los últimos 35 años, y eran más los que habían pasado por ahí durante un tiempo más o menos breve que los que permanecieron desde el principio de este proceso histórico, o quienes se mantuvieron por un período de tiempo lo suficientemente prolongado como para haber establecido allí el sentido principal de su vida –al menos, el de su vida laboral-, como sustento necesario para otros sentidos de vida, en especial el de sus familias. En este contexto, el derecho al trabajo que reivindicaban los vendedores en el momento de la construcción de la Plazoleta que los desalojaría definitivamente del sector se hallaba estrechamente ligado –al menos desde la perspectiva de los comerciantes- al derecho a una vida en condiciones de dignidad[13].

En el momento en que las acciones de rehabilitación urbana emprendidas por el Alcalde Enrique Peñalosa comenzaron a aplicarse en la zona para dar inicio a la construcción de la Plazoleta Antonio Nariño, la ciudad podía ver los límites de la ocupación comercial originaria, avalada por la Administración de Jorge Gaitán Cortés 35 años atrás (Photo 6). Allí se podía apreciar que el proyecto tuvo en principio una organización y una lógica urbanística, la cual, con el crecimiento de la ciudad y el sector, sumado además a la inoperancia de las sucesivas administraciones distritales, comenzó a salirse de las manos y a convertirse en una situación con tintes problemáticos, ampliándose a las calles aledañas y creando nuevos sindicatos de vendedores, cada uno con su sector de ventas establecido, avalado en su momento por los gobiernos de turno. Esto dejaba en evidencia que la responsabilidad de la invasión del espacio público, la bandera de la Administración de Enrique Peñalosa esgrimida para justificar esta serie de acciones sobre el sector, no había sido causada por los vendedores, sino ante todo por la negligencia y la corrupción que se habían presentado en las políticas urbanas distritales, situación que ahora, luego de alrededor de tres décadas de

[12] *Cuaderno de terreno*, Marzo 16 de 1999, págs. 15-16.

[13] Esta reclamación, de carácter básico y fundamental, se basaba en dos artículos consignados en la Constitución Política de Colombia: "El trabajo es un derecho y una obligación social y goza, en todas sus modalidades, de la especial protección del Estado. Toda persona tiene derecho a un trabajo en condiciones dignas y justas (Art. 25)", y "Toda persona es libre de escoger profesión u oficio. La ley podrá exigir títulos de idoneidad. Las autoridades competentes inspeccionarán y vigilarán el ejercicio de las profesiones. *Las ocupaciones, artes y oficios que no exijan formación académica son de libre ejercicio, salvo aquellas que impliquen un riesgo social* (Art. 26) [El subrayado es nuestro]".

indiferencia, burocracia y abandono, se intentaba resolver por las vías de hecho, bajo las tácticas de la presión policial y el hostigamiento político.

Pero, ¿cuáles eran las motivaciones profundas para que la Administración de Enrique Peñalosa se justificara a sí misma la realización de este tipo de procedimientos, que vulneraban el derecho al trabajo y la vida digna de los ciudadanos? Pues sucede que este derecho al trabajo entra en contradicción con otro principio fundamental de la Carta Magna que reemplazó la de 1886: el de la salvaguarda del espacio público[14]. Existía, entonces, una disyuntiva fundamental entre el interés público vinculado al uso del espacio urbano, y el derecho al trabajo, lo cual generaba una disputa por el tipo de prácticas socioculturales "óptimas" o "legítimas" que debían realizarse en los escenarios colectivos de la ciudad.

Estos fueron, pues, los fundamentos jurídicos del conflicto que se produjo entre los comerciantes informales de San Victorino y el proyecto urbanístico anhelado y emprendido por el Alcalde Enrique Peñalosa. Un contexto jurídico que enmarcaba, además, la posibilidad del ejercicio de dos prácticas socioculturales llevadas a cabo en los espacios urbanos de uso común: el de la venta estacionaria o ambulante en las plazas y calles, que pasa por la apropiación más o menos temporal de un espacio común de la ciudad para beneficio de particulares, y el de un espacio en el cual se establece una serie de disposiciones y equipamientos para beneficio de cualquier persona que llegue a confluir en ese lugar destinado a la colectividad en general.

Lo anterior indica que estas prácticas, en la medida en que se perpetúen en el tiempo, terminan por estar inscritas en el espacio urbano y la memoria de quienes lo recorren, convirtiéndose, para las personas que las llevan a cabo, en un aspecto habitual de su vida que paulatinamente va incorporándose a sus conductas y comportamientos cotidianos; en este sentido, las prácticas sobre el espacio urbano se constituyen en un factor de identidad para quienes las efectúan. Y, en la medida en que estas prácticas son diversas, se van estableciendo formas distintas de habitar, concebir y percibir la(s) ciudad(es) para los habitantes y visitantes urbanos, las cuales dan lugar a segmentaciones de la identidad vinculadas a los espacios metropolitanos que pueden, eventualmente, constituir una causal de conflicto entre grupos humanos diversos.

---

[14] Los artículos de la Constitución Política en los cuales se garantiza este deber por parte del Estado y sus instituciones son: "Se garantizan la propiedad privada y los demás derechos adquiridos con arreglo a las leyes civiles, los cuales no pueden ser desconocidos ni vulnerados por leyes posteriores. Cuando de la aplicación de una ley expedida por motivos de utilidad pública o interés social, resultaren en conflicto los derechos de los particulares con la necesidad por ella reconocida, *el interés privado deberá ceder al interés público o social* (Art. 58) [El subrayado es nuestro]", y "*Es deber del Estado velar por la protección de la integridad del espacio público y por su destinación al uso común, el cual prevalece sobre el interés particular*. Las entidades públicas participarán en la plusvalía que genere su acción urbanística y regularán la utilización del suelo y del espacio aéreo urbano en defensa del interés común (Art. 82) [El subrayado es nuestro]".

De este modo, lo que se estaba experimentando en San Victorino y Bogotá entre 1998 y 2000 (período durante el cual el Alcalde Enrique Peñalosa fue elegido para dirigir los destinos de la ciudad) era la radicalización de un conflicto por las formas de ocupación de los espacios públicos, las cuales habían dado lugar a identidades socioculturales diversas manifiestas en una dimensión socioespacial. Pero estos rasgos de identidad, así como los factores y variables que enmarcaron tal situación, no se limitan de manera exclusiva a la coyuntura específica vivida con las políticas de esta administración, sino que tienen un trasfondo histórico de larga duración, el cual desemboca y confluye, como ocurre con las aguas del río San Francisco desde tiempos inmemoriales, en la plaza, plazuela o plazoleta de San Victorino. Para dilucidar con el mejor sentido y el juicio más ponderado esta trama compleja que daría lugar al rompecabezas en el cual se desarrollaba la dinámica del conflicto, inicié una labor de sabueso y detective que me remontó a la fundación misma de la ciudad.

Pacho Romero, uno de los vendedores con mayor nivel cultural y con más conocimiento de la historia del lugar, que luego se convirtió en uno de mis interlocutores privilegiados, me habló sobre la ubicación real de la Plazoleta originaria, y decía que en el lugar ocupado por ellos nunca había habido una plaza, sino que en los años 60's funcionaba allí un parqueadero y antes tampoco había sido nunca un espacio público; lo recuerdo señalándome el punto de la carrera 13 donde se había erigido la estatua y la Plaza de Nariño en 1910, en la parte baja de las Galerías sobre la Avenida Jiménez, el mismo lugar donde –decía él- estaba ubicada la plazoleta colonial desde la fundación de la ciudad, pues la Iglesia de San Victorino, que estaba frente a ella, había sido destrozada por un terremoto, razón por la cual no había evidencia de su ubicación exacta durante la Colonia:

> "*Esto no era un espacio público, esto era un espacio privado. De hecho cuando quiera le muestro escrituras de los años 48 o 50. Esto era de particulares. O sea, cuando esto lo adquirió la Alcaldía Mayor de Bogotá quedó convertido en bienes fiscales, que es totalmente diferente a espacios públicos. La administración no se ha dado cuenta ni ha hecho este tipo de investigaciones para observar que aquí estamos no como invasores, sino que la creación de las Galerías fue la primera recuperación genuina del espacio público. En ese tiempo estábamos sobre la Carrera Décima. Y entonces la Alcaldía, por un acuerdo del Concejo, nos reubicó para recuperar el espacio público en una forma inteligente, sin ir a cometer atropellos ni causar perjuicios al pueblo, porque la ciudad se compone primero de los ciudadanos, y después de las casas de habitación, del comercio, de las calles. Y toda medida del buen administrador consciente debe ir en aras de recuperar los espacios públicos y fiscales, pero debe ir en bien del ciudadano. Cuando se va en contravía del bienestar del ciudadano, pues se está haciendo una administración que produce gravísimos*

perjuicios, y ahí viene el desorden social" (Rafael González, adjudicatario de las Galerías Antonio Nariño, 1999).

Días más tarde, traté de reencontrarme con Idalia Fino, una de las integrantes de la Junta Directiva de ACUGAN (Asociación de Comerciantes Unidos de Galerías Antonio Nariño) para hacerle una entrevista, en el marco de las historias de vida que recopilé entre los vendedores, y quise referirme de nuevo al tema:

"*C.C.: Las Galerías son un espacio público?*

I.F.: No, las Galerías son un bien fiscal.

C.C.: Que es distinto.

I.F.: Totalmente distinto.

C.C.: Cuál es la diferencia?

I.F.: Un espacio público es un lugar que no se puede utilizar para fines personales, para usufructo personal, sino que es para bien de la comunidad. Y el bien fiscal, el gobierno lo puede manejar de acuerdo a sus necesidades. Ese bien fiscal puede ser considerado como un lugar para reubicar gente. Gente que andaba deambulando por las calles. Y el tratamiento que se le está dando aquí es totalmente diferente.

C.C.: Y el gobierno declaró este sector como bien fiscal?

I.F.: Él [Peñalosa] no sabe, todavía no ha sido capaz de hacer la investigación real, que muestra este espacio como un bien fiscal.

C.C.: O sea que oficialmente no…

I.F.: Él nunca ha dicho nada, ni ha comprobado que es un espacio público ni ha comprobado que es un bien fiscal. Es negligencia de parte del gobierno" (Idalia Fino, adjudicataria de Galerías Antonio Nariño, 1999).

El peso de los argumentos jurídicos y la claridad de los comerciantes en torno a esta situación me motivó a conocer las razones por las cuales los funcionarios de la administración encargados de dirigir los trabajos de saneamiento y reconstrucción habían decidido que el uso del suelo urbano en ese sector de la ciudad debería ser el de una plazoleta para uso público, situación que me llevó a escuchar los argumentos de Lorenzo Castro y María Mercedes Romero, Director y colaboradora del Taller del Espacio Público, respectivamente:

"C.C.: Cuéntanos, Lorenzo, cuáles son las tareas que desempeña el Taller del Espacio Público?

L.C.: El taller, digamos que desempeña tareas en dos flancos distintos: una es la construcción del espacio público en términos físicos, estéticos, de calidad de ese espacio público, a través de la realización de proyectos. A nivel físico, el arquitecto lo que hace es diseñar espacios públicos, aptos para una ciudad como Bogotá. Esto es para hacer cartillas y especificaciones del espacio público, definición del material, definición de cuál es el mobiliario, o sea, finalmente la definición de una imagen de la ciudad a través de estos elementos. Y la otra parte es una parte donde se asesora a Planeación Distrital en distintos temas de consultas de la comunidad en términos jurídicos: por ejemplo, se asiste a la Subdirección Jurídica del Departamento en el manejo y desarrollo de normas para el espacio público, siempre como asesor del Departamento Administrativo de Planeación Distrital.

C.C.: En qué consiste el Plan de Renovación Urbana para el Centro de Bogotá?

L.C.: A ver, el Plan de Renovación Urbana surge, digamos, de una inquietud sobre lo que estaba sucediendo en el Centro Histórico, especialmente desde la Carrera Décima; de ahí para abajo era como un poco otro Centro, pero un Centro que se deteriora, que tiene toda una serie de problemas… entonces, la idea es, a partir del proyecto del Parque Tercer Milenio generar todo un proceso, desencadenar todo un proyecto de renovación de ese Centro, de renovación urbana de todo ese sector de la Décima hacia abajo, desde la Calle Trece, incluso diría desde la Veintiséis hasta la Calle Sexta, para que el Centro se convierta en una sola entidad.

C.C.: Qué tipo de intervención se va a realizar en el sector de San Victorino concretamente?

L.C.: Digamos que nosotros como Taller del Espacio Público tenemos que ser puntuales: este es el inicio de lo que sería la intervención del Parque Tercer Milenio que va más allá del parque, y esto es donde están en este momento las Galerías Nariño, que fueron reubicadas por el Alcalde Jorge Gaitán Cortés en el año 64, más o menos. Nosotros estamos en una intervención sobre ese espacio. Ya de todas maneras se ha hecho una intervención sobre los andenes de la Décima, se está empezando a hacer el proyecto del Eje Ambiental de Kopec y Salmona, ya se empezó a hacer parte del proyecto que estamos planteando nosotros para San Victorino específicamente…

M.M.: …ya están todos los andenes del costado norte de la Jiménez; todo eso ya está, y todos los andenes del costado sur hasta la Estación de la Sabana se están construyendo. Y la parte de la Plazoleta de Libreros está ya lista.

L.C.: Comienza a haber toda una serie de obras que además están respaldadas por una serie de proyectos que no han empezado, unos proyectos que se han hecho como la peatonalización de la Calle 14 entre Décima y Once, el edificio que queda en la Esquina, y todo esto pues va a comenzar a interconectarse. Y hay otra serie de proyectos de la Administración, como la estación de buses de Transmilenio. Está todo el tema de las ciclorrutas, ya la ciclorruta está entre la Décima y la Caracas, se está empezando a construir, y pues tenemos el proyecto del Eje Ambiental, que es un proyecto que recupera la historia, digamos, desde un punto de vista geográfico, topográfico; el río San Francisco bajaba, o baja en este momento, canalizado por debajo de la Jiménez; la presencia de los cerros y todo lo que sucedió allí históricamente de lo que llegaba del Occidente de Colombia a la capital, un espacio de congregación que se fue perdiendo en 1944, año en el que se hizo una rotonda alrededor de la estatua de Nariño. Ahí hubo una ruptura, que después con lo del Bogotazo se acentúa aún más. Ya después este espacio pierde totalmente su carácter y se vuelve un parqueadero, ya no es espacio público, ya no es espacio de todos sino de la gente que tiene carro, que puede parquear ahí. Ya después en 1964 viene Gaitán Cortés, reubica los vendedores ambulantes con una estructura muy bien planeada, yo diría que con buenas condiciones estéticas y arquitectónicas, pero pues que elimina por completo lo que era un espacio público, y que genera lo que pasó y se empieza además a disgregar por la Décima, la Trece, por todo el centro, lo que comienza a suceder con El Cartucho*, todo el deterioro gigantesco de un sector que antes era un sector absolutamente vivo. Entonces nuestra propuesta en el sector de comercio informal de San Victorino como que tiene en cuenta eso, o sea, es como un inicio muy pequeño, es una pequeña semilla para darle nueva vitalidad a esta zona, y que está amarrada a todo este proceso de renovación.*

M.M.: Es importante, Lorenzo, decir que tal vez se han planteado muchos proyectos en el sector de San Victorino, y especialmente en la Plaza hay proyectos, desde tesis de estudiantes hasta, no sé, proyectos de la Corporación La Candelaria, y pues tal vez esta es la única oportunidad en donde se han unido todas estas entidades como el IDU, Transmilenio, ciclorrutas y el mismo taller de Planeación Distrital, para hacer un solo esfuerzo de crear casi que un solo diseño, en donde casi que se pueda hacer ya mismo, y como que se están teniendo en cuenta todos estos planes que se van a hacer y no están como volando, no?

L.C.: Sí, es un trabajo en equipo…

C.C.: A nivel digamos paisajístico, cómo se integra este proyecto dentro del paisaje en Bogotá?

L.C.: Bueno, lo que había dicho anteriormente, que el Centro no es solamente de la Décima para arriba, cuando uno coge y mira la estructura urbana de esta parte de la ciudad hacia abajo, ve que hay una serie de plazas: la Plaza de los Mártires, la Plaza España y la Plaza de San Victorino. Esta Plaza es necesaria para darle unidad al paisaje construido. Ya está planteado todo el Eje Ambiental de Salmona que recupera desde las montañas el agua del río San Francisco y lo saca hasta la Décima en un canal, que en la Plazoleta Antonio Nariño lo recogemos en un estanque, donde hay una escultura absolutamente contemporánea que imprime una marca en ese espacio. Ahí estaba Nariño, y pues volver a poner a Nariño ahí pues no tiene mucho sentido, entonces aparece esta obra que es una representación de un renacer del Centro.

M.M.: Y la otra cosa es que no solamente retoma el hilo de agua, sino también la vegetación que está proponiendo Salmona sobre ese Eje Ambiental, pues nosotros queremos continuar con la misma clase de vegetación sobre la Avenida Jiménez.

Es importante también dentro de la recuperación del paisaje la idea de seguir viendo los cerros, de que sea como un punto de referencia. Realmente con las casetas uno como peatón no alcanza a ver esa referencia que es importante y que está presente desde el inicio de la Plaza, y que al quitar estas casetas de allí uno como peatón puede ver esta referencia tan importante.

C.C.: Cuál sería para ustedes el cambio a nivel de relaciones humanas que se plantearía en el espacio del parque?

L.C.: Pues yo creo que es clarísimo: en este momento el parque ha sido apropiado por una serie de comerciantes que han ejercido su labor por treinta y seis años, y pues el espacio dejó de ser de todos para ser explotado por unos pocos. Y eso generó además todo un entorno que se fue sumando a esa posibilidad legal que tenían ellos, a través de las ventas informales y las ventas ambulantes. En este momento lo que se recupera un poco es el Centro, comienza otra vez a bajar hasta la Estación de la Sabana, y esperamos que toda la zona se revitalice no como un Centro Comercial que era lo que antes se presentaba, sino como un espacio público, representativo, con carácter, con la fuerza que se necesita para que ese lugar no se siga deteriorando como se venía deteriorando.

C.C.: Cuál es, desde la visión del Taller del Espacio Público la lectura que se hace de la historia para proponer una intervención urbanística en ese sector?

L.C.: Pues si uno mira la historia de la Plaza de San Victorino, está entre las tres principales plazas de la ciudad en esa época. Está la Plaza Mayor, la Plaza de las Yerbas que es ahora el Parque Santander, y la Plaza de San Victorino que

era básicamente el acceso de la carretera que viene de Honda y de Occidente a Bogotá, por donde entraba todo el mundo, y el río San Francisco que se desbordaba y hacía desastres, poco a poco lo fueron controlando y fueron generando esta plaza. Pues es una plaza de un valor patrimonial fundamental, tan importante como las demás; tal vez lo otro es toda la parte geográfica en el diseño, que se encuentra también retomando lo que hacen Salmona y Kopec de recobrar todo el río San Francisco, que en un momento dado se volvió una rotonda alrededor de la estatua de Nariño en los años treintas o cuarentas, y después en el 48, con el Bogotazo, tumban parte de esas casas del costado Oriental, con lo cual se amplía la Plaza, pero aún conserva su carácter de plaza, y se empieza a llenar, aunque sigue siendo un punto de referencia importante.

Aquí pasa algo y es que con el Bogotazo había unas construcciones muy buenas, unas casas muy lindas, mucha gente vivía en esa zona, y con el Bogotazo esa zona quedó destruida y la gente comenzó a salir de esa zona e irse a otros lados de la ciudad. Entonces ese sector quedó vacío y en ruinas, y ahí es cuando vienen los comerciantes a invadir todas esas casas que dan el aspecto de lo que hay hoy.

Además la plaza en los sesentas se convierte en un parqueadero, ya pierde por completo su carácter de plaza y se vuelve un sitio donde uno camina es por fuera. Y después en 1964, Gaitán Cortés reubica a los vendedores y se convierte esto en un Centro Comercial, donde ahí sí se acaba de perder totalmente. Entonces lo que nosotros buscamos con el diseño es volver a recuperar esa Plaza para el Centro de Bogotá y para la ciudad, porque en su momento era una plaza que estaba en la periferia, y volver a recuperar el papel patrimonial, paisajístico y con unas dimensiones muy distintas a las que tuvo inicialmente.

M.M.: Tal vez es muy parecido a lo que había de pronto en la Colonia, cuando empezó como plaza, pero sí muy diferente a cuando ya era la rotonda, o después ya en las diferentes intervenciones. O sea, recuperarla ya de paramento a paramento, ya un gran espacio en ese sector".

Esta última intervención parecía confirmar las afirmaciones de los comerciantes, en el sentido de que el lugar de la Plaza no estaba ubicada en todo el espacio ocupado actualmente por el sector del comercio informal. Sin embargo, la presentación oficial del Taller del Espacio Público, aquella que se conoció en los medios de comunicación y las publicaciones realizadas por la Alcaldía Mayor y el DAPD, no se referían mucho a estas versiones, y más bien privilegiaban una retrospectiva fotográfica en la cual pareciera como si la Plaza hubiese abarcado todo el espacio de ese sector a lo largo de todos los tiempos (Ver Photos 7 et 8). Por otra parte, la presentación de Lorenzo y María Mercedes nos permite comprender que el proyecto de San Victorino no era aislado, sino que en realidad estaba vinculado a un proyecto de ciudad diseñado por la administración de Enrique Peñalosa, el cual

fue, en realidad, el único en muchos años en el cual podía apreciarse una coherencia urbanística que abarcaba todos los sectores del área metropolitana.

En este sentido, es importante destacar que, desde el punto de vista de la administración distrital, las lecturas históricas de la ciudad y las renovaciones patrimoniales y arquitectónicas que de allí se derivan no deben solamente responder a las reminiscencias del pasado, sino también a las necesidades y funciones de la ciudad contemporánea: "La Historia como Arqueología del Saber, en el sentido foucaultiano, necesita asumir que intervenir en la Ciudad es establecer 'adaptación sobre la memoria en los términos del confort actual que la sociedad demanda'" (Ibáñez Montoya, 2008: 98). En este sentido se expresaba Eduardo Aguirre, Gerente del proyecto del Parque Tercer Milenio, proyecto que constituyó el complemento a las acciones de renovación emprendidas en el sector de San Victorino:

> "*E.A.: …Bueno, usted me preguntaba por las operaciones del Centro, el cual es una de las grandes finalidades de esta administración. Entonces la administración se ha concentrado en la parte histórica, eso es muy claro que ciudad que se respete tiene qué tener un referente histórico y de tradición fundamental. Pero es absurdo que en la capital, esta zona de la ciudad, a trescientos metros de lo que es el centro gubernamental del país se dé el deterioro social, urbano, arquitectónico, tal vez más grande de Latinoamérica y del mundo. Hace unos meses vino uno de los urbanistas más afamados de Europa, Gino Lombarda, lo trajo la Facultad de Arquitectura de la Universidad Javeriana en un postgrado de conservación, con la intención de que estudiara y mirara un poquito el tema, cómo es la situación, y dice que ahí no hay mucho qué rescatar, tristemente, desde el punto de vista urbano, y hay un gran reto de intervención social que hay qué acometer.*
>
> *Entonces, la planeación urbana nosotros la entendemos como un medio. Un medio que tiene dos componentes: el componente social, que es la manera a través de la cual se puede organizar socialmente una población que está ubicada en un sitio; y desde el punto de vista urbano, ese sitio de su ciudad, por su ubicación, por su situación, por sus características, debe recuperarse y potenciarse mucho más allá de lo que es hoy en día. De hecho, parte de ese sector es un hueco negro, que está por fuera del mercado. Y parte es un sitio que ha aguantado todos unos terrenos, que es el sector de San Victorino, que tiene una tradición y un posicionamiento muy fuerte no solamente dentro de la ciudad, sino de la región e inclusive el país. Pero San Victorino como tal era lógico aquí cuando la ciudad era así de pequeña, donde la ciudad antigua pues simplemente terminaba acá.*
>
> *C.C.: Cuando San Victorino era límite de la ciudad…*

E.A.: Cuando la corona de la ciudad la constituían la prisión, que es lo que hoy en día usted tiene como el Museo Nacional, que tiene al otro lado los hospitales, la Calle Primera, y parte de ese cordón era la zona de comercio, de intercambio, que era el punto de entrada, en la Calle Trece con la Carrera Décima. Pero hoy en día, a las puertas del siglo XXI, pensar que en pleno centro de la ciudad se ubique el centro de intercambio comercial mayorista es absurdo cuando usted ve que ahí no hay unas vías de acceso; segundo, cuando usted ve que no hay facilidades al interior ni de estacionamientos, ni de servicios complementarios a la oferta de mercancías, lo cual nos hace pensar que este sector debe estar en cualquier otro sitio de la ciudad con mayor potencial de competitividad. Y eso se lo hemos hecho saber a los comerciantes, que están en términos generales de acuerdo con generar un nuevo sitio para su mercado mayorista, en el entendido de que este centro de ciudad tiene una vocación comercial, pero con una tendencia muy diferente en cuanto al producto que se debe ofrecer ahí.

Ahora, este sitio de la ciudad se está deteriorando a pasos agigantados. La calle de El Cartucho *[como se le conocía al sector donde habitaban buena parte de los indigentes de la ciudad], que hace veinticinco años empezó como una calle, hoy en día son una serie de manzanas que se están trasladando a la zona de San Bernardo. Y ese deterioro continuaría hasta la barrera de los hospitales. Y tendríamos unas sesenta hectáreas que estarían completamente perdidas en el centro de la ciudad, que estarían comenzando a hacer perder el Centro Histórico de la ciudad. Eso es un error que una ciudad a largo plazo no puede permitir. De ahí la intención de recuperarlo. Y ¿porqué este plano? [decía, señalando al plano del Centro de ciudad – Ver Photo 9]. Porque las operaciones no deben concentrarse puntualmente en la zona de La Candelaria [localidad patrimonial y turística de Bogotá], sino mirar el Centro como toda una operación urbana de mayor magnitud. Y el Centro para efectos prácticos está contemplado como la zona entre la 26, la Primera, los Cerros y la Avenida 30. Y hay una serie de operaciones urbanas, muchas de ellas de la Caracas hacia abajo: está todo el tema con la Plaza España, está todo el tema alrededor de lo que es, lo que fue la Estación de la Sabana, y toda esta zona hasta pasar por el Cementerio Central, generando todo un corredor con diferentes usos, etcétera, pero que recupera toda esa zona baja del Centro. Que si usted la ata, esto está bastante cerca de lo que es la Caracas, la Caracas está muy pegada a la Décima y la Décima está a dos cuadras del centro cultural del país. Nuestro proyecto simplemente coge la zona de San Victorino, el barrio Santa Inés y el barrio San Bernardo, visto como una operación integral, tanto social, en términos de la reinserción de una población completamente excluida que vive en este pedazo de ciudad, más la aplicación de pactos generada a poblaciones que se van a ver inicialmente afectados por el proyecto, a futuro beneficiados completamente por la intervención, pues el sector comenzará a verse como la puerta occidental del Centro Histórico. Es una operación urbana que tiene un gran espacio público de carácter metropolitano, integrador de toda esta zona central de ciudad, una*

operación que tiene qué potenciar nuevamente el sector comercial de San Victorino, con una vocación comercial pero con una actividad distinta, con un ordenamiento de los usos del suelo mucho más claro. Un repotenciamiento de la zona de San Bernardo en vivienda, redensificando pero todo de cara a tener un Centro mucho más organizado, con mejor calidad de vida, con mayor competitividad, porque Bogotá, pienso yo que es igual que Madrid en Europa, es la puerta de entrada a todo un continente.

C.C.: Bueno, cómo es la intervención del proyecto del parque, qué se va a hacer?

E.A.: Ya mirada la zona de intervención, usted tiene la Avenida Jiménez, la Calle Primera, la Décima y la Caracas, usted tiene tres zonas de características muy diversas: esto es un mundo completo. Y además aquí al interior de este mundo hay muchos submundos. Pero en términos generales uno puede hablar de una zona con carácter eminentemente comercial, después hoy en día existía una parte de un componente mixto con muchísimo deterioro, como es la zona de Santa Inés, donde hay comercio formal, donde hay comercio menos formal, donde hay comercio informal, donde hay comercio ilegal, donde hay vivienda, donde hay habitantes de calle, donde hay toda una vida entera. Y está la zona de San Bernardo, que es una zona eminentemente residencial, y se quiere mantener esa vocación. Bogotá tiene muy bajos niveles de espacio público, comparado con todas las capitales del mundo. Si uno compara en términos de metros cuadrados por habitante, Bogotá tiene como tres y medio, mientras que ciudades como Madrid, Ciudad de México o Buenos Aires tienen más de quince metros cuadrados. La ciudad requiere esos espacios públicos.

Esta operación urbana busca repotenciar toda la actividad del Centro, porque el centro ya está perdiendo mucho su vida, ya el centro financiero se fue, el centro residencial también se desplazó… de hecho, las grandes casonas que había en la Calle Séptima, con el Bogotazo fueron abandonados, y la idea es volver a traer gente al Centro. Obviamente combinado con una política institucional, manejando el borde de la Carrera Décima, bajo los parámetros de consideración arquitectónica necesarios. Pero una transformación que le vuelva a dar un soporte institucional a toda la zona, y le ayude a mantener una vida al interior de esta zona las veinticuatro horas. Nosotros no podemos cambiar este hueco negro por un hueco verde; tenemos que garantizarle sostenibilidad, apropiación de ciudad, vida permanente. Y eso se logra con una combinación lógica de usos.

C.C.: Cómo están incluidas esas personas dentro de ese proyecto de planeación de ese espacio?

E.A.: Con ellos tenemos el compromiso conjunto de hacer este proyecto, porque para hacer una mejor ciudad en este sitio tiene qué contarse con la participación

de la comunidad. Se busca que el comercio mayorista se vaya para otro sitio y los propietarios de la tierra mantengan acá su propiedad, se organicen de una manera distinta, generando urbanamente unas condiciones más apropiadas, y definiendo unos nuevos tipos y estilos de negocios que sean adecuados a este Centro de ciudad.

C.C.: Como por ejemplo cuáles?

E.A.: Mire, aquí podría haber una serie de pasajes peatonales donde haya cafés, donde haya cines, donde haya hoteles, porqué no vivienda en los segundos pisos… hace como unos veinte días vinieron expertos tanto argentinos, como españoles, en fin, eran de varios países, y fuimos a recorrer la zona de San Victorino. 'Hola, pongan ustedes vivienda a partir del segundo, tercer piso'. La vivienda es la que le da el legítimo valor a las zonas en la medida en que lo pone a trabajar las veinticuatro horas del día. Y eso hay que plantearlo en una operación vía oferta en el mediano plazo. Estamos enfocados hacia eso. Entonces, ¿qué se está haciendo ahora? Primero, hay unos estudios que definieron la zona de intervención de toda esta área. Segundo, hay unos estudios urbanísticos un poco más detallados para una zona del barrio San Bernardo, adyacente a la plazoleta. Están los primeros pasos para la creación del espacio público del Parque Tercer Milenio, a través de un concurso de ideas que se está haciendo en la Sociedad Colombiana de Arquitectos, buscando generar ya un compromiso de los gremios, sobre todo el de la arquitectura con la ciudad, para decir: 'Hombre, ¿qué debe tener ese espacio público?'. No es fácil entender para un espacio público de veinte hectáreas, cómo debe ser, qué debe tener, qué elementos son necesarios para que integre las partes Norte, Sur, Oriente y Occidente, para que permita la permeabilidad, pero que sea seguro, pero que sea sostenible… eso es todo un reto, la generación de ese espacio. Arrasar veinte hectáreas no es tan sencillo, sobre todo porque hay qué considerar que estamos trabajando sobre un tejido vivo.

C.C.: Ya se hizo una primera convocatoria de ideas…

E.A.: Ya, este fue el ganador [(Photo 10)]. *Este es un proyecto de un par de arquitectos jóvenes javerianos que propusieron esta idea, que por lo menos cumplía con lo que nosotros habíamos enmarcado dentro de las bases. Que integrara la zona del Centro Histórico con la Plaza España, o sea, que no perdiera esa unión históricamente importante. Segundo, que respetara San Victorino, porque muchas veces se dijo que acabar con eso y hacer otras cosas, pero que integrara lo que es la Plazoleta Antonio Nariño con el espacio público. Que recuperara la traza del río San Francisco, que tuviera unos elementos de su desarrollo progresivo, que fomentara la vocación residencial de San Bernardo, y esta idea tuvo en cuenta todos esos elementos.*

C.C.: Bueno, en esta zona cuál es la condición del área construida?

E.A.: Aquí hay varias intervenciones. Uno puede agrupar las poblaciones en cuatro grandes grupos: uno, la zona de la Caracas, una zona de comercio formal, casi todos son edificios de unos cuarenta o cincuenta años de antigüedad dedicados a la venta de repuestos, al mercado de los repuestos, con una altísima relación entre lo que son los propietarios y los predios. Repuesteros *que de alguna manera tenían sucursales en otros lados, y cuyo comercio se había visto afectado desde que se construyó la Troncal de la Caracas. Dos, el comercio de la Carrera Décima, que son muy distintos, pues hay almacenes de compraventas, almacenes de muebles, almacenes relativamente pequeños, pero un comercio formal. Tres, un comercio muy importante que se da bajando por la Calle Siete con Carrera Once; aquí se asienta un grupo de impresores de artes gráficas, y ese mercado es un mercado que no quiere permanecer ahí; acepta en medio de todo ese proyecto de ciudad, que prima sobre sus intereses personales, pero ellos quieren que la Administración los reubique en bloque, porque ellos consideran que su potencial como mercado en la ciudad es ese, entonces se integra todo ese negocio. En cuarto lugar está la zona de unas casonas hermosas en la época de los cuarentas, que hoy en día simplemente fueron abandonadas por sus propietarios; los propietarios viven en otros sitios de la ciudad, y muchas veces ni siquiera tienen ya una relación jurídica. La mayoría de esos inmuebles están hoy en día destinados a inquilinatos. Inquilinatos que acogen en términos generales población que tiene que ver mucho con el tema que se desarrolla en la Calle Novena del reciclaje. Más que reciclaje, el bodegaje. Hay una serie de inmuebles que se adaptaron simplemente al acopio del material de desechos. Entonces por acá está la zona de bodegas, y obviamente lo que sucede es que alrededor de la zona de bodegas viene todo el problema del reciclador; el reciclador es un fenómeno de informalidad, casi de marginalidad social, donde se juntó con la ilegalidad y el tema de la droga, en razón de que a muchos de ellos se les paga su carga en especie: basuco, drogas, en fin. Y esas personas son unos de los típicos usuarios de los inquilinatos. Obviamente también hay vendedores ambulantes, hay desplazados, hay una serie de personas que creen que este es el sitio más económico de la ciudad en donde se pueden establecer. Y sucede que es un sitio de ciudad costoso. Están pagando por noche 3000, 4000 pesos. Estamos hablando de ciento veinte mil pesos mensuales. Todo negocio alrededor del pobre es el que genera más rentabilidad, porque es la cultura del diario.*

C.C.: Qué problemas han tenido ustedes en términos de la territorialización de este espacio, es decir, esta gente de todos modos ya se había asentado ahí desde hace mucho tiempo y no quieren salir de ahí, se resisten en ocasiones a despejar el espacio?

E.A.: A nadie le gusta que otra persona venga y le diga: 'Señor, la ciudad está por encima de sus consideraciones individuales, el bien común prima por encima del bien particular'. Evidentemente lo primero que hay es una actitud de rechazo. Porque uno mal que bien está organizado dentro de su hábitat, ya sabe dónde coge el chino el bus, ya lo conoce el vecino, en fin, ya está uno dominando su ambiente, aunque el ambiente sea tan complejo como el de esta zona. El proyecto necesariamente tiene claro que hay un desplazamiento de la población, y que eso de alguna manera debe mitigarse, y la mitigación, pensamos nosotros, no se da en términos de darle un reconocimiento económico. Porque con un beneficio puntual, lo único que se genera es un escapismo, una ventosa que solamente va a solucionar el próximo día, pero no su futuro. Y lo que estamos haciendo es contratar unas asistencias técnicas para que residentes, moradores, propietarios o no propietarios tanto de familias como de establecimientos, puedan reubicarse, localizarse dentro de la ciudad, donde ellos escojan, porque todavía hay autonomía de decisión. Yo no puedo decirle a usted cuál es su sitio de ciudad, yo le puedo aconsejar a dónde irse. Yo no puedo decirle a usted si su negocio es seguir haciendo ropa o cambiarse a otro negocio. Entonces, esas asesorías lo que buscan es acompañar a la población en una toma de decisión, tanto en lo comercial como en lo residencial. Ahora, aquí hay una población que no tiene poder de decisión, tiene una vulnerabilidad alta, bien sea por el lado social, bien sea por el lado económico, bien sea por el lado de salud, y esa gente hay qué intervenirla, no acompañarla, y esa intervención la tiene como obligación el Departamento Administrativo de Bienestar Social, y esta Administración dentro de su Plan de Desarrollo tiene unos recursos asignados a la intervención social en el barrio Santa Inés. Hay unos hogares transitorios para las familias, está todo el tema de la indigencia, está el tema de los ancianos, los niños, hay unos programas que el DABS tiene establecidos. Ahora, sucede que nosotros no hemos empezado por este sitio. Porqué? Porque por muchísimos años todas las administraciones han dicho: voy a intervenir la zona de Santa Inés porque es una zona fundamental, estratégica, etc. Pero nunca ha habido una acción real, concreta de la Administración. El Alcalde Peñalosa llega con el mismo discurso 'vamos a intervenir porque se justifica, porque es legítimo, porque…', entonces la gente lo primero que va a decir es: 'Uy, pero llevan treinta años diciendo que vienen y nunca vienen'. Llegará un punto donde ya hay claridad, credibilidad en el proyecto, hay ejecución del proyecto, que ha sido toda una labor, así como en Galerías Antonio Nariño. El haber hecho un censo que nos haya permitido diagnosticar todo ese problema social entre la Jiménez y la primera, entre la Décima y la Caracas ya es todo un éxito. El hecho que la gente se haya abierto a decir, 'venga yo le contesto su encuesta' representa ya un compromiso de ciudad.

C.C.: Esa encuesta quién la hizo?

E.A.: Eso fue una licitación pública que se realizó a través del IDU, un consorcio para hacer el estudio socioeconómico y definir un plan de acción social a toda esa zona de intervención. Después de eso vino el censo, y se hicieron paralelamente estudios técnicos asociados a la ejecución de suelos. Ni Renovación Urbana ni espacio público estuvieron enfocados en este momento a la adquisición de los predios.

C.C.: Cómo se liga todo el proyecto del Parque Tercer Milenio con la transformación del espacio en la Plazoleta Antonio Nariño?

E.A.: Mire, hay un decreto por el cual, pues obviamente esto se trabaja como un tema de Renovación Urbana, pero si no hay gestión, eso simplemente queda como letra muerta. Ese es nuestro gran reto: entrar a articular proyectos, donde el eje articulador sea el espacio público. Entonces está dentro del concepto urbanístico la integración de la Plazoleta Antonio Nariño con la construcción de un espacio público en todo este sector. Pero más que eso es el tema de que la gente se apropie de los proyectos y entienda para dónde van ellos dentro de la ciudad, para que esto tenga vida propia hacia futuro. Porque la Administración se acaba, pero ellos son los que van a estar ahí; ellos son los que van a beneficiarse, y obviamente la ciudad se beneficia, eso es un desarrollo conjunto. Nuestra obligación es dejarlo creado para que ellos mismos lo desarrollen, porque de pronto pueda haber un promotor de proyectos que le interese, que quiera participar, y genere una dinámica propia del sector privado, pero construyendo ciudad.

C.C.: En términos de apropiación de ciudad, ¿qué nexos con el proyecto tendrían esas comunidades que no están contempladas dentro del uso que hasta ahora le han dado al espacio? Me refiero a los vendedores informales de las Galerías Antonio Nariño, a la gente de la zona de El Cartucho*. ¿Cómo ellos, que de alguna manera ya habían establecido toda una historia en ese sector, pueden sentirse incluidos dentro de ese esquema de apropiación de ciudad?*

E.A.: Mire, sabemos que hay muchos de los comerciantes que tienen interés de quedarse ahí comprando algún local, porque a futuro consideran que deben permanecer dentro del sector. Nosotros no podemos decir que aquí ya sabemos cuántos metros cuadrados de sector comercial van a existir, cuántos metros cuadrados de vivienda, ni qué tipo de mercado es el que se va a generar. Eso lo muestra la misma dinámica de ciudad, y lo que importa es que todas las personas que tengan un espacio acá puedan permanecer ahí. Hay unas plazoletas donde se pueden construir, por ejemplo, unos quioscos, donde haya controladamente unos vendedores que puedan estar ahí, dentro del espacio público. Evidentemente eso se puede presentar.

C.C.: Bueno, yo creo que lo mismo pueden querer los indigentes, es decir, quedarse en sectores aledaños o…

E.A.: Vea, el problema de la indigencia es un problema que no es de decisión propia, porque el problema del indigente no es un sitio de ciudad, es un problema social. Que se quede ahí o que no se quede ahí no importa, porque es que el indigente no debe estar en la calle, él debe estar en un sitio de atención, y que ese sitio esté en Fusagasugá, en Chía o en la Calle Octava con Carrera Quince, no importa. Es un tema social.

C.C.: Bueno, digamos, en el caso de Galerías Antonio Nariño, el tema es el sector comercial que es estratégico. Ellos afirman que otros lugares no les sirven, sencillamente porque el lugar no tiene la misma dinámica comercial que se tiene en este punto neurálgico.

E.A.: Claro, es que el punto neurálgico no es solamente, mirándolo en una perspectiva micro, de la Carrera Once a la Trece y de la Jiménez a la Calle Doce. Usted va a mirar a futuro un sitio de ciudad muchísimo más grande, donde las diez manzanas, donde las veinte manzanas son todas buenas. Y a eso es a lo que hay qué llegar. Ellos están mirando 'ah, no es que todo el mundo pasa por la Décima con Trece'. Y este es un sitio fundamental de la ciudad, claro que sí. Porque aquí va a haber una estación del metro, porque aquí va a haber Transmilenio; aquí no puede haber vendedores ambulantes, aquí no puede haber nada. Tiene que ser un espacio abierto que permita que la gente llegue. Si la gente llega ahí, la gente se expande por todo el sector. Y si usted tiene vivienda acá, y empieza a tener vivienda aquí por los alrededores, entonces se genera otra dinámica social. Eso es lo que hay qué entender.

C.C.: La idea es permitir que en un futuro todo el sector se valorice.

E.A.: Que todo el sector se beneficie!! Es que una intervención que busca recuperar toda una zona del Centro no puede hacerse con paliativos. Debe ser una intervención fuerte. El mismo presidente de la Sociedad Colombiana de Arquitectos definía esta operación de bulldózer, no cierto? De borrar veinte hectáreas, como una operación necesaria que rehabilita un área de influencia muchísimo más grande. Y eso es lo que estamos pretendiendo hacer. La rehabilitación de todo el sector central de la ciudad. Con unas operaciones micro, que evidentemente no son de rehabilitación sino de desarrollo, pero que potencian todo lo demás.

C.C.: Bueno, otra cosa que se puede percibir es cómo un paso de una apropiación del espacio en términos de submundos, a una apropiación del espacio en términos de lo público, es decir, en términos de un espacio que no se apropia un pequeño grupo sino todo el mundo…

E.A.: Pero con una cosa: uno tiene qué tener mucho cuidado con eso, porque un espacio de veinte hectáreas, si uno no tiene claridad en cómo lo maneja, es un espacio que lo domina a uno como persona. Lo que se busca es todo lo contrario, que la persona domine los espacios. Luego este gran espacio puede ser el cúmulo de unos subespacios donde prime la persona.

C.C.: O sea, hay varias posibilidades de actividad…

E.A.: Que no están concretamente definidas hoy en día…

C.C.: Y que permiten que múltiples personas de todas partes de la ciudad participen de esa operación.

E.A.: Exactamente".

La reflexión de Eduardo Aguirre permite comprender en una perspectiva de conjunto el proceso urbanístico que se adelantó en el sector entre los años 1999 y 2003, el cual habría de consolidarse con procesos más recientes de intervención urbanística que están próximos a concretarse, en especial la construcción de las líneas de Transmilenio por las tres grandes vías arterias que circundan el sector (ya están en funcionamiento las de la Avenida Jiménez y la Caracas, mientras la línea de la Carrera Décima está a punto de concluirse) y el Centro Comercial San Victorino, que se convertirá a futuro en el principal Centro Comercial mayorista de la ciudad y el país (Photo 11).

No obstante, esta aproximación a la arquitectura desde un punto de vista técnico y administrativo expresada por los funcionarios de la administración de Enrique Peñalosa entra en conflicto con la de los actores sociales que, como los vendedores informales entrevistados, deben cambiar su actividad y su forma de vida en un lugar de la ciudad, el cual se había constituido ya en un "lugar antropológico"[15] para estos ocupantes del sector. Por ello, la perspectiva urbanística debe ser analizada en el contexto más amplio de la "larga duración"[16] de la historia de la ciudad, en especial si se quieren develar los aspectos patrimoniales que rodean a un sector específico como es el caso de la zona de San Victorino, Santa Inés, San Bernardo y, en general, todo lo que constituye esa gran área que podríamos

[15] El "lugar social" puede ser concebido como el "lugar antropológico" (Augé, 1994b: 57-62), definido por ser un espacio donde "tiene lugar" la construcción de identidades, relaciones e historias. La creación de este escenario conduce necesariamente a la progresiva elaboración de una geometría política y sociocultural sobre una forma territorial cualquiera. Esto confiere elementos de identidad específicos a este grupo humano en su relación con el territorio: "Justamente porque toda antropología es antropología de la antropología de los otros, en otros términos, que el lugar, el lugar antropológico, es al mismo tiempo principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa" (Augé, 1994b: 58).

[16] De conformidad con la perspectiva historiográfica de Fernand Braudel para el análisis de las dinámicas socioculturales, se propone aquí una "genealogía etnográfica y antropológica de larga duración".

denominar “el Centro Histórico de la ciudad de Bogotá al occidente de la Carrera Décima”.

La genealogía espacial que intento plantear para el caso de San Victorino nos habla de un escenario territorial de frontera, la frontera entre la ciudad y el mundo, entre la ciudad española y el territorio indígena, entre la civilización hegemónica y la barbarie subalterna, que tenía en esta zona de Bogotá una posibilidad de confluencia y encuentro. Allí, la historia de la ciudad y el territorio en el cual se ubica el actual Estado colombiano es construida, a la vez, por la sociedad hegemónica que fundó sus cimientos sobre este lugar específico de la ciudad colonial, y por los sujetos socioculturales que le dieron vida y dinamismo al sector en el transcurso de los tiempos. En ese umbral entre los agentes institucionales y los actores socioculturales se fueron gestando las bases de un conflicto cultural e identitario que tuvo una expresión polarizada y radical en los acontecimientos de 1998 a 2000.

Este conflicto entre identidades cristalizó en dos tipos de prácticas sobre el espacio que ha ocupado el sector de San Victorino en el transcurso de la historia: la búsqueda de construcción de una plazoleta conforme a los dictados del urbanismo occidental, que combina los ideales del espacio público y la renovación patrimonial, y la dinámica sociocultural en torno a la actividad comercial y mercantil, transitoria, viajera, ambulante y deambulante, que los usuarios de ese espacio comenzaron a generar desde la misma fundación de San Victorino.

El objetivo de esta “genealogía etnográfica y antropológica” consiste en comprender los aspectos históricos que le confieren importancia arquitectónica y sociocultural a este sector, contexto que es necesario abordar para conocer los elementos que le confieren en la actualidad valor patrimonial a esta zona de la ciudad, pero que también nos permite reconocer los rasgos socioculturales e identitarios generados por aquellos protagonistas de la historia de San Victorino que han participado del devenir histórico del sector, y que le han otorgado un sentido propio, distinto al que suele reconocerse por los criterios y estándares de la patrimonialización dictados por las tendencias globales de diseño y producción del territorio urbano. Esto nos permitirá evidenciar las fuentes históricas y socioculturales de los conflictos generados en torno a las transformaciones promovidas en el espacio de la ciudad por las mencionadas tendencias, que constituyen hoy en día un motivo de confrontación social e identitaria en diversas metrópolis del mundo.

PRIMERA PARTE
Genealogía socioespacial y patrimonial de San Victorino (1598-1998).

Capítulo 1. Urbanismo y arquitectura en San Victorino (1598-1948).

Los historiadores disponen de herramientas muy precarias para describir los detalles de lo que sucedía entre los siglos XVI y XVII. El mismo Michel Foucault lo afirma cuando emprende una arqueología del saber o de fenómenos socioculturales específicos durante la época clásica, y en la ciudad de Bogotá esto es aún más evidente.

En 1900, las Galerías Arrubla fueron objeto de un incendio fraguado, según cuenta la historia oficial, por un comerciante alemán que decidió quemar uno de los establecimientos mercantiles debido a supuestas represalias contra uno de los dueños de los puestos de estas Galerías, situadas en la parte baja del Palacio Liévano (que alberga en la actualidad las dependencias de la Alcaldía Mayor de la ciudad). Pero curiosamente, con este incendio se quemaron los archivos del Cabildo de Bogotá, después de lo cual no quedaron sino rastros mínimos de la historia de la ciudad colonial.

Esto ya de por sí resulta extraño; es evidente que el historiador profesional se ceñirá celosamente a las evidencias y los rumores dominantes de la época, lo dicho en los periódicos, gacetas y otras publicaciones oficiales, como si éstas en su momento no estuvieran construyendo y elaborando una visión específica de la historia, en especial después de los acontecimientos que dieron lugar a la independencia de la Nueva Granada y en un contexto caótico de guerra civil, pues este incendio se produjo en plena Guerra de los Mil Días, la guerra interna más sangrienta de todas cuantas se presentaron en el siglo XIX y principios del XX en un país que se encontraba apenas en proceso de consolidación nacional. Uno podría estar tentado a preguntarse, entonces, ¿qué era lo que los verdaderos causantes de este incendio pretendían ocultar? Es posible que la Academia Colombiana de Historia no esté muy interesada en que estas preguntas se formulen (y no sólo en razón a cuestiones de escrupulosidad historiográfica), pero son cuestionamientos que caben, sin duda, dentro de las probabilidades.

La cuestión es que los investigadores de todos los tiempos, por funcionales o no que seamos al sistema hegemónico, nos quedamos sin muchas herramientas para emprender una pesquisa genealógica con cierto fundamento, lo cual permitió sin duda a los historiadores inventar los cimientos de la memoria urbana y nacional que descansaba en tales documentos.

Pero esto, en realidad, no me genera ningún tipo de inquietud; ya en el pasado, los españoles habían quemado los templos indígenas, arrasado su memoria y confiscado sus códices. Entonces, el proceso de sometimiento de las poblaciones que se quedaron sin sus registros históricos y, por lo tanto, sin sus huellas de

identidad, no hizo más que continuar. La "colonización de la memoria y los imaginarios" ha sido una práctica de vieja data. Por ello, lo que intento relatar en estas páginas es una fábula, un cuento de hadas, que puede ser acogido por quienes les llame la atención, sin la pretensión de establecer a partir de esta narración discursos ideológicos o de poder. De cualquier manera, no pretendo en esta indagación ir tras la búsqueda de la verdad, ni tampoco tras su construcción, sino simplemente dejar la constancia histórica de una posibilidad o una sospecha.

Bogotá es una ciudad informal, pues no existe acta de fundación de la ciudad. Bogotá es, desde el incendio de los archivos, una ciudad de hecho. Además, hay incontables discusiones entre los historiadores en torno a la fecha de fundación de Bogotá, si Jiménez de Quesada fue el fundador o debió esperar a Federmán y Belalcázar, que no fue el 6 de Agosto de 1538 sino en 1539… Eso significa que la ciudad no es real? Entonces, tampoco me generan inquietud las discusiones en torno a la "veracidad" de mi relato. Lo que cuenta, en mi opinión, es que parte de elementos *reales*, los cuales se pueden constatar a partir de reiterados documentos históricos y observaciones actuales. Quesada, Federmán y Belalcázar, uno de ellos o todos juntos, en cualquier caso, emprendieron las gestiones fundacionales de carácter oficial en un lugar resguardado de los indígenas y otros eventuales invasores por los cerros orientales y dos quebradas, que serán denominadas de San Agustín y de San Francisco, las cuales servían al mismo tiempo de fuentes de agua para los colonizadores. Algunos dicen que la fundación fue en el actual sector de Teusaquillo, pero el hecho es que la ciudad finalmente terminó asentándose en este lugar de la Sabana (Carte 4), cuya ubicación ofrecía condiciones estratégicas de defensa y abastecimiento.

Poco a poco, la ciudad se fue consolidando, en un proceso lento y de cierta inestabilidad que duró alrededor de medio siglo. En un principio, la ciudad no tenía una traza basada en una concepción arquitectónica definida; las Ordenanzas de Poblaciones de 1573, expedidas por Felipe II, las cuales son consideradas como el primer código de urbanismo de la Edad Moderna, dieron inicio a un proceso sistemático de creación de ciudades en América.

Es importante comprender el contexto histórico en el cual se enunciaron estas Ordenanzas. Europa vivía la época del Renacimiento, y el proyecto de ciudad americana estaba inspirado en una maduración del urbanismo medieval, el cual condujo a la aparición de un diseño y una planeación de la ciudad conforme a los dictados de la tradición grecorromana y las formas platónicas, que dieran lugar a una disposición geométrica y racional del espacio, a una conquista del entorno natural por la fuerza de la civilización. El proyecto cultural renacentista, con el cual se abrió camino en el mundo la modernidad occidental, recuperaba las pretensiones de unidad conceptual de la filosofía griega, mezcladas con el monoteísmo cristiano y el absolutismo monárquico.

Esto dio lugar a una ciudad ideal en América, cuyo fundamento conceptual predominante fue *la traza cuadrada*: "El origen renacentista de la traza parecía tener más fundamento, pues se cree generalmente que las ciudades ideales son una propuesta exclusiva del Renacimiento, y que el rigor geométrico de la castramentación romana sólo pudo redescubrirse en la Edad del Humanismo" (Salcedo, 1996: 36-37). Al principio la traza era regular pero de manzanas oblongas; a partir de 1529 comienza a adoptarse el patrón urbano de manzana cuadrada, conforme al cual se diseña la ciudad de Santa Fé[17].

Las ciudades en América que respondieron a patrones irregulares estuvieron determinadas por accidentes geográficos insalvables, con respecto a los cuales el ideal de la traza cuadrada intentaba acoplarse. En efecto, muchas de las ciudades americanas obedecen a un trazado semirregular, inducido por factores tanto geográficos como históricos. En Bogotá, las quebradas que rodeaban el Centro Histórico en donde se localizó la ciudad originaria rompían con el ideal de las calles rectas y las manzanas cuadradas, con cruces a espacios regulares. El Vicachá, nombre indígena para el río que más adelante fue llamado San Francisco, era el principal de estos afluentes, y fue determinante para establecer la morfología de la ciudad colonial. En el mapa de Carlos Cabrer (Carte 5), uno de los primeros mapas levantados de la ciudad colonial, puede apreciarse de manera clara cómo Santa Fé, una vez establecidas sus principales parroquias, seguía estando determinada por el azar de las sinuosidades de las quebradas que le confirieron un límite natural al momento de su fundación.

Una de estas parroquias era la de San Victorino, que fue fundada en 1598. Fue la última de las parroquias de la ciudad colonial, después de La Catedral, Santa Bárbara (1575) y las Nieves (1585). Por esa razón, a Santafé se le denominaba "la ciudad de las cuatro parroquias". Con la fundación de las cuatro parroquias se considera que se da inicio a la ciudad colonial (1600). Cada una de las parroquias de Santafé desarrollará identidades particulares en función de la adoración a sus respectivos santos y de su posición en el contexto de la ciudad.

En el mismo año de 1598 se constituye la plazuela de San Victorino, donada por los hijos de Francisco Hernán Sánchez, primer dueño de las tierras que estaban más allá de la carrera Novena. En ese año la ermita, fundada en 1577 por Sánchez, se erige en parroquia. Las dificultades de la geografía hicieron difícil la creación de un límite de los dominios de ese barrio, lo cual era importante para efectos del pago de servidumbres:

[17] Nombre de la ciudad de Bogotá en la época colonial.

> "Fue votada la fiesta de San Victorino por Abogado contra los hielos que suelen hacer daño a los panes recién sembrados; y un vecino llamado Francisco de Hernán Sánchez dio el sitio en el que se le edificó iglesia de paja, la cual se fundó en parroquia al principio de Septiembre de 1598, por los señores Deán y Cabildo Sede vacante, cuyo distrito se sacó del que tenía la parroquia de Las Nieves, dividido por la calle que baja desde el puente de San Francisco arrimada al convento, el río abajo hasta el campo. Y habiendo venido por Marzo del año siguiente de 1599 el señor Arzobispo don Bartolomé Lobo Guerrero, añadió a esta parroquia de San Victorino un pedazo de feligresado, sacado del que tenía la Iglesia Mayor, que se divide por la calle que está una cuadra más abajo del convento de la Concepción, y corre Norte Sur desde el río de San Francisco hasta encontrarse con el Distrito de Santa Bárbara" (Ibáñez, 1891: 48-49).

San Victorino era la última de las plazuelas principales erigida en la ciudad, después de la Plaza Mayor y la Plaza de San Francisco (Carte 6). La irregularidad de esta plazuela se explica por el "accidente" del río, no por trazados urbanos previos a la ocupación española o por una traza constituida de forma espontánea. Esto significa que el ideal de la ciudad renacentista tuvo que ceder a la inminencia de la geografía, y para ese entonces las técnicas de la arquitectura occidental no podían dar solución a tal obstáculo para la construcción de la ciudad soñada. La historia de Santafé quedó de esta manera marcada, a pesar de las disposiciones reales, por una integración entre las leyes del hombre y las de la naturaleza; Santafé, y en especial el sector de San Victorino fue, desde sus orígenes, una ciudad semiformal, un territorio de umbral, un escenario de frontera entre lo deseable y lo repudiable.

En efecto, San Victorino era y no era ciudad; era entrada, puerta, lugar de confluencia entre "el afuera" y "el adentro". Era el lugar de la relación, del intercambio, del encuentro entre la ciudad y el mundo. Pero asimismo, se convirtió en un punto de contacto entre el mundo español y el indígena, y más adelante, un escenario de encuentro entre las elites y los grupos subalternos a la sociedad hegemónica, así como un lugar donde los integrantes de los mismos grupos subalternos solían confluir para interactuar y vivir su propia experiencia de ciudad.

Pero evidentemente, no era el único lugar donde las clases sociales se mezclaban; en las demás plazas también existían actividades que ofrecían esta opción. Lo que ocurría es que San Victorino era puerta de entrada, tanto desde el camino a Honda, puerto sobre el río Magdalena que comunicaba a Santafé con el mar Caribe, como hacia los territorios del altiplano cundiboyacense, a través de la llamada *Alameda Vieja*, nombre dado al camino que partía de la plazuela de San Victorino hacia el

norte por las márgenes occidentales de la ciudad y desembocaba en el Camino Real, o Camino a Tunja (Carte 7). Esta "Alameda" seguía el trazo de la actual Carrera Trece, la cual llega a encontrarse con la Carrera Séptima (Antigua Calle Real del Comercio) a la altura de la Iglesia de San Diego (donde la Carrera Séptima se convertía en el Camino a Tunja), puerta de salida de la ciudad colonial por el norte y sector en donde actualmente se encuentra el denominado "Centro Internacional". En un momento dado, a principios del siglo XIX, el camino a Honda adquirió el nombre de *Alameda Nueva*:

> "Otros componentes urbanos acentuaron la planimetría santafereña poco antes del final del mandato español. Esos componentes que fueron dos flamantes avenidas, recibieron el nombre de *Alameda Vieja* y *Alameda Nueva*. Se llamaron Alamedas porque se quiso imitar la hermosa avenida de Lima que estaba arborizada con álamos. Árbol que no tuvieron las alamedas santafereñas; pero subsistió la intención primera. Las dos partían de la plazuela de San Victorino; hacia el norte la *Alameda Vieja*, por ser ésta la primera que se puso en servicio. (…) Surgió la *Alameda Nueva*, de la necesidad de dar una presentación decorosa al camino de Fontibón, que comenzaba en la plazuela de San Victorino. Por el clamor colectivo de los vecinos de este barrio, se iniciaron las mejoras que culminaron con una imitación de la Alameda al Norte y se llamó *Alameda Nueva*. Tuvo también el nombre de Paseo del Prado. Esa Alameda se prolongaba unas cinco cuadras, contadas a partir de la plazuela de San Victorino" (Martínez, 1997: s.p.).

Esto le daba a San Victorino un carácter especial, pues a través de dos vías exteriores a la ciudad se podía llegar a una plazuela que era parte de la ciudad pero al mismo tiempo quedaba "al otro lado del río". La diagonal que creaba el río en ese punto le proporcionaba a ese sector un carácter ambiguo, pues la ciudad (el actual Centro Histórico de Bogotá) se había expandido en ambas márgenes, pero hasta la altura de la carrera novena. De ahí para adelante, la perpendicular que trazaba el río permitía definir "las afueras de la ciudad". Entonces, la diagonal ubicada entre el descenso del río San Francisco desde los cerros hacia occidente y el cauce que toma el río cuando se dirige en línea casi recta hacia el sur hasta desembocar en la quebrada de San Agustín es un espacio "entre-medio", es decir, ni horizontal ni vertical, ni afuera ni adentro, y a la vez cerca y lejos del centro de la ciudad (Carte 8):

> "El río San Francisco era el principal de la ciudad. Conocido por los muiscas como Vicachá, fue llamado San Francisco desde mediados del siglo XVI por el convento de franciscanos que se construyó a sus orillas, en lo que hoy es la Avenida Jiménez entre carreras Séptima y Octava. El río, con su profundo lecho de orillas escarpadas e irregulares, se erigió

> en muralla que separaba entre sí a las parroquias de La Catedral, Las Nieves y San Victorino, y sólo hasta muy entrado el siglo XIX se construyeron los puentes necesarios para facilitar la comunicación entre ellos (Carte 9). (…) Luego de cruzar los cerros por el Boquerón, descendía rápidamente y profundizaba su lecho al entrar en la ciudad por la parte alta de los suburbios de la parroquia de Las Nieves. (…) Continuaba luego su curso hasta llegar a la altura de la actual carrera Novena con Avenida Jiménez, donde comenzaba a formar una ligera curva que, luego de pasar cerca de la plazuela de San Victorino, se prolongaba hasta la plaza de Los Mártires y, desde allí, continuaba en línea recta hacia el sur hasta la Calle Sexta…" (Mejía, 2000: 67).

La característica de "puerta" de la ciudad le confirió paulatinamente a San Victorino una categoría de primer orden en el contexto urbano, y le otorgó, en la opinión de muchos, la condición de "puerto seco" de la ciudad:

> "La plazuela de San Victorino y el paseo de la *Alameda Nueva* (o calle del Prado) eran los ejes de esta parroquia, la que adquiría su importancia al servir como *puerto* de entrada a Bogotá" (Zambrano y Mejía, 1998: 26);

> "En la segunda mitad del siglo XVIII, San Victorino se convirtió en la parroquia con mayor grado de expansión y en una de las principales puertas de entrada a la ciudad. Cuando los viajeros llegaban a Santafé por el camino de la *Alameda Nueva* o por el camino de Occidente (el camino a Fontibón), el sector de San Victorino era el primer indicio de ciudad. Por allí se llegaba al río Magdalena y por éste a los puertos del Caribe y del resto del mundo. En este entrar y salir de la ciudad, la plazuela de San Victorino fue un punto de real importancia que al cruzarla se entraba al sector central de la ciudad. *De allí que el sector se convirtiera desde un comienzo, por su posición geográfica, en el puerto de la naciente ciudad*" [El subrayado es nuestro] (Rojas y Reverón, 1998: 231).

Aún así,

> "La parroquia de San Victorino (…) mantuvo su puesto secundario durante la segunda mitad del siglo XIX. Aunque es cierto que para 1912 este sector multiplicó por siete el número de habitantes que congregaba en 1793, llegando a tener en 1881 el índice de crecimiento más alto de toda la ciudad, la realidad es que San Victorino fue la zona de menor aumento en términos absolutos de población a todo lo largo del siglo XIX. Por esta razón, San Victorino fue invariablemente la parroquia más pequeña de la ciudad, situación que ayudó a fortalecer la percepción

> que se tenía de San Victorino *como lugar de paso y puerto terrestre de Bogotá*"[El subrayado es nuestro] (Mejía, 1997: 122).

Si se atiende a estas afirmaciones, que considero acertadas, vemos cómo los puertos constituyen "zonas de frontera", lugares que comunican a un territorio con otras regiones y, por extensión, con el resto del mundo. En las Ordenanzas de Poblaciones de Felipe II se establece que "la plaza mayor de donde se ha de comenzar la población, siendo en costa de mar, se debe hacer al desembarcadero del puerto…" (Ordenanza 112). Así se hizo en la ciudad de Cartagena, por ejemplo; no obstante, en Bogotá se produjo una separación de funciones, pues la Plaza Mayor actuaba como eje central de la vida social santafereña, mientras San Victorino actuaba como puerto de entrada y salida de bienes y personas.

Pero la condición de puerto también le confiere a estos lugares una serie de características particulares; en primer lugar, su carácter de flujo, un espacio con movilidad incesante; en segundo lugar, el escenario propicio para la comunicación y el intercambio de todo tipo de bienes, mercancías y servicios; tercero, la proliferación de gentes, la presencia de una diversidad de prácticas y la aparición de actividades ubicadas en los límites de la legalidad.

Entonces, y pese a su importancia en términos funcionales, San Victorino conservó, en todo caso, una categoría de segundo orden en el contexto de la ciudad. Y esto también se refleja en la jerarquía simbólica de su nombre en el imaginario religioso de la cristiandad: a diferencia de San Francisco, de San Agustín o de la importancia que tiene la Catedral en la escala eclesiástica, el nombre de San Victorino es prácticamente desconocido. Es más, su onomástica es el 2 de Noviembre, la cual se confunde con la fecha de San Víctor. Eso quiere decir que San Victorino no es precisamente uno de los santos más "populares" de la cristiandad, aunque su elección como protector de la parroquia tiene una alta connotación "popular", bastante próxima al mito:

> "Viendo esta ciudad que por los meses de Julio y Agosto, Diciembre y Enero se helaban las sementeras y hortalizas de sus contornos, determinaron los Cabildos elegir un abogado que nos defendiera de calamidad tan continuada. Juntáronse para el efecto en la iglesia Catedral y echaron en un vaso algunas cédulas con los nombres de algunos Santos: invocaron la gracia del Espíritu Santo, con su oración acostumbrada; un niño entró la mano en el vaso y sacó una cédula en que estaba escrito San Victorino. Repararon que no era de los Santos que estaban en el Breviario. Volvieron al vaso la cédula, y todas revueltas volvió el niño a entrar la mano y sacó la misma cédula con el nombre de San Victorino. Volvieron a hacer la misma diligencia de revolver las cédulas, porque deseaban un santo que se hubiera dado a

> conocer en el oficio divino. Salió tercera vez la misma cédula, y reconociendo que era voluntad de Dios que entre todos sus Santos eligieran al glorioso obispo y mártir San Victorino, lo eligieron por abogado invocando su patrocinio contra los hielos" (Ibáñez, 1891: 50-51).

Esto sucedió en 1578, con lo cual San Victorino, además de ser el santo de la parroquia, se convirtió en "el patrono contra los hielos que queman los panes recién sembrados". El Licenciado Antonio Fernández fue el primer cura de San Victorino; a partir del 11 de Marzo de 1601, el clérigo Gaspar Núñez tomó a su cargo el oficio religioso en la parroquia. En el templo se veneraba

> "…un hueso de la garganta de San Victorino, preciosa reliquia que trajo de Roma el maestro don Fray Francisco de la Trinidad y Arrieta, de nuestra religión, obispo de Santa Marta, quien estando para consagrarse en Cartagena, supo de los religiosos de nuestro convento en que vivía, que en esta ciudad de Santafé había una iglesia dedicada a San Victorino, y para que en ella se venerara con toda reverencia, le donó la dicha reliquia, y la entregó al Padre Maestro Fray Francisco de Vargas, que entonces era provincial, para que la trajese, y su paternidad la entregó a Juan de Soto Maldonado, Mayordomo de la dicha iglesia" (Ibid.: 48).

Los elementos míticos y de santidad, expresados en la reliquia, confirman la búsqueda de una legitimidad del santo ante los ojos del pueblo. De alguna manera, considero que lo que quiso instaurarse aquí fue la creación de un santo para el pueblo, para las gentes que no hacían parte de la civilización urbana sino que afluían a Santafé y se encontraban con esta primera parroquia, situada en los márgenes de la ciudad. San Victorino es, a la luz de tales argumentos, un santo marginal, tanto con respecto a la jerarquía católica como en la relación que establece con los frutos del campo en los alrededores del entorno urbano.

Otro elemento que hace del sector de San Victorino una zona especial de la ciudad tiene que ver con la forma de la plazoleta que allí se construyó desde la época colonial. Los sucesivos mapas realizados hasta bien entrado el siglo XX demuestran de manera inobjetable la continuidad histórica del hecho que la plazoleta de San Victorino era una plaza triangular, no cuadrangular, ubicada en la ribera occidental del río Vicachá, que en lengua muisca significa "el resplandor de la noche". Un nombre ambiguo, en momentos en que el ímpetu de la Ilustración se prefiguraba sobre los territorios americanos (Cartes 10-14).

De acuerdo con el formalismo académico existente en el urbanismo, la plazoleta de San Victorino no era semirregular, sino "propiamente irregular", en la opinión de Jaime Salcedo:

> "En cuanto a la morfología urbana, tan sólo cabe distinguir entre ciudades irregulares, cuyo origen es espontáneo, y ciudades regulares, que son todas las que tuvieron una fundación expresa. Las ciudades semirregulares no tienen razón de ser como tipología, pues son ciudades trazadas torpemente, es decir pseudo irregulares, o son ciudades regulares en que los accidentes del terreno u otras razones impidieron (…) el crecimiento ortogonal del núcleo primitivo, razón por la cual deben considerarse como ciudades regulares con sectores irregulares, propiamente" (Salcedo, 1996: 223).

Esto denota una práctica clasificatoria aún derivada de la lógica moderna occidental. Pero la pregunta es : ¿Ante todos los elementos citados, que trascienden lo puramente arquitectónico, no podría decirse que la plazuela de San Victorino se instituyó como un espacio semiformal? ¿Cuáles son las consecuencias de denotarla como tal? ¿Porqué resulta inaceptable que una ciudad o un sector de la misma sea "semirregular", cuando todos los elementos de la evidencia empírica apoyan esta hipótesis? Ese argumento, tal y como está planteado, es un argumento excluyente, que sólo atiende al purismo evidente en las búsquedas de la arquitectura clásica y moderna, así como en las concepciones académicas disciplinares tradicionales. Pero al día de hoy, esa proposición resulta absurda. Si podemos hablar de América Latina como el lugar de "el extremo occidente" o el territorio de "la modernidad periférica", ¿porqué la arquitectura y el urbanismo no pueden permearse de un conocimiento intersticial? ¿Cuál es la razón para persistir en el dogmatismo arquitectónico aplicado al orden urbano?

Es posible que la inevitable forma de la plazuela de San Victorino, así como su ubicación en el contexto de la ciudad, expliquen el hecho de que San Victorino haya sido siempre considerada una plazuela, antes que una plaza, dentro de la jerarquía urbana colonial. O, dicho de otro modo, una plaza de segundo orden en la estructura urbana. En esta clasificación residen varios argumentos de carácter moral, simbólico y legal:

> "…el modelo urbano utilizado en América tuvo dos componentes, a saber, la tradición militar del campamento, que se reconoce en el trazado de manzanas alargadas principalmente, y la ciudad ideal cristiana formulada en España durante la Edad Media y cuyo símbolo más notorio es la manzana cuadrada. Ambas tradiciones se funden a menudo en el trazado en damero de la ciudad indiana, y dado que no es posible separar la actividad militar de la concepción religiosa en la

historia medieval española, quizá sea aceptable reducir el modelo teórico de la ciudad indiana a uno sólo: la Nueva Jerusalén" (Ibid.: 225).

En este sentido, el cuadrado era una forma geométrica con una importante carga simbólica: "…se entiende por cuadratura la perfección que debe existir entre los fieles, puesto que en arquitectura los sabios siempre prefirieron lo cuadrado. Los cuatro lados iguales significan los cuatro Evangelios y las cuatro partes del mundo desde donde debían concurrir los hombres a la Iglesia…" (Pinto, en Ibid.: 237). La Plaza de San Victorino rompe de manera clara con esta condición, situación que será afianzada por otros acontecimientos históricos.

Otro elemento importante que considero necesario dilucidar es la ubicación exacta de la plazuela en la ciudad colonial, debido a los reclamos de los vendedores informales en la época de los desalojos de sus casetas, quienes afirmaban que el lugar de la plazuela era a la altura de la *Alameda*, o la Carrera Trece. En efecto, los mapas de todos los tiempos confirman que la plazuela de San Victorino se encontraba ubicada entre las Carreras Doce y Trece, y las calles Doce y Trece, es decir, abarcando apenas la mitad del área ocupada por el comercio informal antes de los desalojos de 1999.

Un factor que permite confirmar esta constatación es la ubicación del puente de San Victorino. Existían cuatro puentes sobre el río San Francisco al final del período colonial: Las Aguas, San Miguel, Micos (calle 13) y San Victorino (Carrera 12 con Calle Doce). De ninguno se conoce la fecha exacta de construcción (Mejía, 2000: 70), aunque algunos proponen el año de 1791 como una fecha posible de inauguración de la obra en San Victorino:

> "El puente de San Victorino, sobre el río San Francisco, quedó situado en la actual intersección de la calle 12 con la carrera 12. Tuvo una notable importancia, debida al hecho de ser esa zona, el paso forzoso hacia el camino de Occidente, la vía por la que Santafé se comunicaba con el mundo. Se desconoce la fecha de su construcción, pero se sabe que era una obra sólida y maciza, tal como la describe el historiador Eduardo Posada: 'Era semejante al de San Francisco, de sillería, arco ojival y barandal de piedra redondeada en la cima. El río se veía a gran profundidad'" (Trejos, 2007: s.p.).

Este último dato es importante para comprender la distancia que había entre la parroquia y la zona céntrica de la ciudad, pese a su proximidad aparente. En realidad, la parroquia se comunicaba de manera indirecta con la Plaza Mayor, y para acceder a ella se debía ascender hasta el Puente de San Miguel, el primero que se construyó sobre el río San Francisco hacia mediados del siglo XVI, a la altura de

la Calle Real del Comercio (Carte 9). El de San Victorino fue el segundo puente sobre el San Francisco, y el quinto de la ciudad. Pero lo que considero más importante destacar es la ubicación del puente: en la intersección de la calle 12 con carrera 12. Esto significa que la plazuela de San Victorino debería quedar, al menos, hacia el occidente de la Carrera 12. Otro elemento que confirma el argumento de los comerciantes informales para su permanencia en el lugar, pues las Galerías Antonio Nariño fueron reubicadas entre las Carreras Once y Doce, alcanzando a ocupar apenas una parte de lo que era la antigua plazuela colonial. La misma ubicación de la carrera 12 permite confirmar la ubicación de la antigua plazoleta respecto de la ciudad, así como la irregularidad provocada por el curso del río:

> "12. La carrera 12ª. Es muy irregular. Empieza en la calle 4ª., sigue al norte a salir a la esquina de 'La Reforma'; continúa en la misma dirección, pasando por la cuadra del antiguo 'Divorcio', después Asilo de Locas, y llega a la esquina de la antigua Carnicería; ahí se interrumpe y reaparece en la Calle del Cartucho; al fin de esta cuadra se interrumpe de nuevo por el río San Francisco; reaparece en el extremo nordeste de la Plaza de Nariño (San Victorino); sigue al norte, pasando por la Calle de los Curas y el 'Chorro de San Antonio', y va a terminar en la calle 24, una cuadra arriba de 'El Cairo'" (Patiño, en Martínez, s.f.: 115).

La antigua plazoleta comenzaba, así, entre las carreras 12 y 13; el puente se encontraba exactamente donde en la actualidad se encuentra ubicado el edificio Juan B. Páez, patrimonio arquitectónico de la ciudad (Carte 15, Photos 12 et 13).

Todo lo anterior nos permite afirmar que el espacio público en Galerías se invocaba por los funcionarios de la Administración como un discurso a futuro, sin relación con la historia ni con el pasado de la Plazoleta, aunque basados en una construcción histórica textual y fotográfica que legitimaba su acción en pos de la modernización y el desarrollo de la ciudad.

Capítulo 2. La plazuela y el no-mercado: aspectos de la vida social y cotidiana en Bogotá y San Victorino durante la colonia (1492-1820).

> "…los proyectos urbanos van estableciendo una nueva morfología y van dejando escrito lo que la sociedad piensa de sí misma en ese momento. (…) El mapa de la sociedad, fragmentado por intereses de distinto tipo, ocupa los diferentes fragmentos de esta ciudad"
> Zambrano, Fabio, en *El Espectador*, Septiembre 26 de 1999, pág. 2-D.

Pero la ciudad no puede ser vista simplemente en términos arquitectónicos y urbanísticos, sino que debe ser apreciada también desde un punto de vista sociocultural. Y esto, en el sector de San Victorino, se traduce en los usos y

prácticas que en este espacio y sus conectividades, expandidas de manera directa o indirecta, física o inmaterial, en todo el contexto urbano y también con un alcance global, han venido ocurriendo desde la instauración de esta configuración socioespacial en tiempos de la Santafé colonial.

Estos elementos han ido transformándose y sucediéndose unos a otros, develando el carácter y la identidad que la plazoleta había terminado por adquirir en el transcurso del tiempo. Y en el contexto del debate planteado, resulta de principal importancia conocer el tipo de actividades realizadas por las gentes que, por una u otra razón, entraban en contacto y relación con la Plazoleta de San Victorino. Este análisis estuvo ausente casi por completo de los debates que los funcionarios de la Administración efectuaron para establecer el tipo de usos a los cuales se debería destinar el espacio previsto para el desalojo y el reordenamiento espacial, lo cual evidencia un imperialismo de la geometría, la técnica y las aproximaciones científicas cuantitativas aplicadas al urbanismo y la arquitectura sobre las discontinuidades, incoherencias y contradicciones de la dimensión humana y los aspectos cualitativos de la vida social.

Es debido a esta relación histórica asimétrica entre lo cualitativo y lo cuantitativo, a la brecha que el dogmatismo de la "razón" filosófica y lógica creó entre las ciencias exactas y las ciencias sociales y humanas durante la modernidad ilustrada (la cual continúa ejerciendo su influencia en la conformación de las ciudades en la hipermodernidad), que considero indispensable efectuar una revisión exhaustiva de la vida social y cotidiana cuyo devenir llenó de sentidos el espacio abierto por la actual plazoleta, así como sus conexiones reales y simbólicas con la ciudad en el transcurso de su historia.

Las plazas de la ciudad colonial fueron concebidas para albergar una gran diversidad de actividades, en torno a las cuales se aglutinaban las dinámicas socioculturales más representativas de la vida urbana. No obstante, podemos observar también que las plazas fueron las centralidades principales del mercantilismo naciente, el cual sentaría las bases del capitalismo y la especulación con el suelo urbano. Esta característica daría lugar a una situación ambigua, pues al tiempo que la plaza era el escenario por excelencia de la diversidad y complejidad de la vida social urbana, su gran relevancia en el ámbito de la ciudad le otorgaría una gran fuerza de atracción que conduciría paulatinamente al establecimiento de segregaciones y exclusiones con respecto a quienes habrían de ser los principales beneficiarios de los privilegios que confería un lugar de estas características, centro de la actividad social, económica, política y cultural de un entorno regional vinculado a una compleja estructura territorial de ciudades insertas en el entonces naciente proceso de globalización. Debido a ello,

> "Entre nosotros, la idea democrática de la distribución del suelo urbano, aún después de la Independencia, fue escamoteada por un régimen escriturario ancestral. El sistema de encomiendas y de relocalización de comunidades indígenas expoliadas por familias 'beneméritas', emparentadas con los conquistadores o con funcionarios coloniales, estuvo siempre sometido a los rituales y ceremonias de la servidumbre. La formación de ciudad fue desde sus orígenes anómica. Todos los conflictos principales que han perturbado a Santafé están relacionados directa o indirectamente con la propiedad del suelo. Todavía hoy sigue siendo el gran problema" (Niño, 1996: 13).

Las condiciones de la conquista y la colonización americana fueron determinantes para que la ciudad de Santafé, al igual que el resto de las ciudades latinoamericanas, quisiera siempre establecerse en una posición diferenciada con respecto a la ciudad indígena y a sus modelos predominantes de relación con los territorios: "…la exclusión social de corte semifeudal fue desde la fundación el mecanismo político de la Corona de España para dominar sus colonias y realizar el saqueo de sus riquezas" (Ibid.: 83). Esto se vio reflejado en las formas de repartición del suelo urbano entre los conquistadores, cuyo principal punto de referencia fueron siempre las plazas principales de las nuevas espacialidades construidas. En Santafé, por ejemplo,

> "El trazado de la ciudad se hizo a partir de la Plaza. Se delimitaron las manzanas aledañas y se fijaron los sitios para la construcción de la Iglesia y el Cabildo; luego se repartieron los solares así: un cuarto de manzana para los conquistadores de mayor rango, y solares y medios solares de acuerdo al grado de participación en la empresa conquistadora. Así se iba ocupando el territorio a partir del núcleo de la plaza: este espacio central de exclusión mantendrá por mucho tiempo su supremacía simbólica y social" (Ibid.: 96).

De este modo,

> "En las ciudades latinoamericanas, (…) el acto de fundación de un asentamiento se entendió como la determinación de una estructura en la cual estaban claramente definidos los espacios públicos y las parcelas que podían ser repartidas entre sus habitantes. Sin embargo, esta determinación estructural apareció inmersa en toda una serie de factores políticos de dominación que se interrelacionaron con intereses económicos. *Así se configuró el espacio público como espacio de poder, en el que se manifestaban las jerarquías sociales y políticas que reflejaban el distanciamiento social que siempre se produjo en nuestra ciudad*" [El subrayado es nuestro] (Rojas y Reverón, 1998: 228).

Este distanciamiento se produjo entre una élite de poder europea y una sociedad subordinada a ella que en principio estuvo representada por las comunidades indígenas sometidas durante el proceso de conquista. Por ello, la voluntad de los sectores dominantes fue la de mantener separados los espacios en los cuales éstos ejercían el gobierno de las poblaciones y el control de los territorios, con respecto a aquellos lugares en los cuales habrían de establecerse el conjunto de las comunidades puestas bajo su autoridad. Desde un principio, la intención del conquistador fue la de separar los sitios de congregación de los españoles y los pueblos nativos, pero confiriéndoles a ambos los rasgos socioculturales distintivos de la élite dominante, con el fin de avanzar en el proceso de aculturación que ellos se habían propuesto, y que implicaba la negación tajante de las costumbres y tradiciones aborígenes: "La exclusión del estamento indígena del control de su espacio vital se hallaba en proporción directa a la consolidación terrateniente en el paisaje santafereño" (Niño, 1996: 110).

Es por ello que los llamados "pueblos de indios" irían apareciendo poco a poco en las inmediaciones de los grandes centros urbanos, aunque separados de ellos, así como en las regiones más inhóspitas y próximas a los territorios o enclaves productivos en donde se necesitara mano de obra indígena. Aún así, indígenas y europeos no pudieron evitar los encuentros y las interacciones diversas que darían lugar al profundo e intenso proceso de mestizaje sociocultural latinoamericano; además, esta distribución demográfica sobre los territorios americanos tampoco fue lo suficientemente eficaz como para disuadir a las poblaciones indígenas de renunciar a sus prácticas ancestrales, induciéndolos a acompañarlas de tácticas de ocultamiento y simulación que fueron integrándose de manera cada vez más evidente a su quehacer cultural.

Entonces, así como el europeo sentaba las condiciones para la vida en los territorios bajo su dominación, los indígenas y demás poblaciones sucesivamente sometidas también hacían presencia en los lugares de habitación y residencia de los europeos, dando lugar a la inevitable hibridación del hecho urbano en el marco de una sociedad dividida y segregada. Así, "Aunque la organización con base en parroquias y pueblos de indios amparaba el modelo de organización de las dos repúblicas, el alto mestizaje del altiplano [cundiboyacense] hacía cada vez más difícil el mantenimiento de la separación de la población" (Bonnett, 2001: 15). Podría decirse que los pueblos de indios fueron la base constitutiva de la sociedad rural, mientras las parroquias se convirtieron en el escenario para la gestación de una sociedad urbana. Y, de conformidad con las diversas jerarquías y castas vinculadas al mestizaje, en los pueblos de indios la mezcla cultural tenía raíces predominantemente indígenas, mientras en las parroquias la identidad criolla se fundó en rasgos marcadamente ibéricos.

En este contexto, las plazas mayores y las parroquias –cuya vida social y cotidiana también solía desarrollarse en torno a una plaza o plazuela de menor cuantía- fueron los escenarios donde se produjo de manera efectiva la hibridación sociocultural en los nuevos entornos urbanos dispuestos por los europeos en América. Y allí, dos fueron las actividades que con mayor fuerza propiciaron esa integración entre las poblaciones escindidas por el acontecer histórico: las festividades y los días de mercado.

Pues bien, en la plazuela de San Victorino estas dos actividades tuvieron presencia, no sólo vinculadas a un entorno parroquial, sino integradas asimismo al conjunto de la dinámica sociocultural de la ciudad y, de una manera singular, al resto del mundo, que iniciaba en el siglo XVI el establecimiento de las redes de interconexión entre las múltiples territorialidades locales a escala planetaria. Como hemos señalado,

> "La plaza de San Victorino, en la trilogía de las plazas santafereñas, aparece al promediar la segunda mitad del siglo XVI. Fue y es, de las tres [de Bolívar, de Santander y de San Victorino], la de menor categoría como componente urbano, y su historial no destaca tantos acontecimientos significativos como sus predecesoras. Al surgir como área cívica ocupó el terreno que antes era anegable por las continuas crecientes del río San Francisco que allí se explayaban, cubriéndolo con detritos animales y vegetales y espesos mantos de lodo. Algunos arreglos encaminados a encauzar el río y su posición como escala obligada de las entradas y salidas del camino a Honda, estimularon en su contorno un paulatino desarrollo urbano aunque a extramuros de la ciudad de entonces.
>
> "Hacia el año de 1578 Don Francisco Hernán Sánchez, terrateniente y hombre de empresas, decidió urbanizar las extensas áreas que recuperadas de la influencia del río allí poseía. La actividad urbanizadora estaba en vigencia en aquel tiempo en Santafé. De ese negocio se ocupaban a la vez Lope de Céspedes y Cristóbal Bernal, promotores de los barrios de Santa Bárbara y Las Nieves, respectivamente. La especulación con tierras suburbanas ha requerido siempre en nuestro medio de la inmediata construcción de una iglesia. Y Don Francisco Hernán Sánchez atenido a este lema, tan favorable a sus propósitos, inició en aquel año la erección de un modesto templo en uno de sus predios y a la vez, en alarde de generosidad, cedió para plaza el área frontera del mismo. La construcción de aquel centro de oración fue lenta porque cortas y paulatinas fueron las contribuciones y limosnas del piadoso pero pobre vecindario" (Martínez, 1978: 138).

Como puede apreciarse, la parroquia de San Victorino era, en este contexto, la más pobre y la más marginal de Santafé. Es por ello que, en los relatos históricos de toda índole, aparece siempre mencionada en segundo o tercer plano. Los estudios urbanos sobre la ciudad, especialmente los referentes a los siglos previos a la época de Independencia, suelen centrarse en la Plaza Mayor, en la Calle Real y en los grandes acontecimientos de la historia oficial, en los cuales escasamente aparece la alusión a los hechos cotidianos de San Victorino, inmersos en un largo anquilosamiento hasta bien entrado el siglo XVIII. Esto lo puedo afirmar luego de una revisión exhaustiva de los libros existentes sobre la historia de Bogotá, e ir más allá de eso implicaría una meticulosa y difícil labor historiográfica, una ingente revisión de documentos en el Archivo General de la Nación y la Biblioteca del Congreso, en los cuales sólo atinaría a encontrar documentos oficiales y actos legislativos que me habrían dado escasas pistas sobre el acontecer de la vida en San Victorino más allá de los elementos aquí reseñados. En ese sentido, la investigación que realicé aspira a abrir nuevos caminos para estudiosos de otras disciplinas, y espero que esta senda abierta constituya una inspiración para que más personas se interesen por la vida cotidiana de las parroquias en la Santafé colonial.

La plazuela y la parroquia de San Victorino aparecen en el espacio de la ciudad casi de manera involuntaria, forzados por los acontecimientos y la progresión del proceso urbanístico de Santafé. Las tierras no eran propicias para la edificación, y el movimiento de capitales era aún precario en una ciudad perdida en la Cordillera de los Andes, la cual no constituía en realidad un punto estratégico de primera importancia para el proyecto hispanoamericano en sus primeros tiempos. Santafé no fue ni siquiera capital de un virreinato hasta bien entrado el siglo XVIII, y aún así, para ese entonces, "'La falta de comercio en el Reino, anotó el Virrey Messía de la Zerda, es tan excesiva que ninguno tiene activo'. A su vez en 1703 el virrey Mendihueta enfatizó: 'Este reino no tiene fábricas con que dar ocupación y subsistencia a la población, fomentar su industria y mantener un comercio floreciente. Debe por ahora ser minero y agricultor'" (Martínez, 1976: 99).

La vida en Santafé, como en otras ciudades del Nuevo Reino de Granada, era parroquiana y cansina. Sus dinámicas eran, ante todo, limitadas a un estrecho espacio regional, y las dificultades en el transporte y la falta de vías para acceder al altiplano dilataban hasta el hastío sus interacciones con el resto del mundo. En el contexto y las lógicas del naciente mercantilismo, Cartagena de Indias era incluso una ciudad más dinámica, importante y estratégica que Santafé.

Así, el proceso de constitución y organización de la ciudad fue forjándose lentamente, y en el transcurso de dos siglos fueron muy escasas las transformaciones operadas dentro de los límites urbanos: "En los 200 años, contados a partir de 1578, con el surgimiento de San Victorino, fue natural la

expansión del retículo cuadrangular de las calles, la formación de las zonas residenciales y la construcción de nuevas obras. Tal conjunto colmó los espacios que en el plano de finales del siglo XVI aparecen en disponibilidad en la vecindad de los templos, y que el urbanorama de Morata apretuja para expresar los afectos religiosos y la consiguiente densificación urbana" (Martínez, 1997: s.p.).

En este contexto, la identidad parroquial estuvo fuertemente ligada al influjo que la iglesia ejercía sobre sus fieles, congregados en torno a los rituales católicos: "El día de los patronos en cada iglesia era solemnísimamente celebrado, y concurrían allí frailes y clérigos con la diversidad de sus hábitos y las insignias de doctor, que eran muy peregrinas y curiosas. El capítulo metropolitano iba en procesión solemne a Las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino, cuando se celebraban en esas iglesias las fiestas religiosas del caso, y los franciscanos salían a visitar en idénticas circunstancias a los de Santo Domingo" (Bermúdez, 1925: 14). Pero también, en el caso de San Victorino, su condición de "lugar de paso" y de puerta de entrada a la ciudad hizo que en este lugar se encontraran individuos de muy diversas procedencias, lo cual estimuló la hibridación y el intercambio con personas vinculadas más estrechamente a otras lógicas socioculturales, especialmente en relación con las comunidades indígenas y campesinas existentes en ese espacio regional entre los siglos XVI y XVIII.

Pero de estas dinámicas de encuentro participaba, en todo caso, el conjunto de una sociedad urbana que, para ese entonces, tenía una escala espacial y demográfica muy reducida[18], en donde prácticamente todos se conocían entre sí, haciendo de Santafé un escenario familiar en el que cualquier suceso, pese a su aparente intrascendencia, adquiría importantes proporciones. Sin lugar a dudas, la fiesta que llegó a adquirir una mayor relevancia en la Santafé colonial fue la celebración del *Corpus Christi*, en la cual participaban todas las parroquias de la ciudad por medio de una procesión que contribuía a afianzar la integración parroquial y presentar el hecho urbano como un todo unificado. El ritual del *Corpus* era la ocasión en la cual la ciudad entera se aglutinaba en torno a una festividad que pretendía integrar los aspectos de las sociedades española e indígena, pero siempre en un contexto de legitimación de las relaciones vigentes de hegemonía y subordinación: "…la suntuosidad que se quiere dar a la festividad y que hace que todos los elementos disponibles se utilicen con fines decorativos resalta, *por ser característico de la celebración en Hispanoamérica*, el énfasis dado a los elementos del entorno natural del hombre: fauna, flora y artesanía. Esto puede explicarse en la 'simbiosis que se produjo entre las creencias de los naturales y la doctrina católica'" [El subrayado es nuestro] (González, 1995: 41).

[18] Hacia 1675, la población de Santafé estaba estimada en 5.000 personas, aunque en Pueblo Viejo, zona indígena ubicada en las proximidades de San Diego, habitaban alrededor de 10.000 personas.

El ritual del *Corpus* era, así, una institución mediadora entre las prácticas socioculturales de los pueblos indígenas y las tradiciones católicas provenientes de Europa, orientado a una progresiva "domesticación de las mentalidades y las corporalidades" de las poblaciones sometidas. La fiesta era elaborada en torno a la temática del mito fundacional del Paraíso, que buscaba integrar a los indígenas a la cristiandad a través de su estrecha relación con la naturaleza:

> "En la plazuela se preparaba el Paraíso, que era el purgatorio de Adán y Eva, figurado por dos muchachos medio desnudos y ataviados con vestidos de plumas, semejantes a los que usaban los indios. Con arbustos se formaba una imitación de parque, cercado con festones de laurel. Allí yacían todo el día, para encanto de los menores, los animales raros, como cafuches, armadillos, borugos, venados, buitres, tigrillos, micos y loros; la serpiente tentadora era una tripa de res, soplada, con cabeza de algodón mordiendo la manzana. A veces figuraba una gran ballena en seco, hecha con armazón de chusques forrados en papel pintado de negro y ojos hechos de asientos de botella" (Cordovez Moure, 1988: 187).

En este contexto, "…las danzas de indios, comparsas de baile y cuadros alegóricos, representan el ritual profano", a través de "danzas rituales adaptadas al ceremonial religioso" (González, 1995: 42). En una sociedad colonial fuertemente estratificada, el baile se delega "para su ejecución a las clases más pobres" (Ibid.: 47), lo cual tiende a representar la diferenciación frente a la moralidad cristiana en el espacio del ritual católico, y en consecuencia, la estigmatización, burla y condena social frente a quienes lo practican: "El baile da la posibilidad de que el cuerpo participe totalmente en la modificación de su espacio acostumbrado y por eso su ejecución es considerada perturbadora de la norma social" (Ibid.). Por eso, el baile se regula y controla incluyéndolo en el rito católico, y posteriormente desaparece del ceremonial, lo cual es prueba y símbolo de la búsqueda de una progresiva unidad de sentido en la vida urbana desde épocas coloniales.

La legitimidad que alcanzó a tener este tipo de rituales contrastaba significativamente con otras tradiciones propias de las poblaciones indígenas, que eran proscritas por las instituciones europeas debido a su distanciamiento frente a los parámetros establecidos por la sociedad conquistadora: "…los Muiscas también hacían procesiones, y en estas fiestas especiales referidas a las cosechas, a los ciclos naturales, o a la investidura de un cacique principal, la borrachera era una parte fundamental de la celebración" (Niño, 1996: 116). La chicha, bebida hecha a base del fermento de maíz, constituyó desde épocas muy tempranas la expresión de una amenaza contra el orden social, no solamente por sus características embriagantes, sino porque representaba una contravención al orden moral impuesto por la iglesia católica en los territorios del altiplano

cundiboyacense. Desde entonces, la chicha es reconocida como la bebida "popular" por excelencia entre indígenas y campesinos, y los establecimientos en donde se vendía, al igual que habría de ocurrir con el pulque en México, serían un punto de reunión de los estamentos inferiores de la sociedad colonial.

Lo anterior provocaría que estos lugares de encuentro de las clases populares fuesen sistemáticamente perseguidos, y no por la bebida en sí, sino por una serie de factores de diversa índole, tales como el atentado a las normas morales, la competencia que representaban para otras bebidas embriagantes y el riesgo de alteración del orden social que conllevaba la reunión de gentes, lo cual podría ser fuente de eventuales amotinamientos y conspiraciones, especialmente en tiempos de tempestad política. El edicto del arzobispo Pedro Felipe de Arzúa del 29 de Septiembre de 1748, respaldada por una Cédula Real, rezaba:

> "El rey… mandó se cerrasen en los días de fiesta las pulperías en que se vende la bebida llamada vulgarmente chicha por los gravísimos daños que ocasiona, así en lo espiritual como en lo temporal, manifestando las vivas expresiones que contiene ser causa su inmoderado uso de peligrosos repentinos accidentes corporales, de graves y torpes pecados, de quedarse sin misa en los días de precepto muchos indios y gente común, y de faltar a la explicación de la doctrina cristiana, de que viven tan ignorantes (…), originándose también las riñas y pendencias que privados de la razón mueven entre sí; e, igualmente, por lograr mayor consumo en las chicherías (…) se pongan para vender chicha mujeres mozas a cuyo lado concurren por lo regular otras de una vida licenciosa de que resultan lastimosas consecuencias que se dejan considerar y fomentar con los ingredientes que se mezclan en esta bebida, y son tan abominables, que por modestia omitió expresarlas dicho prelado…" (Niño, 1996: 116).

Muchas de estas pulperías podían encontrarse en diversas partes de la ciudad, y existían varias de ellas en el sector de San Victorino, cuyos vestigios todavía pueden ser apreciados en algunos establecimientos de la zona, lo cual es muestra del arraigo popular, campesino e indígena, que ha mantenido el sector a todo lo largo de su historia.

Es así como, mientras unas determinadas prácticas socioculturales eran promovidas, había otras que eran claramente proscritas, dependiendo de los intereses y designios de la elite dominante. En este sentido, otro de los aspectos de la puesta en escena ritual durante las festividades del *Corpus Christi* era la existencia de un mercado económico e imaginario asociado con la vida del entorno regional de la ciudad, esto es, los elementos del mundo americano que no estaban

directamente vinculados a la realidad construida por los europeos en el espacio continental:

> "Con motivo de las festividades (…), la plaza principal de Bogotá presenta durante varios días un aspecto curioso, mediante plantaciones improvisadas se la transforma en un jardín al que se le da el nombre de Paraíso, donde se reunían como en un campo de feria los indios y otras gentes que viven en la campiña de los alrededores, para vender o sólo para exhibir todo género de productos por ellos fabricados, amén de frutas y animales raros o extraordinarios" (Le Moyne, en González, 1995: 41).

La puesta en escena propiciada por el mercado contribuía a una "familiaridad con los objetos y los productos" existentes en los nuevos territorios entre los españoles, factor que favorecía el acercamiento entre las poblaciones sometidas, los ibéricos y la naciente sociedad criolla, facilitando de este modo la transculturación y la integración plena de los europeos al ecosistema en donde se procuraba perpetuar el proceso de colonización.

Este tipo de exhibiciones dinamizaba el hecho sociocultural del incipiente mercado urbano, cuyas mercancías eran en su mayoría extraídas de ese entorno regional, el cual era controlado desde el altiplano. Así, en el ámbito de la cotidianidad, el mercado constituía el escenario de ese intercambio de productos ya reconocidos por los habitantes urbanos en el marco de las festividades. Con motivo de éstas últimas, "Ninguno llega a la ciudad con las manos vacías porque es preciso aderezar el paraíso" (Ibid.: 41), lo cual repercutía indirectamente en la exuberancia de los mercados semanales realizados en las plazas de la ciudad (Photos 14-16).

La plaza española en la época medieval no excluía la posibilidad de albergar en su seno dinámicas mercantiles, situación que se mantuvo durante la época colonial en las ciudades latinoamericanas:

> "Al transcurrir los siglos estas plazas españolas tuvieron qué adaptar su empleo al vaivén de los usos y tradiciones locales y a las de los pueblos invasores que sucedieron a Roma. Ante tan continuos períodos de agitación y de guerras las ciudades se replegaron entre murallas protectoras, restringieron el ámbito urbano y cercenaron los espacios públicos más vulnerables, entre esos los de las plazas públicas. La plaza, que en Grecia y Roma fue aislada, reservada a los peatones, resultó así irrumpida o cruzada por calles, y nuevos credos religiosos estimularon la destrucción de sus edificios principales. En el contorno así desordenado se apretujaron las casas, con o sin las arcadas

> tradicionales, *y reducida a su más simple expresión, se destinó finalmente a mercado público*" [El subrayado es nuestro] (Martínez, 1976: 57).

Esto no sucedió en Europa solamente en el ámbito de la práctica social efectuada en los espacios urbanos. Por el contrario, los textos clásicos recuperados en los albores del Renacimiento, que fueron la inspiración del proyecto de la nueva ciudad latinoamericana, no rechazaban de ninguna manera la idea de hacer de la plaza un lugar dedicado, entre otras actividades, al intercambio de mercancías. Entre ellos tenemos

> "…el texto de Vitrubio relacionado con el foro, que al hispanizarse tomó definitivamente el nombre de plaza. Las plazas, escribe este arquitecto contemporáneo de Augusto, deben ser útiles como centro comercial y de espectáculos. Para el desempeño de esta doble misión recomienda se prevean amplias galerías circundantes, al servicio de las tiendas ocupadas por cambistas y comerciantes, y para cómodo abrigo del pueblo que asista a los eventos. He aquí el origen, esta vez aceptado oficialmente, de la plaza como centro comercial, como teatro abierto o centro de regocijos, espectáculos o diversiones populares; desempeños admitidos por la autoridad imperial de Augusto y naturalmente acogidos por el temperamento festivo de los españoles quienes, en su turno, habrían de traerlos a sus colonias. *Complementó Vitrubio sus normas urbanísticas recomendando el rigor geométrico del rectángulo para la plaza*" [El subrayado es nuestro] (Ibid.).

Por esta y otras razones, las plazas coloniales de las primeras ciudades latinoamericanas no tuvieron ningún problema en incorporar desde un principio actividades relacionadas con el comercio y el intercambio de productos, sin desmedro de otras funciones integradas a la dinámica sociocultural de aquellos tiempos:

> "A través de los ya largos cuatros siglos que miden su pasado se destacan estas plazas como testigos de acontecimientos patrios, los más significativos y entrañables. Se desempeñaron atendiendo las matizadas expresiones del *ágora*, el *forum* y el teatro. En sus suelos figuró el mercado público en determinados días de la semana. Comerciantes y mercaderes las eligieron para instalar en sus marcos el almacén de ultramarinos, los bazares de fruslerías, los baratillos surtidos de artesanías vernáculas, las chicherías, el comedor, la posada y el hotel de viajeros, servicios que alternaban con los talleres donde lucían sus actividades los sastres, los zapateros, los talabarteros o con los despachos del boticario, el escribano público y el leguleyo. *En el trajín de las especulaciones en bienes raíces fueron estos centros polos de atracción en*

> *torno a los cuales prosperó el desarrollo espacial con los consiguientes factores de valorización o plusvalías* [El subrayado es nuestro]" (Ibid.: 130).

En la Santafé colonial, el mercado de los viernes solía realizarse en la Plaza Mayor, aunque existían también mercados que funcionaban en las otras dos plazas: la del Parque Santander, conocida como "la Plaza de las Yerbas", pues allí se comerciaban vegetales y yerbas aromáticas; y la de San Victorino, que no fue oficialmente un mercado sino hasta mediados del siglo XIX, pero que, debido a su carácter de puerta y puerto de la ciudad, dio lugar a un mercado de productos que no podían ser ingresados a la zona urbana debido a las dificultades de circulación por la misma, tales como ganados y maderas, además de albergar otras expresiones espontáneas de intercambio de bienes y servicios. Desde entonces, San Victorino se perfiló como un comercio mayorista y orientado hacia el expendio de insumos para la actividad productiva. Por su parte,

> "El comercio agropecuario y hortense tenía como centro de sus actividades la plaza mayor de Santafé, donde todos los viernes tenía lugar el mercado público. Asistían los campesinos con frutos y frutas, legumbres, hortalizas y demás artículos de consumo diario. Concurrían los mercaderes y tratantes en pequeña y mediana escala con el incentivo de utilidades pecuniarias como fruto de sus transacciones (…) El mercado de Santafé –escribió en 1647 Flórez de Ocáriz- 'es abundante y regalado de sustento por la fertilidad de la tierra para todas las semillas naturales y extranjeras, y para ganados de todos los géneros'" (Martínez, 1976: 99-100).

Las condiciones climáticas y la calidad de la tierra en el Altiplano, sumadas a la extraordinaria proximidad de las tierras templadas, le otorgaban a los mercados de Santafé una variedad increíble de productos agrícolas, característica admirada aún hoy en día por turistas y viajeros de todo el mundo, los cuales se regocijan con la variedad de flores, legumbres y frutas tropicales que pueden encontrarse en esta y otras regiones de Colombia. Al salir de la Sabana de Bogotá por cualquiera de las salidas de la ciudad hacia tierra caliente, se pueden encontrar en la carretera puestos con cualquier cantidad de frutas enormes, raras y maravillosas que preservan un sabor incomparable. Es preciso recordar que Colombia es el segundo país con mayor biodiversidad del mundo, y esto se refleja en aquellos lugares donde se lleva a cabo el comercio rural.

Mangos exquisitos, papayas jugosas, guanábanas gigantes, gordas gallinas criollas y otro sinfín de productos confundidos en una contrastante efusión de repugnantes y deliciosos aromas, dispuestos en el suelo de la plaza o en tenderetes para ser ofrecidos a una apaciguada y azarosa procesión de gentes que deambulan entre los indígenas-campesinos para abastecer las despensas de sus casas

animados por la actividad y el fragor del intercambio, es la escena que -podemos imaginar- ocurría los viernes en el mercado de la Plaza Mayor:

> "Es día de mercado. Gentío vocinglero.
> El toque de las doce suena en la Catedral.
> Todos la frente inclinan, en la mano el sombrero,
> y hay silencio en la plaza y en la calle real.
>
> Luego, desde la audiencia, la voz del pregonero
> grita que será castigado con la pena mortal
> o capital será todo cismático, blasfemo o hechicero.
>
> 'Yo el Rey', dice la cédula, dada en El Escorial.
> La siesta. Se oye el agua por el caño. Modorra.
> Monserrate, entre brumas, lentamente se borra.
> La tarde. Bellas damas se ven en el balcón.
>
> Y bendiciendo al pueblo, la Plaza Mayor cruza,
> en su mula retinta, de pradera andaluza,
> el Arzobispo, en el lento paseo a Fontibón"
> (Arciniegas, en Mercado, 1998: s.p.).

Y si el Arzobispo salía hacia Fontibón, debía cruzar el Puente de San Miguel y descender por la ribera del río San Francisco hacia el Camino a Honda, atravesando, inevitablemente, la plazuela de San Victorino.

Pero, pese a la solemne afirmación de autoridad señalada por esta imagen poética, los días de mercado eran la ocasión y el pretexto que tenía la ciudad colonial para aliviar las jerarquías impuestas por la "sociedad dual"[19] y propiciar un encuentro desprovisto de las formalidades rituales entre los habitantes del amplio territorio regional:

> "La plaza mayor, con el favor del mercado en su piso y catedral en proceso con frente sobre la misma, venció el aislamiento y el desamparo que tuvo en sus primeros años. Tan espléndidas gabelas le devolvieron el prestigio que en la traza de la ciudad se le había asignado. (…) En el plano social desempeñó la Plaza [Mayor] un papel muy importante:

[19] El término de "sociedad dual" se aplica a esa voluntad de los conquistadores europeos de crear una sociedad diferenciada respecto a los indígenas, aunque las dinámicas socioculturales convirtieran posteriormente a los escenarios urbanos en lugares de hibridación y encuentro: "Era (…) una sociedad brutalmente tajada en dos, en la que conquistados y conquistadores constituían dos estratos yuxtapuestos sin interpenetrarse, una irreductible sociedad dual. El conquistador la creó en los hechos y luego la justificó transformándola en un esquema totalmente válido. Era la condición necesaria de lo que se había propuesto hacer, la consecuencia irreversible de lo que había hecho" (Romero, 1999: 116-117).

> nacer o vivir en su marco confería alcurnia o señales de riqueza o prestancia. Pero estas categorías perdían su posición en los días de mercado o de regocijos públicos, en los que los santafereños, sin distinción de rangos, se adueñaban de la Plaza y al amparo del ámbito festivo se aflojaba la tensión de las jerarquías y se fundían y nivelaban las categorías de los estamentos. *La plaza se magnificaba entonces como aula fascinante de la democracia*" [El subrayado es nuestro]" (Martínez, 1976: 48-49).

Con esta cita, Carlos Martínez está confirmando el carácter democrático del mercado, en lugar de ver en él un escenario de pobreza y marginalidad sociocultural. Por el contrario, esta visión está retomando el carácter comunal y "popular" de la plaza, entendido como la integración entre las gentes de la élite y el pueblo a través de actividades diversas y no necesariamente excluyentes, reivindicando de este modo *la validez del hecho social del mercado como proyección de una realidad política*, hecha evidente no sólo en el plano abstracto -y a veces falaz- del discurso, sino a través de los objetos, las prácticas y el contacto humano casual entre las personas que desnudan, en este tránsito, sus motivaciones profundas y las contingencias de su condición social.

Algo similar ocurría en San Victorino los días de domingo, pero con ocasión de los paseos que los habitantes de Santafé solían realizar hacia las afueras o en las inmediaciones de la ciudad. Tal y como suele ocurrir en los pequeños poblados, los paseos eran la ocasión de ver y ser visto, de encontrarse con los vecinos y gozar de una ocasión para el esparcimiento, así como una forma de expresión del funcionamiento de la sociedad, de sus lógicas y sus jerarquías: "…El domingo era otra cosa: (…) los criados y los niños se iban por la tarde al Guarrús de las Aguas o de Fucha, *y casi todo lo mejor de la población paseaba por San Victorino*, donde se veían pasar los tres únicos coches que había en la ciudad, a saber: el del Virrey, el del Arzobispo y el de la familia Lozano, llamado comúnmente el de las Jerezanas" [El subrayado es nuestro] (Acevedo de Gómez, 1988: 59).

Como se ha mencionado, la plazuela de San Victorino era el punto de partida de las dos vías que llevaban hacia el perímetro o las afueras de la ciudad: la *Alameda* y el *Camellón*[20], o camino a Honda.

> "La alameda fue la única innovación en el espacio público del período colonial. Esta fue esencialmente un elemento paisajístico, con plantaciones de árboles, flores y elementos decorativos, caracterizada por ser un recorrido peatonal de esparcimiento y localizado en los límites entre lo urbano y lo rural. La introducción de la vegetación en el

[20] Terraplén central que da lugar a un camino para los vehículos. El Camellón de Honda o Camellón de San Victorino corresponde a la vía que comunicaba a Santafé con Fontibón hasta bien entrado el siglo XIX.

espacio público marcó el inicio de una verdadera revolución y evolución en el pensamiento de la sociedad colonial. Las primeras alamedas construidas se localizaron de la siguiente manera: en el sentido oriente-occidente –hoy calle 13- a partir de lo que corresponde actualmente a la estación del ferrocarril, y en el sentido sur-norte –hoy carrera 12- entre San Victorino y San Diego" (Montezuma, 2000: 474-475).

Las Alamedas fueron concebidas como vialidades para los paseos urbanos. Tal era su función; más allá del sector de las Alamedas, estos caminos constituían rutas hacia el exterior de la ciudad. Pero en las inmediaciones del espacio urbano, la función de las alamedas consistió en brindarles a los habitantes la posibilidad de disfrutar del paisaje y el ambiente rural; es decir, un punto intermedio entre el campo y la ciudad:

"Aunque desde el gobierno del señor Zerda, que estaba en todo, todo se ha olvidado, sino es vn Camellon de tierra, que se hizo en el callejón de Fontibón en tiempo del señor Guirior, y que para mantenerlo correspondería rehacerlo cada año, ó cada dos: las alcantarillas en el de el señor Flores, que si no se hace vn formal Camellon de piedra, breve será menester gastar lo mismo, que costaron: y Vna alameda, ó paseo, para que contribuyeron algunos amantes del bien publico, que, si no buelve a terraplenarse, breve será intransitable, sino es Verano [sic]" (Silvestre Sánchez, en Mercado, 1998: 96).

Esta mención a ambos paseos urbanos data del siglo XVIII, pero la función de las alamedas continuó presente y se hizo más evidente en la ciudad republicana, tal y como lo manifiestan algunos viajeros de Bogotá en el siglo XIX:

"La *Alameda* o paseo público está ubicada al pie de la ciudad, en San Victorino. Llega hasta San Diego y es muy frecuentada los domingos por la tarde. (…) El paseo tiene una milla de largo. Aquí no hay grandes caminadores y una vuelta corta es suficiente. Desde allí la vista se halla libre de todas las edificaciones que la estorban, abarca por entero la línea de montañas que respalda la ciudad. Guadalupe y Monserrate, con sus cimas nubladas, se ven muy bellas" (Stewart, en Romero, 1990: 90-91);

"Bogotá tiene un lindo paseo en *La Alameda*, que hace parte de su camino a Tunja. Ancha, plana y bastante derecha, se extiende por unas dos millas fuera de la ciudad y a sus lados hay árboles cuyos troncos están unidos por un intrincado seto de rosas silvestres. Aunque ni a los habitantes de la capital ni a los del campo les gusta mucho pasear y se limitan a hacerlo en los andenes de la *Calle Real*, sucede que se ve en *La*

> *Alameda*, sobre todo los domingos, una numerosa concurrencia. Pero los que frecuentan más este paseo son los jóvenes elegantes, quienes al andar de sus caballos la recorren todas las tardes" (Gosselmann, en Rivas y Bayona, 1988: 145).

El paseo por las alamedas era, por tanto, un paseo intraurbano, efectuado entre San Victorino y San Diego o hacia las riberas del río Bogotá. Pero desde San Diego hacia el norte se abría el camino a Tunja, y desde la actual estación de ferrocarril hacia Occidente, allende el río Fucha, los viajeros se dirigían hacia las tierras cálidas de la cordillera oriental que desembocaban en el río Magdalena. Así,

> "Si un observador curiosea el plano del Virreinato le será fácil percatarse que la ciudad capital a finales del siglo XVIII permanecía prácticamente aislada de sus provincias y del mundo exterior. A esta altura de su historia contaba Santafé con las mismas vías y los mismos medios de transporte establecidos precariamente en sus primeros años. Los santafereños, por fuerza de una resignación consentida, se habían habituado al servicio fluvial del Magdalena, inseguro e inestable, y a las inconveniencias de los caminos que le daban acceso. Las desventajas del río como vía de transporte fueron denunciadas claramente poco después de fundada Santafé. Juan López en 1543 y Antonio Jove en 1583 se dirigieron a la Corona pidiéndole comedidamente con argumentos irrebatibles la orden de abandonar el río, y en su lugar la expedición de un mandato con miras a abrir un camino carreteable 'desde la culata de la laguna de Maracaibo a Santafé'. Las razones de uno y otro no fueron atendidas porque las peticiones que pudieran significar participación de las cajas reales no merecían atención. Fue así el Magdalena por largos años el camino por excelencia [(Photo 17)]" (Martínez, 1976: 100).

De este modo, San Victorino jugó siempre un papel central como punto de comunicación de la ciudad con el resto del mundo. Esto hace que la plazuela tenga un significado muy especial para Bogotá en cuanto a la historia del transporte urbano e interurbano:

> "En otra página ya se han mencionado los caminos que irradiaban de Santafé. Por estos mismos caminos se desarrollaron los transportes de mercaderías en el Nuevo Reino de Granada. Fueron naturalmente lentos y angustiosos, porque lentos fueron los caminos. La vía entre San Sebastián de Mariquita -que así se llamó primero el puerto de Honda- y Santafé requería de suma paciencia para recorrerla [(Photos 18 et 19)].

> (…) "La primera empresa transportadora de que se tiene noticia, autorizada por la Real Audiencia en 1555, estuvo a cargo del encomendero de Facatativá, Tocaima y Sasaima, Don Alonso de Otalla y su socio Hernán de Alcocer, encomendero de Bojacá. Fue éste el primer servicio de transporte organizado entre el embarcadero de Honda y la ciudad capital. Con itinerarios más o menos fijos, servidos por recuas de mulas, llevaba y traía las mercaderías destinadas a la exportación y las que de España llegaban para abastecer a los primeros comerciantes de Santafé.
>
> "De Honda a Santafé las recuas empleaban siete días, haciendo escalas en Guaduas, Villeta, Agua Larga –Albán- y en Los Manzanos. En este último lugar, cercano a Facatativá, se construyó una casa destinada a dar albergue a los viajeros. *Se estima ésta como la primera construcción destinada a hotel en nuestro país*. Otra escala obligada era Fontibón, cuando las aguas anegaban la parte baja del camino entre esta población y Santafé.
>
> (…) "Con los siete días de recorrido entre Honda y Santafé, el transporte de una carga de géneros entre Cartagena y la capital, presuponía unos 52 días de viaje. El total por fletes ascendía a la suma de 36 pesos fuertes, con la adición de cuatro reales por bodegaje y quince pesos por carga, correspondientes al tramo entre el puerto de Honda y Santafé" [El subrayado es nuestro] (Martínez, 1997: s.p.).

¡Dos meses para subir a la Sabana! Hoy en día, el trayecto entre Honda y Bogotá puede cubrirse en automóvil en un lapso de ¡tres horas! Esta información da cuenta del aislamiento en el que se encontraba el altiplano cundiboyacense respecto al resto del mundo: "De Honda se sube a mil trescientas setenta toesas hacia Santafé de Bogotá. La ruta es entre rocas, de pequeñas escalas talladas, anchas de dieciocho a veinte pulgadas, de suerte que las mulas pasan con trabajo; es mala más allá de toda descripción" (Martínez, 1976: 102).

Esta situación condujo a la necesidad imperiosa de mejorar las vías que interconectaban a Santafé con las salidas de la ciudad, lo cual dio lugar a la aparición del denominado *Camellón* en el camino a Honda:

> "Con el nombre de '*El Camellón*' se conoció en 1575 la importante mejora material del camino a Honda en el sector comprendido entre Santafé y Fontibón. Ocurría en épocas de lluvia que estas localidades quedaban incomunicadas por la laguna alimentada por el río Funza, que en esos períodos multiplicaba su caudal y al desbordarse causaba grandes inundaciones. Para cruzar la laguna se empleaban balsas improvisadas.

Tal fue la que tomó para regresar con su padre a la encomienda de Novillero, la hermosa dama de alta posición social y rica heredera doña Jerónima de Orrego. El oidor don Francisco de Anuncibay, que cortejaba a la atractiva joven, tomó nota, mientras la acompañaba, de las pésimas condiciones del camino que conducía al embarcadero. Al regresar a Santafé propuso el oidor a la Real Audiencia la urgente necesidad de levantar una calzada en tierra entre Santafé y Fontibón para solucionar las inconveniencias del tránsito. El proyecto fue aprobado. En ese mismo año se iniciaron los trabajos con un ínfimo préstamo de las cajas reales al Cabildo de Santafé.

"Fue esa obra muy lenta y engorrosa porque ínfimos fueron también los aportes que ocasionalmente se le asignaban. Casi dos siglos después, en pleno gobierno virreinal, aún se trabajaba en la dicha calzada y en las dos zanjas llamadas alcantarillas que para su protección y desagües fueron indispensables. Correspondió al virrey Pizarro impulsar la obra con la creación de un impuesto a las bestias que entraban y salían cargadas con abastecimientos y artículos diversos. Con ese arbitrio, continuado bajo el virrey Solís, se adelantó considerablemente la obra y se convirtió en una importante fuente de ingresos que posteriormente se dedicaron a la construcción de caminos, puentes y obras públicas" (Martínez, 1997: s.p.);

"…el Arzobispo Virrey: A la entrada de Santafé hallará V.E. una calzada o camellón –entre Fontibón y la capital-, hecho a esfuerzos del virrey Pizarro y su sucesor, en que se enterraban las mulas de carga, por formarse allí con tierra gredosa un inmenso barrial, que interrumpía muchos meses del año la comunicación de la capital con los pueblos de aquella parte" (Martínez, 1976: 102).

(Hoy en día, Fontibón ha dejado de ser un municipio cercano para convertirse en un barrio más de la capital colombiana, y todo el trayecto está completamente urbanizado, como ocurre con otros sectores de la ciudad que se encontraban sumergidos en humedales y ahora son activos escenarios urbanos).

La conectividad de San Victorino con las regiones aledañas a través de estos caminos hizo de la plazuela colonial un espacio urbano en el cual se congregaba una gran población indígena y rural; allí solían encontrarse recuas de mulas o grupos de indígenas que cargaban mercancías y viajeros en sus espaldas o en carretas (Photo 20), las cuales también usaban para llevar al mercado muebles o materiales de construcción. Cuando alguien necesitaba de sus servicios los podía encontrar en el atrio de las iglesias o en las chicherías de los alrededores. Desde entonces, la parroquia comenzó a erigirse como un escenario de confluencia de los

grupos marginales o subalternos a la sociedad española. La mayoría de los mestizos (población que se diferenciaba de los criollos por el predominio de sus raíces indígenas) laboraban como artesanos, tratantes, pulperos y jornaleros.

De este modo, San Victorino comenzaba a adquirir importancia como centralidad estratégica que retroalimentaba las dinámicas urbanas, lo cual le permitió, al cabo de dos siglos, alcanzar un reconocimiento y una significación de primer orden en la ciudad que crecía y se consolidaba a partir de 1717 como la capital del virreinato de la Nueva Granada: "Cuando en 1774, por orden del rey Carlos III, se distribuyó la ciudad en ocho barrios, San Victorino ya ocupaba un espacio importante en Santafé, porque su localización privilegiada, a la entrada de la ciudad, lo hacía punto obligado de encuentro para los viajeros y para el comercio de todas las mercancías que surtían la ciudad colonial" (FENALCO, 1994: 8).

Y justamente, el 10 de noviembre de 1774, con ocasión de estas reformas que ya cargaban aires de modernidad, la parroquia de San Victorino se transforma en barrio, "el barrio más grande de Bogotá para el siglo XVIII, con 32 manzanas" (Zambrano, 1998: 7), incluyendo, por supuesto, la plazuela de San Victorino: "Su área estaba limitada por sesenta cuadras, de las cuales cinco que limitaban los costados de la plazuela de San Victorino" (De la Rosa, 1938: s.p.).

Los lugares más representativos del barrio, además de la plazuela y la iglesia de San Victorino, eran "la casa de divorciadas y hospital de niños expósitos, con renta en los diezmos" (Fernández Piedrahita, 1998: 90), además de otros dos espacios urbanos de cierta importancia:

> "Otra pequeña plazuela existía en este sector, la de La Capuchina, al frente del convento del mismo nombre y cuya iglesia se convirtió en parroquial al destruirse la antigua durante la década de 1820. Sobre la ribera derecha del río San Francisco, a la altura de la Calle Octava con Carrera Once, se encontraba una última e informe plazuela, la de la Carnicería. En conjunto, San Victorino tenía 32 manzanas demarcadas a comienzos del siglo XIX, lo que significaba un área de 32 hectáreas o el 16 por ciento de la superficie de Bogotá" (Zambrano, 1998: 26).

Hacia 1803, aparecerá en la plazuela otro elemento determinante del espacio urbano durante todo el siglo XIX, y que afectará muchas de las dinámicas del sector: la pila de agua del barrio.

El sector siempre había mantenido una relación estrecha con el agua desde su fundación, debido a la proximidad del río San Francisco, determinante de su configuración espacial. Este río había sido empleado habitualmente para lavado de ropas, construcción en sus orillas o cercanías de baños públicos, desagüe de

caños, depósito de basuras y letrinas, lo cual generó graves problemas higiénicos y de salubridad (Mejía, 2000: 79). Todos estos elementos venían a confluir en las proximidades de San Victorino, pues era la parte más baja de las faldas de los cerros orientales, y hasta allí iban a dar los residuos de toda la ciudad. No se ha encontrado una referencia visual de cómo era el aspecto del río San Francisco y el puente de San Victorino para esa época, pero este problema era latente en el siglo XIX.

Por esto, comenzó a resultar una necesidad importante dotar de agua y servicios públicos la ciudad, con lo cual la pila de agua ubicada en San Victorino constituye una importante referencia arquitectónica para la historia de la modernización urbana. Su fundación resultó ser aún más importante si se tiene en cuenta que fue el último de los acueductos de este tipo instalados en la ciudad, al cabo de muchas dificultades para su instalación: "Un quinto y último acueducto colonial tuvo Santafé. Se trata del asignado al barrio de San Victorino. Los vecinos de esta parroquia, ansiosos de tener una pila en su plaza, presentaron en 1680 una petición con el ruego de obtener este servicio, y apenas en 1793 pudo el Cabildo satisfacer tan justas aspiraciones" (Martínez, 1997: s.p.); "Aparece una representación del año de 1680, en que varios vecinos del barrio de San Victorino hacen presente la necesidad de que se les provea de agua por carecer en absoluto de ella y no tener sino unos aljibes" (s.a., 1938: 73).

La pila, inaugurada en 1803, fue colocada, así, "123 años después de hecha la solicitud por parte de los vecinos del sector" (Rojas y Reverón, 1998: 229). Se habla de dos pilas: una de 1792 y otra de 1890, "traída de Francia por el primer gerente del acueducto Ramón Jimeno" (Ibid.). La pila de 1803 fue diseñada por Fray Domingo de Petrez, un renombrado arquitecto de la época en la Nueva Granada.

De acuerdo con muchas versiones, se afirma que el papel de los párrocos fue decisivo para la construcción de la obra:

> "Careciendo de aguas potables el barrio de San Victorino, la iniciativa particular de los vecinos promovió la construcción de un acueducto, obra de grande utilidad pública, cuyo costo se calculó en $8,000, que debía reunirse por suscripción entre todos los vecinos de aquel cuartel. Habíanse recaudado poco más de $1,000 entre los pudientes del barrio, sin haber llamado a las puertas del Canónigo don Manuel de Andrade (alias 'El Buey'), quien tenía fama de no derrochar sus dineros, que no eran escasos. En último caso se presentaron en su casa los recaudadores, con poca confianza de obtener buen resultado. Preguntóles el Canónigo cuánto dinero faltaba para completar la suma presupuesta y dijéronle que $7,000. – 'Yo los doy, dijo el Canónigo,

> porque es bueno que sepan que pesa más la majada de un buey que la de mil golondrinas'" (Ortega, 1988: 42).

No obstante, en esta información parece haber discordancia con los datos de otro historiador, quien afirma que sólo fueron 6.300: "Al acueducto de San Victorino según Mendihueta contribuyó la Junta Municipal de Propios con 5.709 pesos y dos reales, suma a la que el mismo Mendihueta añade los 6.300 pesos que aportó el párroco de San Victorino para concluir las obras, y entre estas está la pila en esta plaza construida con planos del arquitecto Petrez" (Martínez, 1976: 93). Es posible que este desfase se deba a la aplicación de un "diezmo", o un arancel sobre el dinero aportado.

A la pila principal se le sumó la construcción de lo que se denominaba "la pila chiquita", que fue construida a la altura de la actual Estación de la Sabana: "…se dio al servicio del público, con ocho chorros y cuatro en la Pila Chiquita, que queda algunas cuadras más abajo, la cual promovió el entonces Cura de San Victorino, doctor Abréu, quien, con algunos vecinos, dio los últimos $1,000 que para esto se necesitaban" (s.a., 1938: 73).

Niño confirma la afirmación del padre Andrade, al afirmar que "Con la cuota del padre Andrade, el 22 de Agosto de 1803 llegó el agua a la fuente. Esta fue el fondo de *animadas escenas de la gente del pueblo*, dentro del marco de ranchos pajizos que conformaban la plaza, lugar de chicherías, fritangas, bajo comercio y habitantes ruidosos, con su personaje central, la fontanera y su cántaro rojo, caña de bambú o guadua, con un cuerno a guisa de embudo" [El subrayado es nuestro] (Niño, 1996: 135). Por primera vez, tenemos una narración histórica que nos hace referencia a esa "atmósfera de bajo mundo", el oscuro mundo indígena y campesino, escasamente descrito por los historiadores urbanos, que se respiraba en ese sector de la ciudad a principios del siglo XIX. Es ese contexto sociocultural el que nos permite comprender de manera más clara lo que significa el "mundo de lo popular" como creador de "lugares de la subalternidad", en tanto escenarios de existencia de las culturas creadas en el seno de las capas de la población con menos recursos.

Una síntesis de la importancia histórica de la pila durante el siglo XIX la presenta Daniel Ortega en *Arquitectura de Bogotá*:

> "La última obra del estilo que pudiéramos llamar colonial, se inauguró el 22 de Agosto de 1803 y duró en servicio cerca de un siglo (Photo 21). La ejecutó Fray Domingo de Petrez junto con la cañería que de ella depende, hecha en atanores de barro cocido para conducir las aguas desde el riachuelo del Arzobispo hasta el centro de la plazuela -hoy de Nariño. Vamos a referirnos a ese viejo pilón dórico, bien

proporcionado, que presentaba hasta la altura del caveto un aspecto agradable, aun cuando su coronamiento era un estéril montón de piedra, sobre el cual se erguían un farol y cuatro vasos rotos de terracota vidriada, motivo ornamental muy usado en la arquitectura del siglo XVIII. En uno de sus frentes ostentaba el escudo de armas de la ciudad y en el opuesto, había una lápida memorativa que interrumpía las metopas y triglifos y conservaba las huellas que en momentos de exaltación patriótica dejara el ardor bélico al respetar la cifra JHS y borrar la inscripción. El basamento casi destruido, la desmoronada taza y los muros agrietados por el tiempo que principiaban a cubrirse de líquenes, hicieron que se apresurara su demolición, cuando con una hábil restauración hubiera podido conservarse. Por mucho tiempo sirvió de animado fondo a grupos de fontaneras que llevaban al vecindario el agua de la fuente, en cántaros rojos, que recogían con caña de bambú y embudo de cuerno (Photo 22). La instalación del acueducto en 1888 por tubería de hierro en la ciudad hizo ya inútil la fuente.

"El pequeño monumento presenció hechos importantes de nuestra historia, entre otros, los primeros retozos democráticos que tuvieron lugar el 9 de Enero de 1813, entre las tropas del presidente Nariño y las del Congreso, a órdenes del brigadier Antonio Baraya (…)

"[En 1814, con ocasión del enfrentamiento entre Bolívar y el dictador Álvarez] Manuel Serviez dirigió el ataque por San Victorino, y dueño de la plaza de ese nombre, quitó una lápida que allí había puesto Nariño para perpetuar la memoria del combate del 9 de Enero de 1813 (…). En esa fuente abrevó el 4 de Mayo de 1816, parte del ejército de Serviez que pasó por Bogotá, huyendo de las tropas españolas que venían picándole la retaguardia. Entraron cerca de 400 hombres por la Alameda, siguieron por la calle de Honda y Carnicería, a salir al Puente de Santa Catalina y tomaron el camino de Une para Cáqueza.

"En los muros de calicanto de esta fuente se estrellaron los ecos de las descargas que segaron la vida de tantos próceres y mártires de la independencia, fusilados en la época del terror, en el puente de San Victorino, en la Huerta de Jaime, en la plazuela de San Francisco, en la extremidad de la Alameda y contra el mismo pilón, donde arcabucearon, el 13 de Agosto de 1816, al doctor José Ayala" (Ortega, 1988: 42-43).

Es importante señalar que la pila de San Victorino se nutría del río Arzobispo, ubicado a la altura de La Merced, por el actual Parque Nacional, y no del San

Francisco, que estaba justo al lado de la plaza. Esto debido a cuestiones técnicas que determinaron el curso de las obras:

> "El Superior de los Reverendos Capuchinos le ha ofrecido licencia al Padre Domingo Petrez para que se ocupe en este asunto importante al vecindario, puesto que el trabajo del trazado está hecho hasta el pie del Monserrate o sea alto de San Diego. El Padre Petrez informó que traer el agua por la Alameda de Santafé a salir frente a la Capuchina, saldrá a la plazuela de San Victorino, muy debajo de la Iglesia y de las casitas del Regidor Ugarte, y la pila, en este sitio, quedará mal situada, y que a donde debe construirse, que es en la mitad (donde hoy está), el agua no puede subir en atanores; que el agua debe entrar a la plazuela por la calle del Prado, o sea de Los Curas, por la esquina de la parroquial de San Victorino" (s.a., 1938: 73).

La pila comienza a prestarle un importante servicio a la ciudad, y se convierte en el lugar de reunión de las aguateras, que distribuyen el líquido desde las pilas hacia las casas. Por esta razón, la pila comenzó a convertirse en un importante hito urbano en torno al cual se gestó parte importante de las tradiciones populares vinculadas a la plazuela de San Victorino durante el siglo XIX.

Los viajeros del siglo XIX describieron con entusiasmo estas expresiones de la cultura popular creadas en torno a las dinámicas sociales urbanas de la vida cotidiana:

> "A mediados del siglo XIX, Holton, describiendo la plazuela de San Victorino, escribió que la fuente 'tiene inscripciones en el pretil, muro bajo que la rodea, y numerosos chorros de agua que brotan de tubos de hierro. A su alrededor hay siempre una nube de muchachas en mantillas y enaguas azules que luchan por poner la caña en el chorro antes que su vecina'. Decenas de aguateras y sirvientes se congregaban alrededor de ellas todos los días, comentaban los últimos sucesos en la urbe y los avatares de las familias para las que trabajaban o vendían el agua" (Mejía, 2000: 173).

Por ello, resulta interesante notar que el acueducto, pese a ser una empresa que contribuyó a la modernización de la ciudad, fue un hito urbano en torno al cual cobró fuerza el carácter popular creado en la plaza por las personas provenientes de las capas inferiores de la "sociedad dual" a todo lo largo de la época colonial: "Aguateras y altozaneros [los que hacían las mudanzas] conformaban un gremio belicoso que operaba desde dos lugares principales: las chicherías, sucias y oscuras, (…) y las fuentes públicas, donde se formaban grescas fenomenales en las que al lado de las pedradas volaban los tiestos de múcuras rotas y voceríos tales

(…) que más valiera no tener orejas, así como el paso de los caños hacía desear a los bogotanos no tener narices" (Niño, 1996: 151).

En efecto, la situación de insalubridad en la ciudad era notable, lo cual desencadenó la denominada "crisis de las pilas", la cual trajo una epidemia tifoidea en San Victorino: "En el año 1870 se desarrolló violenta epidemia de tifoidea en el barrio de San Victorino, que se surtía de agua conducida del río del Arzobispo, cuyos atanores pasaban por debajo del caño inmundo que bajaba por la calle de los Béjares" (Cordovez, 1978: 342). Desde entonces, el servicio de acueducto por las pilas entró en desuso, dando lugar a la desaparición de la pila luego de la creación del nuevo acueducto, en 1889.

Capítulo 3. Acontecimientos históricos y socioculturales en la Plazuela de San Victorino durante la época republicana (1820-1910)

Para ese entonces, los acontecimientos en Europa comenzaron a impulsar reformas modernizadoras que enmarcan la época de las independencias en Iberoamérica: "El siglo XVIII conoce la ascensión del despotismo ilustrado, que acomete reformas buscando la promoción espacial y urbana; impulsa las colonizaciones de espacios vacíos, improductivos o no controlados; consolida las fronteras, procurando la desaparición de las anteriores, y promueve los caminos" (Zambrano, s.f.: 87).

No obstante, estos avances no lograron contener la cada vez más acentuada integración social y cultural de los diferentes grupos humanos existentes en el territorio conquistado, lo cual ya se hacía manifiesto en los principales centros urbanos instaurados por el poder monárquico: "La Independencia se inicia en medio de profundos cambios en la urbanización. El esquema que los españoles habían tratado de implantar desde la Conquista, con la organización de dos sociedades ideales: la 'república de blancos', la ciudad, y la 'república de indios', el campo, ya había mostrado su fracaso en el siglo XVIII, en gran parte a causa del doblamiento al margen del control de las autoridades coloniales" (Ibid.). Así, la población indígena, que era de todos modos superior a la española en la ciudad durante la Colonia, dio paso, con la creciente integración sociocultural, a la consolidación de las huestes derivadas de la hibridación y el mestizaje.

Esto hizo que la ciudad de Santafé a finales de la época colonial se convirtiera en un micromundo donde se hallaban representados los distintos niveles y estamentos de una mayoritaria sociedad criolla. Para ese entonces, aparecerá una figura histórica que alcanzará una particular relevancia en el contexto de Bogotá y, más específicamente, del sector de San Victorino: el General Antonio Nariño, nacido en la ciudad en 1765 y fallecido en Villa de Leyva en 1823 (Photo 23).

> “Es el primero de nuestros próceres. Fue el primero que soñó con una patria libre y el primero que sufrió por ella, mereciendo así el título de Precursor de la Independencia.
>
> “Hijo de padres ilustres, desde joven se distinguió por una gran cultura, una extraordinaria facilidad de palabra y por sus maneras atrayentes. (…) tradujo los Derechos del Hombre y los comentaba con calor.
>
> “Preso en 1794, a causa de estos brotes revolucionarios, fue llevado a la cárcel de Cádiz, de donde huyó y volvió a su casa. Otra vez preso, fue conducido al presidio de Cartagena de donde lo sacaron sus amigos en 1810 para hacerlo Presidente de la República y general de los ejércitos. Vencido en Pasto en 1813, sufrió cadenas en Cádiz hasta 1819, [cuando fue] elegido Senador de la República” (Florencio, 1962: 60-61).

Nariño, perteneciente a las logias masónicas, traductor de los Derechos del Hombre y dueño de una imprenta que le permitió difundirlos de manera clandestina por las calles de Santafé, fue el único de los grandes personajes de la independencia de la Nueva Granada (junto a Bolívar y Santander) que era oriundo de la ciudad, lo cual permite establecer un vínculo estrecho entre los avatares de su existencia y la historia urbana. Además, una serie de acontecimientos en torno a las luchas por la independencia de la Nueva Granada lo sitúan en relación directa con el sector de San Victorino. Luego del grito de independencia en 1810,

> “Las diferencias sobre el sistema de organización nacional propiciaron las rivalidades entre las autoridades de Cundinamarca, defensoras del centralismo, y los representantes de otras provincias que defendían el sistema federal. Los argumentos de Antonio Nariño, presidente de Cundinamarca, a favor de un régimen centralista, provocaron la división con los diputados del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, reunido primero en Villa de Leyva y trasladado luego a Tunja.
>
> “Estas diferencias culminaron con el enfrentamiento militar, considerada la primera guerra civil de la época republicana, ganada por los centralistas en Enero de 1813” (González, 1995: 28).

La confrontación entre federalistas y centralistas libró una batalla decisiva en la plazuela de San Victorino, descrita de este modo por José María Espinosa, protagonista de los hechos de aquel tiempo:

> “El jefe federalista Baraya, en vez de aprovechar su primer triunfo en Ventaquemada y seguir a la capital, perdió muchos días reorganizando

su gente y tomando otras providencias, sin duda para aumentar su ejército y asegurar mejor el golpe; así fue que hasta el 24 de Diciembre [de 1812] no llegó a poner el sitio de la ciudad, extendiendo su línea de circunvalación desde Usaquén, por la Sabana, hasta Tunjuelo. Ya Nariño, desde la llegada del brigadier Leiva, había comenzado a organizar fuerzas de milicias y a construir fortificaciones para la defensa de la ciudad. Baraya tenía cinco mil hombres, y como se decía que les había ofrecido saqueo, y había antecedentes para temerlo todo de aquella gente, se desplegó la mayor actividad. Se hicieron rogativas públicas, se divisaron las tropas con el nombre de *Jesús*, y el clero todo, especialmente la comunidad de agustinos, se distinguió por sus servicios patrióticos. *Nuestro campamento estaba situado en la plazuela de San Victorino*, y la artillería, cuyo jefe era el coronel Cancino, se hallaba en muy buen pie (…)

"Nariño contaba con el triunfo, aunque sólo tenía mil hombres, al paso que Baraya traía oficiales como Ricaurte (Joaquín), Santander, Girardot y otros excelentes; pero deseoso de evitar la efusión de sangre, propuso arreglos, los cuales fueron rechazados, y en su lugar se impusieron condiciones humillantes (…). Los campamentos de San Victorino y San Diego presentaban un aspecto animado. El general Nariño hablaba con todos de un modo jovial, y acompañaba a las señoras a visitar el campo y a presenciar las maniobras (…)

"Una mañana tocaron a formación y se presentó el general Nariño en su caballo, y recorrió las filas y leyó en alta voz las proposiciones de Baraya, quien, entre otras cosas, exigía que nos rindiésemos a discreción y que se entregase la persona del general Nariño. La tropa exclamó entonces a una voz y llena de indignación: '¡Primero la muerte que entregar a nuestro general!'. Nariño, en efecto, era el ídolo del pueblo, por su afabilidad y política, por su valor, y sobre todo, por la unión y concordia que acababa de establecer con la iglesia y el clero. Nariño, entusiasmado, arengó elocuentemente y concluyó que éramos invencibles (…)

"La mayor parte, y la mejor, de la gente de Baraya atacó por San Victorino, entrando por el hermoso *Paseo del Prado* que allí había entonces; otra columna, por la *Huerta de Jaime* [actual Plaza de los Mártires] y otra por San Diego. Las dos últimas fueron recibidas por nuestra artillería, dirigida por Armero y Aguilar. De las seis u ocho descargas que se les hicieron con metralla, por cuatro cañones de a catorce, no resistieron ni la mitad, pues a la tercera comenzaron a remolinear y en seguida a dispersarse. La fusilería atacó por el frente,

> que tampoco resistió, y el enemigo quedó enteramente despedazado por una carga a la bayoneta. La caballería hizo lo demás, persiguiendo y destrozando a los fugitivos" [El subrayado es nuestro] (Espinosa, 1988: 112-113).

Esta gesta heroica de Nariño le confirió un sitial sin precedentes en la historia de la ciudad y el país. Nariño se erigía, de este modo, como el primer héroe de la independencia en procurar, a través de la contienda política, las bases para la unidad nacional.

Pero las inconsistencias de la "patria boba" y la fragilidad de las instituciones, unidas a la derrota de las tropas napoleónicas en Europa, permitieron a los españoles intentar la reconquista de los territorios americanos que habían reivindicado la independencia. Es así como el pacificador Pablo Morillo, luego de sitiar la ciudad de Cartagena de Indias, avanzaría sobre Santafé. Hacia 1816,

> "*En la plaza de San Victorino se instaló el patíbulo donde, por orden del pacificador español Pablo Morillo, se arcabuceó a hombres ilustres. Allí, el 6 de junio de ese año fue sacrificado el prócer santafereño Don Antonio Villavicencio.* Al acto asistieron vistosamente ataviadas las tropas y caballerías españolas acompañadas de sus tambores y bandas de guerra.
>
> "El 25 de Octubre siguiente se avivó una hoguera en el centro de esa plaza donde con gran aparato marcial los inquisidores españoles hicieron quemar una carretada de manuscritos, retratos, gacetas, boletines y otras hojas impresas que no escaparon a las requisas domiciliarias" (Martínez, 1978: 182).

La plazuela de San Victorino fue, de este modo, escenario de importantes episodios relacionados con la historia de Bogotá y de la futura nación colombiana. Como hecho relevante, se sabe que Pablo Morillo ordenaría la pavimentación de la plazuela, como preludio de una nueva era en la historia de este sector de la ciudad. A partir de entonces adoptará el nombre de "plaza".

La victoria definitiva de los criollos en la Nueva Granada fue un factor determinante para el cambio en los procesos de transformación social y urbana. En efecto, "…lo ocurrido en Bogotá durante los nueve decenios que transcurren entre 1819 y 1910 representa el momento de la ruptura con el sistema social que le había dado origen, el colonial, y la construcción de otro orden urbano, el burgués capitalista" (Mejía, 2000: 20). Bolívar, el principal artífice de la autodeterminación nacional en Suramérica, había triunfado sobre España gracias a los créditos otorgados por naciones como Gran Bretaña y Francia, y el apoyo político de Estados Unidos, dando lugar a una nueva relación de dependencia frente a los

regímenes liberales cuya progresiva consolidación hegemónica se tornaba inevitable, no obstante las dificultades de la transición hacia la modernidad que se experimentaron durante el siglo XIX[21].

Así como ocurrió en el resto de las regiones del mundo, la ciudad de Bogotá (que habría de adoptar este nombre luego de la gesta independentista) iniciaría un paulatino proceso de transformación urbana integrado a las nuevas condiciones históricas en las cuales se debatía la modernidad naciente. En este sentido,

> "El proceso de modernización de Bogotá fue bastante lento. A razón de su aislamiento, la ciudad estuvo desconectada de las fuerzas modernizadoras que dejaron sentir sus efectos de manera más temprana en otras ciudades latinoamericanas, condición que permitió a la élite tradicional no contar con la competencia de corrientes migratorias de extranjeros que le disputaran su preeminencia social y cultural. Debido a este retraso, la ciudad continuó regida por principios sociales y culturales provenientes de la tradición" (Zambrano, 2002: 9).

Para ese entonces, la ciudad contaba con alrededor de 40.000 habitantes, 6.000 de los cuales residían en la parroquia de San Victorino (Martínez, 1976: 114). Pese a ser el de mayor extensión en la ciudad, este barrio seguía siendo, paradójicamente, el más despoblado. Durante la primera mitad del siglo XIX, "La expansión en superficie significó (…) la conformación de las antiguas pero despobladas parroquias de Santa Bárbara y San Victorino en verdaderos núcleos residenciales de la ciudad" (Mejía, 1997: 110). La edificación en el área de la Santa Fé colonial se densificó; no obstante, "Hasta el año de 1862 la ciudad era un pueblo grande, y la gente acomodada no se aventuraba a vivir *fuera del perímetro comprendido dentro de los exríos San Francisco y San Agustín*, La Candelaria y el puente de San Victorino, salvo contadas excepciones" [El subrayado es nuestro] (Rivas y Bayona, 1988: 174). Esta situación permite confirmar para ese entonces la condición de San Victorino como zona periférica de la ciudad, tanto en número de población como con respecto a la posición social de sus habitantes.

La transición de la ciudad colonial a la ciudad moderna se reflejó en el espacio urbano a través de "…la conversión de los espacios públicos de la ciudad en elementos simbólicos de la ideología republicana" (Mejía, 2000: 21). Esto era, asimismo, apreciable en las prácticas sociales celebradas en los escenarios de encuentro bogotanos, como lo ejemplifica la celebración del Triunfo, el cual

[21] La situación de las independencias responde a lo que algunos autores, como Walter Mignolo, han denominado "autocolonización en nombre de la autodeterminación", es decir, el gesto de alzar las banderas de la independencia frente a los ya desgastados imperios coloniales del Renacimiento, para ponerse al servicio, no sólo de la economía de los nacientes imperios de la Ilustración, sino de sus ideas, sus creencias, su nuevo proyecto de sociedad y sus logros científicos, técnicos y tecnológicos obtenidos con base en las ingentes riquezas extraídas del Nuevo Mundo (Mignolo, en Castro-Gómez, 1999).

representa "…el inicio de un período histórico signado por la presencia de protagonistas de carácter heroico que convocan a la población entera para sumarse al regocijo general y rendir homenaje de gratitud y reconocimiento al General Simón Bolívar (…) y demás jefes militares, oficiales y soldados participantes en la gesta independentista" (González, 1995: 51). El Triunfo era un "acto de participación comunitaria" realizada los días 18 de Septiembre, en el cual se convocaba al "…zeloso (sic) republicano, el admirador entusiasta de la heroica antigüedad que ve con sorpresa reproducirse en nuestros días las más brillantes escenas de Grecia y Roma" (*Gazeta Extraordinaria de Santafé de Bogotá*, domingo 17 de Octubre de 1819, págs.48-50, en González, 1995: 51)[22]. Es evidente, en este sentido, la referencia a la civilización occidental, así como la continuidad de la forma ritual en las festividades de la modernidad, sustituyendo pero al mismo tiempo proyectando las formas ideales de la vida social a usanza de la cristiandad[23].

No obstante, otras prácticas socioculturales urbanas que no llegaban a suscitar el mismo interés colectivo evidenciaban el mismo fenómeno de inserción a una nueva época: las arengas en la plaza, los paseos por la ciudad o las conversaciones de las

---

[22] Entre los actos comprendidos en la creación de la nueva República y la instauración de la fiesta del Triunfo se incluyó: "5°. Para eterno monumento de aquel inmortal servicio, y del profundo reconocimiento de este Pueblo *se levantará una columna en la entrada pública de San Victorino*. Allí será inscripto en el lugar más eminente el nombre del General Bolívar y luego el de todos los héroes que combatieron en Boyacá" [El subrayado es nuestro] (González, 1995: 56). Este monumento no se encuentra actualmente en pie.

[23] En torno a este tema, Marcel Gauchet plantea la cuestión de "la continuidad de lo Uno religioso" para explicar la persistencia, en el plano de la modernidad, del principio universalista elaborado por las ideologías religiosas dominantes en Occidente, es decir, de la Unidad expresada en el monoteísmo judeocristiano. Gauchet plantea una afinidad entre los preceptos cristianos y los de la primera modernidad, antes que la gestación de una ruptura definitiva entre unos y otros establecida por las revoluciones del siglo XVIII: "…la originalidad radical del Occidente moderno consiste enteramente en la reincorporación, en el corazón del vínculo y de la actividad de los hombres, del elemento sagrado que los modeló siempre desde fuera. Si pensamos que existe un final de la religión no es por el declive de la creencia, no es sólo por la recomposición del universo humano-social fuera de la religión, sino a partir y a contrapelo de su lógica religiosa originaria, [en un] proceso de disolución y de inversión de la inmemorial influencia organizadora de lo religioso. (…) Si pudo desarrollarse un orden humano en ruptura hasta ese punto con los precedentes, (…) es en las potencialidades dinámicas excepcionales del espíritu del cristianismo donde conviene situar su raíz primera. Éstas proporcionan un foco de coherencia que permite captar la duradera solidaridad esencial de fenómenos tan evidentemente poco ligados como el surgimiento de la técnica y la marcha de la democracia. Así, el cristianismo habrá sido *la religión de la salida de la religión*. (…) A esto hemos de añadir inmediatamente que el cristianismo, por esta misma razón, sigue siendo la religión posible de una sociedad según la religión, unido como está por una sólida connivencia a los aspectos del espíritu del siglo que más ha combatido, y con los que mañana puede volver a relacionarse allí donde, como en Europa, y particularmente en tierra católica, a diferencia de América, se apoyó en el universo que salía de él" (Gauchet, 2005: 9-10). En cuanto a este tema, resulta importante resaltar que la noción de unidad no es, para Gauchet, un sinónimo de homogeneización, sino de integración de la dualidad y de lo múltiple en la indiferenciación del Uno-todo, concepción que llegó a ser cabalmente elaborada por la filosofía griega. La universalidad de derechos y de principios por los cuales vendría a gobernarse la sociedad moderna, especialmente a partir de la Revolución Francesa, dan cuenta tanto de la continuidad de este factor de unidad como de la pretensión de Occidente de establecer las bases del naciente Imperio moderno en torno a tales premisas. En los albores del sistema-mundo global, el Estado fue la institución que asumió el papel universalizador ostentado hasta el Renacimiento por la religión católica.

reuniones en sociedad resultaban ser situaciones más comunes y cotidianas pero revelaban transformaciones profundas en los modos de ser y en el comportamiento de los individuos.

Siendo las ciudades los centros simbólicos y económicos fundamentales para el proyecto moderno de la burguesía y el ideal del Estado-Nación su correlato político-cultural, los espacios urbanos comienzan a ser el reflejo de la modernidad y sus gobernantes emprenden la tarea de desarrollar en ellos escenarios y usos que respondieran a las dinámicas políticas y económicas constitutivas de este nuevo sistema social. Aún así, la falta de recursos, la inestabilidad social del nuevo país, el pausado avance de las obras públicas y las dificultades del proceso cultural reformador hicieron que durante el siglo XIX se mantuvieran una serie de prácticas no coherentes con los ideales republicanos, las cuales prevalecían como prolongaciones de la ciudad colonial. Desde el punto de vista sociocultural, la notable influencia de las instituciones eclesiásticas en el territorio americano durante la Colonia jugó un papel de primer orden en la continuidad de muchas estructuras sociales existentes antes de las independencias.

El sector de San Victorino fue transformándose conforme a procesos sociales específicos de este momento histórico, pero también debido a factores definidos por otra serie de acontecimientos relacionados con hechos de carácter eminentemente local. En realidad, durante un siglo no se presentaron muchas transformaciones con respecto a lo que San Victorino había sido durante la época colonial.

Hasta el último cuarto del siglo XIX los límites de la ciudad se mantuvieron inalterados, y no sería sino hasta la expansión de la ciudad a Chapinero que comenzaría una integración de la ciudad al resto de los territorios de la Sabana. De este modo, San Victorino continuó siendo el referente para señalar el límite occidental de la ciudad: "Felipe Pérez, en su geografía de 1863, escribió que Bogotá tenía para la fecha una extensión de tres kilómetros entre las Cruces y San Diego, y dos kilómetros entre la Iglesia de Egipto y el final del Camellón de San Victorino" (Mejía, 1997: 113). Al occidente de San Victorino estaba ubicado un cementerio para indigentes, uno de los dos cementerios públicos de la ciudad durante la primera mitad del siglo XIX, que cayó en desuso posteriormente (Mejía, 2000: 222).

Ya para 1830, "Dos puentes se encargaban de comunicar a San Victorino con la Catedral. El primero, a la altura de la Carrera Novena, era conocido como Puente Nuevo; y el otro, denominado de San Victorino, tan importante para Bogotá como el de San Francisco pero de menor factura, se hallaba ubicado en la Calle Doce con Carrera Trece" (Zambrano, 1998: 26). Este último puente es el que permite ubicar la posición exacta de la plazuela colonial y la plaza republicana con respecto al

área actual de la Plazoleta Antonio Nariño (Carte 9). El puente era una referencia obligada y punto de paso de la ciudad para habitantes y visitantes: "…se fijarán edictos emplazatorios, en los lugares acostumbrados, que son las esquinas de la Plaza Grande, especialmente en la esquina de la torre, en los puentes de San Francisco, San Agustín y San Victorino, en la de San Juan de Dios y en la esquina del Noviciado de la Compañía de Jesús" (s.a., 1938: 97). Los puentes eran las tres entradas a la ciudad.

En 1827, ocurrió un acontecimiento que le daría un giro a la historia de la plaza y su identidad con la Santafé colonial:

> "…dos fortísimos temblores de tierra causaron estragos en la capital. El primero, que tuvo lugar en junio de 1826, dejó en escombros las iglesias de Guadalupe y Monserrate y causó averías en algunos templos y residencias del centro. El segundo, en 1827, más impetuoso aún echó abajo, causando destrozos interiores, las cúpulas de El Sagrario y Santo Domingo, *destruyó totalmente la iglesia de San Victorino* y dejó serios desperfectos en las iglesias de La Veracruz, San Francisco, San Juan de Dios y Santa Bárbara" [El subrayado es nuestro] (Martínez, 1976: 110).

Don José Manuel Rivas Groot vivió en carne propia el terremoto en Santafé, y describe así el hecho en sus memorias:

> "'Había llovido –dice él- y el cielo estaba obscuro, cuando todo el mundo salió de donde estaba, dando alaridos destemplados; y como esto fue al mismo instante en la población, se formó un eco espantoso y aterrador, unido al ruido como de un trueno sordo que producía el sacudimiento o crujido de los enmaderados de las casas, al propio tiempo que se oían todas las campanas, como si se tocara a arrebato, por el bamboleo de las torres y campanarios causado por la oscilación de norte a sur.
>
> 'Todo el mundo salió de las casas y tiendas para las plazas y los arrabales de la ciudad, no creyéndose nadie seguro bajo los techos. Sin embargo, las gentes no se aterraron tanto con este temblor como con el del año anterior, a pesar de haber sido éste mucho más violento y de haber hecho tantos daños'" (Rivas Groot, en Bermúdez, 1925: 34).

Esta situación hizo que la parroquia ingresara a la época burguesa libre de todo referente arquitectónico que hiciera evocar la sociedad tradicional característica de la ciudad colonial (Mejía, 2000: 148). Pero al mismo tiempo, era evidente que la plaza había perdido un elemento simbólico fundamental de su identidad:

> "1827.- El terremoto que en ese año hizo estragos en Bogotá destruyó totalmente el templo de San Victorino. Este suceso rebajó naturalmente la categoría de la plaza. En toda época y en toda ciudad la estrecha alianza entre templo y plaza es un factor que confiere exaltaciones mutuas. El poder de atracción de los muros sagrados entrega a su inmediata vecindad incontables beneficios de orden material. A la vez la plaza destaca los alzados de la arquitectura y presta un piso para las procesiones y otras ceremonias rituales, otrora en el orden urbano una plaza sin templo o éste sin plaza delantera era una composición de menor grado; y por templo hay que entender no sólo el destinado al culto sino también el que acepta el sentido figurado" (Martínez, 1978: 184).

Así, San Victorino adquirió, durante el siglo XIX, una connotación de uso muy estrechamente vinculada al proceso modernizador en el que comenzaba a insertarse la ciudad, lo cual involucraba el desarraigo frente a los elementos locales y regionales del escenario urbano y la progresiva relación de éste con los procesos históricos ocurridos en otras partes del mundo, en especial Europa, Estados Unidos y el resto de países americanos.

Esta es la época en la cual comienzan a presentarse transformaciones en la sociedad europea que estimulan la afluencia de viajeros hacia el resto del mundo conocido y colonizado por Occidente. La influencia de la Ilustración y el afán de cosmopolitismo instauran una época en la cual más personas comienzan a emprender travesías por el mundo, sea en viaje de negocios, como integrantes de una misión diplomática o científica, o simplemente, por el anhelo de viajar. Debido a ello, los relatos de viajeros sobre Bogotá comienzan a hacerse más frecuentes, debido a las facilidades de viaje y a las comodidades que ofrecía el barco de vapor y otras mejoras en la interconexión que Bogotá comenzaba a establecer con el mundo:

> "[Holton señala] que la entrada a Bogotá, viniendo de Honda, se encontraba en el sitio en el que la Sabana dejaba de ser terreno plano para comenzar a elevarse. En este lugar, 'lo que parecía un puente con inscripciones a ambos lados no lo es en realidad, sino un muro para indicar la entrada a la ciudad'. Un poco más adelante, el viajero llegaba al comienzo de la calle de Palacé (del Prado, Camellón de San Victorino, o Alameda Nueva), 'la más ancha de la ciudad y de la Nueva Granada'. Esta tenía forma de embudo y desembocaba en la plazuela de San Victorino, donde la mayor fuente de agua que tenía Bogotá daba lugar a la presencia constante y bulliciosa de las aguateras. A corta distancia de la fuente, un muro pequeño guardaba la orilla del río San Francisco, cuyo curso se podía apreciar diez pies más abajo" (Holton, s.f.: s.p.).

Debido a que el puente de San Victorino quedaba ubicado en el extremo suroriental de dicha plaza, todas las personas y el tráfico comercial que llegaba a Bogotá por el occidente debía cruzar la plaza diagonalmente, en dirección suroriental, si querían entrar a la parroquia de La Catedral. Además, "si las cargas venían en carretas muy grandes, era necesario realizar un trasbordo antes de cruzar el puente, ya que las autoridades no permitían el paso de yuntas de dos o más bueyes" (Mejía, 2000: 312). Algo similar ocurrió con los coches de pasajeros: "Después de la Independencia, en la plazuela de San Victorino los carros debían detenerse, puesto que a partir de 1844 el gobernador de Bogotá, Alfonso Acevedo, ordenó que se prohibiera el tránsito de coches por las calles de Bogotá debido a que destruían empedrados y enlozados y dañaban acueductos y puentes. Por esta razón, los pocos coches se detenían en las plazuelas y desde allí las gentes eran conducidas al interior de la ciudad en carretillas de mano" (Rojas y Reverón, 1998: 232). Esto le confirió a la plaza una actividad bastante significativa para ese entonces, como punto de llegada de los viajeros y puerto de carga y descarga de mercancías.

Como la entrada desde el puerto de Honda a Bogotá se hacía por el Camellón de San Victorino, existen muchos relatos que describen el paisaje de la ciudad desde el costado occidental de la Sabana:

> "El viajero que, en las postrimerías de la vida colonial o en los comienzos de la República, llegara hasta acá, vería, desde el puente de Aranda, una ciudad muy española que se alargaba de norte a sur por las faldas de los cerros; al centro podía contemplar el barrio de la Catedral, a la derecha el de Santa Bárbara y al lado opuesto el de Las Nieves. Tenían estos barrios sus límites naturales en dos riachuelos que se unen a pocos pasos de la ciudad.
>
> "La ruta polvorienta y monótona terminaba para este viajero en *la plazuela irregular de San Victorino*, sitio entonces predilecto de los sabaneros de Bogotá" [El subrayado es nuestro] (Bermúdez, 1925: 11).

Se decía esto porque los fines de semana, "…la Plaza se había convertido en punto de encuentro obligado para la población santafereña los días domingo, debido a que se intensificaba el intercambio de visitas y paseos en los cuales damas y caballeros lucían sus mejores galas. Este día se veían desfilar aparte de los hermosos vestidos, los únicos coches de la ciudad: el del arzobispo, el del Virrey y el de la familia Lozano" (Rojas y Reverón, 1998: 229).

Para 1803, un viajero europeo describía de este modo su ingreso a la ciudad:

> "Mi amigo: el día 20 del mes anterior entramos en la llanura de Santafé. No te puedo ponderar la sensación que me causó un golpe de vista tan hermoso, después de haber atravesado por las malezas del río Magdalena y el resto de mal camino por tierra desde Honda hasta Facatativá, de que te hablé en mi carta anterior.
>
> "Desde este último sitio se muda la escena, y de repente se presenta a la vista un plano inmenso, rodeado de montañas, que forman el más bello anfiteatro. Multitud de pueblos, sembrados por toda esta llanura, hacen grupos vistosos, que varían agradablemente la plataforma, en la que también se registran casas de campo bien situadas, algunas de regular construcción, manteniéndose por todas partes rebaños numerosos.
>
> "La capital se alcanza a ver desde muy lejos. En sus cercanías se ha construido una larga calzada de piedra para facilitar los transportes, que sin este beneficio serían muy difíciles, por la inundación de los campos en tiempo de aguas. Esta calzada o camellón sirve también para los paseos de a caballo; y si se continuase por todo el llano, sería comparable a las vías romanas" (L.R., en Martínez, s.f.: s.p.).

Es evidente que la alta movilidad del sector estimuló la vocación industrial y comercial de la zona, además de que fue la sede de algunos de los primeros hoteles en la ciudad, teniendo un impacto fundamental en el desarrollo de la industria turística en Bogotá: "A causa de la continua afluencia de negociantes de diferente procedencia, empezaron a proliferar hoteles y estaderos situados alrededor de la plaza. Uno de los hoteles más reconocidos era el 'Pasajeros', ubicado en la calle 12 con carrera Doce" (Rojas y Reverón, 1998: 232).

Tal vocación también se reflejó en el inicio de ese paulatino proceso de urbanización que cubrió todo el altiplano hacia Occidente, estimulado por las mejoras realizadas en el camino a Honda sobre la Sabana de Bogotá para mediados de siglo:

> "Los bogotanos porfiaron en pro de las comunicaciones terrestres y su tesón culminó en 1851 con la construcción de la primera carretera en la sabana de Bogotá, *y primera también en la República*. Comprendió los 45 kilómetros entre esta ciudad y Facatativá. Ocupó la nueva vía el camino fangoso cuyos profundos lodazales tomaban en épocas de invierno hasta tres días el transitarlos: en verano densas nubes de polvo arropaban a viajeros y mercancías.
>
> "Esta vía acortó las distancias, valorizó las tierras aledañas, regularizó el precio de los víveres que la Sabana, despensa natural, proveía para el

> consumo de Bogotá, animó la economía de miles de trabajadores ocupados en la obra con salarios de 25 centavos diarios, que contrastaron con los cinco centavos del jornal tradicional. Estimuló la primera empresa de transportes colectivos con cinco carruajes importados, servicio que se perfeccionó en 1854 con cuatro carretas parisienses en los que el pasaje valía doce reales ($1,50) (…). *En* Los Manzanos*, delante de Facatativá, término de la nueva vía, se construyó para comodidad de los viajeros un hotel que fue en su clase el primer edificio construido para esta exclusividad en Colombia*" [Los subrayados son nuestros] (Martínez, 1976: 116).

Las dos actividades –de la industria y el turismo- se mezclaban en torno a este eje vial y recaían sobre la fuerte centralidad socioespacial y sociocultural que se había venido creando durante siglos en la plaza de San Victorino como "terminal" de la ciudad. Esto hace que para 1894 se ubicaran sobre la plaza de San Victorino actividades económicas tan diversas como la fábrica de chocolates "La Equitativa", que ocupaba el lugar donde se ubicaba antiguamente la iglesia, y dos hoteles en las cuadras triangulares atravesadas por el río San Francisco, el *Boarding House* y el Versalles (en la cuadra que da a la plaza), así como una aserradora al otro lado del río hacia el oriente (Mejía, 2000: 337).

No obstante, es preciso comprender que, en este proceso, "…las mejoras en los transportes y las comunicaciones sólo ocurrieron en beneficio de la capital. Mientras que la ciudad adquirió con estos y otros cambios el aire cosmopolita que tanto enorgulleció a los bogotanos de la *belle époque*, las demás poblaciones sabaneras y del altiplano vieron transformada su relación con la gran ciudad a una de clara dependencia…" (Ibid.: 45). Así, los cambios ocurridos en el sistema hegemónico mundial coadyuvaron a que "…la unidad con el entorno (…) se constituye[ra] como una relación de dominio: la ciudad y sus necesidades son las que determinan los nuevos usos en las poblaciones y zonas agrícolas vecinas" (Ibid.: 24). Esto en relación con la vía a Occidente, que transformaría en todo este proceso el papel de poblaciones distantes de la ciudad en ese entonces, como Madrid, Mosquera y Facatativá. Paralelo a ello, se producen los cambios en los oficios y actividades que la ciudad exige a los pobladores de la región circundante, subordinándolos así a su propia dinámica socioeconómica, tanto a través de nuevas normas como de nuevas disposiciones del espacio.

Todo esto permitía apreciar que, en el transcurso de este siglo, la ciudad se había aburguesado, transformando de manera sustancial sus relaciones con la región circundante y proyectándolas de manera más intensa hacia Europa y el mundo.

Además de la influencia del turismo, la plaza también estuvo vinculada a las actividades de esparcimiento y las ocasiones festivas. En este sentido, la plaza

contribuyó decisivamente a la creación de "las sociedades del ocio y el espectáculo" en Bogotá a través de formas locales del entretenimiento, tales como las corridas de toros organizadas en plena plaza, las cuales atraían, también, la curiosa mirada de los extranjeros:

> "Hoy no puedo imaginarme una escena más jocosa que la de una corrida de toros en la capital de la Nueva Granada. Antes de acometer la descripción, es necesario que el lector se grabe que todo es hecho con la mayor seriedad, y que el espectador común asiste a la corrida con el mismo derroche, iguales preparativos y parecida exhibición de coraje que hace un siglo, cuando la fiesta brava tenía lugar ante el virrey español y su corte.
>
> "En la plaza de San Victorino, un cierto número de carpinteros nativos y foráneos emplea los tres días previos a esta memorable ocasión en levantar, con un tamaño de dos marcas, toscos pabellones o tablados, a muchos de los cuales se les agregan un segundo piso y unos bancos para el acomodo de los espectadores. Una sólida corraleja circular se erige en el centro, dentro de la cual se lidian los toros, rodeada de un corral. Un destacamento de soldados se encarga de preservar el orden, y tal vez las vidas, si por acaso el feroz bruto prueba estar muy desesperado para los bravos picadores.
>
> "Ese día, alrededor del circo se habían dispuesto muchas mesas de juego, y los cigarros, el aguardiente, los dulces y las mujeres bellas eran tan abundantes como las fresas en junio. (…) Los vestidos eran muy variados: desde el peón, con la ruana de cuatro reales, hasta el cachaco, con vestimentas extranjeras" (Stewart, 1990: 116).

Esta clara herencia española indica que durante la época colonial también pudieron haber tenido ocasión este tipo de eventos, definitivamente vinculados a la tradición urbana. En estas corridas, la costumbre era que el toro se asaba con el tablado del ruedo.

Stewart también se referiría a la tradición de los fuegos artificiales: "Estas gentes son también apasionadamente fanáticas de los fuegos artificiales. El gobierno da dos exhibiciones al año; una en la Plaza Mayor, la otra en San Victorino. Se me informó que este hábito se hallaba tan sumamente arraigado y la gente se mostraba tan entusiasta, ¡que suprimirlo excitaría una revolución!" (Stewart, 1990: 118).

En cambio, un espectáculo nada tradicional se presentaría en San Victorino hacia mediados de siglo:

"1845.- Narra Cordovez Moure que en una tarde de ese año tuvo la plaza de San Victorino una nutrida concurrencia. Motivó la atracción del gentío la novedosa ascensión en globo protagonizada por el aeronauta argentino Antonio José Flórez; esta era su segunda proeza en Bogotá porque pocos días antes había demostrado sus habilidades en un globo de fabricación local lanzado al aire desde el patio del Colegio de Nuestra Señora del Rosario y que fue a caer después de un recorrido caprichoso sobre el hospital de San Juan de Dios. *El ámbito espacioso de la plaza de San Victorino fue más propicio a la teatralidad del espectáculo*. Los asistentes, a prudente distancia, vieron inflar el globo con humo caliente producido por la combustión de leña y tamo. En momento propicio Flórez subió a la canastilla y el globo, una vez liberado de los veinte hombres que lo sujetaban, se elevó. En vivas y aplausos prorrumpió la multitud. La prueba terminó 'en la quinta La Floresta abajo de la antigua Alameda donde los orejones a caballo trajeron a Flórez en triunfo hasta el centro de la ciudad'" [El subrayado es nuestro] (Martínez, 1978: 188).

Esto quiere decir que la entrada en forma de embudo iba ensanchándose gradualmente hasta el centro de la plaza y le daba una mayor amplitud a la misma, lo cual facilitaba la presentación de espectáculos y otro tipo de eventos que fueron configurando los inicios de una sociedad de masas, cuyas dimensiones se harían más evidentes en el contexto de la ciudad moderna.

Por último, aunque de manera indirecta, la plaza de San Victorino contribuyó a esta relación con las actividades de ocio a través de su conexión con la alameda de la ciudad, actividad cuya importancia persiste con posterioridad a la época colonial. No obstante, durante algún tiempo, la Alameda cayó en desuso debido a la escasa atención que mereció su mantenimiento. Para 1834,

"A las señoras, durante el día sólo se las ve en la calle cuando van de compras o a la iglesia, pues en el casco de la población no hay ningún paseo que pueda atraerlas; al que pomposamente se daba ese nombre, situado a la entrada del barrio San Victorino, ha sido abandonado por la sencilla razón de que no era más que un trozo de carretera con poca sombra –la que podían dar unos cuantos sauces plantados de trecho en trecho- y donde el viento levanta casi constantemente torbellinos de polvo" (LeMoyne, en Martínez, s.f.: s.p.).

Algo similar relataba Rosa Carnegie-Williams hacia mediados del siglo:

"*Domingo, mayo 21.* Realicé un largo paseo con Ana María y los dos perros, lo cual sorprendió muchísimo a las damas colombianas.

> Escogimos el largo y polvoriento camino desde la Plaza de San Victorino, llamado irónicamente 'Calle Londres' por los extranjeros. El día estaba hermoso y claro y encontramos hierbas, flores y hojas en grandes cantidades (…) La uchuva crecía abundantemente al lado del camino. Se trata de unas pequeñas bolsas verdes, que cuando se abren contienen una pepa amarilla parecida a un guisante con las que las bogotanas hacen un dulce que consideran muy bueno. Había mucha maleza a lo largo del camino y…" (Carnegie-Williams, 1997: 123).

Durante la segunda parte del siglo, se despertó un deseo de las élites burguesas de ver convertida a Bogotá en una ciudad "bella", una ciudad con contenido estético, a la usanza de la *belle époque*, lo cual dio paso a la creación de una Sociedad de Embellecimiento de la ciudad, también conocida como Compañía de Aseo y Ornato. Su función principal era la de arborizar la ciudad, tarea que comenzó con la Alameda de San Victorino (Mejía, 2000: 220).

3.1. La aparición del mercado de San Victorino.

Pero de entre todas las actividades que se realizaban en y alrededor de la plaza de San Victorino durante este período, la que le otorgaría al sector una mayor identidad hacia el futuro tiene relación con la actividad comercial que comienza a hacerse habitual, especialmente desde las primeras décadas del siglo XIX, cuando se afianza el establecimiento de algunos almacenes y bodegas en las inmediaciones, y el momento a partir del cual comenzaría a realizarse en forma oficial el mercado de la ciudad.

Sobre el establecimiento del mercado en San Victorino existen varias versiones, lo cual permite pensar en que no hay una frontera clara entre las antiguas prácticas de venta al aire libre en las plazas de la ciudad y las creadas con ocasión de la ciudad moderna. Algunos historiadores afirman que "a partir de 1820 se retiró el mercado de la Plaza de Bolívar para la de San Victorino, la cual se utilizó hasta 1920" (Martínez, 1978: 183). No obstante, esta información parece corresponder a las fuentes de una historia no oficial, pues no será sino hasta 1846 que el mercado se traslada por disposición administrativa a San Victorino. Carlos Martínez afirmará que, en aquel año,

> "Para destacar el monumento erigido a Bolívar y magnificar su plaza se decidió repartir el mercado público de ésta entre las plazas de San Francisco y San Victorino. Nada fácil fue desarraigar a los muy renuentes vendedores que allí venían de tiempo atrás ejerciendo su negocio (…) *A la de San Victorino se le asignó la parte más encumbrante del mercado: miel en zurrones, maderas de construcción, carbón vegetal, esteras, corderos y cerdos. En este desempeño permaneció hasta la apertura, en 1898, de*

> *la Plaza de Maderas, hoy de España, que relevó a San Victorino del espectáculo deprimente que ésta presentaba justo a la entrada de la ciudad* [El subrayado es nuestro]" (Ibid.: 188).

Los relatos de los viajeros nos permiten confirmar que la plaza de San Victorino operaba como mercado desde tiempos anteriores a esa fecha, y que al mismo tiempo, el mercado de la Plaza de Bolívar continuaba funcionando después de 1820. John Hamilton escribe claramente que, para 1825,

> "El mercado de Bogotá se realiza en la plaza mayor y es verdaderamente digno de verse; se cree que se gasten allí cada viernes unos 10.000 dólares; y el extranjero se divierte mucho observando desde las gradas del atrio de la catedral, al criollo, mulato, mestizo, indio y negro, este último forma la mayor parte de los esclavos, todos ocupados comprando y vendiendo. Una parte de la plaza se destina a los carniceros, otra a los vendedores de aves, aves silvestres y de caza, y un tercer estante para frutas y legumbres; hay unos aparadores en el cuarto lugar reservados para la venta de algodón en rama y telas de lana fabricadas en algunas de las provincias. Las frutas tienen bonita apariencia y son buenas, en los mismos aparadores se ven granadas, piñas, cerezas, fresas silvestres y cultivadas, melocotones, manzanas, chirimoyas, gran variedad de melones, zapotes, mangos, en resumen, una gran porción de frutas de las que se cultivan en el norte de Europa y las de los climas tropicales estaban a la venta" (Hamilton, en Martínez, s.f.: 61).

En ese mismo año, Carl Gosselmann hacía esta descripción haciendo referencia a San Victorino como "el mercado de la ciudad":

> "En medio de la amplia plaza de mercado hay una pila de piedra a la que se trae el agua desde los cerros vecinos por una cañería subterránea. La plaza está bien pavimentada y tienen caminos de forma un poco convexa que parten de la fuente mencionada. A lo largo de los andenes que hay en los costados corren unas acequias anchas y profundas, lo mismo que por la mitad de las calles, y como la ciudad está edificada en declive, siempre tienen agua clara que baja de las colinas; mucho más en tiempo de lluvias. Entonces crecen hasta tal anchura que es imposible a los peatones atravesarlas si no es por los puentecitos de piedra colocados en las esquinas" (Gosselmann, en Rivas y Bayona, 1988: 145).

Esta descripción, ya para 1825, corresponde plenamente a la descripción de la Plaza de San Victorino, con la pila y la forma convexa, además de las dificultades generadas en el sector en épocas de invierno. Esto indica que ambos mercados

funcionaban de manera simultánea, lo cual quiere decir que esta plaza actuaba ya como un centro de comercio espontáneo o "informal", aunque el mercado no se hubiera desplazado aún bajo un mandato jurídico y administrativo a San Victorino. Lo anterior sucedía debido a la ubicación del sector en el contexto urbano como puerta o entrada de la ciudad, situación observada ya desde la Colonia. Aquí se pone de manifiesto la vocación de San Victorino como mercado espontáneo o "informal" que va adquiriendo su lugar en el escenario urbano, elemento estrechamente vinculado al surgimiento de un fenómeno sociocultural de carácter "popular", dado el estrecho vínculo de las poblaciones participantes en el mercado con las comunidades indígenas y campesinas, las cuales entraban en relación con las entrañas de la sociedad hidalga y burguesa a las puertas de la ciudad.

Por eso es inexacto decir que "Fue en 1846 que el comerciante Juan Manuel Arrubla inauguró en la plaza de San Victorino el primer mercado público de la ciudad" (Bustos, 1995: 11), trasladándolo desde la Plaza Mayor. En realidad, San Victorino ya venía desempeñando ese papel desde la época colonial, pero fue en el siglo XIX que su protagonismo como mercado de la ciudad se hizo más palpable, al adquirir un reconocimiento institucional.

Pero, según otras versiones, este reconocimiento se hizo en forma más tardía:

> "En la Plaza Mayor o de Bolívar se realizaba semanalmente, los viernes, el mercado más importante de la ciudad. Este evento tuvo como sitio dicho lugar desde épocas coloniales hasta 1861, fecha en que el Gobernador del Distrito Federal emitió un decreto trasladando el mercado público de la ciudad a las plazuelas de San Francisco, San Agustín y San Victorino, con el fin de mejorar la apariencia de la plaza principal, y por no considerar conveniente la presencia del mercado público al frente de las principales oficinas de gobierno y de la Catedral [Decreto de 31 de Agosto de 1861, trasladando el mercado público a las plazuelas de San Francisco, San Agustín y San Victorino]" (Mejía, 2000: 185).

Estas afirmaciones, hechas por diversos historiadores, generan confusión en torno al momento en el cual se emite el acto administrativo que determina el desalojo definitivo del mercado de la Plaza Mayor, el cual era de una exuberante riqueza y constituye un cuadro tradicional en la historia de Bogotá, debido a su proliferante diversidad de mercancías, objetos y personas situados en un escenario imponente (Photo 24):

> "El mercado se realiza los viernes en la Plaza Mayor. Aunque allí se puede comprar todos los días de la semana, el viernes es el gran día en

que los campesinos se reúnen en cientos representando una escena animada y pintoresca en extremo. (…) Se observa mucho orden en el arreglo de los diferentes tipos de provisiones, que están dispersas en filas sobre el pavimento, siguiendo la forma de la plaza. Los vegetales, los granos y las frutas se ubican juntos, por lo general. Los carniceros tienen pequeños puestos, donde se expende excelente carne de res, cordero y cerdo a precios muy bajos. Luego vienen los pollos, los huevos y la mantequilla; la loza de la madera y de barro, etc. Luego, las telas burdas del país, como algodones a franjas, de basta factura, ruanas, sombreros de paja, hamacas y alpargatas, etc. (…) Aquí se hallan revueltos blancos y negros, indios, españoles, mestizos, soldados, judíos, católicos y protestantes, todos abriéndose paso y ofreciendo sus bienes como si la vida y la muerte estuvieran en juego. (…) Ningún mercado, a tal distancia de la Costa, puede jactarse de exhibir una variedad tan rica y grande como la que se encuentra aquí. Hay frutas y vegetales de regiones cálidas, frías y templadas, todos frescos. Naranjas, limones, piñas, granadas, mangos, la deliciosa chirimoya, melones de varios tipos, fresas, etc. Las manzanas son la única fruta de calidad corriente, siendo pequeñas y muy insípidas. Coliflores, berenjenas, papas, repollos, alcachofas y toda la familia de los vegetales abundan aquí y son excelentes. El pollo es excesivamente bueno, y lo sería también la res, pero el ignorante matarife daña todo al quitar cada partícula de grasa para mezclarla con el sebo de las espermas. El cordero es pasable. Nunca vi una sola ternera ni un cordero tierno, porque ellos no matan el ganado joven. Al mercado se traen pocos cueros, pero es posible obtenerlos en los campos" (Stewart, 1990: 83).

El relato de John Stewart data de 1836 y el óleo de Thérond es de 1840, lo cual indica que el mercado se mantuvo en la Plaza Mayor al menos hasta esa fecha. "En la plaza mayor o de la Constitución, que así se llamó al comenzar la República, tenía lugar todos los viernes el mercado público. Los visitantes encontraron en el mercado un espectáculo animado y pintoresco, quizá festivo porque mercado y feria, día feriado y fiesta son acontecimientos afines. Pero además del espectáculo, que seguramente fue digno de verse, tenía el mercado la importancia de ser el factor primordial de la actividad comercial de la ciudad" (Martínez, 1976: 110). Es por eso que resultaba difícil desarraigar esa tradición de los mercaderes que habían permanecido comerciando en la plaza central durante siglos: "Gestionó luego el empresario Arrubla ante la Cámara Provincial de Bogotá el privilegio para explotar el primer mercado cubierto de la capital. El favor le fue concedido el 24 de Octubre de 1848 con la ordenanza de esa fecha. El edificio se inauguró en 1864, pero tan notable adelanto no desarraigó las rutinarias costumbres del mercado a cielo abierto. Vivanderas y minoristas persistían en la modalidad atávica, y tiempo tomó desplazar de la Plaza de Bolívar hacia las plazuelas de San Francisco y San

Victorino a los más obstinados" (Ibid.: 120). Este proceso de desalojo en la Plaza de la Constitución puede ser considerado el primero de los enfrentamientos entre los vendedores de los mercados tradicionales y las instituciones del Estado defensoras del ideal republicano en la era moderna.

Los tiempos habían cambiado, y la necesidad de la nueva nación en construcción hizo que comenzaran a presentarse los cambios dirigidos a fortalecer la imagen de las instituciones del Estado. En cuanto a la creación del mercado cubierto, "en Enero de 1864 se inauguró la primera parte del edificio de la Plaza de Mercado" (Mejía, 2000: 185), es decir, posterior al traslado del mercado de la Plaza Mayor a las otras plazas. El mercado cubierto resultaba revolucionario, pues venía a sustituir la tradicional forma de venta espontánea en calles y plazas característico de la época colonial; era, por tanto, un emblema de la modernización y la racionalización de los espacios urbanos. Aunque la plaza de Santa Inés satisfizo las exigencias de higiene y cubrió las necesidades de buena parte de la población, el considerable crecimiento demográfico de finales del siglo XIX obligó a mantener los mercados al aire libre en la mayoría de las plazas de la ciudad, entre ellas la de San Victorino. Entonces, el sector de San Victorino concentraba, para aquel tiempo, la plaza de mercado cubierta de Santa Inés (ubicado en la Calle 10 con Carrera Diez) y el mercado al aire libre de la plaza de San Victorino. Así, cuando Miguel Cané hace su llegada a la ciudad, nos presenta el relato de viaje que con mayor claridad y capacidad expresiva nos describe la intensa actividad del mercado de San Victorino:

> "La primera impresión que recibí de la ciudad de Bogotá fue más curiosa que desagradable. Naturalmente, no me era permitida la esperanza de encontrar en aquellas alturas, a centenares de leguas del mar, un centro humano de primer orden. Iba con el ánimo hecho a todos los contrastes, a todas las aberraciones imaginables, y con la decidida voluntad de sobrellevar con energía los inconvenientes que se me presentasen en mi nueva vida. Por una evolución curiosa de mi espíritu, cuando el carruaje comenzó a rodar en las calles de la ciudad, fue para el regreso. ¡Qué lejos me encontraba de todo lo mío! Atrás quedaban las duras jornadas de mula, los sofocantes días del Magdalena y la pasada travesía en el mar. ¡Habría qué rehacer esa larga ruta nuevamente! Confieso que esa idea me hacía desfallecer [Esta afirmación indica que venía por el camino de Honda].
>
> "La calle por donde el carruaje avanzaba con dificultad estaba materialmente cuajada de indios. Acababa de cruzar la plazuela de San Victorino, donde había encontrado un cuadro que no se me borrará nunca. En el centro, una fuente tosca, arrojando el agua por numerosos conductos colocados circularmente. Sobre una grada, un gran número

de mujeres de pueblo, armadas con una caña hueca, en cuya punta había un trozo de cuerno que ajustaban al pico del agua que corría por el caño así formado, siendo recogida en una ánfora tosca de tierra cocida (…)

"Los indios, que impedían el tránsito del carruaje, tal era su número, presentaban el mismo aspecto. Mirar uno es mirar a todos. El eterno sombrero de paja, el poncho corto, hasta la cintura, pantalones anchos, a media pierna y descalzos. Algunos, con el par de alpargatas nuevas ya mencionado, cruzado a la cintura. Una inmensa cantidad de pequeños burros cargados de frutas y legumbres… y una atmósfera pesada y de equívoco perfume.

"Los bogotanos se reían más tarde cuando les narraba la impresión de mi entrada y me explicaban la razón. Había llegado en viernes, que es día de mercado. Aunque esté abierto toda la semana, es en los jueves y viernes cuando los indios agricultores de la sabana, de la tierra caliente y de los pequeños valles allende la sabana que abriga a Bogotá, vienen con sus productos a la capital. *El mercado de Bogotá, por donde paso en este momento y del que diré algunas palabras para no ocuparme más de él, es seguramente único en el mundo, por la variedad de los productos que allí se encuentran todo el año*. Figuran al lado de las frutas de las zonas templadas, la naranja, el melocotón, la manzana, la pera, uvas, melones, sandías, albaricoques, toda la infinita variedad de las frutas tropicales, la guanábana, el mango, el aguacate, la chirimoya, la gramilla, el plátano… y doscientos más cuyo nombre no me es posible recordar. Las primeras crecen en las sabanas y en los valles elevados, cuya temperatura constante (de 13 a 15 grados centígrados) es análoga a la de Europa y la nuestra. Las segundas brotan de la tierra caliente, para llegar a la cual no hay más que descender de la sabana unas pocas horas. Así, todas las frutas de la tierra ofrecidas simultáneamente, todas frescas, deliciosas, y casi sin valor nominal. ¿No es un fenómeno único en el mundo? Un indio de la sabana puede darse en su comida el lujo a que sólo alcanzan los más poderosos magnates rusos a costa de sumas inmensas, y más completo aún…" (Cané, 1970: 46).

Es interesante constatar la diversidad y el dinamismo de la plaza en torno a su actividad comercial, la cual no sólo funciona los días viernes, sino que continúa "abierto toda la semana" y recibe una gran multitud de indígenas y campesinos. Para cuando Cané visita San Victorino (1889), ya funcionan en su entorno los dos mercados: el cubierto y el de la plaza.

Carnegie-Williams destaca también, unos veinte años más tarde, el dinamismo que tenía el mercado de San Victorino a su llegada a la ciudad:

> "El camino, bastante bueno, aunque tortuoso y en algunas partes irregular, estaba lleno de gente que venía del mercado del viernes en Bogotá. Carretas vacías tiradas por bueyes rojos, negros y blancos, mujeres en mulas y caballos pequeños, hombres con grandes sombreros de Panamá y ruanas, burros cargados con forraje o cantinas de leche, es decir, toda clase de transeúntes bulliciosos que iban o venían a lo largo de la vía.
>
> "Pasamos por un terreno bajo y pantanoso cerca de Bogotá, donde hay agachadizas y patos silvestres, y tras una vuelta del camino, las iglesias, los tejados de las casas y los eucaliptos, dorados por el sol de la tarde. Los dos cerros tutelares de la ciudad, con sus cimas coronadas por iglesias, lucían oscuros y sombríos y las nubes colgaban pesadamente de los peñascos más altos. Anduvimos por varias calles hasta llegar a una especie de Plaza, donde había carretas, hombres, mujeres y muchachos que producían gran ruido y confusión" (Carnegie-Williams, 1997: 53).

Luego de conocer la actividad del mercado, poco a poco fue familiarizándose con esta escena social propia de la vida cotidiana en la ciudad:

> "El camino estaba congestionado por indias que traían sus bienes y frutas al mercado del viernes; al sentarnos en las piedras para descansar, tuvimos la oportunidad de observarlas, con sus enaguas negras y cortas, sin zapatos ni medias y con sus corpiños de algodón blanco. Muchos llevaban collares alrededor del cuello y un pañolón negro sobre la cabeza. Algunas usaban bandas alrededor de la frente para llevar unos canastos de forma extraña sobre sus cabezas. Otras, no contentas con su carga, llevaban también bebés. En sus canastos había naranjas, unas pocas piñas, vegetales de todo tipo, carbón, papas, aves, etc. De vez en cuando halaban un gran buey negro o carmelito de un lazo atado a una argolla sujeta a la nariz y que cargaba en su lomo zurrones llenos de 'miel', o melaza de caña, utilizada en la elaboración de 'chicha', que consiste en maíz fermentado" (Ibid.: 69).

Y, al final, parecía haberse compenetrado con las bondades del mercado en esta ciudad aún lenta y provinciana: "Conseguimos una buena cantidad de orquídeas en San Victorino y también algunas flores en el patio de debajo de nuestra parte de la casa" (Ibid.: 67).

3.2. San Victorino como lugar de flujo y centralidad de los transportes urbanos.

Como puede apreciarse, la ciudad atraía ya a muchas personas provenientes de otras latitudes, en especial americanos y europeos. Esto da cuenta del crecimiento y la extensión de Bogotá hacia el resto del mundo, aunque la inserción siga siendo precaria hasta finales del siglo XIX:

> "El comercio de Bogotá no es muy floreciente, aunque sí muy activo su tráfico con el Magdalena, en el que se emplea gran número de arrieros y de bestias mulares, casi exclusivamente dedicadas al acarreo de mercancías extranjeras desde las bodegas de Honda a la capital. Los almacenes estaban tan bien provistos de mercaderías inglesas, americanas y principalmente francesas, que dos comerciantes de la última nacionalidad ofrecían un cargamento que les acababa de subir un champán, con treinta por ciento de descuento sobre la factura, y se les ofrecía el cuarenta. No se vaya a creer por esto que sean muy bajos los precios de los artículos europeos; al contrario, en pocas partes del mundo son más altos que en Bogotá, porque quizás ninguna otra plaza une a una gran necesidad de artículos de lujo importados mayor costo y dificultades en su transporte desde la costa…" (Gosselmann, en Rivas y Bayona, 1988: 145).

No obstante, la segunda mitad del siglo XIX fue testigo de múltiples transformaciones urbanas que hicieron darle un giro decisivo a la ciudad y su dinámica económica en el sistema-mundo moderno:

> "Durante la segunda mitad del siglo XIX, (…) el tiempo de viaje desde Barranquilla a Bogotá se redujo considerablemente con la regularización de la navegación a vapor por el río Magdalena, con el mantenimiento que, aunque nunca suficiente, se hacía al camino de Honda, y con la utilización de carruajes, y luego del ferrocarril entre Facatativá y Bogotá. (…) De esta manera, la lejanía de Bogotá en relación con los otros lugares poblados del país y los grandes centros del mundo occidental dejó de ser una de sus características principales. El resultado de las mejoras implantadas en los sistemas de transportes y comunicaciones sirvió para fortalecer aún más el papel de Bogotá como centro del país" (Mejía, 2000: 99-100).

Hasta 1870 todavía la red de caminos era muy precaria e insuficiente, y el ferrocarril de Facatativá aún no lograba competir en costos con otros medios de transporte. No obstante,

> "[La mejora del camino] que comunicaba a la ciudad con Facatativá, en dirección a Honda, era la garantía de una mayor eficiencia en el

transporte de personas y mercancías entre la Costa Atlántica y Bogotá. La antigua trocha colonial fue inicialmente arreglada sin introducirle mayores cambios. Estas acciones permitieron que ya para 1844 las carretas comenzaran a reemplazar a las mulas e hicieran ocho viajes en un mes transportando en cada ocasión cinco cargas. Sin embargo, fue la *macadamización*[24] del camino, terminada a comienzos de la década de 1850, lo que indudablemente generalizó el tráfico de vehículos e influyó profundamente en la transformación de dicho sector de la Sabana y aún de la capital.

Las carretas haladas por bueyes y la progresiva generalización del servicio de ómnibus (carruaje de tracción animal) para el transporte de pasajeros, se hizo algo común y fuente de prósperos negocios. Es interesante describir uno de tales ómnibuses, el que fue utilizado por un viajero en camino hacia la capital a fines de los años setenta: '(…) Tomamos asiento en un carruaje medio desvencijado, para recorrer siete leguas más, a través de la Sabana y de oeste a este. El ómnibus estaba adornado por dentro con flores y pájaros pintados en colores chillones. Un pavo dibujado sobre una casa de dos pisos arrastraba su brillante cola hasta el suelo y la cabeza levantada a igual altura… a las cinco de la tarde del 4 de diciembre de 1877 llegamos a la plaza de San Victorino'. La importancia de este camino dio también lugar a que se embelleciera su parte inicial, desde San Victorino hasta la pila chiquita, trayecto conocido primero como Calle del Prado, luego como la Alameda Nueva y, finalmente, como Avenida Cristóbal Colón" (Mejía, 2000: 110-111).

Esta fue la era de los coches, los ómnibuses y el tranvía como medios de transporte en la ciudad, lo cual constituía una auténtica revolución con respecto a las formas de movilidad existentes con anterioridad a estas reformas (Photo 25): "De años atrás, la prolongación y mejora de las carreteras del norte y el occidente favoreció el establecimiento regular de líneas de carruajes. Entre la plazuela de San Victorino y la venta de *Los Manzanos*, delante de Facatativá, con parada para remudar caballos y almorzar en *Cuatro Esquinas* (hoy Mosquera), hacía el servicio la empresa del general Ramón Soto" (Rueda Vargas, 1988: 242).

No obstante, debido al daño causado en los precarios empedrados del siglo XIX, se impusieron restricciones al uso de carruajes dentro de la ciudad, colocándose los límites en los puentes de San Victorino y San Francisco, pues tales daños "…se hicieron recurrentes a partir de mediados del siglo XIX, cuando las mejoras en los caminos a Facatativá y Zipaquirá incrementaron el uso de carretas en dichas vías"

[24] Pavimentación de carreteras a base de piedra triturada, técnica desarrollada por el escocés John London McAdam, de donde viene su nombre.

(Mejía, 2000: 141). Estas restricciones a la entrada se hicieron por peajes internos o por prohibición expresa, lo cual hace pensar que la plaza de San Victorino fue escenario de uno de tales peajes urbanos. Así, la plaza se convirtió en el apostadero principal de los ómnibuses y carruajes de alquiler que tuvo la ciudad, lo cual le otorga su función como parqueadero y terminal de la ciudad durante todo el siglo XIX.

José María Cordovez Moure retrata de este modo la experiencia al interior de un ómnibus en San Victorino:

> "La arrancada de un ómnibus en la plazuela de San Victorino hacia la Sabana ponía en movimiento el barrio. Los sobrecogidos viajeros permanecían encerrados en el vehículo, presas del terror al verse a merced de dos brutos, resistidos a tirar, del aún más bruto cochero, azotando a los caballos y arrojando vizcaínos a torrentes; de otro bruto, a guisa de mugriento postillón, arzonando al frente de la pareja de caballos para ayudarles a salir, y de los ayudantes del empresario, arreando, apaleando y martirizando a los resistidos corceles hasta que al fin, estos despedían furiosos con la febril velocidad que llevaría el diablo, si se viera montado por un cura con espuelas de agua bendita" (Cordovez, 1988: 169).

El desarrollo de los transportes por el río Magdalena y la aparición del ferrocarril fueron decisivos para la gestación de un nuevo panorama para la ciudad:

> "Fue sólo hasta mediados de siglo que la navegación a vapor por el río Magdalena pudo desarrollarse regularmente. En 1866 ya existían tres compañías de vapores en el Magdalena con oficinas en Bogotá, movilizando un total de diez barcos entre Honda y Barranquilla. (…) En 1901 eran por lo menos treinta los vapores que recorrían regularmente el río en ambas direcciones. (…) Desde tiempos coloniales hasta mediados del siglo XIX, la duración del viaje podía ser de más de setenta días cuando se remontaba la corriente. Con el servicio de la navegación a vapor se redujo a siete o diez días el tiempo de viaje de la costa a Honda y de tres a cinco días entre Honda y el océano. (…) Es posible afirmar, entonces, que el tiempo de viaje entre Bogotá y los puertos colombianos en el Caribe logró disminuirse en gran forma durante el siglo XIX: de una duración cercana a los tres meses, remontando la corriente, cuando el tiempo era bueno, a poco más de una semana en la misma dirección y bajo iguales condiciones climáticas" (Mejía, 2000: 114-118).

La aparición del ferrocarril en la Sabana de Bogotá sería el complemento a la revolución del vapor en los transportes en Colombia: "El 20 de julio de 1889 llegó el primer ferrocarril a Bogotá [ferrocarril de la Sabana]. Este fue el punto culminante de las obras emprendidas el 28 de febrero de 1882, las que dieron lugar a una línea férrea de 40 kilómetros entre la capital y Facatativá, y a una reducción en el tiempo de viaje, que antes tomaba un día, a dos horas y media. (…) El viaje de Bogotá a Honda debió [así] disminuirse en un día, reduciéndose a dos los tres días que antes se gastaban en dicho trayecto" (Ibid.: 115-116).

Con la construcción del ferrocarril, el mercado de Facatativá, principal población en la zona occidental y puerto de entrada de las mercancías provenientes del extranjero, quedó estrechamente ligado a la capital: "El ferrocarril generó una dinámica diferente entre Bogotá y Facatativá al occidente, Soacha y Sibaté al sur y Zipaquirá al norte. Estos poblados estructuraron un sistema regional a pequeña escala en el que gravitaban como satélites en torno a la ciudad central. Además, desde 1910 el ferrocarril prestaba el servicio regional y el servicio suburbano: saliendo de Bogotá en tren, se podía llegar a Chapinero, Fontibón, Soacha, Bosa y Usaquén" (Montezuma, 2000: 479).

La aparición del ferrocarril jugará un papel decisivo en la creciente urbanización y valorización del suelo urbano en San Victorino: "Antes de 1920, el papel que juegan los ferrocarriles nacionales en el proceso de urbanización es modesto pero no despreciable. Por un lado, la Estación de la Sabana se convirtió en el centro de un polo de desarrollo; por otro, los ferrocarriles del Norte acentuaron el eje espacial en esa dirección. *La Estación de la Sabana generó una tensión urbana hacia el occidente de la Plaza de Bolívar y dio paso a la urbanización de los barrios de San Victorino y el Voto Nacional*" [El subrayado es nuestro] (Montezuma, 2000: 479). La aparición de la Estación de la Sabana en la parte baja del Camellón fortalecerá la actividad del sector y le conferirá un importante desarrollo urbanístico, el cual terminará por congregar buena parte del comercio mayorista de la capital (Photo 26).

En conexión con San Victorino y la Estación de la Sabana aparecerá, entonces, el mercado conocido como Plaza de Maderas, que luego tomará el nombre de Plaza España y que reemplazará el mercado al aire libre de San Victorino para finales del siglo:

> "Por Acuerdo 11 de 1883 autorizó el Concejo la inversión de $10.000 en la compra de un terreno para trasladar el mercado público de San Victorino. Esta plaza estaba entonces destinada a la venta de materiales de construcción y otros productos que incomodaban y afeaban la entrada a la ciudad. Don Juan N. Valderrama facilitó el traslado de ese servicio al terreno de su propiedad que recibió el nombre de Plaza de

> Maderas [rebautizada como Plaza España en 1902]. El municipio adquirió luego por compra esta Plaza" (Martínez, 1976: 136).

En ese mismo año aparece, de manera significativa, la Plaza de la Constitución en el lugar de la Plaza Mayor, construida en homenaje al centenario del natalicio de Bolívar, dando así inicio al auge de los parques republicanos en la ciudad. A finales del siglo XIX se construyó la línea del tranvía hacia occidente (Línea de la Estación de la Sabana), que salía de San Victorino y comunicaba con la zona de Paiba, luego de dar un recorrido circular por la ciudad. Desde San Victorino también se podía tomar el tranvía que iba hasta el Ferrocarril del Norte (Línea de la Estación del Norte) (Carte 16) (Mejía, 2000: 144). La aparición del tranvía tendrá un efecto fundamental en la ciudad, pues entre 1890 y 1940 contribuye a modificar la densidad de la misma, lo cual permite a su vez interconectarse con núcleos de población de mayor envergadura (Photo 27), fenómeno del cual el Centro de la ciudad es el eje articulador por su posición en la geografía urbana (Gutiérrez, 2000: 18).

San Victorino era el puerto de Bogotá y el camino a Honda era el eje articulador con un sinnúmero de poblaciones existentes en sus inmediaciones, lo cual comenzaba a otorgarle a la ciudad el carácter de una ciudad-región con una notable influencia sobre territorios cada vez más expandidos en la geografía nacional y mundial: "…el sistema de organización espacial [volcado hacia Europa] toma sentido con el puerto, salida indispensable, enlace marítimo entre el espacio dominante y el espacio dominado, y el punto de referencia para distinguir el *interior*, la provincia, y el *exterior*, el extranjero. La lógica de estas localizaciones se reafirma con el establecimiento de las infraestructuras de circulación, creadas a la manera de ejes de penetración" (Zambrano, en Mejía y Zambrano, 2000: 32). De este modo, las reformas en la infraestructura de transportes y las condiciones climáticas y geográficas del altiplano fueron decisivas para consolidar a Bogotá como la capital de la nueva república.

En medio de estos trascendentales cambios, la plaza, la parroquia y el barrio de San Victorino preservarían su nombre y su estructura urbana hasta inicios del siglo XX (Photo 28).

Capítulo 4. El *round-point* de la Plazuela Antonio Nariño y el parqueadero (1910-1948).

A principios del siglo XX, la ciudad experimentaba ya un gran dinamismo. La creciente migración del campo a la ciudad estimuló el crecimiento demográfico y comenzó a ampliar los límites de la Bogotá colonial hacia el norte y el sur. La ciudad pasa de 20.000 habitantes en 1801 a 120.000 habitantes en 1912, lo cual es un

reflejo de la agitación que comienza a vivirse en la ciudad. Desde finales del siglo XIX había iniciado una importante expansión capitalista y comercial que impulsaría el tránsito definitivo de la ciudad a la modernidad. Por las calles "deambulaban carretas, tranvías y transeúntes ataviados en sobrios trajes negros con sus respectivos sombreros, el cual (…) era característico de la moda de la época y muy acorde con los días grises y nublados" (Silva, 1983: 63).

No obstante, el desarrollo de Bogotá como ciudad moderna es, más que industrial, comercial y burocrática. Además, la densificación urbana había generado el inicio de un fenómeno de segregación espacial en el Centro Histórico que no se suspendería sino hasta 1948, cuando la población comienza a migrar en forma voluntaria hacia otras zonas de la ciudad.

Eran los tiempos de la República de la Constitución de 1886 y de la hegemonía conservadora. La guerra de los Mil Días había definido por fin los inicios de una estabilidad en el país bajo el modelo republicano. En San Victorino se vivieron una serie de transformaciones que le dieron un giro definitivo a su historia, vinculándola con un ideal más próximo a las exigencias de la sociedad moderna.

El desplazamiento del mercado de la plaza de San Victorino no impidió que el sector mantuviera una significativa actividad comercial, debido a que la Plaza de Mercado de Santa Inés estaba ubicada apenas dos cuadras más hacia el sur (Photo 29). No obstante, una de las cosas interesantes para finales del siglo XIX y principios del XX es que todas las plazas se convierten en plazas-parques, excepto San Victorino, que había rebajado su jerarquía en la ciudad luego de la desaparición de la Iglesia y sus funciones como mercado. Además, los fenómenos de transporte urbano la privilegiaron como un lugar de cruce y confluencia y uno de los nodos fundamentales para la circulación. Esto le da a su transformación un sentido distinto al que se le otorgó a las otras plazas de la ciudad.

Algunas se llamarán parques y otras plazas, pero en realidad participarán de ambas características. La plaza o parque de los Mártires, al igual que la Plaza de Bolívar, es sembrada de árboles. Estatua, jardín y reja son los tres elementos constitutivos de este nuevo empleo de los espacios públicos. Esto configura la base de la nueva "religión cívica", truncada por la rehispanización y la regeneración del catolicismo en la ciudad a principios del siglo XX.

Este retorno a la hispanidad quedó claramente demostrado con la instalación de los monumentos dedicados a Cristóbal Colón y la reina Isabel, los cuales se descubren en la Avenida que comienza a llamarse entonces "de Colón", el 20 de Julio de 1906 (Mejía, 2000: 205). Las estatuas de Colón e Isabel la Católica "…son de tamaño heroico y manifiestan una extraordinaria majestad. Colón señala con

una mano las tierras de América y con la otra empuña el palo del navegante. Isabel tiene en sus manos el permiso que da a Colón" (Florencio, 1962: 52).

El camino a Fontibón se convertirá, a partir de entonces, en una suntuosa avenida que señala una senda de porvenir para la ciudad (Photo 30):

> "…En lo general, el asfalto y el cemento son dueños del pavimento de andenes y calzadas, y el viento ya no moviliza toneladas de polvo, desesperación de los transeúntes. Los primitivos caminos reales, o sean las vías de entrada a la ciudad por el norte y por el occidente, fueron desde su origen de anchura considerable, de suerte que al asfaltarlas e iluminarlas profusamente se han convertido en avenidas las más bellas, las de mejor desarrollo y más llamativo aspecto. Son ellas la Avenida de la República, a lo largo de la Carrera Séptima, la Avenida de Colón, que forma la calle 13 desde la carrera 12 al Occidente; la Avenida del Centenario, que tiene su origen en la Avenida Colón y va hacia el Occidente hasta el barrio de Puente Aranda, es una de las vías más suntuosas de Bogotá…" (Córtazar, 1938: 552).

El inicio de esta vía demarcará el tránsito entre la ciudad y los territorios allende la capital:

> "…hay dos sabanas: la que tiene a Bogotá al fondo y la que se ve desde la orilla. (…) Un doble desasosiego se disputa nuestro ánimo cuando el tren corre hacia la ciudad. (…) La red de unos raíles que después nos aprisiona en sueños, el escape de vapor de una máquina que espera, la estación con los relojes parados y el tiempo dormido, el despertar de la luz en la Plaza y, al fin, el bullicio forzado de la Avenida de Colón con sus escaparates repletos de arados, paquetes de semilla y muchas herramientas que a la ciudad le sobran. Por ella pasean todos los días del año racimos de mandarinas, turpiales ateridos y el desperezo femenino y angelical, etéreo y marinero, de las orquídeas…" (Fernández, 1943: s.p.).

En San Victorino, por su parte, la pila estuvo en la Plaza hasta 1910, año en que fue reemplazada por la estatua de Antonio Nariño (Photo 31). La estatua fue inaugurada el 20 de Julio de 1910, con motivo de las celebraciones del Centenario de la Independencia, y fue obra del escultor francés Enrique León Greber, discípulo de Tenerani. En la estatua de Antonio Nariño, "…el artista lo representa en el momento en que contestaba al pueblo de Pasto que pedía su cabeza: 'Yo soy el General Nariño'" (Florencio, 1962: 52). La celebración del Centenario fue una ocasión muy especial para restaurar los símbolos del imaginario del Estado nacional, y eso se plasmó en la plaza de San Victorino. *Con el levantamiento de la*

estatua, la plaza cambiaría de nombre y comenzaría a llamarse "Plaza de Nariño" por primera vez en su historia.

Pero además del significado simbólico, el espacio público creado en torno a la estatua tenía un carácter funcional. Las líneas del tranvía que venían desde San Diego y Fontibón llegaban a San Victorino, con lo cual se creó un *round-point* alrededor de la estatua para que los tranvías dieran la vuelta en ese lugar (Photo 32). Así se conjugó la importancia de la plaza en el contexto de la cultura nacional y su carácter de equipamiento urbano. Para esta época se produjo la municipalización del tranvía, luego de un histórico paro que representó la inconformidad y las inequidades generadas por el auge de un capitalismo que dejaba los mejores dividendos a los empresarios privados y extranjeros. En 1917, por su parte, se construye el Circo de Toros de San Diego, con lo cual San Victorino deja de ser también escenario de las tradicionales corridas de toros en la ciudad.

Alberto Lleras, presidente de la república entre los años 1958-1962, vivió en San Victorino durante aquellos años y hace una descripción bastante sugerente de lo que era el barrio en aquella época:

> "La ciudad, en 1915, cuando volvimos a ella, era pequeñita. Quién sabe por qué razón todo lo nuestro estaba del lado de San Victorino. En la Iglesia de La Capuchina, yo había sido bautizado. Enfrente quedaba el Hotel Cote, y años más tarde, el colegio de Ramírez. Don Diego Camargo había vivido frente a las estatuas de Colón e Isabel la Católica, una a cada lado de la Avenida que llevaba el nombre del Almirante. Al lado, un poco más arriba, al Oriente, estaba la casa de Jorge Lleras, alta, con un patio inmenso, unos corredores que la enclaustraban, gruesas paredes, habitaciones oscuras. (…) Y en San Victorino estaba la casa de don Santiago Barriga, un viejo hidalgo modoso, que vivía con sus hermanas sobre la Avenida Colón, en un caserón cuyo patio era un gran jardín con árboles altos y recios, con fuente, recodos de verde sombra y gruta donde se abrigaba una pequeña virgencita de loza (…) No muy lejos de la Plaza de San Victorino vivía Sixto López, casado con una prima mía, de ojos azules y tez blanquísima, madre de Rudesindo y de Sixto Enrique, el primero de los cuales volvía de Francia hecho un abate perfumado, con merecida fama de orador sagrado, muy admirado por las mujeres y visto con fastidio por los varones. En la esquina de San Victorino con la Alameda, hedionda calle llena de barro o de polvo, según la estación, estaba la tienda de Epaminondas, hermano de don Sixto, quien sobrellevaba como podía su ilustre nombre, y lo repetía en mil avisos en calles y caminos, y aún en una piedra saliente del Salto del Tequendama. No sé qué avisaba Epaminondas, aparte sus empanadas exquisitas y los prodigios de su confitería, que me resultaban

> irresistibles. Parecía un pequeño restaurante, pero no se veía clientela seria de comidas sustanciales, aparte de unos postillones de coche de alquiler y personajes desocupados *de la plaza triangular y desapacible*.
>
> (…) "Esta parte de la ciudad llegué a dominarla pronto. No era mucho más grande que Chipaque. De allí, en mis exploraciones trepaba hacia Oriente por la Calle 13, en una serie de etapas que ya hubiera podido hacer dormido. Estaba la pequeña barbería, arriba de la Carrera Doce, con su signo característico, donde me cortaban el pelo señoritas amables y activísimas. Fueron las últimas mujeres a quienes vi ejercer ese oficio (…) Más arriba estaba la Energía Eléctrica, de los Samper. Después la Morada del Altísimo, un edificio de ladrillo, como la Casa de Letras, de parecido estilo, pero con más pisos, cuyas habitaciones se alquilaban a estudiantes universitarios, serios y buenos pagadores.
>
> (…) "Antes de un año, ya podía anticipar a una cuadra de distancia quién venía, cómo era, y decir si se trataba de alguien forastero o de algún personaje local definido, en especial los tipos más característicos, los bobos, los locos, los cojos, los cotudos, los ciegos, esa inmensa población de tarados que ambulaban por las calles en trabajos activos y desconocidos. Eran como los hitos de otra por lo demás gris e indefinida caravana de personajes sin signos, que trepaban con decisión la Calle 13 o se deslizaban hacia San Victorino con rapidez, como si fuera a llover. Casi siempre llovía, desde luego [El subrayado es nuestro]" (Lleras, 1998: 245-246).

Hasta el propio expresidente confirma la forma triangular de la plaza de Nariño, aún en pleno siglo XX. El sector, como se puede apreciar, es residencial y compuesto por gentes ilustres. No obstante, pese a la exclusividad del sector, seguía presentándose un movimiento de personas de todas las esferas sociales. La Plaza de Mercado de Santa Inés era uno de los puntos neurálgicos donde se concentraba una gran actividad característica del sector:

> "Pomponio iba a la plaza grande –que quedaba entre la Carrera Diez y la Once con la Calle 10. Allá preparaban unas buenas mazamorras chiquitas con todas las de la ley: fríjoles, habas, alverjas, mazorcas y varias carnes. El sabor era de puro maíz. Quedaban para chuparse los dedos. Se servía un buen plato y si alguien quería repetir, le daban más.
>
> "Las gentes del campo sacaban a vender en grandes canastos y vendían todo. En la Carrera Once estaba la fama grande. Concurrían gentes de toda la ciudad y por las tardes eso estaba pelao. En ese sector se movía el comercio a gran escala. Había trabajo para todo el mundo. Los

> zorreros aprovechaban y trabajaban de sol a sol. La mayoría de ellos vivían en el barrio" (Pineda, 1998: 21).

Estos relatos, así como el de Blair Niles (1923), resaltan la connotación popular vinculada a las dinámicas de los mercados tradicionales:

> "El mercado es bullicioso y atestado de gentes amables. Con muchos 'perdones' y 'permisos', pies descalzos o con alpargatas se mueven sobre el piso de barro. Me detuve a observar a un hombre que con dos periquitos y un organillo jadeante anunciaba que por una moneda los pajaritos entregaban la buena fortuna. A una orden estas avecillas dejaron de moverse en la jaula y parecieron entender la elección que debían hacer entre las papeletas color salmón dobladas en la caja portadora de la suerte.
>
> "Vi también una extraña pareja que atraía multitudes: era un indio bajito y grueso, como son la mayoría en las tribus suramericanas, y un zambo alto y fornido de rasgos predominantemente negroides. Este proclamaba en sonsonete cantado que 'el indígena' había venido desde la Guajira, su tierra natal, para dar a los bogotanos la oportunidad de comprar los remedios maravillosos, fruto de descubrimientos y secretos de su tribu. Hay, decía, una pomada… particularmente milagrosa en casos de reumatismo…
>
> "Mientras tanto el indígena fumaba un tabaco muy grande y escupía a diestra y siniestra; en su cara pintada de negro no encontré ninguna expresión.
>
> "En el mercado de Bogotá, único en el mundo, se vende poesía junto con aves. Rapazuelos se mueven ofreciendo por cortos centavos cuadernillos con lo que ellos llaman poesías; su precio es aún más bajo que el de las hojas sueltas con versos impresos en papel rojo. Frecuentemente el comprador no sabe leer y el vendedor debe declamar en voz alta su colección para que el cliente haga la escogencia ante un apretado gentío de escuchas. Seguí a estos niños y compré duplicados de los mismos poemas seleccionados por los mestizos descalzos" (Niles, en Martínez, s.f.: 146-147).

Como se hace patente en los anteriores relatos, el centro histórico seguía siendo el núcleo principal de la actividad en la ciudad: "La ciudad crece a barrios. Sin embargo, la gran cantidad de urbanizaciones delimitadas entre 1930 y 1950 no fue correspondiente a una tasa de construcción paralela: estos barrios periféricos tuvieron un periodo muy largo de consolidación. Esto hizo que a pesar de las

pretensiones de autosuficiencia urbana, el centro siguiera conservando su rol de nucleador de actividades comerciales y públicas para toda la ciudad" (Zambrano, 1998: 46). La ciudad continúa siendo una ciudad provinciana, muy ligada todavía a las tradiciones de la sociedad colonial, pero con unos tintes de civilización y urbanidad que marcan el camino hacia la modernidad cultural. Aún así, una atmósfera de vida rural y de "bajos fondos" caracterizaba a Bogotá, lo cual se reflejaba de manera clara en el sector de San Victorino:

> "Lo que más había, si no estoy mal de recuerdos, era desocupación y lo que los economistas llamarían después, desempleo disfrazado. Los oficios y supuestas ocupaciones de una inmensa cantidad de gente de la clase más baja económicamente, eran innumerables y absurdos. Desde luego, las aguateras, que cargaban el agua del Chorro de Padilla, en cántaros de ancha boca, taponados con trozos de madera, envueltos en yerbas del monte. Y las que vendían leña de La Calera, región que me imaginaba devastada por tan incesantes faenas. Las cocinas eran, en su inmensa mayoría, de leña y carbón. Estaban también los productores de carbón de madera, trabajo que conocía bien porque lo vi hacer en grande escala en hornos humeantes en el páramo de los Quentes, bajo las órdenes de mi tío Santiago. Pero éstos eran los más altos y calificados. Luego venía otro subproletariado, las gentes que vendían horquetas, para enderezar las plantas en sus arriates, arena para hacer más apta la tierra en que se sembraban, y mil cosas más inútiles, pero de algún valor mínimo, en centavos, que como consecuencia de la gran devaluación, todavía se llamaban, y se decían, en su propia inscripción, pesos. Las gentes que recogían y aún compraban periódicos viejos, botellas, empaques destrozados, basura. Y todos los que desde la mañana a la noche pregonaban con largos gritos gitanos, golosinas de todo género, que nos precipitaban a la puerta con todos los chicos de la vecindad. Todas estas formas de una cultura de pobreza, habían sido ensalzadas por los autores de cuadros de costumbres, como demostraciones graciosas del folclore local, lo mismo que los 'tipos' curiosos y deformes, los locos, los chiflados que abundaban en la ciudad" (Lleras, 1998: 246).

La ciudad, como todas las principales capitales del subcontinente, comienza a experimentar un tránsito acelerado hacia la vida moderna a partir de los años 30. Poco a poco, pero de manera inminente, comienzan a desaparecer estas escenas de una ciudad tranquila y apacible, para empezar a vivir la intensificación del proceso de industrialización y la consecuente concentración demográfica en las ciudades que dará lugar a las grandes áreas metropolitanas de América Latina. Empresas como la de Cementos Samper, la de Energía Eléctrica y la fábrica de vidrios

"Fenicia" inauguran su producción. La posibilidad de importar hierro y construir maquinaria generan las condiciones y los símbolos de la modernidad.

Ya desde finales del siglo XIX Colombia es un país cafetero, lo cual explica la llegada del ferrocarril a Bogotá y el auge de la urbanización, además de la influencia que va a tener el grano en la cultura del país: "Además del café, la construcción de los ferrocarriles de Antioquia, Cundinamarca y el Pacífico pusieron a Bogotá, Medellín y Cali en una posición definitivamente ventajosa desde esa época [1870-] y que ha sido reforzada con el paso del tiempo. (…) La construcción de los ferrocarriles (…) siguió estructurando de manera importante el territorio hasta fines de la década de los treinta, y tuvieron mucho que ver en la localización de las nuevas industrias, ordenamiento al que se les sumaron las carreteras" (Zambrano, en Mejía y Zambrano, 2000: 41).

La "sustitución de las importaciones" ocurrida en los años 30 representó una importante transición hacia el capitalismo industrial debido a los efectos de la crisis del 29, y favoreció la creación de un estado de bienestar y de economía mixta, que intentaba responder a las reivindicaciones sociales de los primeros movimientos sindicales existentes en Colombia. Para aquel entonces, artesanos, comerciantes, burócratas y estudiantes eran los principales grupos sociales de la ciudad. La clase trabajadora en Bogotá la constituyen mayoritariamente obreros; hombres y mujeres forman sociedades, pero el sindicalismo se demora en aparecer. Hasta 1930, Bogotá es una ciudad de artesanos debido la escasa industrialización de la ciudad.

Para ese entonces, una de las luchas fundamentales que se libró entre la elite de la ciudad y los movimientos populares fue la de las revueltas de la chicha, importantes para el recuento de la historia de San Victorino en la medida en que el sector era uno de los escenarios de encuentro del pueblo, y existían muchos establecimientos de venta de chicha en las inmediaciones de la Plaza de Mercado. En 1907,

> "…las autoridades bogotanas (…) decidieron dar una batalla frontal contra el negocio de la chicha no tanto para extirparlo del todo, sino con el fin de alejar las desaseadas chicherías del centro de la ciudad. Por desgracia, los dignatarios elaboraron el decreto sin parar mientes en los medios para hacerlo efectivo. El citado decreto prohibió el funcionamiento de chicherías dentro del área comprendida *entre las calles Quinta y 22 y las carreras Cuarta y Décima.* Esta disposición, como queda dicho, se quedó en el papel. Es elocuente el testimonio que daba un periodista en esa época sobre el repelente espectáculo que presentaban las chicherías en pleno centro de la capital: 'A dos pasos de la Central de Policía, entre la esquina oeste de la Plaza de Mercado y el

Puente de los Mártires no es posible ya el tránsito a ninguna hora del día ni de la noche ocupadas con chicherías las casas de ambas aceras de dicha cuadra, y desentendida la autoridad de dar garantías a los transeúntes, el pueblo se amontona y arremolina en las puertas de esas tabernas, y ebrio se extiende y apodera de los andenes y embaldosados, formando barreras impenetrables'. Las fuertes emanaciones de la chicha fermentada; el vaho caliente y fétido de mil ruanas y jipas mugrientos, de mil pañolones y corroscas astrosas; las aguas menores y hasta las mayores…; el lodo que de los miles de alpargatas se deposita en las aceras y las pone resbaladizas… han hecho intransitable la calle'. El principal problema que se presentó a las autoridades fue el de la resistencia que opusieron las chicherías de la calle 10 por ser las más próximas al muy concurrido mercado semanal donde se daban cita, lógicamente, los más asiduos consumidores de la bebida" (Fundación Misión Colombia, 1988: 165).

La lucha contra la chicha era tal, que se intentó sustituir su consumo por el del café, como una bebida más inofensiva y como una forma de civilización de las costumbres, debido a lo preocupante que era el aspecto y la higiene de las chicherías para la ciudad. No obstante, el problema era, en realidad, el deseo de introducir con fuerza el negocio de la cerveza, una fabricación de corte industrial liderada por las más prestantes familias de la ciudad, a la que la chicha le quitaba toda posibilidad de sustituir el consumo y aumentar el volumen de ventas en la ciudad:

"Entre 1935 y 1936 se observó un preocupante incremento del consumo de chicha. En octubre de 1936 las autoridades municipales se vieron obligadas a ampliar de manera considerable la zona vedada para el expendio de la bebida. Los expendedores fueron drásticamente relegados a la periferia de la ciudad. Según las nuevas normas, a ninguna chichería se le autorizaba operar de Sur a Norte entre la calle Primera y los confines habitados del otro extremo. De Oriente a Occidente el área vedada estaba comprendida entre la Carrera Quinta y la Diecinueve" (Fundación Misión Colombia, 1988: 167-168).

Para aquel entonces,

"En la compleja sociedad colombiana, Bogotá pesaba cada vez más. Al comienzo de la década [de los 40] era una ciudad que rozaba el medio millón de habitantes, al mismo tiempo que se consolidaba como centro múltiple, geográfico, industrial, político, económico y educativo (…) Por las calles de Bogotá circulaban, en 1940, 4.899 automóviles y unos 500 buses. Bogotá era ya una ciudad que podía sentirse como extraña,

> aún para sus mismos habitantes. Algunos de ellos deambulaban en la ciudad por inercia, sin nunca poderse adaptar a la 'realidad' de un *mare mágnum*, que sin embargo, funcionaba a veces con la eficacia de un mecanismo incomprensible, pero bien aceitado" (Sánchez, 1997: 83-84).

Esto se debió, en buena medida, a los primeros pasos dados en la ciudad conducentes a la aplicación de los fundamentos de la planeación urbana moderna, cuyo propósito consistía en racionalizar el funcionamiento de la dinámica urbana para ese entonces y proyectarla hacia el futuro. En 1922 aparecerá un primer antecedente de estas transformaciones: el Plano Bogotá Futuro. "Según la prensa de la época, el plano quería romper con la forma tradicional de la ciudad, inspirándose en los trabajos de Haussmann en París" (Montezuma, 2000: 479). Es decir, los dirigentes de la ciudad aspiraban a producir una serie de reformas inspirados en las tendencias ideales de la modernidad de aquella época, con bulevares que cortan el trazado metropolitano y las cuadras surcadas de diagonales que harían más eficaz la circulación urbana:

> "La Junta Municipal de Obras Públicas, que existía desde años atrás, fue entonces la oficina encargada inicialmente de velar por el control del desmesurado crecimiento que se estaba presentando en la ciudad. A esta oficina se le encargó el plano de 'Bogotá Futuro' u oficina del Plano como se la conoció generalmente. Lo importante de señalar respecto de este asunto es que la introducción del plano como elemento racional, dirían los hombres de la época, científico, para ordenar el crecimiento de la ciudad no antecede al fenómeno sino que se desprende de él. En otras palabras, la planeación fue una respuesta política, en el sentido tanto normativo como de ejercicio de autoridad por parte del Concejo, a un desorden ya creado y sin cauce qué seguir. Precisamente, el plano de 'Bogotá Futuro' lo que busca es crear dicho cauce, pero tendrá qué entrar en competencia con las fuerzas que habían hecho desbordar el crecimiento: la creciente inmigración, la debilidad y aún ausencia de control [político], y los intereses de los urbanizadores" (Zambrano y Mejía, 1998: 48).

Los trabajos de Luis M. Bautista y Karl Brunner durante la década de 1930 serán considerados los principales antecedentes de una planeación urbana en Colombia. Brunner era un urbanista reconocido mundialmente, y en el ámbito local logró destacarse por el alcantarillado y la pavimentación del río San Francisco, obra que daría lugar a la actual Avenida Jiménez en 1925 (AMB, 1999: 26). Esta Avenida tendrá un significado fundamental en la vida de la ciudad, pues los puentes sobre el río desaparecerán y se dará paso a una mayor agilidad en el tránsito de vehículos por el centro de la ciudad, además de contribuir sustancialmente a su higiene y saneamiento. Para San Victorino, esto será de capital importancia, pues

se logra consolidar un espacio urbano que conecta de manera eficaz el exterior y el interior de la ciudad.

Además, el sector de San Victorino complementa esa dinámica con otra de las iniciativas de Brunner: "El desplazamiento del trazado del ferrocarril del norte, de la carrera 14 hacia el occidente, constituye una de las obras más importantes de Brunner. Este cambio permitió la construcción de la Avenida Caracas, la cual, entre las calles 26 y 45, se convirtió rápidamente en uno de los espacios más importantes de la ciudad" (Montezuma, 2000: 480). La Avenida Caracas se convierte, a partir de entonces, en uno de los límites urbanos del sector de San Victorino, y la vía de la antigua Alameda (Carrera Trece) perderá definitivamente su importancia como vía perimetral de la ciudad.

Karl Brunner ha sido designado en múltiples ocasiones como el pionero del urbanismo en Colombia. Una de las principales características de sus obras tenía que ver con la concepción del espacio público en la ciudad, el cual aún no estaba firmemente arraigado, ni en el trazado urbano ni en el pensamiento de las gentes, pese a que ya la Constitución de 1886 instauraba este principio como un aspecto fundamental de la vida social colombiana:

> "En sus proyectos concibió una manera de construir la ciudad, y desde su puesto como urbanista al servicio del municipio, definió una actitud de diseñar la ciudad como promotor del espacio público.
>
> (…) "El plan o código urbano lo tradujo directamente en proyectos de ensanches, barrios, parques, que él mismo diseñaba en su Oficina Municipal. Los concibió como entidades autónomas integradas a la estructura vial de la ciudad y dentro de las cuales se definía con exactitud un plan de urbanización, la forma de una trama urbana, jerarquía y localización de espacios públicos. En todos ellos se destacaba la importancia de los bosques o parques, como elemento estructural, hoy mal llamadas zonas verdes, y la proporción de espacio público respecto del espacio privado" (Vallejo, en *El Tiempo*, Mayo 6 de 1989: 8-B).

Es entonces cuando comienza a concebirse la ciudad en términos de una clara oposición conceptual entre lo público y lo privado, elemento estructural del orden urbano que no alcanzará su punto culminante sino hasta finales de la década de los 80.

Durante los años 40, por su parte, habrá una oleada de referentes del urbanismo mundial expresados por varios arquitectos que serán aplicados al espacio

metropolitano de la capital colombiana, los cuales están todos orientados a establecer un símil con el modelo de ciudad europea y norteamericana.

Entre 1943 y 1944 se promulga el Plan Soto Bateman, el cual "introduce el concepto de área de utilidad pública o de interés social para la expropiación y propone la creación de la Avenida Carrera Décima y la división de la ciudad en varias áreas" (Montezuma, 2000: 480). Basada en esta iniciativa, la Sociedad Colombiana de Arquitectos enuncia en 1944 un plan cuyo pilar principal es la construcción de la Avenida Carrera Décima:

> "Como resultado de una serie de debates públicos efectuados alrededor del Plan Soto-Bateman, la Sociedad Colombiana de Arquitectos concretó la propuesta de un plan que consistía esencialmente en la ampliación de dos grandes vías arterias, al Oriente y al Occidente de la carrera Séptima, las cuales debían atravesar el Centro de la ciudad que carecía de vías de acceso, en dirección Norte-Sur.
>
> "Originalmente fue propuesta la ampliación de las carreras Novena y Cuarta. Al estudiar los posibles costos de adquisición de zonas se encontró que al desplazar la vía occidental de la carrera Novena a la Décima, se obtenía una economía de más de seis millones de pesos que, en esa época de 1944, eran una cifra muy elevada y, en consecuencia, se adoptó la solución de ampliar la Carrera Décima" (DAPD, 1964: 83).

Con este proyecto, termina de estructurarse la malla vial de la Bogotá moderna, la cual tendrá como su principal epicentro la plaza de San Victorino, pues es allí donde confluirán el tráfico y la movilidad de esos tres ejes viales concebidos entre los años 30 y 40: la Avenida Jiménez, la Avenida Caracas y la Avenida Carrera Décima. Esta serie de transformaciones, aunque aún no tendrán un impacto significativo durante el período 1910-1948, resultarán decisivas para definir la orientación urbanística y la función que este sector adquirirá hacia el futuro en el contexto de la ciudad.

Antes de ese momento, en una enumeración que se realizó de las plazas y parques de la ciudad, ya no se contaba a la Plaza de Nariño entre las destacadas. Apenas se citaba: "Nariño, el precursor de la guerra magna, tiene su estatua de bronce en la plazuela de su nombre" (Córtazar, 1938: 552). La plaza, como lo habíamos mencionado y lo confirma la retrospectiva cartográfica, era triangular hasta inicios de los años 40 (Photo 33). Sin embargo, en esta época comenzó una transición fundamental para el futuro de la plaza y el sector en su conjunto: el ensanchamiento del espacio de la antigua plazuela.

"*1945*. La plaza de Nariño, antigua de San Victorino, venía presentando por la incuria de las construcciones que la enmarcaban un aspecto cada día más deprimente, en detrimento del notable desarrollo adquirido entonces por el sector occidental de la ciudad. Este espacio abierto había surgido sin plano previo y sin normas urbanas que regularan su crecimiento y así había configurado un perímetro pentagonal propicio al desorden y al desaseo. El Concejo con el loable propósito de regularizar y aderezar la plaza expidió en 1945 el Acuerdo 11 por el cual autorizó la remodelación de la plaza. *Dispuso igualmente la adquisición de la manzana triangular comprendida entre la calle 12, carrera 11 y costado oriental de la plaza junto con las zonas que para ese efecto se necesiten en la manzana comprendida entre la calle 12, avenida Colón, carrera 14 y plaza de Nariño, de acuerdo con los planos elaborados por la Secretaría de Obras Públicas*" [El subrayado es nuestro] (http://bitacorasdebogota.blogspot.com/2007/01/sucesos-historicos-siglo-xx.html. Fecha de consulta: 19-10-2008).

El ensanchamiento de la plaza constituye un hecho histórico fundamental para la presente investigación. Es evidente que se presentaba un gran contraste entre los importantes avances urbanísticos presentados en las inmediaciones del sector y el visible deterioro de las construcciones aledañas a la plaza, pese a que muchas familias de la elite bogotana aún habitaban en esta zona. Tal situación da cuenta de los contrastes y el desorden urbano latente en la ciudad, lo cual exigía respuestas decididas por parte de la administración.

"*1948*. El Concejo Municipal expidió este año dos Acuerdos relacionados con la remodelación de la plaza de Nariño. El Acuerdo 16 por el cual autorizó la adquisición de los inmuebles y zonas previstas en el Acuerdo 11 de 1945 y destinadas al ensanche de la plaza; y el Acuerdo No. 100 por el que para ese propósito asignó la suma de $1'162.036 incluyendo en éstos las demoliciones, las obras de construcción y las de pavimentación.
La ejecución de los acuerdos anteriores siguió el ritmo que en estos casos impone la adquisición de inmuebles, los trámites de las licitaciones y la ejecución de las obras. Y ocurrió que la plaza una vez ensanchada tuvo que ceder parte de su área para la ampliación de la Avenida Jiménez de Quesada, obra que desfiguró la imagen urbana que allí se pretendía y de hecho la estatua de Nariño quedó fuera de lugar. Intervino también a alterar las funciones cívicas de este recinto la excavación artesonada que hacia 1950 se construyó para estacionamiento de vehículos (...) [(Photo 34)].

> La estatua de Nariño se retiró de la plaza en ese año; actualmente se encuentra en el jardín frontero que da a la fachada posterior del Capitolio [(Photo 35)]" (Ibid.).

Se produjo, entonces, una suerte de unidad entre el amplio espacio para el parqueadero de carros y la glorieta en donde el tranvía daba la vuelta para regresar a Fontibón. Prácticamente no había límites entre los dos espacios más que los señalados por las marcas en el pavimento. El tranvía pasaba justo al lado de los carros del histórico parqueadero, sin que mediara andén o separador alguno. Esto condujo, por vez primera, a la existencia de un amplio espacio con una vocación estrechamente ligada al transporte urbano, que hizo infundado el espíritu cívico y nacional que pretendió infundir la Plaza de Nariño, la cual tuvo una duración de apenas 40 años, prácticamente los mismos que alcanzó a tener el comercio semiformal de las Galerías Antonio Nariño.

Capítulo 5. Vicisitudes del "bajo centro" en la Bogotá moderna (1948-1998).

Este es el período más importante para la comprensión del conflicto entre la administración de Enrique Peñalosa y los comerciantes informales, pues corresponde al momento de la fundación de las "Galerías Antonio Nariño" en la ciudad, y al mismo tiempo, es la época en la cual el fenómeno de marginalidad social cobra fuerza en el sector de "El Cartucho", aledaño a San Victorino.

Las revueltas desencadenadas por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948 destruyeron buena parte del centro de la ciudad. En este sentido, el "Bogotazo" representó una oportunidad sin precedentes para acometer la transformación sustancial de una zona que ya generaba gran preocupación en ciertos sectores sociales debido al desorden y la degradación en la que se encontraba.

> "La entrada al capitalismo financiero exigía en Bogotá la readecuación del viejo Centro de la ciudad colonial indiana, ya obsoleto y convertido en obstáculo. Existía un notable desajuste entre el contenido nuevo del Centro y su forma arcaica, entre una sociedad nueva y los viejos escenarios construidos. (…) Esta contradicción desaparece en la tarde del 9 de Abril de 1948, cuando las llamas aniquilan los principales obstáculos a la modernización, y así lo proclaman al día siguiente, con una alegría mal disimulada, tanto los ideólogos indígenas de la Carta de Atenas, como los grandes especuladores del suelo" (Niño, 1996: 170).

En este contexto, San Victorino, además de ser una de las zonas de mayor degradación urbana, había resultado ser "una de las zonas más afectadas" por los acontecimientos: "…en vísperas del histórico 9 de Abril de 1948 la revista PROA

reclama la modernización del Centro de Bogotá, indicando el objetivo en estos términos: 'Reurbanizar el sector más desaseado, el llamado Plaza de Mercado, comprendido entre la calle 2 y 7 entre las carreras Nueve y Doce B'" (Ibid.: 170-171). Para muchos, resulta extraño y además curioso que lo ocurrido durante el Bogotazo afectara tan positivamente este interés de reconstrucción. En efecto, luego del 9 de Abril, "La zona más afectada (…) incluye las calles 10, 11, 12 y 13 entre la carrera Cuarta y la Carrera Trece. (…). La zona de San Victorino, con menos de diez cuadras presentando destrucciones" (Aprile, 1983: 36).

De acuerdo con otras versiones, "Los incendios del nefando 9 de Abril de 1948 dejaron en cenizas y escombros parte del costado oriental de la plaza de San Victorino. *Con el alineamiento impuesto para la reconstrucción del área desmantelada ganó la plaza en extensión y en regularidad geométrica de ese costado* [El subrayado es nuestro]" (Martínez, 1978: 165). Sin embargo, esta descripción no corresponde a la realidad, pues el costado suroccidental es el que resulta más afectado por los desmanes (Photo 36).

A partir de entonces, la industria de la propiedad raíz comenzó a convertirse en una de las de mayor influencia en gran número de "actividades comerciales" en la ciudad: "Más rápido que el sector público, el sector privado reacciona. (…) Surge la Lonja, concretizando (sic) la manera como a raíz del 9 de Abril el mercado inmobiliario bogotano se moderniza y entra de lleno en la era capitalista" (Aprile, op. cit.: 129). No obstante, la situación en la cual los mandatarios de la ciudad eran al mismo tiempo los representantes del negocio de la finca raíz impide establecer una escisión clara entre el ámbito público y el ámbito privado de influencia en la ciudad.

De este proceso no se eximió, por supuesto, el sector de San Victorino, el cual fue objeto de variadas propuestas para su reconstrucción:

> "Que la plazuela de San Victorino debe ser convertida en una gran central de estacionamientos de los transportes urbanos, intermunicipales e interdepartamentales, es la iniciativa que ha lanzado el conocido abogado local señor Alfonso Lozano Caballero, quien en declaraciones que suministró ayer tarde a uno de nuestros reporteros dijo lo siguiente:
>
> "'El sector de San Victorino, que fue uno de los más afectados por el estrago del mes pasado, tiene hoy en claro la perspectiva de ampliación considerable de la Plaza de Nariño, en cuyo ángulo occidental campea la estatua del prócer Nariño. Y no sólo se justifica tal ensanche como tributo al precursor de la independencia y segundo presidente de Cundinamarca, sino que constituye una necesidad inaplazable para la

ciudad capital, puesto que la zona mencionada ha venido a ser como un puerto comercial y terrestre de Bogotá; es como el epicentro de los transportes de carga y pasajeros urbanos como provinciales'.

"El abogado Lozano Caballero, al referirse a la transformación y ensanche de la plaza dijo que 'sería extraordinariamente fácil ahora cambiar la forma irregular y romboide que presenta la plazoleta, despejándola en rectángulo desde la ciega carrera Once hasta la carrera Catorce o Avenida Caracas, entre las calles 12 y 13 que le sirven de flanco. Con ello se ganaría, siguió diciendo, un ancho espacio para concentrar el estacionamiento, cargue y descargue de los buses y camiones intermunicipales, ya que el actual funcionamiento de tales transportes se realiza trabajosamente y con perjuicio para el tránsito en dicho sector y calles aledañas. Y convendría también aprovechar las ruinas de la Carrera Once, entre calles Once y Doce, para abrir un ancho camellón que comunique la Plaza de Nariño con la Central del Mercado, a fin de dar holgado acceso a los numerosos vehículos que diariamente llegan a proveer a ésta última.

"Dada la ruinosa actualidad de la zona señalada y de las edificaciones contiguas que han quedado en pie, resultaría bastante económico para el municipio la compra de lotes para el ensanche definitivo de la plaza monumental de Nariño, que servirá también para las grandes reuniones del pueblo, a fin de que las manifestaciones y mitines, que en Bogotá son frecuentes, no obstruyan tan a menudo el tránsito por las vías arteriales y calles centrales" (*El Tiempo*, Mayo 12 de 1948: 11).

En esta propuesta se hace patente la vocación histórica de San Victorino como "puerto seco" y terminal terrestre de la ciudad, y se pone de presente la existencia de agencias para el transporte de pasajeros en las inmediaciones del sector, actividad que se extendía en ese entonces hasta la Plaza de los Mártires. Pero además, en la amplitud de este espacio urbano ya se hace evidente para entonces la presencia de gran cantidad de vendedores y artistas ambulantes que comienzan a aparecer con gran fuerza como protagonistas sociales de la cotidianidad urbana:

"Por todos aspectos es atractiva y pintoresca la festiva plaza de San Victorino, encuadrada entre escombros y modernos edificios y que con sus millares de automóviles, unos estacionados y otros en continuo movimiento es hoy el centro principal de la congestionada Avenida de Quesada y ahora el parqueadero ha tenido que extenderse hacia el sur, mediante la demolición de varias edificaciones.

“En los espacios que le quedan libres, proporcionados en gran parte por las ruinas abrileñas, los buhoneros, prestidigitadores y vendedores ambulantes, allí han establecido sus estadios y cacharrerías, y jovencitos artistas musicales, venidos de luengas tierras, en pleno medio día, dejan escuchar sus instrumentos de cuerda y sus canciones, en medio de la multitud de curiosos que los aplaude y les compra los cuadernillos de versos, para premiar de esa manera el esfuerzo de su ingenio y de sus naturales capacidades.

“En las cacharrerías al aire libre se venden a buenos precios todos los utensilios mecánicos que lograron salvarse de los incendios devastadores [del 9 de Abril] y la plaza de San Victorino con sus librerías y estaciones, es una verdadera circunscripción mercantil y de espectáculos gratis, en la cual han tomado su parte correspondiente las farándulas de gitanos y de saltimbanquis que de cuando en cuando se refrescan con bebidas y mentas heladas, en tanto que a las agencias de transporte arriban constantemente las flotas terrestres que regresan de diversos puntos del país. Parejas de polismens deambulan de arriba para abajo con el objeto de conservar el orden del tráfico y señoritas bien trajeadas ríen de las ocurrencias de los payasos callejeros y de las extravagancias e indumentarias de la gitanería” [El subrayado es nuestro] (Del Castillo, en *El Tiempo*, Febrero 27 de 1949: 9).

Aunque existe una continuidad del hecho social del mercado en las plazas de la ciudad desde épocas coloniales, en los inicios de la ciudad moderna la aparición de la figura del vendedor ambulante adquiere dos connotaciones que lo diferencian y le asignan una identidad en cuanto tal: su relación con una oferta de mercancías vinculadas a la era industrial y a las necesidades de la metrópoli moderna, y su desarraigo con respecto a la propiedad del suelo urbano en tiempos de alta especulación inmobiliaria.

La presencia de los nuevos habitantes de la ciudad en el sector se había extendido a zonas aledañas, creando un amplio campo de deambulación de diversos personajes pertenecientes a los grupos con menores ingresos y oportunidades en aquel nuevo momento de la historia urbana:

“El solariego Parque de los Mártires ha venido a convertirse hoy en estación sureña de la ‘Avenida Caracas’ merced al impulso rápido y progresista iniciado por las autoridades municipales. El perímetro, antaño arborizado, hoy es residencia de vehículos, oficina de fotógrafos ambulantes y plaza mercantil al por menor de fruteros, heladistas y bomboneras, entre un continuado deambular de campesinos, obreros, gitanos, vagabundos y burgueses, que le restan el aspecto melancólico

> que ha poco poseyera, aumentado por el chillido de los guatos migratorios en las horas del atardecer.
>
> "Hoy, en cambio, hay allí música y animación por todas partes y a todas horas, mediante el concurso de los traganíqueles y torres cantantes de los cafetines y bares adyacentes, sin contar las murgas callejeras y el continuado ir y venir de los tranvías por la calle décima, transformando esta arteria en un simulacro de bulevar" (Del Castillo, en *El Tiempo*, Enero 13 de 1948: 12).

El gran volumen de vendedores que comienza a aparecer en las calles, plazas y demás centralidades urbanas se explica por las altas tasas de migración que la ciudad comenzaba a recibir desde los inicios de la industrialización e impulsadas por la denominada "época de la violencia", la cual se desató entre liberales y conservadores luego de los funestos hechos del 9 de Abril: "La violencia en los campos y pequeños poblados era un factor que generaba grandes oleadas de migración, principalmente a la capital del país. Si en 1905 la población de Bogotá era el 2,4 por ciento de Colombia, en el censo de 1951 los habitantes rebosaban 715.250, y correspondían al 6,2 por ciento del total nacional. Ese salto poblacional que registraba el conteo en 1951, daba comienzo a la 'macrocefalia' poblacional de Bogotá, a expensas del raquitismo de otras regiones del país" (Sánchez, 1997: 100) (Ver Cuadro 1).

CUADRO 1
CENSOS DE BOGOTÁ HASTA 1985

1870:	40.883
1918:	143.994
1938:	330.312
1951:	648.324
1973:	2'571.548
1985:	4'236.490

Tomado de: ZAMBRANO, Fabio. "Ciudad, territorio y poblamiento (1800-1985)". En: *Bogotá*, N° 99.

La transformación demográfica fue, de esta manera, bastante significativa, pues recibía el impulso de la violencia política y el lento tránsito de la ciudad hacia la urbanización y la industrialización. Además, "La migración del campo a la ciudad es radicalmente diferente a como se presentó en el proceso de industrialización en Europa, donde hubo una migración muy fuerte de la agricultura al sector manufacturero. Aquí la migración se presentó del campo a la ciudad con una altísima tasa de participación del sector informal, entendido como un sector no

moderno ligado con una débil relación salarial" (Misas, en Valencia, 2001: 345). Esto hizo que las calles se llenaran de personas sin trabajo que buscaban medios de subsistencia espontánea en una ciudad que no ofrecía mayores alternativas.

Es en la década del 50 cuando aparecen las primeras consecuencias de la violencia política vivida en las zonas rurales para las áreas metropolitanas, expresadas fundamentalmente en las dinámicas migratorias que habrían de llevar a miles de destechados y desheredados de la tierra desde el campo a la ciudad. Muchos de ellos terminaron buscando su sustento en las calles, ante la falta de oportunidades laborales y las dificultades en la inserción a la vida urbana:

> "Sucedió que con los éxodos provenientes de los campos, los demógrafos calcularon que para 1964 los migrantes totalizaban el 52,4% de la población capitalina, pero más que un supuesto 'ejército de reserva industrial del capitalismo', lo que estaba creciendo en Bogotá era un multitudinario ejército de destechados sin empleo. Pocos eran los migrantes para quienes la mudanza campo-ciudad significaba un ascenso social. La regla fue que la transferencia residencial originaba un marcado desclasamiento laboral y residencial, la miseria acompañaba a los éxodos y muchos tendrían que resolver su necesidad de techo por medio de un verdadero trabajo de 'colonización urbana'" (Niño, op. cit.: 178).

Varios fueron los testimonios recopilados entre los comerciantes informales de las Galerías Antonio Nariño sobre la odisea que debieron vivir para garantizarse a sí mismos una forma de supervivencia en este nuevo mundo de la ciudad que apenas comenzaban a conocer y habitar:

> *"C.C.: Y usted tenía familia acá en Bogotá, o dónde vino usted a vivir?*
>
> *E.L.: No, yo no tenía familia aquí en Bogotá, únicamente yo me vine con las monjas, porque en eso me internó mi mamá abuela con unas monjas!!*
>
> *C.C.: Qué edad tenía?*
>
> *E.L.: Yo tenía aproximadamente dieciocho años.*
>
> *C.C.: Y a qué barrio vino?*
>
> *E.L.: Yo llegué con la monja, la madre superiora, ella me llevó donde un familiar de ella. Este familiar tenía otro familiar que trabajaba en la institución Materno Infantil. Entonces, como yo ya estaba preparada para ser enfermera, entonces ahí me dieron a mí, como se dice, un empleo, pero no con sueldo, sino prestándole servicio, por medio de las monjas, que este hospital era manejado*

por monjas. Entonces Sor Teresa, que era la que manejaba eso, y Sor Ana, entonces ellas, pues me recibieron allá, y yo estuve con ellas allá, de pronto las salidas que nos dejaban salir por allá a paseos, conocí un hombre con el cual me casé. Yo me casé, y yo seguí trabajando allá, pero ya me dieron un medio sueldo, o sea, de siete centavos mensuales.

C.C.: Bueno, cuénteme, ¿cómo empezó usted todo el negocio acá en San Victorino?

E.L.: Bueno, esto ya vino la conclusión de que yo ya era madre de familia, ya tenía hijos, y ya empezó la crisis económica, que no alcanzaba lo que el esposo ganaba para la educación y pa' todo, y ya se liquidó el Hospital donde yo trabajaba, donde me daban aquellos centavos, entonces… porque eso estaba por cuenta de la Beneficencia. Entonces ya las monjas entregaron, ya se retiraron, y ya llegó la Beneficencia a entregarle esto a la Universidad Javeriana. Entonces ya vino el hospital a ser de la Universidad. Ya empezó la universidad a manejar esto. Entonces dijeron que, tan pronto ellos empezaran otra vez a organizar el hospital, que ya empezara a funcionar, nos llamaban otra vez a trabajar!! Nos quedamos en espera y no fue posible que nos reintegraran. Unas compañeras consiguieron trabajo en otras partes, con el Ministerio de Salud. Entonces, yo estaba preocupada porque no había los ingresos necesarios para la educación de los hijos. Entonces yo me puse a confeccionar, porque yo había aprendido donde las monjas a confeccionar, yo sabía, o yo sé confección; me puse a confeccionar, y el hijo mayorcito, que era el que tenía ya diecisiete años, él empezó a traer a los depósitos. Se llenó tanto de los pedidos que le hicieron, que yo dije: 'Esto va a ser un lucro !! Vamos a salir adelante', y resulta que no fue así. Porque entregaron la mercancía en los depósitos, y cuando se fue a cobrar, resultaron cheques sin fondos!! Y cuentas retiradas del Banco. Como yo tenía un crédito a Coltejer, entonces yo lo que hice fue que me tocó salir de la maquinaria para responderle a Coltejer por las deudas. Ya me quedé sin empleo ni nada de eso, entonces le dije: 'Hombre, porqué no saca usted unos vestiditos, y los pone aquí, que ahí se venden!!'.

(...)

C.C.: Y usted cuando llegó a Bogotá a qué barrio llegó?

E.L.: Yo no me recuerdo, pero si mal no estoy llegué al Ricaurte.

C.C.: En qué año?

E.L.: Eso fue como en el 52. De ahí después ya me casé y ya salí con el esposo para donde él me llevó, a vivir por allá a las Ferias, y después ya me llevó por allá para Tunjuelito, y de ahí entonces ya, pues un poco de tiempo ahí, pues ya

teníamos cuatro hijos, y después entonces me llevó a vivir al San Carlos, ahí tuvimos el otro hijo, de ahí entonces yo dije: 'No, esto no puede seguir así, hay qué buscar la forma de solucionar este problema, porque realmente qué vamos a hacer!!'. Entonces yo hice el deber de conseguirme la ubicación de una vivienda. Inés Zárate de Castro, que era Concejal del Distrito y estaba, pues, de diputada para la Cámara, me colaboró y me ayudó a que en la Caja de Vivienda Popular me dieran una casita.

C.C.: En dónde le dieron la casita?

E.L.: En Los Laches.

C.C.: Eso es arriba!!

E.L.: Sí, señor.

C.C.: Y sigue viviendo ahí?

E.L.: Ahí estoy viviendo hace 37 años.

C.C.: Toda la vida!!

E.L.: Sí, prácticamente!!

C.C.: Y cómo era ese barrio antes?

E.L.: Pues, cuando a mí me pasaron para allá eso estaba muy … apenas empezando la construcción de las casas. Y ahí eso era un barrizal, eso era tremendo!! Entonces, Inés Zárate de Castro me congregó en un comité para buscar la mejora del barrio. Y fuimos al Concejo, por allá sesionamos hasta tarde en la noche, hasta las cuatro de la mañana, llegaba yo a la casa y había problemas con el esposo por llegar tan tarde, pero se logró que hubiera el pavimento que echaron la primer vez (sic)!!

C.C.: Ah, usted es toda una líder comunitaria!!

E.L.: Y ya de ahí también se logró la ruta de los buses, el transporte Expreso de Choferes. Y de ahí, ya entonces ya logramos en comunidad con otras señoras, logramos conseguir un auxilio para los más pobres de por allá del barrio, las personas más necesitadas. Logramos conseguir un auxilio, les daban en el Bienestar la mogolla, la leche para los niños más desnutridos, para los menos favorecidos, de los antiguos que habían ahí, entonces de ahí conseguimos, logré conseguir con una doctora, la doctora Ángela… ay, yo no me acuerdo el apellido de ella. Ella era una trabajadora social. Con ella logramos conseguir, y

con la Doctora Diva de Rincón, de la Caja de Vivienda Popular, logramos conseguir que se nos enviara para allá el Centro de Salud. Cuando ya logramos el Centro de Salud, entonces buscamos otra forma de solucionar algo más para ayudar al barrio, entonces logramos conseguir un servicio nocturno para las personas más necesitadas o para cualquier caso que hubiera urgencia!! Como casos de maternidad, como casos de heridos, cualquier cosa que hubiera así grave, entonces que los atendieran ahí. Bueno, se logró un poco de tiempo, esto… después ya lo quitaron, porque nosotras nos retiramos, dejamos ese comité, ya nos vimos que teníamos… pues, conseguimos el progreso para algunas personas, no? O la ayuda para algunas personas. Pero no conseguíamos el bienestar para nosotras ni en empleo ni en nada. Entonces yo me vi en la necesidad de ponerme a confeccionar, y después ya de estar confeccionando, entonces en vista de esto que yo vine a surtir en los depósitos, y los depósitos, para decirle, prácticamente, me tumbaron, por no decir que me robaron!! (Risas) Sí, entonces ya, debido a eso, me vi en la necesidad de ponerme a vender en la calle lo poquito que me quedaba, porque yo tuve qué salir de la maquinaria y de todo para cumplirle a Coltejer, un crédito que tenía.

C.C.: Y qué vendía en la calle?

E.L.: Vestiditos que hacía, pantaloncitos, camisitas… y, pues, yo fui vendiendo así poco a poco, había un teniente que se llamaba 'El Teniente Lombo', el Teniente Lombo nos iba correteando, no nos dejaba trabajar. Ya entonces nos ubicamos arriba, donde era la Papelería Tequendama, ahí yo le pedí permiso al señor de poner un cajón contra la pared, él me dio el permiso de que sí, que ahí lo podía poner, de ahí entonces él me lo ayudaba a entrar, mandaba un empleado para que me lo ayudara a entrar, para que la policía no me quitara la mercancía, y en vista de que molestaba tanto la policía me iba a viajar por allá a los pueblos, a vender… después entonces vine y me ubiqué ahí donde tenía el cajón, seguí vendiendo ahí, de ahí vino el Doctor Becerra y nos trasladó de ahí para más abajo que para hacer los módulos. Entonces en vista de que eso la policía molestaba tanto, pues yo me conseguí unos centavos y me dentré para acá, y compré aquí, o mejor dicho, no se dice comprar, sino que le ceden a uno el local" (Ernestina Lombana, adjudicataria de Galerías Antonio Nariño, 1999)*;*

"C.C.: Dónde nació, don Daniel?

D.P.: Yo nací en un pueblito muy bonito llamado Copey, Boyacá.

C.C.: Qué recuerdos tiene de ese pueblo?

D.P.: Bueno, me recuerdo que es muy buen clima, muy bonito, produce los productos de allá que son muy ricos, no? Pero lo que más me acuerdo es… la

Violencia!! La Violencia se denominaban en esa época 'chusma' o 'bandoleros'. Y a raíz de eso no había futuro, no había garantías, entonces me tocó salirme porque no se podía trabajar.

C.C.: A qué se dedicaba usted allá?

D.P.: Bueno, yo trabajé en los correos, de mensajero, trabajé en un centro de salud, y después me tocó ir al ejército, y luego vi que no me convenía regresar allá, porque a mis abuelitos los bandoleros les pedían los hijos, lo mismo que ahora. Lo que robaban y no podían cargar entonces 'en tal parte les dejamos tal cosa', 'vayan, les dejamos una pierna de res, les dejamos esto', por supuesto que eso nos causaba a nosotros un problema. Otra causa, me recuerdo que trabajé de mensajero en el correo y en un puesto de salud, y otra causa que me dio por salirme era que el gobierno no, no había garantías, no? No había desarrollo, no había vías de penetración, ni comunicaciones, y pues eso le impide a uno aspirar a algo. Entonces me vine para el ejército y como tenía ideas de trabajar por mi cuenta, me puse a trabajar en esto, por supuesto en la calle, porque no tenía capital. Y estuve trabajando en la calle, Calle 12 con Carrera Décima, y luego un señor, que Dios lo tenga en la gloria, el señor Alcalde Gaitán Cortés, por medio de un dirigente, Antonio Zárate, nos organizó, y conseguimos las Galerías Antonio Nariño. En ese entonces, aproximadamente hace unos 43 años no era espacio público. Ahora fue que le dio el gobierno por declarar espacio público, creo que es un error de los funcionarios. Porque estamos acá por esa causa, porque no había tampoco trabajo, y siempre los gobiernos han desamparado a la humanidad. No sé de qué se preocupan o a qué se dedican, pero olvidan mucho a sus hijos, a sus descendientes.

C.C.: Usted a qué edad llegó aquí a Bogotá?

D.P.: Yo llegué a los diecinueve años.

C.C.: Y prestó el ejército dónde?

D.P.: Estuve en Melgar primero, luego estuve en la Escuela de Sanidad de acá, porque yo ya había estado en un Centro de Salud, entonces tenía idea de cómo trabajar ahí. Después pasé a artillería, el centro de artillería que queda frente a la denominada Cárcel La Picota, hoy en día, y ahí me dieron de baja.

C.C.: Fue muy duro el cambio entre su pueblo y venirse aquí a Bogotá?

D.P.: Bueno, no, eeehhh… más bien en ese entonces me fue bien, en el ejército me fue bien, y sólo tuve mi anécdota, mi altercado con un oficial de alta graduación, por supuesto que se me despertó un apetito, yo estaba en Melgar y me trasladaron acá, entonces estábamos en la fila haciendo fila para almorzar

allí en el centro de artillería en la ciudad de Bogotá, y me descuidé; pasé desapercibido y no cogí carne, y cuando pensé coger la carne me la comí y como era tan pequeña me la llevé a la boca, entonces se vinieron cuatro PM's, y yo con esa bandeja les di, me defendí y me les metí por un poste, me escondí en el dormitorio y el sargento dijo: 'La PM [Policía Militar] tiene qué salir de acá, está prohibido metersen acá', y me dijo 'tiene que hablar en relación porque estos berracos se la dedican y lo pueden agredir más adelante donde esté'. Bueno, entonces me tocó hablar con un mayor, hablé en ese entonces, y siempre en una forma humillante me dijo: 'dónde quiere tomar el señor Pedrosa la alimentación?', le dije: 'no, mi mayor, no se trata de eso, pero sí a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César', le contesté. Entonces me trajo el gobierno, pero yo lo lamentaba y a muchos les comentaba: '¿cómo es eso que la mamá de uno, con tanto sacrificio que lo forma, lo cría o lo malcría, como se llamara esa vez, y después tiene qué servirle uno al gobierno gratuitamente?', y eso sí me sorprendía. Yo tenía una hermana que se había casado con un señor que trabajaba en las minas, en las minas de Muzo, que limitan con mi pueblo, y él desde un comienzo trabajó en el comercio. Entonces yo cogí la iniciativa ahí de comerciar con mercancía. Claro que yo ya había tenido esa idea de trabajar, porque los que habían surgido allá habían surgido por el comercio, porque uno aquí puede trabajar seis horas, puede trabajar ocho, puede trabajar diez horas, puede trabajar quince, dieciocho, puede trabajar veinte, el tiempo que quiera. Del esfuerzo que tenga uno, de la voluntad y la esclavitud, surge, no? Bueno, entonces, esa hermana me dio posada inicialmente, y después tuve presión de los sobrinos, porque como dice una cantante, 'ya no había cama pa' tanta gente', entonces yo incomodaba. Pero yo ya sabía trabajar, y alguna vez tuve un enfrentamiento con el cuñado y me retiré por eso. Entonces me metí por allí en el lado de El Cartucho y tomé en arriendo una piecita en quince mil pesos, después una de veinte, después una de veinticinco y así, hasta de treinta y cinco. Y seguí trabajando, pero me tocaba a mí conseguir puesto en la calle desde la una de la mañana!!" (Daniel Pedroza, adjudicatario de Galerías Antonio Nariño, 1999).

Ya para ese entonces, y luego del exilio forzoso de las familias prestantes que habitaban los barrios de San Victorino y Santa Inés a raíz de los sucesos del "Bogotazo", la intensa dinámica urbana generada por las agencias de transporte y la Plaza de Mercado de Santa Inés (o de La Concepción) habían hecho de este sector un centro de reunión de la "chusma" o la "plebe", nombre que solían darle las familias prestantes de la ciudad a los "sectores populares" de la población bogotana. Pero además, en el sector comenzaron a congregarse de forma acentuada las peores formas de la anomia y la delincuencia, lo cual conllevó la progresiva desvalorización del suelo urbano en el sector y la creación espontánea de zonas de tolerancia en donde se refugiaban los gamines, las prostitutas y los grupos humanos de la más baja calaña:

> “En los años 50 aparecieron los pipos. Luego llegaron gentes de muchas regiones que invadieron el sector. Había muchas confiterías, tiendas y comercio en general. La ciudad progresó a medida que creció. Con el éxodo del campo también llegaron mujeres que se convirtieron en nocheras. Venían de diferentes puntos del país. El sector se convirtió en paradero de flotas de mucha importancia, especialmente sobre la Caracas y en la Carrera 13ª con Novena. Aumentó el comercio, creció la población y nacieron los problemas” (Pineda, 1998: 26).

La demolición del mercado de Santa Inés para abrirle paso a la construcción de la Avenida Carrera Décima facilitaría el tránsito vehicular por ese sector de la ciudad, pero al mismo tiempo daría lugar a una importante división del Centro Histórico que sería determinante para la historia de San Victorino:

> “Dada la situación de la zona central de la ciudad como espacio de conflicto, se realizó una especie de zonificación según el uso de la ciudad. El Centro quedó dividido por la Carrera Décima. De la Décima hacia arriba funcionaban los estamentos administrativos y gubernamentales de la ciudad, y el comercio medianamente organizado y formal. De la Décima hacia abajo quedó el punto de desenfreno mercantil y social de los sectores populares que de alguna manera debía ser regulado” (Rojas y Reverón, 1998: 236).

La Carrera Décima tiene, así, el objetivo deliberado de propiciar esta división del centro de ciudad entre el “alto centro”, el centro de las clases pudientes y de la élite política urbana, y el “bajo centro”, el de los sectores mestizos, migrantes y con menores recursos de la ciudad, los cuales solían concentrarse en las inmediaciones de la plaza (y ahora parqueadero) de San Victorino. Esta situación de disgregación fue aún más clara debido a que las familias más influyentes de la ciudad que habitaban en este sector se mudaron hacia el norte luego de los hechos del 9 de Abril, construyendo quintas campestres hacia el sector de Chapinero: “A partir de allí se consolidaron los procesos de migración de las élites a los sectores ubicados al norte de la ciudad y esas élites abandonaron por fin el espacio común que habían compartido con cientos de personas tan distanciadas social y simbólicamente” (Ibid.: 234). Así, el umbral, el punto de encuentro que había sido la Plaza en el transcurso de su historia pasa a ser reemplazado por el límite clasificatorio de la moderna Avenida, y los sectores de San Victorino, Santa Inés, San Bernardo, los Mártires y Plaza España se convierten a partir de entonces en zonas de exclusión urbanística y sociocultural, creando un rasgo claro de frontera que, como hemos mencionado, se sitúa entre la Carrera Décima y la Avenida Caracas.

Sin embargo, estas divisiones imaginarias tenían poco qué hacer frente a la realidad social que sufría una ciudad desbordada por la gran cantidad de personas que se movilizaban a través de u ocupaban esos corredores viales. Aunque la informalidad y la marginalidad generaron núcleos de existencia de singular importancia en las zonas antes mencionadas, la presencia de mendigos, vagabundos, delincuentes de menor cuantía y vendedores ambulantes o semiestacionarios podía observarse en múltiples rincones de la ciudad, especialmente en las zonas céntricas. El carácter deambulatorio de las prácticas de los actores sociales desarraigados en el espacio urbano hacía que su presencia en la ciudad fuera de difícil control por parte de las autoridades, pero en buena parte de los casos su existencia era también avalada por una institucionalidad permisiva y débil en el cumplimiento de la ley. Es así como una "esfera de la informalidad y la marginalidad" lograron perfilar claramente sus rasgos en Bogotá, y de manera especial en el sector ampliado de San Victorino, a principios de los años 60.

La existencia de este "submundo" o "bajo mundo", sumado a las dificultades que se presentaron en la recuperación urbanística del sector luego de los acontecimientos del 9 de Abril, contribuyeron a una desvalorización significativa del suelo urbano en este lugar estratégico de la ciudad. Las graves inundaciones que afectaron a la Plaza de San Victorino terminaron por asestarle un golpe definitivo a la degradación de la zona desde el punto de vista de su posición en el mercado inmobiliario. El 17 de Noviembre de 1954, "Las aguas desbordadas del río San Francisco se precipitaron por la Jiménez de Quesada con una violencia colosal. Un lago se formó en el Parque de los Periodistas, sobre la carrera Cuarta, *y otro, de muchas mayores proporciones, en San Victorino, donde funciona el más grande lugar de estacionamiento de vehículos*" (*El Tiempo*, Noviembre 18 de 1954: 15). La "piscina-parqueadero de San Victorino" será, entonces, una manera de nombrar la extrema crisis en la que se subsume esta zona urbana a partir de la grave inundación que, junto a lo ocurrido el 9 de Abril, le daría una estocada definitiva a los proyectos urbanísticos proyectados para el sector, dejándolo, al menos durante una década, a merced de la desidia y el abandono (Photo 37).

En esta época existía ya una seria preocupación por la seguridad en Bogotá, y comenzaba a identificarse la grave problemática social que los hechos acaecidos en el sector de San Victorino durante los últimos años habían desencadenado: "Bogotá denuncia la grave situación social que ofrece el barrio San Victorino, antro de mujerzuelas y malandrines" (*El Tiempo*, Enero 3 de 1959: 14). San Victorino era considerada ya, en el imaginario de los bogotanos, una "zona roja", a raíz de la segregación que había sufrido con respecto al resto de la ciudad, a la actividad del comercio informal, a su condición de terminal de transportes de la ciudad y a los insólitos hechos que la afectaron y acompañaron su destino.

Curiosamente, es entonces cuando comienza a debatirse la designación de este sector de la ciudad como un lugar de preferencia para la reubicación de los vendedores ambulantes que se encontraban sobre las calles del Centro Histórico:

> "…se anunció el proyecto de concentrar en la plaza de San Victorino, en el sitio en que actualmente funciona un estacionamiento de vehículos, a todos los vendedores ambulantes que obstaculizan con sus instalaciones portátiles las calles de la ciudad.
>
> "No fue bien recibido, al parecer, el aludido proyecto de las autoridades distritales, por varias razones que en realidad se hallan provistas de fundamento suficiente. Entre ellas la de que la concentración de los vendedores ambulantes en San Victorino sólo equivaldría a la instalación inadecuada de una nueva plaza de mercado. Que resultaría a la postre tan mal instalada, tan sin condiciones propicias y tan desaseada como las que se instalaron hace algunos años, después de haber sido demolidos los correspondientes edificios de construcción especial.
>
> "Se comprende que este hecho causaría, ciertamente, considerables perjuicios para el restante comercio establecido en el sector de San Victorino, y agregaría una nueva 'zona negra' a las varias que ya preocupan a las autoridades capitalinas" (*El Tiempo*, Julio 2 de 1959: 5).

Vista en retrospectiva, podemos darnos cuenta que esta visión de futuro no pudo haber resultado más ajustada a la realidad de lo que sucedió en las décadas posteriores del siglo XX. No obstante, el dedo acusador colocado sobre los vendedores ambulantes denota la estigmatización reiterada a la que los nuevos habitantes de la ciudad habían sido sometidos, no habiendo hecho otra cosa distinta a la de procurar insertarse en su compleja dinámica a partir de las opciones y los recursos disponibles, que en un contexto de pobreza y subdesarrollo resultaban precarios, incluso para los grandes proyectos urbanos. La asociación directa de los vendedores con las "zonas negras" de la ciudad era muestra del rechazo y la prevención que ellos y su actividad generaban en la sociedad bogotana.

Ante la falta de oportunidades laborales, la experiencia de los vendedores ambulantes les hacía afirmar que esta actividad es "la primera cosa honrada que puede hacer una persona recién llegada a la ciudad", especialmente si ha sido despojada de todo recurso para la generación digna de riqueza. Los desplazados llegan a las grandes urbes para continuar deambulando de un lugar a otro, y terminan obligados a instalar su vivienda y su lugar de trabajo de forma autogenerada, sin poder esperar el aval del Estado. Las tácticas de los vendedores

en el espacio urbano actúan, así, como operadores lógicos que responden a factores de carácter sociocultural, en los cuales se mezclan las prácticas culturales de comunidades como las indígenas (cuya costumbre en relación con el espacio urbano hasta mediados del siglo XX fue la de instalar sus puestos de venta sobre el piso con el aval –o, al menos, sin encontrar mayor resistencia- de las autoridades), y las dinámicas de las poblaciones en condición de subalternidad, las cuales intentan hacerse a un lugar en un mundo que los segrega con el fin de perpetuar la supervivencia de los individuos, las familias y los grupos humanos que participan de esta situación común de exclusión.

A principios de los años 60, la zona que siguen viendo las autoridades con mayor preocupación es la correspondiente al sector de San Victorino, la cual parece haber irradiado su nefasta influencia sobre otros sectores de la ciudad: "La denominada 'zona negra' *que anteriormente se circunscribía a la periferia de San Victorino*, se ha ido ensanchando de manera incomprensible y hoy copa exactamente todo el centro de Bogotá. (…) Ya no solamente los vendedores ambulantes convierten a la Carrera Séptima en una feria de pueblo, sino que los hampones, por su parte, se han encargado de hacer de ella un permanente escenario de atentados contra la tranquilidad pública" (*El Tiempo*, Junio 25 de 1962: 5).

Es por ello que San Victorino comenzó a llamar la atención de las autoridades distritales[25] como uno de los principales epicentros de la informalidad y la marginalidad en Bogotá, hecho que demandaba soluciones urgentes, dada la caótica situación que ya se presentaba en todos los sectores del Centro Histórico y el impacto sobre el valor del suelo urbano en el sector:

> "El alcalde mayor del Distrito Especial, doctor Jorge Gaitán Cortés, anunció ayer (…) que una de las principales preocupaciones de su administración será la de dotar a Bogotá de plazas de mercado adecuadas y el saneamiento de la 'zona negra' de la ciudad, ubicada, como bien se sabe, en las inmediaciones de la Plaza de España y de la plazuela de San Victorino.
>
> "El señor Jorge Enrique González Prieto, vocal del comando, tomó la palabra a nombre de éste y amplió la comunicación, haciendo hincapié en la situación imposible que se le ha creado a los vecinos del sector, por la presencia de centenares de mujerzuelas ambulantes y de maleantes, que se amparan en la falta de control de las autoridades sobre centenares de mal llamados hoteles y casas de vecindad. *Agregó que la situación creada ha causado una inmensa desvalorización de las fincas raíces y que inclusive estos bienes se han convertido en inarrendables para cosa distinta*

[25] En 1955, y en virtud de una reforma constitucional, Bogotá se convierte en Distrito Especial.

a los fines a los cuales se destinan los locales antes señalados" [El subrayado es nuestro] (*El Tiempo*, Septiembre 13 de 1961: 12).

Es así como la administración de Jorge Gaitán Cortés asumió la tarea de transformar la "zona roja" de San Victorino en un mercado para los vendedores instalados en las vías públicas. Ya desde ese entonces se había previsto que los vendedores instalados sobre la Carrera Décima serían trasladados al lugar donde funcionaba el viejo parqueadero, y que para 1962 era prácticamente un depósito de basuras. Sin embargo, la aparente bondad de estas medidas estaba matizada por la preocupación en torno a la ineficacia de las mismas. Estas inquietudes se hallaban justificadas por las graves condiciones en las cuales se hallaba el lugar, que continuaba en una acelerada decadencia. Es importante subrayar el hecho de que entre 1962 (año de la promulgación de la legislación para la reubicación de los vendedores en el sector de San Victorino) y 1964 (año en el cual los vendedores fueron efectivamente reubicados), la situación social del sector presentaba un cuadro signado por la delincuencia común, la prostitución, la drogadicción, la insalubridad y algunas ventas callejeras precariamente organizadas (Photo 38).

Al cabo de muchas dilaciones y dificultades presentadas tanto en el proceso urbanístico como en la organización social que implicaba este proceso de reubicación, el mes de mayo de 1964 comenzó el traslado de los vendedores ambulantes de las calles del Centro Histórico a las Galerías Antonio Nariño, en San Victorino.

Luego de la instalación de los vendedores, *El Tiempo* lanzaría un suspiro postrero de alivio en el cual sacó a relucir de manera clara la opinión que le merecían los vendedores y su presencia en la ciudad:

"Sin tropiezos ni protestas apreciables se inició ayer la concentración en la Plaza de San Victorino, de los puestos de heterogéneo comercio que venían multiplicándose de manera alarmante en la Carrera Décima y otros sectores centrales de Bogotá, con notable detrimento no ya sólo de la estética sino del aseo. Culmina así una campaña emprendida por la prensa y por numerosas entidades cívicas casi desde el momento mismo en que aparecieron esas horrendas máculas de la fisonomía capitalina. Éxito un poco tardío, pero de todos modos digno de unánime celebración.

"…las tenduchas de andén y los vendedores ambulantes prosperaron hasta el extremo de constituir una auténtica lacra urbana porque hubo inexplicable lenidad con ellos al iniciar actividades. Luego –obviamente- se consideraron con derechos poco menos que inalienables,

> y de ahí que hubiera necesidad de proceder, a última hora, con la necesaria, proporcionada energía.
>
> "Que no haya, pues, ni contemplaciones ni excepciones de ninguna especie. Una sola bastaría para que esas ventas vayan reapareciendo paulatinamente en las zonas de las cuales se ha logrado, por fin, desplazarlas (…) Concentrado este comercio en la plaza mencionada, allá irán a dar, de modo espontáneo, los vendedores renuentes, si la respectiva clientela se abstiene de fomentar en cualquier forma sus actividades en el centro de la ciudad" (*El Tiempo*, Mayo 26 de 1964: 5).

El menosprecio hacia los vendedores era evidente, y estaba atravesado por una clara connotación clasista. Este desprecio no sólo era manifiesto por parte de los medios de comunicación de la época, sino por la propia administración distrital, que dedicó a esta reubicación el peor de todos los lugares posibles existentes en Bogotá, escenario de las mayores infamias que podrían afectar a una ciudad en la era moderna, dejando a los comerciantes callejeros abandonados a su suerte.

Esto es importante comprenderlo, pues en el momento de la reubicación de los vendedores, el valor del suelo en la Plazoleta era irrisorio y no tenía proyección alguna en el contexto urbano; luego, en la época de la administración Peñalosa, el Taller del Espacio Público le asignaría un nuevo valor conforme a la representación basada en un imaginario histórico y apalancados en la relativa recuperación que los comerciantes reubicados le darían a ese sector durante su estadía en la zona:

> "Dentro de esta perspectiva no es raro entender que se entregaran zonas de espacio público a los vendedores ambulantes. Era una doble estrategia que respondía, por una parte, al crecimiento de las industrias nacionales en torno al fortalecimiento de la demanda agregada, la urbanización y la migración, con su consecuente vinculación de grandes masas de trabajadores a los procesos de industrialización. Por otra parte, respondía a la necesidad de recuperar los espacios que habían quedado parcial o totalmente destruidos por los incendios, los saqueos y la furia de los sucesos del Bogotazo y que mediante la regularización de una actividad comercial permitiría al menos en el largo plazo su valorización progresiva. En tal sentido los vendedores ambulantes eran una simple herramienta para el futuro de una renovación urbana que sobre el Centro se veía venir. En esta medida, la política paternalista del Alcalde Gaitán Cortés buscaba responder a unas necesidades específicas de control económico y espacial de un conjunto de habitantes que se veían difuminados por el centro estratégico de Bogotá" (Rojas y Reverón, op. cit.: 237).

La creación de las Galerías Antonio Nariño le dio un giro fundamental a la historia del sector, pues constituyó el hito originario que permitió caracterizar a esta centralidad urbana como una zona eminente y primordialmente comercial (Photo 39). En épocas anteriores, la plaza y el sector de San Victorino habían estado destinados a múltiples funciones urbanas: puerto de la ciudad, eje de circulación, terminal de transportes, espacio de ocio y esparcimiento, mercado, lugar de encuentro y zona de tolerancia. Con la llegada de los comerciantes a las Galerías y la instauración de un escenario de estabilidad para la constitución de una dinámica sociocultural, San Victorino comienza a dejar de lado muchos de tales usos para adquirir una vocación comercial, la cual llegará a ser el factor principal de su proyección y reconocimiento hacia la ciudad, el país y el mundo, y que nunca volverá a abandonar.

Es así como la modernidad comienza a imbricarse con las prácticas populares llevadas a cabo en la cotidianidad del intercambio mercantil, a través de pequeños o precarios elementos tecnológicos, arquitectónicos o urbanísticos que van impulsando en forma paulatina el camino de las ciudades latinoamericanas a los paradigmas del ideal occidental. Por ello, esta época podría resumirse en lo que *El Espectador* denominó "el doloroso parto de la ciudad moderna":

> "Bogotá cambió después del 9 de Abril. (…) El cambio no fue únicamente fruto de los sucesos materiales. Los incendios –es cierto-, consumieron un buen número de edificaciones en el área central. Los saqueos por su parte causaron destrozos en muchos otros. De esas ruinas surgió otra ciudad, o dicho de otro modo, surgieron los fragmentos de una nueva ciudad insertos en los vacíos dejados por el fuego y por los destrozos. Más allá de esto que parece obvio se dio una transformación más profunda que podría llamarse el fin de una ilusión y el comienzo de otra. Murió la ciudad republicana y nació la ciudad moderna".
>
> "Ya no fue la fantasía de las élites sino la racionalidad de los profesionales jóvenes la forjadora de la ilusión. (…) Las primeras propuestas para la reconstrucción del centro de la ciudad fueron ambiciosas y… apoyadas en los destrozos, dieron vía libre a la destrucción de lo poco que había dejado la ciudad republicana. La presencia (…) del gran arquitecto y urbanista Le Corbusier (…) estimuló los ánimos modernizadores. (…) En todo ello había un deseo casi febril de despojarse de ese pasado que parecía un fardo inútil y de alcanzar una modernidad prometedora pero fantasmal".
>
> "Bueno es no llamarse a engaños. La modernización llegó, es cierto, pero no estuvo acompañada de la conciencia y de la voluntad de un

> cambio profundo en una sociedad que lo reclamaba a gritos. Lo moderno, al igual que lo neoclásico, se convirtió en una moda para las élites, en un simple instrumento para los profesionales que ampliaron su campo de trabajo y un recurso de última hora para las clases populares que tardarían muchos años en contar con algunas pocas ventajas de este nuevo modo de vivir" (El Espectador, Abril 5 de 1998: 8-C).

Los comerciantes de las nuevas Galerías Antonio Nariño fueron "beneficiados" con este impulso del Distrito Especial hacia la utopía de la modernidad, arañando, desde las goteras de la ciudad, parte de las riquezas que el impulso del capitalismo financiero, industrial y urbano habían sembrado en los lugares de privilegio de esta metrópoli por nacer.

No obstante, esta condición no va a lograr alejar al sector de las condiciones de marginalidad que lo caracterizaban ya desde tiempo atrás. La delincuencia y la indigencia seguirán existiendo en la zona, aunque la presencia de los vendedores informales contribuirá decisivamente a definir espacios de asentamiento diferenciados entre la actividad del comercio semiformal e informal (como el establecido en el sector de influencia de la antigua plazuela) y el de la delincuencia e indigencia (que comenzarán a ubicarse hacia los sectores conocidos como "El Cartucho" y "El Bronx"). Esto ocurrió porque la Policía nunca tomó acciones decididas en contra de los maleantes, lo cual obligó a los vendedores a tomarse la cuestión de sanear el sector de ladrones y delincuentes por sus propias manos: *"Los vendedores de Galerías comenzaron entonces a coger a los ladrones para defender sus puestos; el ladrón que robaba 'lo amasaban a palo', y entonces escarmentaban y no volvían por ahí a robar. Como eran santandereanos, gente berraca de armas tomar, que era capaz hasta de matar, la gente fue cogiendo miedo y así se fue acreditando el sector"* (Francisco Romero, exadjudicatario de Galerías Antonio Nariño). Además, los vendedores tenían incluso un calabozo en donde confinaban a los ladrones que la policía no era capaz de aprehender, y que en ocasiones, de acuerdo con las versiones de los vendedores, actuaban en connivencia con ellos.

Toda la historia de San Victorino es la historia de una transformación que en los últimos tiempos vino a hacerse más radical y evidente. La paulatina transición de la ciudad hacia la modernidad debía pasar por la conjura de aquellos elementos que constituían un rezago frente al ideal civilizado de sociedad. En ese sentido, las Galerías Antonio Nariño y todas las acciones emprendidas en la "zona roja" de Bogotá intentaban ganarle espacios al degradado centro de la ciudad, con el fin de mejorar las condiciones sociales y económicas existentes en estos sectores, reflejo y símbolo del atraso y el precario desarrollo de los países y las metrópolis latinoamericanas.

De este modo, la azarosa aglomeración urbana que fue confluyendo a San Victorino comenzó a adquirir un principio de unidad, factor que también se vio favorecido por la cohesión que los sindicatos de vendedores callejeros fueron dándole a estas migraciones provenientes de diversas partes del país. Tanto el núcleo que se fue consolidando alrededor de las Galerías como "lugar social" del comercio informal y semiformal en el Centro de Bogotá como la razón social de los movimientos sindicales les confirieron a estos grupos conformados por individuos y pequeñas unidades familiares de diversas procedencias las bases para la gestación de un universo sociocultural que poco a poco iría cobrando identidad y reconocimiento ante la ciudad, el país y el mundo.

Este panorama se complementa con la situación vivida en las proximidades, en la zona del barrio Santa Inés, un sector que luego de la desocupación de las casas por parte de las prestantes familias que habitaban allí en tiempos anteriores al "Bogotazo", comenzó a experimentar una acelerada degradación estructural y social, situación que conduciría a la aparición del sector conocido como "El Cartucho":

> "Para las décadas 60-70, San Victorino giraba en torno a una amplia plaza de víveres y granos que se complementaba con un mercado callejero, una especie de 'plaza de mercado' conocida como Santa Inés que se extendía por la carrera Doce hacia el sur y abastecía de productos a un amplio vecindario, presentando para esa época una configuración urbana de importancia. Además de abastecer de productos, 'El Cartucho' y San Victorino se comportan como un sitio de llegada, distribución y congregación de la ciudad que da cabida a otros servicios: central de transportes, cantinas, hoteles, hospedajes, cacharrerías, salas de billar y juegos, tiendas de abarrotes, ventas de cocinol, repuestos viejos de autos, cartones, papeles y botellas… Estos factores crean un sistema de producción y mercadeo especial en San Victorino, muy atractivo para los 'recién llegados' rebuscadores urbanos.
>
> "[La descentralización posterior de la ciudad] ocasiona el marginamiento y clandestinidad de 'El Cartucho' (…). A partir de este fenómeno, el sector paraliza su desarrollo y se apropia del lugar el lumpen social. El Cartucho ya no es de todos, no pertenece a la ciudad, es un gueto con todas sus características humanas" (Alape, en *El Espectador*, Abril 11 de 1999: 2-D).

Es así como se va configurando una nueva versión del "mundo de la informalidad urbana" en el sector de San Victorino y Santa Inés, el cual abarca el comercio informal, las ventas callejeras y otros fenómenos socioculturales como la prostitución, la indigencia, la drogadicción, el tráfico ilegal de armas,

estupefacientes, contrabando, documentos falsos, trata de personas y, en suma, todo un abigarrado universo de situaciones diversas que constituyen lo que popularmente suele denominarse "el bajo mundo".

Los difíciles inicios de las Galerías Antonio Nariño comenzaron a conjurarse luego de las graves inundaciones de 1966 y 1970 que, como ya había sucedido en épocas pretéritas, habrían de anegar la zona en donde estaban ubicados los comerciantes. Entre quienes vivieron esta situación, no había ninguno que no considerara estas inundaciones como el acontecimiento más importante de la historia de las Galerías:

> *"C.C.: Qué aspectos de la historia de San Victorino, de la vida cotidiana de San Victorino puede usted destacar?*
>
> *A.P.: No, pues cuando yo conocí esto que vine aquí a trabajar, en estos callejones así, estos pasadizos, esto era un zanjón bastante hondo. Entonces no recuerdo bien si eso fue en el sesenta y ocho, o en el sesenta y nueve, hubo una inundación acá. Y aquí perdimos mucha mercancía en ese tiempo, porque eso el nivel del agua subió como a tres metros, como a esta altura. Esa tarde estaba haciendo una tarde muy buena, estaba haciendo así como solecito y de un momento a otro empezó a lloviznar, a lloviznar, pero no aguacero duro, sino suavecito. Y cuando menos pensamos fue que se nos entró el agua, y fue bastante, esto acá nos tocó sacar un poco de mercancía, lo que se pudo levantar unas tejas, echarlas arriba y sacarla arriba sobre el tejado. Yo estaba con el cuñado, que trabajaba yo. Y eso duró bastante, tocó qué conseguir… trajeron unas lanchas de bomberos y sacaron la gente de acá para poder salir, porque esto era todo lleno de agua. No, se nos fue mucha mercancía, se nos perdió bastante siempre"* (Álvaro Piña, adjudicatario de las Galerías Antonio Nariño, 1999);

> *"C.C.: Cuéntenos alguna anécdota o vivencias que haya tenido aquí…*
>
> *R.R.: Ah, sí, anécdotas aquí, digamos, de que durante todos estos 36 años que hemos estado aquí, son muchas. Por ejemplo, cuando tuvimos en 1968 (sic) una inundación aquí que todo esto como era un hueco, aquí no había embaldosinado ni nada, esto tenía como ochenta centímetros de aquí a abajo a donde bajaba el agua, y se metió el río, entonces nosotros aquí que en lugar de sacar esa mercancía, de sacar la que estaba aquí bajita y subirla, entonces hicimos lo contrario: entramos la que estaba allá y la metimos aquí, o sea que la metimos entre el agua porque el agua allá subió hasta por aquí así, en este nivel. Entonces nosotros… el caso es que el agua no se fuera a arrastrar la mercancía, así se mojara…*

C.C.: Y cómo hicieron para arreglar, cómo salieron de acá?

R.R.: No, pues esperar a que bajara el agua, porque ya pues llegaron los bomberos, llegó todo, hasta que ya el agua retomó el nivel abajo!! Y comenzó a desembocar abajo hasta la Carrera Trece. Pero eso fue una tragedia terrible en ese año. Pero de ahí para acá vino fue la gran venta, porque Galerías Nariño se dio una impulsada por toda la propaganda que nos hicieron, y fueron como tres años buenísimas las ventas a raíz de eso" (Ramón Rodríguez, adjudicatario de Galerías Antonio Nariño, 1999).

La honda impresión que dejaron estos hechos en la memoria de los empleados y adjudicatarios de las Galerías permite hacerse a una idea de la magnitud de la tragedia. No obstante, de acuerdo con los testimonios de los comerciantes, la difusión que se hizo de la situación por los medios de comunicación alentó a los bogotanos a manifestar su solidaridad con los vendedores de Galerías, quienes fueron de este modo reconocidos y visibilizados en el panorama urbano.

Finalmente, la bocatoma fue canalizada en 1972, poniendo término a esta serie de inundaciones que afectaron a la capital durante casi veinte años. En Colombia, aún hoy en día, es necesario esperar que sobrevenga un terrible drama para tomar acciones decididas en materia de transformación social y territorial. Pero, de manera paradójica, esta situación crítica hizo que los bogotanos terminaran por acudir al mercado popular de las Galerías, lo cual contribuyó de manera decisiva a la acreditación de este sector comercial. Las personas comprendieron así que era un sitio en donde se podía encontrar mercancía a muy bajos precios, y que no resultaba tan peligroso ni tan hostil como los medios de comunicación lo habían hecho creer: "Las dos inundaciones tuvieron como resultado que San Victorino aumentara su afluencia de compradores" (Rojas y Reverón, 1998: 240).

Es así como nació lo que popularmente se daría a conocer como "El Unicentro de los pobres", en alusión a Unicentro, que fue considerado el primer Centro Comercial creado en el norte de la ciudad, en 1976 (Photo 40). No obstante, para los comerciantes de las Galerías, éstas fueron el primer Centro Comercial de la ciudad, aunque fuera un Centro Comercial semiformal y popular no reconocido oficialmente en los anales de la historia urbana.

En los acuerdos de la época de la fundación de las Galerías se había establecido que no se admitirían otros establecimientos de casetas en las áreas públicas aledañas luego de la reubicación de los vendedores. Sin embargo, con la acreditación de las Galerías en Bogotá y Colombia a raíz de las inundaciones, cientos de personas, especialmente pobres y migrantes, procedentes de diferentes puntos de la ciudad, de los pueblos cercanos o, incluso, del país entero, comenzaron a llegar al sector para comerciar cualquier tipo de mercancías. Es así

como la intensa dinámica comercial fue creando paulatinamente aglomeraciones de vendedores ambulantes que con el pasar del tiempo se fueron convirtiendo en asociaciones y sindicatos vinculados al sector del comercio informal, la mayoría de ellos avalados por la Administración o las leyes del Estado:

"C.C.: Más o menos en qué época empezaron a aparecer las otras casetas?

G.A.: Ah, cuando yo llegué acá no había casetas. Más o menos por ahí como en el 75, 76 se cubrió.

C.C.: Y eso fue bueno o fue malo para el sector?

G.A.: Pues unos dicen que fue bueno, pero en realidad fue malo, porque nos ahogaron aquí. A medida que se comenzaron a cubrir las calles de vendedores, entonces comenzaron a taponar las entradas, y aquí adentro no había gente, entonces ya comenzaron a decaer las ventas, y a desmejorar la venta aquí adentro. Y el sector también se desmejoró mucho, porque había mucha forma de que la delincuencia se metiera dentro de las casetas, aun cuando no fueran ladrones los de las casetas, pero entonces se resguardaban dentro de las casetas.

C.C.: Quién tomó la iniciativa de hacer las casetas alrededor de Galerías?

G.A.: Los sindicatos. Por ejemplo SINUCOM.

C.C.: Pero esa iniciativa fue apoyada por la Alcaldía?

G.A.: No, es que la Alcaldía simplemente… algunos alcaldes dieron unas licencias, pero eran contadas las licencias que daban. Pero como eso se fue formando un despelote… la policía corría los vendedores de todo lado, y aquí llegaban y se estacionaban, y poco a poco comenzaron a llegar uno y uno y uno y uno… y a lo último, en menos de seis meses, todo el mundo armó su caseta, y quién le iba a decir 'váyase!'? Si eso era un espacio público afuera. La única que tenía derecho a decir eso era la Alcaldía, la Administración Distrital, pero la Administración Distrital nunca quiso hacer eso, porque a ella le importaba era dejar que la gente… no hubo organización por parte de la Alcaldía.

C.C.: Y quién manejaba el negocio de las casetas o de los cajones que había afuera? O cómo se organizaron?

G.A.: Que yo me acuerde, no me acuerdo muy bien que hubiera un jefe… pero sí, por sectores había jefes, que eran los que organizaban a los vendedores y los mantenían ahí" (Gilberto Ardila, adjudicatario de Galerías Antonio Nariño, 1999).

En efecto, para finales de 1980, la Alcaldía y la sociedad urbana estaba empeñada en "…la búsqueda de una solución racional al problema de los vendedores ambulantes, cuya proliferación ha tomado proporciones alarmantes en toda la capital, por la desorganización y la falta de control en la manera como operan" (*Barrios y gentes*, 1979: 11). Una visión más completa de este proceso de invasión del sector y la aparición de nuevas organizaciones sindicales es relatada por José Lopera:

"C.C.: Qué recuerdos tiene de San Victorino cuando usted llegó?

J.L.: Que era un área donde la gente más o menos maneaba, no había tanta proliferación de vendedores como la hay ahora, no había la informalidad de la calle, sino que la gente maneaba pero en una forma muy discrecional y muy restringida, prácticamente no había tanto advenimiento de gente hacia acá hacia la capital de otras partes del país, porque en esa época no estaba la violencia tan arraigada como ahora.

C.C.: Y donde estaba lo que correspondía a SIMESCO, había locales cuando usted llegó?

J.L.: Ya había locales, claro. Ya estaban los locales desde el año 78.

C.C.: Ah, o sea, era relativamente reciente!! La instalación de esta parte…

J.L.: Sí.

C.C.: Y el resto de la gente maneaba…

J.L.: Maneaba, maneaba con grabadoras, con radios, con linternas, con navajas, con todos esos cacharros…

C.C.: Y cómo era, digamos, esta parte?

J.L.: La parte de la Carrera Trece? Pues era un área completamente llena de vendedores, pero entonces en una forma más restringida, porque se cohibían las organizaciones y la proliferación de venta ambulante. O sea, estaban recién instaladas aquí las Galerías, y entonces, prácticamente nosotros fuimos los patrones, los reguladores del espacio público, por así decirlo, en esa época. No había el concepto de expansionismo que hay ahora, en cuanto a organizaciones sindicales se refiere. Los sindicatos en esa época eran muy cerrados. No involucraban ni afiliaban a cualquiera, sino que afiliaban gente que demostraba que eran gentes serias y vendedoras. No involucraban a cualquiera.

C.C.: Cuántos sindicatos había en aquel entonces?

J.L.: Estaban SIVECABOCUNDI, ACUGAN y SIMESCO!! No más.

C.C.: Solamente?

J.L.: Solamente. Depsués apareció el famoso SINUCOM, después apareció SINULTRAGRAVEMICOL, después apareció ASINCOMODIS, después aparecieron varias organizaciones. Pues, porque las mismas centrales obreras fueron como expandiendo ese concepto del sindicalismo, de la economía informal, para poder proteger la estabilidad del trabajo.

C.C.: O sea que en esa época como que había una preocupación mayor por avanzar en materia de cohesión de los vendedores?

J.L.: Es correcto. No había esa proliferación de sindicatos; la gente maneaba, pero sin pertenecer a ninguna organización. Es decir, prácticamente, los que generaron ese concepto expansionista de la economía informal en la calle fueron sindicatos como SINUCOM; ese fue el patrón de todas esas organizaciones. Ese fue el que hizo que se ubicaran en las calles, y que se ubicaran en los corredores, y hasta en las calles propiamente dichas para defender el derecho de las personas que venían en busca de mejores horizontes.

C.C.: ASOPECO existía?

J.L.: Ya existía, pero en una forma muy restringida. No existían sino como unas veinte caseticas. Después fue que se fueron expandiendo, porque comenzaron a pasar de pequeñas organizaciones a grandes organizaciones sindicales.

C.C.: Bueno, cómo era la relacion entre sindicatos?

J.L.: No, muy cordial, muy unida y muy cohesionada.

C.C.: O sea, digamos, nunca hubo problemas?

J.L.: Sí hubo algunos problemas, pero muy leves, por lo menos en cuestión de metodologías para la ubicación de las casetas y la uniformidad con que se debían ubicar esas casetas.

C.C.: Pero no veían malo que…

J.L.: No, no, no, porque era una cuestión de libre concepto, porque el sindicalismo pues, uno de los postulados de cualquier organización sindical es el de expandirse hasta donde la comunidad más lo acepte. No hay concepto

restringido. SIMESCO sí tuvo un concepto restringido permanente. SIMESCO no fue ni ha sido una organizacion expansionista, o sea… nosotros decimos SIMESCO, 'Sindicato de Vendedores Comerciantes Estacionarios de Bogotá', y se hubieran podido expandir en varias zonas de Bogotá, pero siempre el epicentro de su trabajo fue San Victorino no más. Nunca se permitió expandir más ese concepto de afiliar más vendedores en otras áreas de Bogotá, porque no lo consideraban noble ni sano. No así otras organizaciones que se expandieron, y sindicatos que llegaron a tener personería por Bogotá, y ya hoy son sindicatos que son de carácter nacional, como SINUCOM, que nacieron en Bogotá y ya tienen afiliados en varias capitales del país.

C.C.: Ah, sí?

J.L.: Sí, claro, SINUCOM es un sindicato nacional. SINUCOM nació en Bogotá y actualmente SINUCOM tiene más de 10.000 afiliados en todo el país.

C.C.: Pero aquí todavía hay SINUCOM?

J.L.: No, ya ahorita en esta periferia de San Victorino ya desapareció.

C.C.: Y antes quién estaba a cargo de SINUCOM?

J.L.: Estaba un señor Avelino Niño. Es un viejo veterano del sindicalismo de Bogotá, y el gran tramitador de todas las licencias para los vendedores ambulantes.

C.C.: Y en este momento sigue aquí?

J.L.: No, no, no. Actualmente está, como dicen, en uso de buen retiro. Precisamente, habida cuenta de toda esa proliferación de licencias que se daban en aquella época en las Alcaldías Locales, y era que en esa época de los ochentas para atrás, las Alcaldías Locales daban licencias de funcionamiento para que la gente se instalara y trabajara!! No como ahora.

C.C.: O sea que, en realidad, la venta ambulante fue promovida por la Administración en ese entonces?

J.L.: Claro!! En la década del sesenta al setenta y ocho, todo fue auspiciado por las administraciones; Alcaldes como Hernando Durán Dussán de para atrás; el mismo Gaitán Cortés, y otros alcaldes que hubo.

C.C.: Porqué hasta el 78?

J.L.: Porque como era tan escasa la población de la economía informal, pues la administración nunca pensó, ni las administraciones posteriores nunca pensaron que iba a haber inmigración de otras ciudades hacia la capital, y entonces que se le iba a formar un problema de orden social en cuanto a economía se refiere, en cuanto a generación de empleo; entonces en esa época las Alcaldías Locales daban las licencias sin malicia, y sin llegar a pensar que eso se iba a expandir y a cuadruplicar, a llegar hasta el punto de que las calles iban a estar cerradas totalmente por la informalidad" (José Lopera, adjudicatario de las Galerías Antonio Nariño, 1999).

Esta situación comenzó a cobrar proporciones inmanejables, debido a la gran cantidad de personas que buscaban "un lugar en el mundo", una alternativa para su supervivencia en el contexto urbano.

Entretanto, durante las décadas de los 60 y 70, la dinámica urbana había alcanzado un alto grado de poder especulativo y productivo, al punto de haber llegado a concentrar en firmas oligopólicas buena parte del desarrollo de la ciudad. Un artículo en *El Espectador* escrito por María Teresa Herrán y Clemente Forero en Diciembre de 1978

"…demuestra cómo cuatro firmas monopolizan casi toda la actividad urbanizadora y constructora en la capital del país. Entre estas se encuentra *Ospinas y Cía*., de la cual es socio el senador Mariano Ospina Hernández, quien presentó un proyecto de ley nada menos que sobre 'reforma urbana', que fue acogido por [el Presidente] Turbay en contraposición a la propuesta avanzada de Arenas Bonilla [tema del artículo] sobre la misma materia. Si la reforma viene de los dueños del suelo urbano, ¿qué puede esperarse de ella?

"Los cuatro grupos monopólicos (…) son Luis Carlos Sarmiento Angulo Ltda., Pedro Gómez y Cía., Ospinas y Cía., Fernando Mazuera y Cía. El primero de ellos ha creado un poderoso grupo financiero y se dedica a la construcción de vivienda para la clase media. El segundo, asociado con el Grupo Grancolombiano en proyectos como Unicentro, construye vivienda para la clase alta. El tercero –Ospinas y Cía.- es de los más antiguos, y estuvo inicialmente dedicado a la especulación con terrenos en el perímetro urbano y ha evolucionado hacia la actividad constructora para clases media y alta. Mazuera Villegas y Cía. continúa siendo el urbanizador tradicional, dedicado a la compraventa de tierras.

"Ospinas y Mazueras son los más importantes urbanizadores, mientras que Sarmiento y Gómez encabezan la construcción. De toda la tierra

> urbana de Bogotá, Mazuera ha urbanizado a través de su historia el 27,6% y Ospinas y Cía. el 16 por ciento" (Alternativa, 1978: 18).

El interés por el mejoramiento del aspecto de la ciudad dio lugar a la búsqueda de reformas sustanciales que mejoraran la planeación casi espontánea en que había estado sumergida en el transcurso de su historia. Es así como "Hacia los años 70's las directivas del BCH asumieron como prioritario el diseño de políticas de renovación urbana" (Carrizosa, 2000: 22).

Estas políticas conducen a la creación de instrumentos de planeación orientados a la renovación urbana, entre los cuales se destacaba el Plan Centro como uno de los principales sectores objeto de tales proyectos de transformación: "En 1979 se instituye el 'Plan de Renovación del Centro'. En 1980 se crea la Corporación 'La Candelaria', que inicia un importante plan de recuperación del patrimonio del Centro Histórico y en 1987 nace la oficina 'Plan Centro' con el objetivo de definir políticas, alternativas y estrategias para la intervención de esta zona. Su labor se enfocó en la recuperación del espacio público y en la identificación de zonas de renovación" (Carrizosa, 2000: 23).

Para ese entonces, el Centro era reconocido como el principal lugar de la ciudad. Todo el mundo hablaba de "El Centro" como un punto de referencia urbana de primer orden. En algunos medios se hablaba de "El Centro como rosa de los vientos de Bogotá" (Nueva Frontera, 1982: 12). De ahí su importancia creciente en el contexto de la ciudad, y el valor que había alcanzado el sector de San Victorino en la naciente metrópoli. Por ello el interés de los urbanizadores en proceder a un mejoramiento de esa zona céntrica, dados los avances tecnológicos en materia de construcción y urbanismo que permitían intervenir en el sector mejorando las condiciones existentes.

En el marco del Plan de Recuperación del Centro, por iniciativa del Alcalde Mayor Augusto Ramírez Ocampo, se identifican varias zonas de intervención, destacando a San Victorino como una de las que ameritan mayor atención:

> "La segunda zona es la llamada de 'redesarrollo', por cuanto dado su deterioro físico deberá ser replanteada en su estructura urbana. Se trata del área situada en la parte sur de la calle séptima y en la misma parte sur de la Avenida Jiménez, desde la carrera Décima hasta el sector de Sans Façon. La desvalorización de la tierra en este sector es grande y Planeación Distrital piensa someterlo a proyectos globales que abarquen áreas no menores de 5.000 metros cuadrados.
>
> "El actual sector que opera como terminal de transporte de pasajeros, entre la Avenida Caracas, la carrera diecisiete y la Jiménez y la [calle] 19,

> tendrá que cambiar de uso, al trasladarse este sector de transporte a la nueva sede en construcción fuera del Centro. Es una zona muy deteriorada y 'de mala muerte', cuyo nuevo uso está en estudio" (Ibid.: 13).

Es importante comprender que "Es la primera vez que se hace un plan global para el Centro" (Ibid.: 14). Por eso la importancia que tuvieron estas medidas en la historia urbana de Bogotá.

Esto representaba el primer anuncio de lo que habría de venir veinte años después para el comercio informal en el sector. Ante tales medidas, los vendedores comenzaron a pensar en alternativas para su reubicación en un Centro Comercial que les ofreciera todas las garantías. Ya habían existido en épocas anteriores propuestas para la instalación de todo el comercio informal de San Victorino en un gran Centro Comercial ubicado en el mismo sector de la zona céntrica:

> "Una gran concentración, similar a la de Unicentro, pero de tipo popular, a la cual serían llevados vendedores ambulantes y estacionarios, se propone construir en pleno Centro de la ciudad el gobierno de Bogotá.
>
> "[Julio] Nieto Bernal [Secretario de Gobierno de Hernando Durán Dussán], anunció (…) el propósito de la administración de trasladar a la futura concentración comercial a los vendedores que se encuentran ubicados desde hace varios años en San Victorino" (*El Tiempo*, Mayo 19 de 1977: ÚLTIMA-C).

Luego comenzó a analizarse la posibilidad de adquirir el lote de la Policía Nacional, ubicado en la Carrera Décima con Calle 10, para estos propósitos. Luis Prieto Ocampo planteó por primera vez en 1980 esta posibilidad, y en los primeros años de la década de los 80 aparecían en la prensa sonados anuncios del Centro Comercial que sería construido en el lote de la Policía Nacional, donde hoy se encuentra el *GranSan Victorino*, uno de los centros comerciales donde los vendedores de las Galerías Antonio Nariño terminaron comprando o arrendando local luego de los desalojos de 1999.

A principios de la década de los 90, se propuso reubicar a los comerciantes de las Galerías Antonio Nariño en el Centro Comercial *Tampico*, acción que tampoco prosperó. Ya para este entonces se volvió a hablar de la antigua plaza Antonio Nariño. Durante décadas, el tema de la plaza no había salido a relucir. Esta tendencia hacía parte de ese espíritu cívico y ciudadano que despertó el interés por el espacio público y el patrimonio de la ciudad, en el contexto del resurgimiento de la conciencia por lo antiguo, pero bajo un determinado ideal urbano, ideal que

retomaba los elementos fundamentales de la historia nacional y los revitalizaba para darle un sentido a la ciudad en función de una narrativa patrimonial de carácter oficial.

En este contexto, es aprobado el Acuerdo 6 de 1990 del Concejo de Bogotá; su prioridad era "la creación, producción, conformación, rehabilitación, restitución, recuperación, administración y aprovechamiento del espacio público". Este contexto había vuelto a poner sobre la palestra la cuestión de San Victorino, así como la posible reanudación de los planes de renovación urbana en el centro de la ciudad. Ambos temas serían objeto de un recurrente debate político durante las décadas del 80 y el 90. Esta situación se pone de manifiesto debido a la importancia que conlleva la revigorización del Centro de la ciudad en una metrópoli que alcanzó sus fronteras de crecimiento hacia el final del siglo.

Los mismos habitantes del Centro de la ciudad eran conscientes de la importancia y el significado de esa zona para cualquier entorno metropolitano: "Todos estuvieron de acuerdo en que el Centro es indispensable para el desarrollo de la ciudad. A pesar de que Bogotá ha crecido el centro seguirá siendo punto de encuentro para todo el que de verdad la quiera conocer" (El Espectador, Diciembre 31 de 1992: 2-D).

Los mismos comerciantes de San Victorino palpaban esa situación en medio de sus ajetreos cotidianos, en el contacto permanente con los clientes que provenían de todas partes de la ciudad y el país, lo cual los llevó a acuñar esa célebre frase de "Centro es centro", como uno de los argumentos principales para rechazar ofertas de reubicación en otros puntos de la ciudad. Y esto era especialmente cierto para San Victorino, una centralidad que revestía desde tiempos inmemoriales un carácter estratégico en el contexto urbano, pero al mismo tiempo un lugar indeseable por sus características sociohistóricas acumuladas y sedimentadas allí desde mucho tiempo atrás:

> "Hay (…) sitios por los que nadie quisiera pasar, por feos y peligrosos, pero que a veces son inevitables. Eso ocurre con San Victorino y sus alrededores. Por su ubicación hay momentos en que hay que pasar por allí y horrorizarse.
>
> "Dentro de los planes trazados para el centro de Bogotá (…) ha quedado pendiente esa zona que ha crecido y se ha infectado bajo la protección de las autoridades y la tolerancia del resto de la ciudad.
>
> "Supongo que la Administración Caicedo Ferrer, al reiniciar el Plan Centro, le dará prioridad a fórmulas para comenzar a rescatar el sector de San Victorino que está en degradamiento total.

> “Si se celebró con entusiasmo la solución de las casetas de la Carrera Trece en Chapinero, lograda por el alcalde Pastrana, con mayor razón se apoyarán las fórmulas para organizar el desmesurado comercio informal de la calle 13 y sus inmediaciones” (Salgar, en El Espectador, Agosto 7 de 1990: 3-A).

Todo lo que el centro no deseaba recaía en San Victorino, como esa parte del Centro “que no se quiere ver”. Y sin embargo, para ese entonces, San Victorino era el sector comercial de mayor importancia en Bogotá, a pesar de -o, precisamente, debido a- la gran dinámica que el comercio informal había generado en esa zona durante las últimas décadas (Photo 41):

> “Aunque parezca increíble, el sector de San Victorino es el más cotizado del país. Los movimientos comerciales que realiza a diario le han permitido posicionarse como la inversión más productiva para grandes comerciantes.
>
> (…) “Son muchas las razones que aventajan al sector sobre otras zonas comerciales de la capital y de todo el país. El hecho de tener constante relación con los abastecedores mayoristas de Bogotá y de Colombia, liderar las tendencias en productos y líneas, tener la posibilidad de acceder a casi un millón de compradores diarios y de vender toda la mercancía en tiempo récord, hacen de San Victorino el lugar que comercialmente y como producto inmobiliario sea el más valioso del país, con metro cuadrado a $1’000.000 para venta y $100.000 mensuales para arriendo [a precios de 1995].
>
> (…) “La trayectoria y el crecimiento que poco a poco tuvo el lugar, sumado a los volúmenes de venta, suscitó dentro de los propietarios de los establecimientos una urgente labor organizativa, con el fin de mejorar la zona y ofrecer los mejores precios a los compradores de Bogotá y de todo el país” (*El Espectador*, Diciembre 30 de 1995: 4-E).

En este contexto aparece el primer gran Centro Comercial construido en este sector ubicado en el antiguo lote de la Policía Nacional, el mismo que antes había sido destinado, sin éxito, a la reubicación de los comerciantes de las Galerías Antonio Nariño:

> “El *GranSan Victorino*, desde ya se cataloga como el nuevo corazón del sector, pues le ofrece a los comerciantes de toda Colombia un espacio ideal para montar su establecimiento. Son más de 580 locales modulares que van desde 5 hasta 200 metros cuadrados,…”.

> "El Centro Comercial *GranSan Victorino* contará con una plazoleta de comidas, zona de parqueo, servicio de teléfonos y baños, área para cargue y descargue de mercancías y un asegurado grupo de compradores" (Ibid.).

Vemos cómo el mejor de todos los proyectos para la construcción de un Centro Comercial destinado a albergar a los vendedores informales y semiformales de San Victorino fue definitivamente aplazado, con el fin de dar paso a una inversión de grandes capitalistas privados, entre ellas algunas constructoras y corporaciones financieras. Pese a estar ubicado muy cerca a la conocida Calle de El Cartucho, este proyecto tenía grandes perspectivas hacia el futuro, pero también tuvo qué pasar por el desalojo y saneamiento de un pequeño mercado informal ubicado en la parte posterior de la edificación desde hacía varios años. El Centro Comercial quedó concluido finalmente a mediados de 1997.

Este proyecto demostró la vocación que el sector comenzaría a adoptar a partir del interés de los grandes capitales nacionales e internacionales por las zonas céntricas de las ciudades en Latinoamérica y el resto del mundo, en el marco de una tendencia por la recuperación del patrimonio histórico y el valor potencial que el suelo urbano comenzaba a adquirir en estos sectores de las grandes áreas metropolitanas.

Entidades como FENALCO y otros organismos representantes del comercio formal en el sector fueron los principales impulsores de las iniciativas de restitución de los espacios públicos en San Victorino y las zonas céntricas de Bogotá, amparados en la renovación de las normas constitucionales y en la voluntad política expresada por las administraciones de turno en esta materia:

> "Las últimas décadas no han sido favorables para el sector. Su indudable importancia y la prosperidad generada por el comercio formal establecido en San Victorino, comenzaron a deteriorarse con la aparición de las ventas ambulantes y estacionarias que se fueron apoderando del espacio público, del parque de los andenes y de las vías, hasta convertirlo en un *paisaje desordenado y caótico*, donde la proliferación de vendedores, el desaseo, la prostitución, la indigencia y la delincuencia común, asfixian al residente y al comerciante formal, e impiden el tránsito normal de vehículos y peatones" [El subrayado es nuestro].
>
> (…) "La Corporación de Comerciantes Asociados de San Victorino y FENALCO, han solicitado en forma insistente y reiterada la atención de las autoridades. Una y otra entidad han respaldado las campañas

> encaminadas a lograr la reubicación de estos negocios informales en lugares adecuados, y rescatar así, para los habitantes de Bogotá, el derecho al uso del espacio público" (FENALCO, 1994: 11).

Como puede apreciarse, el comercio formal ha tendido a atribuirse a sí mismo el resurgimiento de la dinámica económica del sector, desconociendo el papel de los vendedores informales y semiformales en este proceso y subrayando apenas los aspectos negativos de su presencia en San Victorino. Esto constituye una forma de estigmatización y segregación simbólica del comercio callejero, que estaba tratando de ser erradicado de la zona por todos los medios posibles.

Eran múltiples las voces que desde todos los rincones de la realidad nacional se pronunciaban en torno al tema de la renovación urbana y la recuperación del espacio público durante los años 90, lo cual confirma la intensidad y la importancia que había cobrado este debate luego de las reformas constitucionales de 1991. El entorno legal en el cual estas inquietudes se plasmaron procuraban darle una coherencia urbanística y arquitectónica a la planeación de la ciudad y a la creación de espacios comunes dentro de ella:

> "El espacio público actual es una especie de colcha de retazos, hecho con base en los restos que quedan de las construcciones. De ahí que no sea armónico ni funcional.
>
> "Por ello, la ganancia que ofrecen los nuevos decretos del acuerdo 6, según el director del Departamento Administrativo de Planeación Distrital, Andrés Escobar Uribe, es la concepción del espacio público como algo integral. Un elemento que, en las nuevas obras, no debe ser considerado como un sobrante sino como un aporte a la configuración de la ciudad" (El Espectador, Enero 12 de 1994: 3-D).

Ese comenzó a ser un tema fundamental: la necesidad de integrar la noción del espacio público a un concepto de ciudad y a una estructura urbana:

> "La acción estatal en relación con la ciudad se ha caracterizado por la improvisación y la dispersión de acciones, pues sobre el espacio público tienen hoy en día intervención directa numerosas entidades que operan de manera desagregada sobre un patrimonio que hoy está totalmente descuidado, sin preocuparse por la calidad de vida que se deriva del mejoramiento y permanente incremento del patrimonio espacial colectivo.

> "No existe un plan general del espacio público que oriente mediante una política única global e integral las acciones estatales y privadas" (DAPD, 1995: 20).

Esta concepción estructurante del espacio público es uno de los principios fundamentales esbozados en los planteamientos de algunos arquitectos y urbanistas que estimularon este debate en los 90. Clifton Hood

> "asume el espacio público (…) como soporte espacial estructurante de un proyecto de ciudad que debe llevarse a cabo mediante un proceso político y cultural de participación ciudadana, el cual integre a su planeación, concertación, construcción y gobierno a todos los actores sociales (Estado, empresa privada y sociedad civil) en una apuesta por una ciudad (una sociedad) democrática: inclusiva en lo político, equitativa en lo social, competitiva en lo económico y sustentable en lo ambiental para el siglo XXI" (Virviescas, s.f.: 286).

En este tipo de propuestas se pone de presente la importancia de la participación ciudadana en el proyecto de construcción de la ciudad, lo cual contraviene las disposiciones conceptuales de una arquitectura que preestablece los requisitos técnicos de la forma urbana, anulando, borrando, excluyendo o corrigiendo lo que no anduviese dentro de esos cauces para llevarlo por el "buen camino", por la "correcta moral de la arquitectura". En tal contexto, "…el urbanismo asumirá su tema central: proyectar códigos civilizadores sobre el territorio" (Koolhaas, en Ibid.: 291), en lugar de privilegiar la participación ciudadana y la adopción de propuestas socioculturales innovadoras, en diálogo con técnicos y urbanistas: "…el primer rol que tiene que proponerse la planeación urbana en Colombia es el de convocante de la participación ciudadana (…) que, consagrada en los desarrollos constitucionales como una de las mayores reivindicaciones sociopolíticas de la nación, es (…) una herramienta metodológica de proyectación (sic) y de construcción de ciudad" (Ibid.: 291-292).

No obstante, es preciso destacar que este propósito del rescate del espacio público se ubicaba en un nuevo contexto político y económico global, con respecto al cual se definían los enunciados promulgados por los organismos supranacionales promotores de las Cumbres mundiales sobre las cuestiones urbanas.

Para esta época, la población de la ciudad había crecido a pasos agigantados, superando todas las expectativas y proyecciones de los censos anteriores: "…apenas estamos en 1994 y la capital ya tiene alrededor de 100.000 habitantes más de lo proyectado para después del 2000. (…) 6'314.605 personas habitan en Bogotá, cuando se estimaba que tan sólo en el año 2000 se llegaría a un número similar. (…) …mientras se suponía que la ciudad crecería, entre 1990 y 1995, a una

rata del 2,09%, los datos del DANE confirmaron que el crecimiento se mueve al 4,58% anual" (*El Espectador*, Julio 1° de 1994: 2-E).

Por su parte, María del Pilar Granados, investigadora del estudio sobre población de la Misión Siglo XXI, afirmaba que "'La capacidad de inversión estará cada vez más rezagada frente a la continua y rápida expansión de las necesidades meritorias no resueltas'. (…) …la transición demográfica agrava las tensiones de los mercados de trabajo, produce una caída relativa de los salarios, intensifica los déficits cuantitativos de viviendas y exige replantear la composición de la oferta educativa pública" (Ibid.).

Esta tendencia, impensada años atrás, había venido siendo estimulada por la acelerada migración del campo a la ciudad que los grupos armados habían impulsado desde la década anterior, conduciendo al país a una inusitada situación de desplazamiento forzoso que lo colocó en el segundo lugar a nivel mundial en flujos de desplazados después de Sudán:

> "En Colombia la gente cambia de lugar de residencia por presiones económicas, debido a ofertas laborales en épocas de cosecha, en razón a juegos de intereses en los que los más desfavorecidos resultan 'haciendo maletas' y, entre otras muchas causas, no puede negarse, por estar en medio del fuego cruzado entre el ejército, los grupos subversivos, las autodefensas y los grupos paramilitares.
>
> (…) "Un informe preliminar que el gobierno colombiano presentará en la III Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, que se llevará a cabo en Egipto en septiembre de este año, señala que la migración en Colombia es uno de los factores demográficos que ha incidido enérgicamente en la transformación social y económica del país, reconociendo, sin embargo, que es uno de los tópicos menos cuantificados. El censo del 85, dice el documento, no ofrece datos confiables sobre la migración interna y no existen encuestas específicas que suplan este vacío.
>
> (…) "El aumento de los desplazados internos por causa de la violencia hacia lugares de destino sin ningún tipo de redes sociales de apoyo, trae consigo el aumento de la marginalidad social, económica y cultural de estos pobladores y la baja cobertura de las necesidades básicas de parte de entidades gubernamentales y administraciones locales" (Palacios, en *El Espectador*, Julio 3 de 1994: 11-A).

La propia administración urbana estaba impelida a adoptar otro tipo de acciones frente a la situación del desplazamiento y el incremento en el tamaño de la ciudad.

Las cifras de desplazamiento para el año 1997, justo antes de la administración Peñalosa, eran bastante preocupantes. En los primeros seis meses de ese año llegaron 30.000 personas a la capital del país:

> "Unos 180 desplazados, 34 familias en promedio, llegan a diario desde diferentes partes del país a los barrios periféricos de las localidades de Ciudad Bolívar, Usme, Bosa, Kennedy y San Cristóbal.
>
> (…) "En sólo dos años, entre el 95 y el 97, Bogotá recibió un promedio de 108.305 personas, cifra preocupante frente a los 117.000 que llegaron entre los años 1985 y 1994.
>
> (…) "Ante la amenaza inminente, los desplazados, en su mayoría de origen rural, abandonan sus tierras para dirigirse inicialmente a la ciudad más cercana al sitio donde se originó el éxodo. Pero más tarde, en la mayoría de los casos, se piensa en la capital de la República como la gran alternativa, debido a la creencia de que la cercanía a los centros de poder puede producir soluciones más rápidas y efectivas.
>
> (…) "Sin embargo los desplazados al llegar a un entorno extraño sólo encuentran desarraigo, marginalidad y un dramático deterioro de la calidad de vida" (Gutiérrez, en *El Espectador*, Enero 12 de 1998: 15-A).

Hemos visto ya los efectos que el fenómeno del desplazamiento forzado han generado sobre la ciudad en épocas pretéritas: alta presión demográfica, crecimiento desordenado, incremento de la tasa de informalidad, miseria y ocupación de los espacios públicos, proscritos y baldíos de la ciudad. Pues bien, las mismas situaciones derivadas de este fenómeno que se experimentó durante los años 50 y 60 habrían de presentarse en Bogotá durante los años 90 y la primera década del nuevo milenio.

En respuesta a estas situaciones, a partir de los años 90, y en especial desde la Administración Mockus (1995-1997), comienzan a aparecer diversos planes de desarrollo para la ciudad congruentes con las nuevas ideas de una metrópoli proyectada hacia el entorno global, e inscrita dentro de los cánones urbanos establecidos por los organismos e instituciones supranacionales:

> "Los hechos urbanos en Bogotá parecen ser fruto del azar o, por lo menos, de decisiones y acciones que se originan en fuentes dispersas y asumen direcciones divergentes que finalmente se encuentran en algún punto del espacio urbano. Una sociedad que opera de esa manera difícilmente puede reclamar una condición de orden en el espacio

> urbano y con aún mayor dificultad puede proponer líneas continuas de coordinación y acción gubernamental y ciudadana.
>
> "La estructura de usos del espacio urbano bogotano, en su forma actual, no evidencia la presencia de una 'planeación' de la ciudad. O, por el contrario, evidencia una forma particular de algo que puede llamarse 'plan de desordenamiento urbano'. Porque, finalmente, el caos actual de la ciudad ha sido rigurosamente planificado desde que la ciudad adoptó ese esquema moderno de decisiones y normas conocido usualmente con el nombre de 'plan'" (Saldarriaga, en El Espectador, Marzo 9 de 1997: 3-E).

Esto hace evidente que los esfuerzos por realizar una planeación urbana en Bogotá habían tenido más fracasos que éxitos, lo cual condujo a una tendencia a darle coherencia y unidad a las decisiones que se adoptaran para el mejoramiento de las condiciones de vida en la ciudad. En este sentido se adoptaron diversas iniciativas durante estos años para tratar de atender los parámetros que fijaban las nuevas tendencias urbanas. Dentro de esos lineamientos de planeación se contaban los temas del espacio público y la erradicación de la economía informal, como dos aspectos fundamentales que la ciudad debía –óigase bien, debía- implementar con el fin de alcanzar los estándares internacionales exigidos y de esta manera acceder a las líneas de crédito otorgadas por los organismos internacionales. Esto no era inadecuado de por sí, pues, como veremos en el caso de otras experiencias de renovación del Centro Histórico, como es el caso de Quito, estos organismos no estipulaban que las acciones emprendidas se hiciesen a espaldas de los habitantes urbanos o sin contar con sus opiniones en el marco de una planeación participativa.

En Bogotá, la tendencia ha sido la de elaborar los planes de gobierno como propuestas programáticas para la ciudad, con lo cual los respectivos candidatos ya debían tener prácticamente formulado el plan antes de contar con el aval de la ciudadanía respecto a sus propuestas. Además, el énfasis en el manejo de la imagen mediática ponía en un segundo plano los proyectos urbanos, dando lugar así a unas elecciones que legitimaban la imagen del candidato y no su programa de gobierno, el cual terminaba por ser prácticamente desconocido hasta el momento de su implementación. Además, las estrategias de campaña y las reglas de juego establecidas en los debates hacían que los votantes acudieran a las urnas desinformados o con una visión bastante general de las medidas que adoptaría uno u otro candidato al momento de asumir el cargo, sin conocer de forma muy precisa el efecto que estas disposiciones tendrían para su vida cotidiana. Aunque en años recientes los debates y los actos de campaña han mejorado la visibilización de los respectivos programas de gobierno, esta sigue siendo la tendencia predominante.

Pero en los años 90, las lógicas hegemónicas eran las del capital privado en un contexto de ortodoxia neoliberal y el discurso cultural de la democracia y lo público, a las cuales los gobiernos distritales de Antanas Mockus y Enrique Peñalosa atendieron de manera entusiasta. Durante su gobierno fueron convocadas organizaciones que buscaban ser representativas de la sociedad civil para formular el Plan Estratégico Bogotá 2000, considerado por Acebedo como "el plan de inversiones de los organismos de crédito internacional" (Acebedo, en 1999: 79). El espacio público era uno de los siete grandes grupos de proyectos estratégicos que estaban consignados como prioritarios para la elaboración de este Plan.

La misma tendencia se observaba en torno al Plan Monitor, apoyado sin reservas por los sectores más rancios de la sociedad colombiana y la Cámara de Comercio de Bogotá: "Queremos invitar a la administración distrital para que este año iniciemos un gran estudio con la compañía Monitor, con el fin de analizar los factores que afectan la competitividad de Bogotá. (…) El ejercicio que iniciaremos en los próximos meses pretende cambiar la actitud de los empresarios y del sector público para garantizar un ambiente adecuado hacia la innovación y la inserción de las actividades productivas de la ciudad en la economía mundial" (Fernández de Soto, 1995: 9).

Esta búsqueda de inserción al proceso globalizador que constituye hoy en día el referente seguido por la sociedad mundial en el marco del capitalismo comenzó a influir de manera decisiva en los destinos de los principales centros metropolitanos: "Las tendencias de globalización han hecho que las ciudades se conviertan en importantes y cruciales actores del proceso de competitividad. Una ciudad competitiva es aquella con habilidad para ofrecer una plataforma que genere y retenga firmas competitivas. Una plataforma competitiva se logra con calidad en infraestructura, calidad en medio ambiente y eficiencia en los salarios [según la firma Monitor]" (Gutiérrez, 2000: 19).

En este contexto, las dinámicas participativas y los procesos culturalmente compartidos con la diversidad democrática de los habitantes se trastocan por decisiones de carácter vertical que son predispuestas por las instituciones y aceptadas de manera resignada por la ciudadanía:

> "Los neoliberales, por supuesto, no fueron a escuchar ni mucho menos a encontrar una idea compartida de ciudad. Con el 'Plan Monitor' [que señala estrategias para aumentar la competitividad de la ciudad en el contexto internacional] bajo el brazo y previamente asesorados por las compañías multinacionales llegaron a decidir. La Cámara de Comercio, los grandes constructores, el PNUD, *El Tiempo* y otros 'representantes de

> la sociedad civil' ocuparon las mesas directivas y concretaron a manteles su idea de ciudad.
>
> "La ciudad-empresa es la gran conclusión. Desde su mismo nombre se pretendió introducir los criterios de la planeación estratégica tipo empresarial, eficiente, rentable, competitiva, segura para la inversión de capitales extranjeros, que ofrece servicios, tecnología y calidad de vida…" (Acebedo, en 1999: 79).

En este sentido, es bastante ilustrativa la opinión de Jordi Borja en cuanto al comercio de las ciudades globales:

> "La cultura y el comercio definen a las ciudades. Es decir, el intercambio es la base de la riqueza de la ciudad. En una economía globalizada las ciudades quedan abiertas a todos los vientos de los productos y las ideas del mundo. Es su riesgo pero también es su oportunidad. Es su privilegio. Hoy se reducen las ventajas de las posiciones adquiridas pero también aumentan las posibilidades de situarse en la economía internacional. Dependemos de nuestra capacidad de flexibilizar nuestra producción, de innovar continuamente en nuestros procedimientos, de conocer la evolución de los mercados externos, de reducir los costos generales y de incorporar la velocidad de comunicación en todas nuestras actividades. Nuestro futuro depende, sobre todo, de nosotros mismos" (Borja, 1994: 12).

Es evidente que, al hacer esta afirmación, Jordi Borja no estaba pensando en los desplazados, en los comerciantes callejeros ni en las diversas modalidades de la microeconomía informal, todavía vinculada a factores precarios de generación de ingresos. Este tipo de declaraciones reflejan una visión de ciudad comprometida con procesos de producción de primera línea en el marco de una economía formal, cuyas acciones recaerán sobre los pequeños comerciantes en una tendencia a la creación global de oligopolios económicos regentados por las principales corporaciones privadas de los países más desarrollados.

En este sentido se diseñaron los planes de renovación urbana de los años 90, así como las fórmulas de planeación que se presentaron para Bogotá durante esta década. Esto no dejaría de tener sus consecuencias: el Acuerdo 6 de 1990 obligó al desarrollo de proyectos macro, desanimando las pequeñas intervenciones, lo cual aceleró el deterioro de grandes zonas del Centro. Además, la búsqueda del montaje y la promoción de operaciones urbanas integrales a través de las herramientas de planificación y gestión que entrarían a regir con la Ley 388 de 1997, la cual reglamentó el POT (Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá), tenían como objetivo central atraer la inversión privada.

Capítulo 6. La ideología del espacio público neoliberal como factor de reordenamiento urbano en el sector de San Victorino y Santa Inés y sus efectos sobre la patrimonialización de la Plazoleta Antonio Nariño (1998-2010)

Hasta 1997, el sector de San Victorino acogió toda una multiplicidad de usos y prácticas urbanas desde la misma fundación de la ciudad: plazuela urbana, puerta y puerto de la ciudad, terminal, bodega, zona de frontera, punto de llegada, punto de encuentro, lugar de culto, lugar de paso, lugar de reunión de indígenas, españoles, criollos y mestizos; lugar de comercio e intercambios, punto de distribución del agua a la ciudad, lugar de encuentro de pilanderas, lugar del chisme y salida del paseo, escenario de ocio y esparcimiento, campo de batalla, mercado agrícola y pecuario, mercado de maderas, almacén, punto de cargue y descargue, lugar de los coches, parqueadero, llegada del tranvía, lugar de chicherías, plaza de mercado, centro de transportes, sector de hoteles y hospedajes, zona de tolerancia, el cachaco y el de ruana, el campesino y el indígena, el estudiante y el mercachifle, la señora y la prostituta, delincuentes, gamines, comerciantes, mercado informal, mercado formal, espacio público y bien fiscal, patrimonio histórico de la ciudad y la nación.

Sin embargo, ninguno de estos usos puede considerarse ni "público" ni "popular". Simplemente, constituyeron formas de vivir y habitar la ciudad, más allá de cualquier catalogación. Las aglomeraciones humanas que se producían en San Victorino correspondían a las dinámicas históricas propias de las condiciones en las que se desarrollaron las urbes latinoamericanas y, en este caso, andinas, pues este entorno geográfico comunica social y culturalmente el proceso histórico de las poblaciones que habitaron en esa región antes de la Conquista y el de los centros urbanos construidos por los españoles. No obstante, la Plaza de San Victorino y sus inmediaciones tiene una serie de características específicas a este lugar sociocultural, las cuales pueden contribuir a orientar la reflexión urbanística sobre el sector.

El primer rasgo fundamental es el de San Victorino como escenario de confluencia de las oposiciones: umbral entre la ciudad y el campo, entre lo civilizado y lo natural, entre las tierras altas y las bajas; punto de encuentro entre españoles e indígenas, lugar de contacto, intercambio, comunicación, comercio, hibridación y mestizaje. El otro elemento destacado es su función de terminal de transportes y puerto seco de la ciudad; esa atmósfera de "puerto" que alcanza con el agitado ir y venir de los pasajeros y las mercancías, el flujo constante de personas, objetos y símbolos, y los escenarios de la clandestinidad, los bajos mundos o los espacios de la informalidad: las chicherías, los lugares de reunión de los grupos subalternos, los prostíbulos, los indigentes, los "anormales"…

Una faceta importante, aunque haya quedado relegada en las sendas de la historia, es la de San Victorino como lugar de congregación religiosa durante la época colonial. Este fenómeno, aunque escasamente estudiado, debió haber tenido una gran relevancia en cuanto a los modos de reunión de los habitantes de Santafé, en especial los domingos, días de asistencia al rito y de paseo campestre.

En todas estas formas de habitar el espacio de San Victorino hay un elemento en común*: la diversidad de prácticas ejercidas en ese entorno urbano en el transcurso de su historia*. Sería solo hasta 1964 que la plaza de San Victorino comenzaría a adquirir una vocación eminentemente comercial, con la reubicación de los comerciantes informales del Centro Histórico en las Galerías Antonio Nariño, y en realidad, su forma como plaza republicana, como "espacio público", sólo había durado algo más de un siglo. Por ello considero que, más allá de toda jerarquía, *el principio de diversidad es el que debería orientar la reflexión sobre la identidad del lugar*. En una entrevista, Gianni Vattimo afirmaba:

> "- Siempre me he comprometido con el lado de la gente que imagina un mundo futuro plural, no uno basado en una idea particular de justicia. Lo concreto de lo plural es una sociedad que no olvida sus tradiciones múltiples. La pluralidad también es una cuestión de memoria, de no encubrir ni olvidar las múltiples raíces de nuestras tradiciones. Uno de los riesgos hoy es la homologación consumidora y sin multiplicidad.
>
> (…) - ¿Y qué atenta contra nuestras raíces?
>
> - El modelo unificador de una tecnología universal tomada como base de la vida social. Me gustaría mucho hacer una diferencia entre una unificación de tipo básico-tecnológica y una multiplicación de posesiones estéticas, es decir, de maneras de interpretar el mundo. (…) *Debemos evitar que la tecnología unificadora mate las diferencias estéticas, no solamente del arte, sino de los estilos de vida y las creencias*" [El subrayado es nuestro] (Bello y Becerra, en *El Espectador*, Julio 10 de 1994: 3-D).

Esto mismo se puede aplicar a las consideraciones sobre el espacio urbano. El paso de la heterogeneidad a la homogeneidad identitaria, llámese espacio público o cultura ciudadana, genera dinámicas de exclusión sociocultural y segregación socioespacial. El ideal de la vida civilizada y la racionalidad tecnocrática no puede hacer *tabula rasa* de los múltiples elementos históricos sedimentados y acumulados en el decurso histórico de una territorialidad singular, apoyado simplemente en la soberanía de la ley. En esta mirada genealógica, se han identificado muchos elementos que plantean puntos de vista diferentes, alternativos a los de la historia

oficial, interesada en ofrecer una visión unitaria, centralizada y totalitarista del hecho urbano en Bogotá y el sector de San Victorino.

Recordemos que la pluralidad es característica de aquello que hemos dado en llamar "lo popular". La dualidad es una forma de pluralidad, razón por la cual, en una coyuntura histórica de confrontación y conflicto social, las posiciones enfrentadas tienden a adoptar posiciones opuestas que son objeto de lucha, sometimiento, exclusión y/o negociación. Para el caso que nos ocupa, ¿qué podemos decir de la Plaza de San Victorino? ¿Ha sido un espacio público o un escenario de aglomeración e identidad de las clases subalternas? ¿Ha sido un espacio destinado al encuentro colectivo, o ha sido un espacio privado o cedido en propiedad y usufructo a un grupo en particular? La respuesta parece ser: ambas cosas. En una zona de frontera, no puede existir otra cosa que escenarios y posibilidades de encuentro… o desencuentro. Pero lo cierto es que *negar una de las partes de la historia deriva en la omisión de determinados grupos humanos o actores sociales que también han construido sus fundamentos socioculturales e identitarios sobre un territorio colmado de diversidad, la cual debe perdurar en la memoria de los lugares, no sólo bajo la forma de lápidas, monumentos y cuerpos de piedra, sino como una presencia viva que tiene derecho a mantener vigentes sus dinámicas sociales. La posibilidad de coexistencia pacífica en territorialidades de frontera dependerá de la capacidad que los diferentes actores sociales tengan para alcanzar acuerdos en torno a los usos del suelo y las prácticas culturales, aún en condiciones de inequidad y asimetría ecosistémica.*

Infortunadamente, esto no es lo que ocurre en el mundo de hoy. La hegemonía de la civilización occidental ha definido las bases de "la ciudad deseada", restringiendo de este modo las posibilidades de "la ciudad deseante". Los principios orientadores del hecho urbano siguen estableciéndose en función de los parámetros de la modernidad occidental como movimiento sociocultural pretendidamente universal, lo cual le proporciona a la ciudad un horizonte ético, jurídico e histórico:

> [Revisión de un manifiesto por una ciudad deseada]
> "La poética de la ciudad: El objeto de la ciudad es el de crear espacio para la felicidad. La ciudad no puede construirse para ser sufrida o padecida. Su poética se expresa en el goce estético de sus espacios, en su carácter afectivo y amable.
>
> (…) "El espacio público: el espacio público es el fundamento de la ciudad. Se ha construido a través de su historia y posee el carácter específico que le otorgó su plano fundacional. Es un bien común en el que deben darse las condiciones para ser apropiado por el ciudadano. No es ni puede ser propiedad de los representantes del Estado ni de las autoridades militares, ni de empresas privadas, ni de caprichos

> individuales que lo encierren o impidan su uso comunitario. El espacio público debe ser el eje de las normas urbanas" (*El Espectador*, Julio 10 de 1994: 2-E).

Aún así, las opciones de construir la ciudad en el marco de ese mismo proceso civilizatorio han sido múltiples, y no se restringen a la interpretación ideal de la ciudad occidental hecha desde la reformulación renacentista y moderna. La ciudad grecorromana no puede entenderse como la fusión entre el *ágora* y el *castro* militar. Algo va del ideal griego de la *polis* a la ciudad romana, del *ágora* al *forum*, de la concepción unitaria de una democracia segregacionista, proteccionista y excluyente a la pluralidad urbana derivada del cruce de caminos y los escenarios de encuentro colectivo entre diversos grupos humanos:

> "La *polis* o ciudad helénica, al asentarse en comarcas conquistadas por los griegos, marcó en los nuevos suelos su huella inconfundible con portentosas creaciones: planos previamente diseñados para las ciudades, edificios públicos monumentales, servicios municipales de vital importancia y *ágoras* netamente cívicas. Roma ante estas innovaciones, al igual que en otras, asimiló la novedad del *ágora* y con el nombre de *foro* la impuso en sus urbes principales. Pero la idea griega no perduró; dejó de ser única y con variadas funciones culminó en los foros imperiales. El foro, como centro popular, reunía a diario a los especuladores, los usureros, adivinos, tahúres y a la crecida clientela de los tribunales, atendidos por los jueces con sede en las basílicas. El visitante tenía qué moverse en una planimetría resultante de continuos ensanches y sucesivas alteraciones. Fue, no obstante, uno de los símbolos de la grandeza de Roma" (Martínez, 1976: 57).

Otras interpretaciones de la historia pueden conducir a perspectivas diferentes de gestión y manejo de los territorios. Pero lo cierto es que una visión unitaria y centralizada de los espacios históricos conduce a la negación de principios fundadores del ideal democrático, como la pluralidad, la descentralización y la equidad, en función de una serie de intereses particulares que operan desde los lugares privilegiados del poder político y social, apoyados en el control de los dispositivos jurídicos e institucionales que rigen a las sociedades modernas:

> "Es cierto que no estamos en los tiempos de la sacralización de la ley, iniciada bajo el Código de Napoleón y refinada después por la escuela de la exégesis. Es cierto, también, que el llamado Estado Constitucional de Derecho lleva el espíritu y el significado de la ley más allá de su sometimiento a la Constitución como norma superior, pues su contenido –el de la ley- debe responder de igual modo a exigencias sociales que se inspiren en una nueva filosofía política. Y la filosofía

> política imperante, por oposición a la ley como expresión de una voluntad única, se deriva de un orden de competencias basado en las disposiciones de una Carta Política que garantiza una amplia gama de intereses y valores.
>
> (…) "Los grandes vacíos, las grandes suplantaciones por la vía de la entrega y la superposición de la intolerancia privada sobre la autoridad pública, desembocan tarde o temprano en la sustitución del Estado por las frenéticas agitaciones de los grupos envalentonados que medran en torno de su debilidad. Las grandes crisis nacen de la entraña de ese sometimiento inexplicable del poder público a la vociferación que escamotea la legitimidad de su ejercicio" (*El Espectador*, Junio 3 de 1993: 2-A).

En la coyuntura histórica de Bogotá y San Victorino a principios de 1998, el rasgo fundamental fue el de la sacralización del marco constitucional y jurídico que le otorgaba facultades a los dirigentes urbanos para interpretar las normas de acuerdo con una filosofía radical que configuró un imperio y una ideología de la ley en torno a la cuestión del espacio público en la ciudad, orientada claramente a privilegiar unos intereses particulares y unas tendencias ideológicas específicas, afines a las condiciones hegemónicas existentes en la actual modernidad global. Esto alteró en forma sustancial las dinámicas socioculturales que se habían venido produciendo en la plaza y el sector de San Victorino durante, al menos, la segunda mitad del siglo XX.

En 1998, los proyectos urbanos de la administración de Enrique Peñalosa le darían un nuevo giro a la historia de San Victorino y sus alrededores, planteando una opción radical de transformación urbanística que refleja la *proyección ideológica de lo público liberal en el espacio urbano* de esta zona de Bogotá. En esta transición socioespacial *es posible evidenciar una situación en la cual se pasa de una ciudad donde lo privado se subordina a lo público desde finales del siglo XIX a otra en donde lo público se subordina a lo privado a fines del siglo XX.*

Dos son las acciones urbanísticas que conducen a esta primera fase del proceso de reforma de este sector de la ciudad, con sus correspondientes efectos sobre los usos del suelo y el reordenamiento de las prácticas socioculturales: la construcción de la Plazoleta Antonio Nariño y el Parque Tercer Milenio.

El proceso de recuperación del espacio donde en la actualidad se encuentra la Plazoleta Antonio Nariño debió pasar por el desalojo del mercado semiformal e informal que allí se había establecido desde 1964, y que se consolidó en los años subsiguientes. Esto implicó el inicio de una serie de procesos de desalojo forzoso o negociado que el gobierno de la ciudad emprendió con los comerciantes de la

zona, de conformidad con la situación que cada uno de ellos había establecido en relación con el espacio público y con la administración distrital. Para finales de 1999, este proceso había culminado, y la construcción de la nueva Plazoleta habría de llevarse a cabo entre Enero y Junio del año 2000 (Photo 42). Enrique Rodríguez, líder de la negociación por parte de ACUGAN, hizo una síntesis del proceso en los siguientes términos:

"C.C.: ¿Cómo fue el proceso de negociación desde sus inicios, cómo empezó y cómo fue evolucionando?

E.R.: A ver, el proceso de negociación se inició desde el mes de Marzo del año 1998, cuando la Administración, por intermedio del Fondo de Ventas, exigiera que nosotros hiciéramos entrega de la Galería, y por lo cual autorizaron no volver a aceptar el canon del pago de arrendamiento. Desde ese momento se nos informó que necesitaban que nosotros despejáramos el sitio donde hemos laborado durante 38 años, y se llegó con la propuesta que nos querían ofrecer un sitio llamado Biblos *ubicado en la Carrera 38 con Calle Décima, caso este que por nosotros fue rechazado, ya que era una situación muy caótica el trasteo para ese lado, ya que nosotros, nuestro comercio, nos sostuvimos los 38 años en el mismo sitio y trasladarnos de aquí a la 38 era prácticamente perder nuestro comercio.*

C.C.: ¿Cómo se conformó el Comité Intersindical?

E.R.: A ver, el Comité Intersindical se comenzó a conformar en el año de 1987, fecha en que nos aglutinamos varias organizaciones sindicales con el fin de entrar a defender los sitios de trabajo de Galerías Nariño, en el cual participaron alrededor de unos 37 sindicatos.

C.C.: ¿Cuál fue el objeto de este Comité?

E.R.: El objeto de este Comité fue el de siempre dar solución al problema de los vendedores a nivel Bogotá, obedeciendo a que desde administraciones anteriores, desde las administraciones del doctor Pastrana cuando fue Alcalde de Bogotá, en los años 1989, 90, él exigiera que iba a recuperar el espacio público y empezaron a aplicar el desalojo en la Calle 19, donde levantaron a los compañeros que vendían discos y libros en ese sector.

C.C.: ¿Cómo fue la relación con la Administración en sus inicios? ¿Fue cordial o fue conflictiva?

E.R.: A ver, inicialmente se nos convirtió de pronto en algo conflictivo, porque nosotros con base en una petición que presentamos, ya que la Administración nos decía que debíamos entregar las Galerías, nosotros buscamos la forma que se

concertara pero ellos en ningún momento se mostraron muy amables a esto, pero posterior a esto buscamos la relación por intermedio de un Concejal, que se llama Jorge Ernesto Salamanca Cortés, persona que sirvió de puente entre las partes, y en el cual se inició el proceso de concertación.

C.C.: ¿Cómo fue evolucionando el proceso hacia una solución negociada?

E.R.: Esto se inició en una forma de propuesta de la Administración hacia una reubicación, y nosotros no aceptamos, ya que habíamos presentado seis propuestas en sitios diferentes, pero que fueron rechazadas, y acordamos que más bien a cambio de tener reubicación, obedeciendo a los que ya habían sido reubicados y habían tenido problemas, acordamos que más bien se nos diera una indemnización económicamente, para nosotros buscar un sitio donde albergarnos, y obedeciendo a que lo que nos están reconociendo directamente es las mejoras que nosotros hicimos durante 38 años; eso es lo que nos está pagando la Administración.

C.C.: ¿Porqué fue la disputa jurídica por la querella que presentó el señor Roberto Ramírez?

E.R.: A ver, el señor Roberto Ramírez presentó una querella de recuperación del centro de Bogotá, en el cual solicitaba que se recuperara de la Calle Décima a la Avenida Jiménez y de la Carrera Décima a la Avenida Caracas, pero en ese entonces no pudo llegar contra Galerías Nariño, ya que nosotros en ningún momento fuimos invasores del sitio; a nosotros se nos reubicó por un Decreto de la Alcaldía, siendo Alcalde Mayor de Bogotá el doctor Jorge Gaitán Cortés, y que posteriormente por un Acuerdo del Concejo ratifican nuestra estabilidad en el sitio donde hasta hoy laboramos.

C.C.: ¿Cómo fue, digamos, la definición del espacio público aquí?

E.R.: A ver, por la querella desalojaron a más o menos unas dos mil personas que laboraban en los alrededores nuestros, sin darles ninguna solución. Pero posterior a esto buscaron un sitio donde reubicar a algunos, con base en un fallo de la Corte Constitucional en el cual exigía al gobierno darle solución a 620 vendedores que habían sido afectados dentro de este proceso.

C.C.: ¿Esos vendedores eran los que estaban en los alrededores?

E.R.: Exacto, estaban en los andenes, en las casetas, en estos sitios.

C.C.: ¿Cómo se llegó a un acuerdo con la Alcaldía? ¿Cuál fue la primera firma de acuerdo que hubo?

E.R.: A ver, esto se llevó a cabo obedeciendo a que el Secretario de Gobierno nos hiciera una propuesta de que de pronto pudiéramos entrar a hablar de una indemnización, el cual inició con una oferta de tres millones seiscientos mil pesos para cada uno de los puestos, pero que nosotros en ningún momento pudimos aceptarlo ya que no se justificaba que se nos diera tan baja cuota para solucionar nuestro problema. Se inició en una Asamblea donde invitamos al Secretario de Gobierno, con participación de la Personería, la Procuraduría, la Contraloría y la Defensoría del Pueblo; allí entonces se llegó a una primera negociación, en la cual iniciamos ese proceso. Se nombró una Comisión Negociadora conformada por unos compañeros, dos abogados, y los integrantes de la Junta Directiva de nuestra organización. En total, lo hicimos entre dieciocho de la Comisión Negociadora.

C.C.: El seis de Agosto…

E.R.: El seis de Agosto de 1999 se firmó un preacuerdo con la Alcaldía Mayor, pero ya se había definido el precio, el valor de la negociación, en el cual se hizo un costo aproximado de diez millones por puesto. Hay algunos que reciben nueve ochocientos, otros reciben diez ochocientos; esto se manejó en esa forma obedeciendo a la antigüedad, a la edad, si era madre cabeza de familia, y así cantidad de cosas que realmente llenaban algunos requisitos para que ellos recibieran esa cantidad de indemnización.

C.C.: ¿A qué atribuye usted el cambio de actitud de la Alcaldía con respecto a ustedes los vendedores informales?

E.R.: Lo atribuyo a que en un trabajo que se hizo a nivel prácticamente internacional, y a nivel de la mesa de diálogo que se formó, se dio a entender a la Administración que nosotros en ningún momento estábamos infringiendo la ley, ya que habíamos sido reubicados, y esa reubicación había sido definitiva. Por ese motivo se llegó a una base de entendimiento con base en algunas investigaciones que hizo la Administración y que hicimos nosotros, del cual ellos pues siempre adujeron que esto era espacio público pero que nosotros no podíamos aceptarlo, ya que cuando conocimos este sitio era un parqueadero que lo explotaban personas particulares, y a ellos prácticamente les cancelaron el contrato del parqueadero para asignárnoslo a nosotros para trabajar, como lo hemos hecho hasta el día de hoy.

C.C.: ¿Le parece que la Corte Constitucional jugó un papel importante en el cambio de actitud de la Administración?

E.R:: Claro!! Claro, porque es que con ese fallo de reubicación de 620 vendedores por una parte, y por la otra se necesitaba, es decir, se estaba demostrando que no estábamos en ningún momento invadiendo y tampoco

tenían cómo demostrar ellos que esto era espacio público, porque esto era un bien del Estado, y prácticamente que se podría decir que era un bien fiscal.

C.C.: ¿El papel de los sindicatos?

E.R.: El papel de los sindicatos fue decisivo, porque siempre estuvimos respaldándonos mutuamente, estuvimos agrupados, siempre hubo la unidad, hasta el último momento donde ya el 14 de Febrero que levantaron a los compañeros que nos rodeaban, prácticamente se dispersó el Comité Intersindical, porque cada uno tomó ya por un lado diferente, pero que todavía se sigue luchando, el Comité está en stand-by*, pero vamos a seguir laborando donde sea, porque aquí no muere nuestra actividad comercial. Muere el sitio, mas nosotros no.*

C.C.: ¿Y la Confederación de Trabajadores?

E.R.: La CGTD ha representado un papel muy importante, ya que la CGTD, a nivel internacional, inclusive desde la OIT desde Ginebra alguna vez se pronunciara frente a la Administración solicitándole que se tuviera en cuenta la situación nuestra y se pudiera sacar adelante este proceso sin perjudicar a nadie. Caso este que nos sentimos en este momento satisfechos, no en la totalidad pero sí al menos hay un mejor reconocimiento hacia nuestro sector.

C.C.: ¿Entonces se considera satisfecho con la negociación?

E.R.: Pues sí, a cambio de lo que pasó con los demás compañeros que fueron desalojados de una manera violenta, nosotros realmente tuvimos una situación de mejor tratamiento, y por ese motivo nos sentimos un poco más satisfechos" (Enrique Rodríguez, presidente de la Junta Directiva de ACUGAN, 1999).

No obstante, pese a esta voluntad de buscar una salida negociada con un sector de los comerciantes, no hubo por parte de la administración una conciencia en torno a la importancia histórica y patrimonial de las Galerías Antonio Nariño para la historia de Bogotá y el país. Resulta revelador el testimonio anecdótico de algunos de los vendedores de las Galerías poco después de los desalojos, en el sentido que la placa de concreto situada en el centro de las Galerías, único vestigio histórico material en donde se consignaba en forma inscrita la memoria del lugar, había prácticamente rodado día tras día por toda la Calle 12 hasta la Avenida Caracas, en donde fue pasto de los indigentes de *El Cartucho*, que la debieron vender como chatarra en alguno de los puestos de reciclaje del bajo mundo (Photo 43). Esto confirma la absoluta falta de voluntad de la elite de la ciudad, las instituciones distritales, los altos círculos intelectuales y las "Academias" de la "Historia oficial"

por conservar la memoria y el registro histórico y patrimonial del que fue, sin asomo de dudas, el primer Centro Comercial de Bogotá y el país.

Entretanto, Renovación Urbana fue la entidad del distrito creada para demoler y reconstruir el sector del parque "Tercer Milenio". Para ello se dio inicio a un proceso de adquisición de terrenos y la creación de una gerencia específica para el proyecto. La estrategia era la de acabar con la economía informal, tanto de las ventas ambulantes como de los negocios ilícitos concentrados en el sector de "El Cartucho", a través de la creación del Parque, en el marco de un proceso de gentrificación, esto es, la recuperación de zonas deprimidas de la ciudad que implica desplazamientos de población hacia otras áreas para efectos de un repoblamiento por parte de habitantes de mejor condición social (Photo 44). La idea hacia el futuro consistía en construir en este sector centros comerciales de lujo para personas con mayor poder de compra, en especial mayoristas y grandes exportadores. La Lonja de Propiedad Raíz de Bogotá fue la encargada de valorar los suelos en la zona objeto del proyecto, además de apoyar el proceso de adquisición de predios. En total, cerca de 750 predios fueron objeto de negociaciones por parte de la gerencia del proyecto.

A inicios del nuevo milenio se comenzó a adelantar la compra de predios y las acciones de diálogo con las personas y grupos afectados por la propuesta. Entre ellos había una gran diversidad de actores sociales: almacenes de repuestos, bodegas, compraventas, ropavejeros, talleres de artes gráficas, inquilinatos, entre otros. Y, por supuesto, estaba implicado el grupo humano y social más importante de cuántos se hallaban en la zona que sería intervenida, el lugar de mayor marginalidad de toda la ciudad, donde se concentraban los indigentes, delincuentes y personas que tenían problemas de adicción a las drogas, así como los expendios de estupefacientes, armas y otras actividades ilícitas. Pese a las marchas y solicitudes que se le hicieron al gobierno distrital para garantizar su permanencia en el sector, los habitantes de "El Cartucho" fueron progresivamente desalojados de la zona, para dar paso a la finalización de las obras del Parque Tercer Milenio.

Esta serie de intervenciones, finalizadas hacia mediados del 2002, definirían de manera clara un gran espacio de reordenamiento urbanístico ubicado entre la Carrera Décima y la Avenida Caracas (de oriente a occidente), y la Avenida Jiménez y la Calle Sexta (de norte a sur), que comprende el sector conocido como "San Victorino" y el antiguo barrio de Santa Inés. Al cabo de este proceso se podían distinguir allí cuatro zonas, de norte a sur: el sector de la Plazoleta Antonio Nariño, entre la Avenida Jiménez y la Calle 12 (zona 1); el sector del comercio formal, ubicado en casas y edificaciones de diversa antigüedad, entre la Calle 12 y la Calle 10, más el Centro Comercial *GranSan*, entre la Calle 10 y la 9 y las Carreras Décima y Once (zona 2); el lote baldío donde se construirá el futuro Centro

Comercial *San Victorino*, entre la Calle 10 y la 9 y las Carreras Once y Avenida Caracas (zona 3); y el Parque Tercer Milenio, entre las Calles 9 y la Avenida Sexta (zona 4). Sin embargo, la transformación de los usos del suelo no sólo se reflejaría en el plano espacial, sino también en la reconfiguración de las dinámicas socioculturales en este sector a lo largo de la primera década del nuevo milenio.

En este sentido, el punto principal a tomar en cuenta para la relectura de las dinámicas ocurridas en este sector consiste en que las intervenciones urbanísticas adelantadas no tomaron en cuenta procesos de reubicación y resocialización de los grupos humanos allí existentes, o que las acciones emprendidas en esta dirección no dieron los resultados esperados. De este modo, muchos de los vendedores ambulantes y semiestacionarios o los empleados del antiguo comercio semiformal instalado hasta 1999 en el sector de la actual Plazoleta Antonio Nariño retornaron a este sector para continuar con su actividad, aunque esta vez en los bordes o el perímetro de la plaza, así como en los andenes ubicados sobre la Carrera Décima o la Avenida Jiménez. Otros comerciantes se ubicarían en las calles del sector de comercio formal o harían parte del fenómeno de los "madrugones", antigua práctica comercial que comenzaría a resurgir con fuerza en las bodegas de la zona de manera casi paralela al fin del comercio sobre el área de la actual Plazoleta. Por su parte, la presencia de indigentes, delincuentes, adictos y demás personajes de la población marginal no desaparecerían del sector, sino que se ubicarían unas cuadras más abajo, en el sector del "Bronx" y las inmediaciones de la Plaza España, adquiriendo en el área de estudio una presencia ambulatoria de carácter cotidiano.

El incremento en la población de la ciudad a raíz del desplazamiento se hizo evidente también en estos años, lo cual, como en otras épocas, produjo un impacto directo sobre el que siguió siendo, aún después de la intervención urbanística de desalojo del comercio en el área de la actual Plazoleta Antonio Nariño, el polo de comercio informal y semiformal más importante de la ciudad. Aunque no existen datos estadísticos sobre el número de personas que realizaban este tipo de actividades en el sector a finales de la década de los 90 y aquellos presentes en la actualidad –cálculo que, por lo demás, resulta muy difícil de establecer, debido a la intensa movilidad de los factores-, sí es posible afirmar, a través de la observación, que la densidad del comercio informal y semiformal en el área ha aumentado en los últimos años. Esto es especialmente latente en épocas de temporada comercial, cuando la afluencia de comerciantes y compradores al sector hacen prácticamente intransitables las calles y cuadras en las cuales se encuentra instalado el comercio formal de la zona (Photo 45). En suma, la liberación de la antigua Plazoleta del comercio informal y semiformal, junto al incremento de la población y la escasa efectividad de los programas de reubicación de vendedores, han generado en el espacio de la zona 2 una notable presión poblacional que compite por los actores de la demanda comercial, en la cual se mezclan las personas que van con el

objetivo expreso de hacer compras y aquellos que simplemente van de paso o atraviesan el sector y realizan casualmente algún tipo de adquisición.

Entretanto, el amplio espacio del Parque Tercer Milenio y sus equipamientos, correspondientes a veinte hectáreas del centro de la ciudad, permanece desde hace ocho años en una situación de subutilización extrema, al punto que ni siquiera la Alcaldía Mayor de Bogotá programa eventos de gran envergadura en sus locaciones (Photo 46). Esta disparidad notable en los usos y la apropiación del suelo urbano son el resultado de una clara discordancia entre la planeación del territorio y las necesidades de una población que se ha mantenido en relación con este sector desde hace más de medio siglo. Las funciones establecidas para el Parque continúan a la espera de una serie de reformas urbanísticas que están pendientes de resolverse, como la construcción del Centro Comercial *San Victorino* en la zona 3, y la expansión del centro patrimonial hacia el sur, en conexión con el sector de los hospitales de la Hortúa y San Juan de Dios. Mientras esto ocurre, la revitalización del Parque en relación con su dinámica sociocultural seguirá siendo un asunto inconcluso, frente a lo cual las autoridades distritales no han expresado mayor preocupación hasta el presente, lo cual hace hoy del Parque Tercer Milenio un gran espacio baldío en la ciudad. Así, el beneficio esperado por valorización a través de las acciones de expansión del espacio público en la zona céntrica de Bogotá se ha diluido, y el cálculo de las pérdidas por este concepto sigue siendo un estimativo que la ciudad está en mora de realizar.

Por su parte, la dinámica en la zona 1, es decir, la Plazoleta Antonio Nariño, tampoco surtió los efectos esperados. Durante la administración de Enrique Peñalosa, se afirmaba que el nuevo espacio de la Plazoleta constituiría un lugar para la cultura, el ocio activo y la recreación, lo cual se lograría a través de la revitalización del lugar con base en programas de la Alcaldía e iniciativas de carácter privado. Pero en la realidad cotidiana, la Plazoleta es ocupada por vagabundos o desempleados, algunos de los cuales aprovechan la cercanía de las cigarrerías y los estancos en los alrededores de la Plaza para dedicarse a la bebida o al consumo de drogas. La dimensión estética de la plaza ha sido degradada por los propios paseantes que acuden al lugar, haciéndole daño a la escultura de Édgar Negret (Photo 47) o a las bancas instaladas en su entorno, y arrojando basuras al espejo de agua que se convirtió en una más de las canecas con las cuales se quiso dar nueva vida al lugar (Photo 48). Incluso, no dejan de haber algunos vendedores ambulantes en el perímetro interno de la Plazoleta, y otros más que circulan por allí o se instalan en la franja peatonal de la Calle Doce entre Carreras Once y Trece. Además, más que un espacio para la generación de una "ciudadanía activa", se presenta en este escenario un alto flujo de transeúntes, lo cual es una constante del sector, el de mayor afluencia de personas en Bogotá (alrededor de 500.000 personas por día, según algunos estimativos), debido a la cercanía de las Carreras Décima y las estaciones de Transmilenio de la Avenida Jiménez y la Avenida Caracas.

Todo lo anterior indica que el fenómeno de la informalidad y la marginalidad en este sector de la ciudad, lejos de haberse erradicado con las medidas urbanísticas de las administraciones recientes, ha seguido afirmando su presencia, pero reconstituido en función de las diversas zonas que se han establecido y las modalidades de uso de los habitantes urbanos. Como si se tratara de la "ley del destino", en palabras de uno de los comerciantes de las antiguas Galerías Antonio Nariño, el fenómeno del desplazamiento del campo a la ciudad genera nuevas necesidades de empleo en las ciudades que no son apropiadamente absorbidas por el sistema productivo, dando lugar al recrudecimiento de las condiciones de vida para segmentos cada vez más amplios de la población, arrojándolos a las huestes de la indigencia y la cuasi-indigencia, bajo las formas del desempleo vagabundo y el subempleo ambulante y semiestacionario.

No obstante, en el momento actual está por verse el impacto que pueda generar en el sector la construcción del Centro Comercial *San Victorino* en la zona 3, un megaproyecto para el comercio mayorista que estaba previsto para ser inaugurado en un plazo de uno o dos años, pero que en la actualidad se encuentra en la incertidumbre, debido a la liquidación, en Julio de 2011, de dos contratos que dan curso a este proyecto en el Centro de la ciudad, debido a situaciones de corrupción (Photo 49). Muchos esperaban que con este proyecto fuera posible darle solución a las necesidades del comercio informal, y que en torno a él pudieran ser absorbidos una buena parte de los vendedores ambulantes y semiestacionarios que ocupan los alrededores del lote baldío donde se construirá este gran complejo comercial. No obstante, este proyecto, al igual que el Parque Tercer Milenio y la Plazoleta Antonio Nariño, fue concebido para servir a los intereses del gran capital, a través de procesos de valorización del suelo que segregan de manera sistemática a los usuarios del espacio bajo condiciones de informalidad y marginalidad. El valor de los puestos en este nuevo escenario de comercio está por fuera del alcance de cualquier vendedor informal que ofrece sus productos al menudeo.

Así, la población perteneciente al ámbito de la economía informal que confluye en el sector de San Victorino seguirá sin encontrar soluciones a su problemática, y resulta previsible que, con la culminación de los proyectos urbanísticos en la zona, comiencen a organizarse operativos policiales para obligarlos a desplazarse hacia otros puntos de la ciudad. Pero, como la historia lo ha confirmado, debido a sus características como escenario comercial de privilegio en la ciudad y lugar de paso de millares de personas de todos los rincones del planeta, este sector resulta ser un inevitable polo de atracción para todos aquellos habitantes urbanos que derivan su sustento y supervivencia de la actividad informal.

Otto Quintero, uno de los arquitectos que participó en el proyecto del nuevo Centro Comercial, afirma que éste se concibió en un principio como uno de los

proyectos jalonadores de una estrategia de impacto urbano que condujera a una reactivación de la zona. Sin embargo, hacia el año 2005 se decidió que fuera un proyecto eminentemente comercial, en lugar de erigirse como un proceso de renovación integral que cubriera todo el ámbito de San Victorino.

No obstante, en palabras de Quintero, el proyecto de la zona 3 no se debería haber manejado como un proyecto inmobiliario comercial, sino que, por las características del sector, se debería haber aceptado la propuesta de una perspectiva de renovación integral. La estrategia estaba orientada en un principio a la adquisición de los suelos de la zona 2, a cambio de locales comerciales en el proyecto, lo cual hubiera permitido que el Distrito terminara por entrar en posesión de esos terrenos para generar procesos de renovación en la zona 2 hacia el futuro. Sin embargo, el proceso de renovación se hace cada vez más difícil debido a que la valorización de la tierra a raíz de la construcción del Centro Comercial y las obras de Transmilenio por la Carrera Décima va a hacer que los predios de la zona 2 incrementen su valor de manera desmesurada. Además, dado que en la zona 2 hay 4.000 propietarios, será muy difícil para el aparato institucional existente en la ciudad la recuperación de esos terrenos.

Los propietarios de la zona 2 se sienten ajenos al proyecto del Centro Comercial, y será mucho más difícil negociar con ellos en la medida en que existe un área de 10.000 metros cuadrados del nuevo complejo comercial mayorista prevista para la realización de "madrugones". No obstante, debido a que los "madrugones" de la zona 2 seguirán existiendo en ese sector, lo que se generará hacia el futuro será una competencia entre los nuevos "madrugones" y aquellos existentes en la actualidad. Esto se hubiera podido resolver si el proyecto del Centro Comercial no se hubiera convertido en un enclave económico en el sector y la negociación de suelo por locales se hubiera planeado integralmente con los demás actores de la zona.

En cuanto al comercio informal, solamente en el área de la zona 3 había 270 vendedores informales trasladados de diversos lugares de la ciudad, los cuales se asentaron sobre los andenes del futuro Centro Comercial, con el convenio de que ellos entraban a hacer parte del proyecto. En efecto, el diseño urbanístico del área afectada incluye un sistema de locales especiales ubicados en corredores de circulación masiva, que son área privada pero pueden ser ocupados por actividades de comercio de este tipo. No obstante, las disparidades entre los costos de los locales hacen que las diferencias no se resuelvan entre los comerciantes formales y los informales que allí serán reubicados, pues esto generaría una competencia insostenible para quienes han pagado más por su local y por los servicios a él asociados. Esto hace que el proyecto, en este contexto, no sea viable para dar una solución al comercio informal, ni siquiera para los 270 que se integraron inicialmente a la propuesta. Lo anterior obligará a los miles de comerciantes informales restantes, una vez comience a operar el Centro Comercial,

a ubicarse en sus proximidades o a buscar nuevos bordes de ciudad donde instalarse, situación que día tras día tenderá a generar nuevas presiones sobre los espacios públicos y privados del sector.

REFLEXIONES FINALES PRIMERA PARTE

Podría afirmarse que el deterioro arquitectónico y la fuerte presencia de los fenómenos de informalidad y marginalidad en San Victorino a partir de los años 50 explica el hecho de que la Plaza de San Victorino (hoy Plazoleta Antonio Nariño), una de las tres plazas fundacionales de la ciudad, lugar estratégico en el contexto urbano y parte fundamental de la memoria histórica de la Nación, no hubiera sido reconocida como parte del Centro Histórico patrimonial de Bogotá. Los esfuerzos de renovación urbana emprendidos por las últimas administraciones de la ciudad han apuntado a mejorar las condiciones estéticas y arquitectónicas del espacio construido en este sector para atraer la inversión y el turismo, así como para estimular el entretenimiento, pasivo y activo, en el área de la Plazoleta, pero esto no ha conducido aún a un reconocimiento patrimonial efectivo por parte de los organismos institucionales encargados de este tipo de gestiones en la capital colombiana.

No obstante, estas intenciones entran en conflicto con una concepción más amplia de San Victorino como lugar de diversidad. Esta diversidad hace referencia a las múltiples identidades que componen el complejo entramado sociocultural de una ciudad capital de un país, así como a la pluralidad de usos urbanos que ha tenido la plazoleta a lo largo de su historia, y especialmente en los tiempos recientes. Eso es lo que intentaba expresar Wilson Ariza, uno de los adjudicatarios de las Galerías Antonio Nariño, al referirse a los puestos de comercio informal, declaración que nos permite comprender de manera más amplia algunos de los elementos fundamentales de la identidad sociocultural del sector de San Victorino, y la importancia que ha tenido su devenir para la historia de Bogotá y el país:

> *"…Hoy en día de pronto uno se da cuenta que en un Centro Comercial ya la gente es distinta. Eso es como cuando usted va a una fritanguería de pueblo. Usted entra a una plaza, le dan sus papas y su chorizo, y eso es lo rico del pueblo. Entonces ¿porqué van a mandar a toda esta gente, que es honesta, a un centro comercial? Todo esto ha sido producto del pensamiento de esa gente, sí? [se refiere a los fundadores de las Galerías]. Ellos fueron coordinando, fueron levantando. Donde se haga aquí un centro comercial, esto ya pierde esa… haga de cuenta esa… lo rico que hay dentro de este sitio. Porque esto generalmente, la gran ventaja que hay es que viene mucha gente de diversas partes del país, sí?*

C.C.: Por ejemplo en Vélez, los puestos en el pueblo eran así, o…

W.A.: Por ejemplo, mire, si usted se pone a analizar, usted se pregunta: porqué esta ciudad se llenó de este tipo de comercio? Y que de pronto la gente invadió las calles y tal cosa… no!! Es que nosotros no podemos olvidar que eso sucedió fue con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, y todas esas cuestiones políticas que se vinieron. Entonces la gente vendía sus cosas y venía a las ciudades y se instalaba, y tenía qué buscarse su sistema para poder sobrevivir, hermano!! Entonces todo eso facilitó esta situación, y de pronto nosotros hoy en día queremos olvidar eso, pero ahora es el mismo factor que está sucediendo con los desplazados. Usted ve a unos desplazados, tenga la plena seguridad que los desplazados se meten treinta, cuarenta personas en un edificio allá y tal cosa, y quedan como pájaros en jaulas, porque eso lo he visto yo, sí? Entonces ellos se ven en la física realidad de salir, porque esa es una cuestión: a uno lo que lo impulsa a hacer esas cosas es la necesidad. Usted me puede decir: 'siéntese ahí', pero la necesidad lo obliga a uno a salir. Y usted me puede poner en un buen sitio, pero yo digo: 'No, pues yo me voy pa' la calle', porque realmente… Eso hace parte de nuestra cultura. A ver, nosotros, la cultura nuestra, si usted se pone a analizar, tenga la plena seguridad, usted va y se toma una cerveza o un guarapo, se lo toma al aire libre y es un guarapo, pero usted se mete a un buen restaurante y ya le sirven otra cosa. Nosotros somos lo mismo. Entonces este es el sitio nuestro. Prácticamente de la noche a la mañana, quieren quitar todas esas cosas, pero son cosas que uno ha cultivado a través de mucho tiempo.

C.C.: ¿Usted conoce, digamos, los Centros Comerciales del norte?

W.A.: Sí, claro, yo conozco los Centros Comerciales. Pero lo que pasa es que mire, lo que pasa es que nosotros, los colombianos, nosotros no somos auténticos nuestros, ¿sí? Y ahí es que uno se da cuenta, pero ¿porqué nosotros pensamos así? Lo que pasa es que nosotros hemos perdido tanto la autenticidad nuestra que realmente nosotros, digamos, miramos por las cuestiones de afuera, no del país, y realmente eso es lo que nos tiene a nosotros un poco fregados, ¿sí? Si nosotros analizáramos las cosas, que de pronto primero LO NUESTRO, ¿sí? Pero es que nosotros, si nos ponemos a hacer consciencia, nosotros tenemos genes de españoles, entonces la raza nuestra la hicieron así, y por eso nosotros somos así, nosotros no somos auténticos, entonces por eso nosotros a veces tomamos chocolate, cacao, café y toda esa cosa, pero nosotros ya hemos perdido la autenticidad nuestra, ¿sí?, como colombianos. Entonces debido a todo eso se viene manifestando esa situación. Si usted analiza, digamos, los principios de este señor, el Alcalde, ¿sí? Usted analiza: ¿'pero este señor [Enrique Peñalosa] porqué actuó de esa forma?' Él no está conociendo los testimonios personales de la gente, su forma de ser, ¿sí? La del santandereano, la del tolimense, la del cachaco, y así sucesivamente, ¿sí? Yo me pongo a analizar, o sea, uno se pone a ver la tradición del cachaco, y el cachaco piensa diferente por lo menos al

costeño, sus vestimentas y así sucesivamente. Entonces todo eso hay que respetarlo, ¿sí? Hay que verlo como un patrimonio. Entonces por eso es que se sienten así esos señores. Viene una persona que tiene un mando y quiere transformar las cosas de la noche a la mañana, pero no respeta esa tradición que tienen las diferentes gentes.

C.C.: Y también puede ser que él vea convenientes esos cambios, pero no está respetando que para ustedes puede también ser lindo esto así como está, digamos.

W.A.: Mire, yo digo lo siguiente: un Alcalde… o sea, todos tenemos nuestros defectos, como seres humanos. Mientras que ellos quieren ver eso bonito, nosotros vemos lo feo de ellos y es que ellos tienen la sartén por las manos, ¿sí? Entonces todos esos desfalcos que suceden, en macroempresas que son del gobierno, ellos mismos las acaban, entonces para nosotros eso sí es feo, nosotros pensamos que eso sí es feo, eso sí es deshonesto, los que están acabando con el patrimonio de nuestra propia nación. Ahora, cómo se le ocurre a usted que es colombiana la mentalidad de nosotros, nosotros queremos sacarle mucho lucro a las cosas, entonces queremos desbaratar las cosas de la noche a la mañana. Y ese es el pensamiento de hoy en día del colombiano, el colombiano llega a una empresa, y de pronto quiere acabar las cosas de la noche a la mañana!! Pero si nosotros nos diéramos cuenta que las cosas hay que cuidarlas, hay que valorarlas, ¿sí?, y trabajar con más honradez, porque nosotros tenemos una mentalidad muy destructora, nosotros no valoramos las cosas. (...) Aquí generalmente viene mucha gente, y es como usted cuando va a visitar una plaza de mercado: yo sí creo que los mejores alimentos los encuentra en una plaza de mercado, ¿sí? Y la impresión que uno se lleva en las plazas de mercado es diferente a los supermercados, ¿sí? O sea, lo que pasa es que nosotros los colombianos hemos perdido tanta autenticidad nuestra que hoy en día se llama comercio porque hay una vitrina de vidrio, o porque tiene un bombillo allá, entonces… pero nosotros hemos perdido todas esas tradiciones de nuestros padres. Tenga la plena seguridad que usted no desconoce que usted viene de pueblo, ¿sí? Entonces a mí me gusta la chicha, me gusta esta comida… entonces usted llega a esta ciudad, y a usted le ponen un plato fino, créame que usted dice… de pronto en el momento porque está con fulano o zutano, entonces usted come. Nuestros alimentos son estos y así sucesivamente. O sea, nosotros los colombianos hemos perdido mucha autenticidad, a nosotros siempre nos encantan las cosas de afuera! Que hoy en día de pronto los estudiantes sí van tomando cierta conciencia, ¿sí? Eso es bueno. Pero esto no hay qué dejarlo acabar, pase lo que pase" (Wilson Ariza, adjudicatario).

Este testimonio refleja una gran conciencia histórica de los propios vendedores con respecto a su lugar comercial y la posición social que ocupaban en el contexto nacional. Ellos se reconocían como parte de esa cultura propia de la tradición

colombiana que aún estaba experimentando un salto hacia la modernidad, fenómeno característico de las ciudades y los territorios en América Latina durante el siglo XX. Lo que la administración del Alcalde Enrique Peñalosa, al amparo del impulso modernizador que había experimentado Bogotá, Colombia y el mundo a partir de la caída del Muro de Berlín, la Constitución Política de 1991 y los Planes de Desarrollo de la ciudad que integraban a Bogotá con los estándares definidos por los organismos supranacionales era, precisamente, profundizar las raíces del proceso histórico de la modernidad que venía consolidándose bajo el paradigma del capitalismo democrático liberal en las regiones periféricas de Occidente, hoy expandidas por todo el mundo. Esto comportaba una dinámica sistemática de desarraigo territorial, que comenzó en los campos y continuaba en los centros urbanos, complementado por una negación y reformulación de las prácticas socioculturales propias en función de los paradigmas de la modernidad.

Como lo veremos de manera más clara en los casos de Quito (Ecuador) y México D.F., y como podemos recordar en la vida cotidiana de la Santafé colonial, el vendedor que se instala en las aceras de las grandes ciudades tiene sus antecedentes históricos en el "tianguis" o "tianguez", el mercado tradicional de las comunidades indígenas que instalaban sus puestos de venta sobre las plazas y calles de las urbes colonizadas por los españoles. El comercio informal de la ciudad moderna representa la continuidad de esa práctica de instalar los productos directamente sobre el suelo urbano; por su parte, los mercados populares de las metrópolis latinoamericanas, que comenzaron a aparecer entre finales del siglo XIX y mediados del siglo XX, representan la primera fusión entre las lógicas tradicionales de la actividad mercantil y el proyecto fundador de mercados reconocidos por la institucionalidad del Estado nacional. Este fue el caso de las Galerías Antonio Nariño, mientras los vendedores ubicados en sus alrededores respondían a las formas primarias del mercado callejero. El vínculo de las Galerías con la institución estatal moderna le otorgó una serie de prerrogativas de las cuales no fueron beneficiarios los demás vendedores; no obstante, todos estos comerciantes estaban unidos, no sólo por los lazos de solidaridad provenientes de una práctica común en torno a las ventas callejeras, sino por una larga serie de rasgos socioculturales compartidos por personas provenientes de las regiones rurales de Colombia, a las cuales hace referencia Wilson en su declaración, y que hacen parte de la identidad "popular" colombiana. La gran diversidad de gentes, el hecho de que las Galerías fueran un escenario representativo de muchas regiones del país, la procedencia campesina e indígena de sus tradiciones, hábitos y costumbres recontextualizadas en el escenario urbano y la afluencia de compradores provenientes de todos los rincones del territorio nacional, hizo que esta aglomeración urbana fuera reconocida y se identificara a sí misma con lo más autóctono de la cultura colombiana, donde lo autóctono se define como lo híbrido, lo mestizo, el cruce sociocultural y la pluriculturalidad como rasgos característicos de la identidad nacional. Por eso Lucho, un locutor de larga data en el sector de

San Victorino, promocionara así a este sector comercial: "las Galerías Antonio Nariño, el Centro Comercial más colombiano de los colombianos".

El hecho de que en las Galerías y demás casetas aledañas se comerciaran productos exclusivamente nacionales como el batán, las ruanas o los vestidos manufacturados en las pequeñas microempresas del sector informal de Bogotá; que en su interior se vendiera gallina criolla, fritanga, tamales, caldos de costilla, menudencias, pajarilla y el clásico almuerzo corriente o "corrientazo"; que se jugara rana y minitejo en algunos locales al calor del aguardiente o de unas cervezas "al clima" del altiplano, eran otros de los rasgos característicos de este "Centro Comercial" que le otorgaron una identidad propia muy afín a las clases populares urbanas, un escenario de concentración de personas provenientes de los barrios de escasos recursos de la ciudad y otros procedentes del medio rural, donde podían encontrarse y encontrar elementos claros y concretos de pertenencia e identificación con lo que ellos habían observado en el medio donde habían nacido o crecido la mayor parte de sus vidas. Una situación completamente diferente a la de los actuales centros comerciales de la hipermodernidad, donde encontramos almacenes como *Jeans and Jackets*, *Tower Records*, *Zara*, *Hard Rock Café*, *Swatch*, *Casio*, *Hewlett Packard*; plazoletas de comidas con establecimientos como *McDonald's*, hamburguesas, pizzerías, comida árabe, japonesa, china y otras delicias de la cocina "gourmet"; miniparques de diversiones al estilo Disney, donde encontramos todo tipo de juegos electrónicos, montañas rusas y minitrencitos; y la civilizada práctica de tomar café globalizado en lugar de la chicha o el guarapo, en establecimientos altamente sofisticados como *Oma* o *Juan Valdez*, para una bebida que en Colombia es de uso cotidiano y puedes encontrar en cualquier cafetería de la esquina, el clásico "perico" de todas las mañanas que venden los ambulantes en todos los rincones de la ciudad.

A esto conducía la transformación paulatina y sustancial de este espacio que hoy, a finales de la primera década del siglo XXI, está apenas en proceso de culminación. Y es indudable que la transformación urbana operada en los años 90 en Bogotá fue decisiva para esta transición a una metrópoli globalizada no sólo en los espacios privados, sino también en los escenarios colectivos de la ciudad, donde se hace evidente esta vocación occidentalizante del actual proceso de globalización.

Por otra parte, en los vínculos sociales gestados entre los comerciantes y los vendedores informales de San Victorino y las Galerías Antonio Nariño existían una serie de valores que se reivindicaban por muchos de ellos, tales como el honor, la dignidad y la honestidad, en tanto aspectos cualitativos de la identidad. Lamentablemente, la estigmatización que desde el exterior se hacía de ellos les hacía ver lo peor de ellos mismos, lo cual repercutía de manera negativa en su propia autoestima:

> *"Falló la autoestima, porque si alguien tiene una valorización suficiente de sí mismo, también levanta la autoestima del pueblo que él dirige. Pero cuando alguien empezó diciendo que este era un país de cafres, empiezan por decirle a quien está recurriendo a un recurso de la venta al detal para ganarse algunos pesos, para sostener las familias, para pagar la educación, para pagar la salud, que no sirve para nada"* (Rafael González).

La estigmatización provoca el rechazo de la propia identidad, y son los mismos dirigentes latinoamericanos quienes, a lo largo de toda su historia, han menospreciado y negado las formas culturales de nuestro pueblo hasta conducirlo a un rechazo de sí mismos y de sus propios rasgos identitarios en tanto condiciones de su propia supervivencia sociocultural. Y no sólo hago referencia a aquellos rasgos creados en tiempos ya inmemoriales, sino los que se continúan produciendo en la historia reciente, aniquilando toda posibilidad de construir a partir de nuevos referentes un proceso integrador en las comunidades de base, o entre éstas y los sectores mayoritarios o privilegiados.

La diversidad característica de "lo popular" hace que éste sea un nombre dado al lugar, no a una sociedad o a un conjunto de individuos. Este tipo de comunidades subalternas no pueden llegar a existir sin una referencia a un lugar, a un contexto que ellos puedan avizorar como "concreto". Las culturas populares que se instauran en los no-lugares o los lugares de la virtualidad son fenómenos recientes, a los que están habituados las nuevas generaciones. Por ello, es posible que la causa de Galerías sólo hubiera sido importante para un grupo de individuos en la ciudad, mientras que la construcción de la Plazoleta Antonio Nariño bien podría considerarse una causa de la ciudad entera, sobre todo con el paso del tiempo. Pero lo importante de esta reflexión es poder dar cuenta de las dinámicas de arrasamiento sociocultural que logran que esta nueva situación se produzca.

Quizás ese contexto histórico sea el que le otorgue tanto sentido a la frase acuñada en su momento por Rafael González, la cual refulge como un grito de dignidad en medio de tanto sufrimiento creado por el propio aparato estatal y sus dispositivos de confinamiento sociocultural en donde pudieron, a pesar de todo, sacar adelante su existencia y la de sus familias: *"Las Galerías han sido, son y serán nuestras!!"*.

Por otra parte, se encuentra el factor estético ligado a las dinámicas del patrimonio. La "estética popular", una estética que reivindica la belleza íntima a pesar de su degradado o inusual aspecto exterior, algo de lo que todos, incluso los comerciantes de las Galerías, eran conscientes, fue sustituida por una plazoleta que satisfacía todos los imperativos de la exquisita estética creada por los arquitectos, coronada por una grandiosa obra de arte moderno creada por el renombrado artista colombiano Édgar Negret: "La Mariposa" de San Victorino, escultura contemporánea que habría de convertirse en el hito simbólico y el referente urbano

por excelencia de la nueva plazoleta. *La Mariposa* nos remite de nuevo a la cuestión de la toponimia como forma de refundación del mundo, tal y como sucedió en tiempos de la Colonia, cuando se les asignó un nuevo nombre a todos los lugares, superponiéndose a la historia sedimentada de los indígenas y tratando de borrar -o más bien, de arrancar de raíz- los trazos que ellos habían creado sobre sus territorios. Esto mismo ocurrió con esta versión del Renacimiento bogotano: el nombre de San Victorino fue sustituido por el de Plazoleta Antonio Nariño, en una clara negación de la connotación popular del nombre de la plaza, y afirmando el ideal del proyecto absolutista e imperial del Estado nacional moderno y burgués.

Persiste en este afán el sempiterno y platónico ideal de "asemejarse a Europa", de seguir los pasos dictados por la civilización occidental, en detrimento de nuestros propios rasgos culturales e identitarios. Peñalosa solía comentar que los colombianos están obnubilados con Londres, Nueva York y París, cuando hay otros modelos como Ámsterdam o Copenhague; no obstante, Peñalosa siempre reiteraba el ideal de ciudades al estilo occidental (Beccassino, 2000: 28), como si nuestras condiciones históricas fueran las mismas a las de los países pertenecientes al occidente industrializado, o como si tuviéramos que seguirlos a ellos en todo, inclusive en sus errores históricos, que en este momento, con la crisis y casi segura debacle del capitalismo, comienzan a ponerse en evidencia.

Peñalosa argumentaba la inevitabilidad de lo ocurrido en San Victorino como si se tratara de un "destino manifiesto", cuando en realidad la transformación urbanística fue producto de un proceso de reproducción sociocultural de los parámetros de la ciudad al estilo del modelo civilizatorio hegemónico en nuestro tiempo que le fue transmitido a él y a sus asesores en las principales universidades del mundo occidental.

Las lógicas excluyentes y segregacionistas que se han aplicado en esta extensa área urbana del centro de Bogotá, compuesta no sólo por diversas espacialidades sino por una gran multiplicidad de actores sociales, sumadas a las complejas dinámicas del sector, han generado un escenario en el cual confluyen dos distinciones bastante marcadas: la primera es la existente entre los proyectos inversionistas del gran capital, el cual ha venido adquiriendo con cada vez mayor fuerza una proyección global, y la hiperatomización de los referentes del comercio ambulante y semiestacionario, así como de las huestes de la marginalidad, en un panorama de clara desigualdad socioeconómica que refleja las tendencias del capitalismo neoliberal; la segunda es la creada en torno a una clara segmentación entre los espacios públicos y privados en el sector, en una sinergia que beneficia a los actores privados, pero que tiende a excluir de las dinámicas espaciales a aquellos actores situados en las márgenes, en los intersticios, y que, debido a las dinámicas mismas del suelo urbano, tienden a quedar por fuera del usufructo de lo público y del disfrute de lo privado. Todo lo anterior es el claro reflejo de un proyecto de

ciudad que no ha logrado en el curso de su historia la construcción de proyectos colectivos e incluyentes, donde puedan integrarse los diversos actores de los escenarios urbanos, en especial en contextos de alta complejidad y donde confluyen intereses económicos de una cierta envergadura. En el mediano plazo, y debido a la gran fuerza de atracción de los factores que tiene un escenario urbano de estas características, esta situación puede ser generadora de serios conflictos sociales históricamente irresueltos y que habrían podido ser conjurados con una planeación territorial y social adecuadamente prevista, en una perspectiva de ciudad que no estuviese vinculada a intereses políticos y económicos específicos.

Lo anterior ha dado lugar a una situación urbana compleja, en la cual se confrontan de manera directa y sin perspectivas de solución dos modelos de ciudad: la soñada y esperada por las grandes lógicas del capital privado y la élite política, y la real vivida por los comerciantes informales y los grupos marginales en su devenir cotidiano. En este contexto, los propósitos buscados por los procesos de renovación patrimonial y urbana no surten los efectos esperados, y antes que acercarse, se distancian de una fórmula conciliadora de los diversos intereses en contienda, dando lugar a una ciudad que no termina de resolver sus paradojas sociales y sus necesidades urbanísticas.

SEGUNDA PARTE
Análisis comparado de casos en el "espacio latinoamericano"

"Viajar por la cultura popular sería una forma de 'encantamiento del mundo',
y no propiamente un conocimiento científico de la realidad"
Renato Ortiz, Otro territorio, 1998: 10.

…"el mundo es ancho y ajeno", y no se acaba en el puente de La Caro (Photo 50). La conciencia y la intuición de que podían existir otras respuestas en un lugar allende las fronteras reales e imaginarias creadas por la "burbuja de inmanencia"[26] del debate y la opinión erigida en torno a la problemática del espacio público y el patrimonio histórico en Bogotá, me llevó a una exploración constante y profunda de la realidad de los lugares urbanos en las partes del mundo que a bien tuviera visitar. Además, para mí era claro que la antropología es una "ciencia social y cultural general del hombre", lo cual me impelía a escudriñar las múltiples manifestaciones humanas relacionadas con los hechos sociales aquí analizados y sus interacciones con los espacios colectivos de los centros urbanos en diversas geografías del planeta, más allá de la estrecha realidad local.

---

[26] Hago alusión al término empleado por Marc Augé en torno a los "regímenes de ficción" en Augé, 1997a: 169.

En algunos casos, esta exploración fue el motivo principal de los viajes realizados; en otros, se convirtió en un motivo anexo a otros recorridos e investigaciones; pero en todos los casos, esta motivación fue simplemente un pretexto existencial para navegar por las sendas del conocimiento del mundo. El impulso fenomenológico del etnógrafo me inducía a ir "a las cosas mismas", antes que aceptar de primera mano las afirmaciones tajantes y definitivas que sobre el espacio urbano hacían los técnicos y los especialistas pretendidamente "autorizados" para hablar de la ciudad y sus supuestas verdades.

La idea en esta parte del texto es plasmar las experiencias que he tenido la oportunidad de presenciar en cuanto a los efectos de la patrimonialización de los Centros Históricos con respecto a las "zonas de frontera" mercantiles existentes en los espacios urbanos de varias ciudades de América Latina. Esta reflexión intenta trascender la esfera del imaginario creado por una ideología del espacio público y la renovación patrimonial que ha venido experimentando un largo tiempo de elaboración en la historia de la globalización, hasta el punto de convencer a la población mundial, a través de los planes de desarrollo territorial y las propuestas que los miembros de la clase política hacen circular en los medios de comunicación en torno a la "debida orientación" de las reformas urbanas, sobre la existencia de un consenso global en lo referente a la gestión de los centros urbanos que terminó por convertirse en un dogma y un paradigma ideológico.

Ya desde el momento de la inscripción de la tesis en el fichero de Nanterre, había establecido la necesidad de una mirada a otras ciudades del subcontinente para ver cómo se habían producido las reformas urbanísticas en los Centros Históricos con respecto al tema del desalojo de los vendedores ambulantes y otros actores sociales o modalidades espaciales "indeseadas" en la concepción ideológica de las "nuevas ciudades" del siglo XXI, lo cual consideraba un requisito para la realización de una "antropología": es decir, no simplemente de una genealogía histórica y una etnología localizadas, sino una exploración antropológica cuyo centro de reflexión es el planeta entero, u otra región sociohistórica de alta relevancia cultural, como es el caso de lo que algunos autores han dado en llamar "el espacio latinoamericano". Había escuchado y leído en varios medios la referencia a algunos de estos procesos de recuperación urbana en otros países, y era además una tendencia dictada por los patrones de "la ciudad global" establecidos desde los organismos supranacionales de vivienda, urbanismo y patrimonio, por lo cual en mi viaje estaban mezcladas la necesidad de conocimiento de la realidad sociocultural latinoamericana y la realización de un proceso de investigación etnográfica sobre los Centros Históricos de las ciudades visitadas y sus respectivas "zonas de frontera".

Esta indagación la hice en varias etapas, conforme a la realización de viajes a distintos lugares de Latinoamérica. No obstante, hubo dos de estos viajes que

fueron concebidos de manera deliberada para efectuar una mirada amplia a una región geohistórica en el marco de esta propuesta académica: el periplo por Sudamérica y la vuelta a México en 90 días. Sabía que en estas importantes regiones históricas latinoamericanas encontraría manifestaciones de primordial relevancia para comprender los fenómenos de la informalidad y la marginalidad, así como sus expresiones en los escenarios urbanos, especialmente en las ciudades capitales. Considero que se puede establecer una reflexión etnológica de la región latinoamericana a partir de un análisis comparado de casos que cumplen con algunos elementos comunes: la honda tradición indígena ancestral mezclada con la importante influencia europea a partir del siglo XV; la presencia de grandes civilizaciones americanas en ambos contextos regionales; la importancia de las prácticas mercantiles en la región y la comunidad de sus formas socioculturales en los espacios urbanos; los elementos comunes de la influencia de Europa y Occidente que definieron los rasgos urbanos y crearon una relación de hegemonía-subordinación entre lo europeo y lo indígena, el cual subsiste en las prolongaciones de sus mezclas y la particularidad de sus formas actuales; el hecho de haber configurado en este proceso "zonas de frontera" respecto a Centros Históricos de ciudades capitales latinoamericanas con claros referentes socioespaciales e identitarios.

La exploración antropológica que aquí se presenta ha sido efectuada en el marco de una narración discontinua que integra múltiples territorialidades en torno a un rizoma o red de experiencias socioculturales aprehendidas desde la perspectiva subjetiva de un etnógrafo-viajero encargado de articular la heterogeneidad de visiones del mundo asociadas a la temática-problemática de la patrimonialización ocurrida en las zonas de frontera de los espacios urbanos latinoamericanos tomados en consideración, con el fin de contrastarlos con la experiencia bogotana.

Es importante señalar que la etnografía aquí presentada consiste en una "etnografía panorámica", la cual, a diferencia de la "etnología genealógica" presentada en la primera parte, no se preocupa demasiado por conocer los detalles de la constitución social e histórica de estos centros urbanos, sino simplemente constata la presencia de tales elementos en las ciudades visitadas a través de la mirada fugaz del viajero durante su paso por estos espacios urbanos. La descripción del etnógrafo-viajero constituye, así, una cierta modalidad metodológica y un testimonio de su experiencia vital enfocado en una dimensión específica de la misma que se concentró en las dinámicas socioculturales de la informalidad y la marginalidad existentes en los centros urbanos por donde transcurrieron sus itinerarios y las relaciones establecidas con los escenarios patrimoniales de las ciudades.

Capítulo 1. Quito (Ecuador).

El día que llegué a Quito, en Junio de 2003[27], se estaba produciendo un hecho sin precedentes que vendría a transformar toda la dinámica del comercio informal en las calles del Centro Histórico de la ciudad, reconocido en 1978 por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad, siendo el primero de los Centros Históricos latinoamericanos en recibir esta designación.

Para comprender lo que es el comercio callejero en Ecuador es necesario echar una mirada a sus antecedentes, los cuales se encuentran firmemente arraigados en la historia indígena del país.

Quito es la capital de Ecuador y el lugar en donde se concentra una gran parte de la población del país, la cual se había tomado durante muchos años las calles del centro de la ciudad, ocupando los andenes y pasajes peatonales con ventas callejeras. Recuerdo cuando fui por primera vez a Quito, en 1995, y tengo la imagen de calles enteras completamente invadidas de vendedores ambulantes. Pero cuando llegué esta vez todo había cambiado, pues las calles se veían despejadas y había presencia policial en todas las esquinas de los principales lugares históricos. Pronto me enteré que esto se debía al proceso de recuperación del espacio público en el Centro Histórico a través de un gran plan de reubicación de los vendedores en centros comerciales construidos con dineros de organismos internacionales en diversos puntos de la ciudad. Eso me indicó que había viajado en el momento justo para presenciar el proceso de reordenamiento del espacio urbano en el centro de la ciudad. Así lo consignaba en mi diario de viaje:

> *"(…) Me encuentro en Quito, caminando por las rampas del Centro Comercial* Granada*, que queda justo en un costado de la Iglesia de San Francisco, y al frente de la de La Merced. Realmente este proyecto está muy bien concebido, muy cerca de la Iglesia de San Francisco, en pleno Centro Histórico, donde veo un flujo de gente enorme, que por lo menos en esta inauguración está conociendo el Centro Comercial, está dando vueltas; el espacio es bastante agradable,* [(Photos 51 et 52)] *hay muchísimas personas con sus niños caminando; es un Centro Comercial que ofrece una garantía y una posibilidad digna a los vendedores ambulantes para realizar sus labores. Todavía huele a pintura fresca; los pintores están allí haciendo sus refacciones y dándole los toques finales al lugar. Hoy es un día domingo, un día para acercarse al Centro, para ir a hacer mercado, para ir de compras; me sorprende y me agrada mucho ver esto que estoy viendo aquí. Creo que abre los ojos encontrar estas*

[27] Debido a las restricciones de la información requerida para una actualización de la investigación etnográfica realizada, es importante tomar en cuenta las temporalidades históricas inherentes a las narrativas aquí presentadas, especialmente en lo referente a los casos latinoamericanos diferentes a Bogotá, sobre los cuales no se puede disponer de información de primera mano. Por ello, lo que se reseña aquí es una radiografía de Quito y Lima en Junio de 2003 y de Ciudad de México en Noviembre de 2006, con algunas actualizaciones disponibles en internet y otras fuentes de información.

experiencias en otras ciudades latinoamericanas; estoy absolutamente entusiasmado, y solamente resta entrevistar a las personas que han sido reubicadas, para saber qué opinan de este proyecto.

Hay una señora voceando sus mercancías, se oye el barullo de las personas que están visitando el Centro Comercial, y por allá un equipo de sonido que está sonando, un micrófono, unas niñas que están molestando con el micrófono, también voceando a través del parlante todas las cosas que tienen, todavía al estilo de la venta ambulante. 'Camisetas a un dólar!!'.

La mecánica del desplazamiento peatonal no es de escalera sino de rampa. Eso da una sensación agradable y a la gente le gusta caminar en rampa; es una inclinación suave, y de pronto aquí en el Centro Histórico de Quito están acostumbrados a subir cuestas y montañas, entonces no se les hace tan extraño [(Photo 53)]. *En Bogotá también lo hay, pero los sectores comerciales están en terreno más bien llano, en cambio aquí prácticamente todo es inclinado, entonces el concepto de rampa le da también el concepto de inclinación propio del Centro Histórico, lo cual es bonito como concepto, y la gente se siente cómoda subiendo en esa inclinación leve hasta los cuartos y quintos pisos, donde se encuentran los vendedores más escondidos, que es uno de los problemas que tenemos nosotros en algunos centros comerciales en Bogotá"* (Cuaderno de terreno).

Tuve la oportunidad de hablar con algunos de los vendedores ubicados anteriormente en las calles y esto consignaban en sus testimonios:

"'C.C.: ¿Cuál es tu nombre?

E.L: Emilia Loguisben.

C.C.: ¿Cómo fue el proceso de reubicación? ¿Cómo se llevó a cabo este proceso, fue una negociación con la Alcaldía, cómo se hizo?

E.L.: El proceso fue que como lo manda el municipio, ya nos toca ubicarnos en estos locales, y ya no nos permite trabajar en la calle.

C.C.: ¿Ya está prohibido trabajar en la calle?

E.L.: Ya en la calle está prohibido trabajar, no nos dejan trabajar ni el municipio ni los policías [(Photos 54 et 55)].

C.C.: ¿Y cómo ven ustedes la perspectiva a futuro de este Centro Comercial?

E.L.: A ver, nosotros comenzamos recién a trabajar y vamos a ver cómo nos va y cómo mejoramos.

C.C.: ¿Cree que está bien, le pareció bien el cambio?

E.L.: Sí, para mí sí está bien el cambio. Vienen todos los clientes por acá a comprar y es muy tranquilo, no hay ningún problema.

C.C.: ¿Tienen temor por ejemplo de que no los ubique la clientela? ¿Piensan que la gente va a llegar fácilmente?

E.L.: No tan fácil, pero la gente ya nos ubica y va buscando las clientelas por aquí. Ya no hay más, no hay razón de ser porque ellos se tienen que acostumbrar a venir por acá a los Centros Comerciales, los clientes que ya tenemos nosotros en la calle.

C.C.: ¿Cómo fue la financiación de este Centro Comercial?

E.L.: Esto fue a base del municipio que nos entregó a nosotros para trabajarlo.

C.C.: ¿Ustedes tuvieron qué poner, qué aportar algo?

E.L.: Aquí tenemos cuentas de agua y luz, teléfono…

C.C.: Ah, bueno, ¿pero el edificio lo construyó el municipio?

E.L.: Sí.

C.C.: ¿Qué era antes este Centro Comercial?

E.L.: Era un cine, el cine Granada.

C.C.: Era un cine y construyeron esto. ¿Cuántos vendedores se reubicaron aquí?

E.L.: 430.

C.C.: En total en el Centro Histórico, ¿cuántos habían aproximadamente?

E.L.: No, no sé decir. 7.000, creo que están. Pero no están aquí toditos, están por todo lado: Camal, por el Chillogallo,…

C.C.: El Centro Comercial Hermano Miguel *y otros centros comerciales ¿los hizo el municipio también?*

E.L.: Sí, el municipio.'".

Esta experiencia me pareció impactante, y fue una completa revelación haber encontrado en Quito un proceso de reordenamiento urbano tan bien concebido con respecto a la problemática de los vendedores ambulantes en los centros de ciudad. Era evidente que las políticas del Alcalde de ese entonces, Paco Moncayo, habían sido de un perfil completamente distinto a las adoptadas en Bogotá durante la Alcaldía de Enrique Peñalosa.

Estas reformas iniciaron cuando Quito fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1978, por el hecho de contar con uno de los Centros Históricos más grandes y majestuosos de América Latina, por donde circulan diariamente cerca de 300.000 personas en actividades laborales, comerciales o de ocio y turismo. Con este motivo el gobierno municipal de la ciudad creó en 1994 la *Empresa del Centro Histórico de Quito*, con el fin de administrar y generar planes de recuperación urbana: "El Plan de Desarrollo del Centro Histórico contempla, además, programas de vivienda, rehabilitación comercial, proyectos de turismo, conservación de iglesias y edificios históricos" (Lucas, s.f.: 3).

La historia de la ciudad nos permite comprender la importancia de esta centralidad en el escenario geoestratégico del país, Latinoamérica y el mundo:

> "[En el siglo XV] Quito, que había surgido como asiento de numerosos señoríos étnicos, era ya un prestigioso centro de articulación intrarregional. Su dominación por los incas fue seguida casi inmediatamente por la conquista española que, aprovechando su ubicación estratégica y densidad demográfica, consolidó sus características de centro administrativo, ritual y político. Fundada por los conquistadores europeos en la tercera década del siglo XVI, sería una de las más importantes ciudades de la vasta galaxia urbana en América colonial" (Caicedo, s.f.: 1).

Ya para ese entonces, se puede registrar en la ciudad, más específicamente en el lugar ocupado actualmente por la Iglesia y la Plaza de San Francisco, la existencia de un importante mercado compuesto por las diversas comunidades indígenas que poblaban la región (Photos 56 et 57):

> "Diferentes investigaciones determinan que en la época precolombina existía en la actual ubicación de la Plaza de San Francisco un *tianguis*, es decir, un centro de articulación e intercambio interregional muy importante política y económicamente. Los conquistadores respetaron y utilizaron ese núcleo. De esta forma, 'se mantuvo el significado, tanto

> del mercado como del sitio de edificación, pero la forma arquitectónica inca, símbolo aborigen, fue reemplazada por el símbolo religioso católico de la Iglesia'.
>
> "…la forma de la Plaza de San Francisco es trapezoidal. Tiene una extensión de 35.000 metros cuadrados y es el espacio más grande del centro colonial de Quito" (Caicedo, s.f.: 2).

Esta información nos indica que el mercado y, en especial, la práctica del mercado en las calles y plazas tuvo continuidad en la ciudad colonial bajo la forma del *tianguis*, palabra empleada en toda América Latina para nombrar los tradicionales mercados indígenas. Resulta curioso encontrar que esta es la misma expresión hallada tanto en Mesoamérica como en Sudamérica para referirse a los mercados nativos de épocas antiguas, y aunque prácticamente no tiene uso alguno en Colombia, resulta ser una forma de designar los mercados indígenas que goza de un amplio reconocimiento y aceptación en buena parte del subcontinente.

Más adelante, durante la época republicana, "comienza una lenta pero invariable invasión de lo que se denomina eufemísticamente como 'comercio informal', una serie de mercachifles y vivanderos" (Ibid.). Desde entonces, en la Plaza de San Francisco se mezclaban todo tipo de actividades, desde vendedores ambulantes y artistas callejeros hasta la presencia de un gran flujo de personas que pasaban por allí para encontrarse o atravesar el lugar en el curso de sus actividades cotidianas.

Esta situación condujo a la necesidad de una labor de recuperación de esta importante plaza histórica colonial para mejorar el aspecto y la dinámica del Centro Histórico de la ciudad. Hoy en día, tanto la Plaza de San Francisco como la de Santo Domingo –la otra plaza colonial de primordial relevancia (Photo 58)- se encuentran completamente libres de vendedores ambulantes, los cuales fueron reubicados en el conglomerado de centros comerciales construidos en diversos puntos de la ciudad, especialmente en las partes altas de la zona céntrica.

Mario Vásconez, el director de *Centro Ciudad*, un centro de investigaciones urbanas muy reconocido en Quito, me contaba durante una entrevista que le realicé sobre su experiencia de investigación en el tema de movilidad urbana, la cual es bastante interesante y permite explicar la dinámica de la zona céntrica durante el siglo XX. Mario me decía que el Centro Histórico era el nodo de una ciudad larga como es Quito, un núcleo de conexión entre el norte y el sur, pero particularmente una especie de centro comercial popular para las personas de los barrios que se han consolidado en todo el sur de la ciudad, como en algunos núcleos del norte de población de clases media, media baja y baja. Esos centros comerciales populares obedecían a la dinámica que se había presentado previamente en el centro de la ciudad, en términos del comercio tanto formal como informal que se fue

generando a partir de las migraciones que fueron ocupando a Quito. Hay un núcleo hacia el norte del Centro Histórico de la población más acomodada, y entre el norte y el sur se estableció un nexo por parte de las personas que están viajando, que tienen que pasar por el Centro Histórico, y de paso aprovechan para hacer sus compras.

Esa es la base del estudio que realizó Mario, y por otra parte, me habló sobre la Plaza Marín, que es el punto donde se concentra toda la cantidad de buses que genera la movilidad hacia el sur, el norte y el centro de la ciudad. Es importante ver en la Plaza Marín –situada en el borde del Centro Histórico- cómo ese espacio es un lugar donde se han concentrado todos los vendedores ambulantes que no han sido reubicados, y que conforma prácticamente una de las márgenes del Centro Histórico. Entonces es en las márgenes donde se concentra el comercio informal, y el comercio informal -que ahora es formal- en el Centro Histórico se ha restringido a estos centros comerciales populares nuevos. Esto tiene que ver con el Centro como un espacio de tránsito, como un espacio de movilidad y más bien poco de residencia; la gente ha migrado a otros barrios, no se ha quedado allí, sino que se ha desplazado hacia otras partes, y es lo que ha transformado al Centro Histórico en un no-lugar, es decir, como un lugar de paso, como un lugar con afluencia y confluencia, mas no como un lugar de residencia, aunque ha habido mejoras urbanísticas tendientes a estimular el uso comercial de las primeras plantas y el uso residencial de las plantas más altas. Pero persuadir y estimular a la gente a que vaya a vivir al Centro Histórico no es una tarea fácil.

El otro tema es que los centros comerciales eran antiguamente parqueaderos, pues la idea era descongestionar a través de esos parqueaderos el Centro Histórico para facilitar la movilidad, pero no funcionaron. Entonces se tomó la decisión de transformarlos para albergar a los vendedores ambulantes.

Uno de los aspectos interesantes de este gran conglomerado comercial ubicado en el Centro Histórico consiste en su conectividad. Por los corredores internos de estos centros comerciales, o a través de puentes peatonales, existe una interconexión entre las distintas construcciones que se han ido acumulando allí en las últimas décadas:

> *"(…) Estoy en el sector de* El Tejar*, en medio de los centros comerciales que han sido creados a partir de la progresiva ocupación de los vendedores ambulantes en el Centro Histórico: el Centro Comercial* La Merced*, de la Cooperativa de Vendedores Autónomos; el Centro Comercial* Ipiales*, otro de los centros comerciales tradicionales y con mayor tradición en el comercio popular en Quito, con 500 locales donde ofrecen electrodomésticos, telas, confecciones, juguetes, perfumería, bisutería y confites; estos mercados son muy similares a lo que se puede encontrar en San Victorino en Bogotá. Aquí*

podemos ver el tipo de mercadería que se ofrece: zapatos colgados en rejas metálicas, ropa, vestuario,… En el otro costado de la acera se encuentra el Centro Comercial Hermano Miguel*, un edificio de tres plantas con excelentes instalaciones y con condiciones óptimas para la reubicación digna de los vendedores ambulantes* [(Photos 59 et 60)]. *Este Centro Comercial ha sido recientemente construido bajo la administración del Alcalde Paco Moncayo, y hace parte del Plan de Reordenamiento del Comercio Informal de la Administración Metropolitana, liderada entre otros por la Empresa Centro Histórico y financiada por el BID y otras entidades en el marco de un convenio interinstitucional. Son 1.592 locales comerciales con espacios de circulación peatonal, adecuadamente iluminados por la luz solar, con amplios accesos por los cuatro costados. El edificio es muy grande; tiene muy buenas condiciones de trabajo para los vendedores informales, y su aspecto interior es bastante claro y agradable* [(Photo 61)]. *Este Centro Comercial conecta con otro que está más arriba, el Centro Comercial* El Tejar [(Photo 62)]*, y se ubica en el mismo sector en donde se encuentran los antiguos centros comerciales de* La Merced [(Photos 63 et 64)] *y el* Nuevo Amanecer [(Photos 65 et 66)]. *En el punto de fusión entre uno y otro edificio se construyó una plazoleta de comidas. Los corredores de los puestos de venta son amplios, y el color blanco de las paredes ayuda a hacer ver este lugar más iluminado. Los corredores permiten un amplio caudal de personas.*

"Estoy muy contento con lo que estoy viendo en Quito; es una solución real al comercio informal, y abre los ojos a tanto provincialismo que cree que las cosas que se hacen a punta de imagen son una panacea; hay que darle soluciones reales a esta situación. En otras palabras, pese a la situación se pueden hacer cosas buenas e interesantes, y existen verdaderamente convenios interinstitucionales como los que se han puesto en marcha para la realización de estos centros comerciales, que permiten una solución al menos parcial, o por lo menos para un buen número de personas, en un sentido positivo, para mejorar tanto su calidad de vida, una calidad de vida en condiciones de dignidad, como su posibilidad real de vender sus productos; tanto por el concepto arquitectónico y urbanístico como por su ubicación estratégica en el Centro Histórico. Todas esas cosas son importantes; además es un proceso simultáneo de reubicación y aplicación de la ley. Es decir, se reubica y al mismo tiempo se aplica la ley de prohibir el comercio ambulante. Eso es legítimo; pienso que debería ser un ejemplo a seguir.

(…) "Me encuentro ahora en el punto de confluencia entre el Centro Comercial Ipiales *y el Centro Comercial* Granada*; es interesante ver cómo paulatinamente se han ido integrando los centros comerciales populares a partir de un núcleo creado por los Centros Comerciales de* Ipiales *y* El Tejar. *Todos los centros comerciales están interconectados, con lo cual se ha generado un paseo interno por los puestos de venta que comunica con diversos puntos de la*

ciudad: desde la Plaza de La Merced frente a los centros comerciales Granada *y* La Merced*, hasta la entrada noroeste del Centro Comercial* Ipiales *que da al Centro Comercial* Hermano Miguel [(Photos 67 et 68)]. *Esto le da una nueva fisonomía al centro de la ciudad, cubriendo y ampliando los terrenos adaptados para el intercambio de los vendedores con la población quiteña, y dando a los transeúntes la posibilidad de ejercer al mismo tiempo la actividad del paseo urbano por el Centro Histórico y la de consumo e intercambio comercial"* (Cuaderno de terreno).

Esta concepción del espacio fue producto de una intervención arquitectónica hecha con muy buen criterio y ajustada a las necesidades no sólo urbanísticas sino también socioculturales de los diversos actores afectados con las actividades de renovación del Centro Histórico. En una entrevista con uno de los arquitectos participantes en la construcción de los nuevos centros comerciales, nos explicaba los conceptos técnicos que se tuvieron en consideración para el diseño de estas construcciones:

"A.: El Centro Comercial Hermano Miguel*, indudablemente es el ejemplo vivo de lo que sustenta la posibilidad de un diseño arquitectónico, es decir, la concepción de la inserción de las calles al interior de un edificio. Por eso esa tipología de tener las circulaciones perfectamente definidas en los ejes sur-norte y este-oeste, y alrededor de estos corredores es que se van ubicando los locales comerciales, que son 1.596. Es una estructura totalmente nueva que está asentada sobre una antigua quebrada de Quito. Un relleno que está pésimamente mal realizado desde el punto de vista técnico, lo cual hizo que al escoger esta propuesta estructural, primero se haga el mejoramiento de suelo de ese sector. Es un área de suelo de 5.500 metros aproximadamente; el concepto era que se debía remover todo el suelo, limpiarlo de sus impurezas porque era muy difícil traer suelo importado, y con ese mismo suelo mejorándolo con cemento en una proporción lo suficientemente estudiada y analizada, y en una profundidad de 2,70, que es lo que se requería, se fue haciendo el cambio de suelos. Entonces, el edificio está asentado sobre una roca que paulatinamente va adquiriendo más consistencia. Desde el punto de vista estructural se le ve como un todo, porque así está planteada la estructura. Es decir, es un elemento monolítico, cuyo comportamiento va a ser totalmente uniforme sobre la superficie de relleno.*

"Dentro del concepto funcional, el edificio está circundado por la Calle Hermano Miguel, por la Calle Mejía, que es la de tránsito más agresivo, por ser la calle de mejor posibilidad de acceso y salida para y desde el Centro Histórico. Al liberar las calles, al recuperar el espacio público con la reubicación de los comerciantes, también estamos facilitando lo caótico que hasta hacía poco era la circulación en el Centro.

"Los puestos son todos uniformes, todos los locales comerciales. Se ha tratado de establecer esa tipología, a excepción del Granada *que tiene un tratamiento especial. En el Centro Comercial* Hermano Miguel *están ubicadas las cuarenta y pico asociaciones, no conozco con precisión el dato, pero están ya debidamente distribuidas en estos tres niveles de un edificio que cuenta con todos los sistemas de seguridad. Básicamente el sistema contra incendios es fundamental por la cantidad de usuarios, y sobre todo por la calidad de los materiales que allí se expenden, son fácilmente inflamables, entonces hemos tenido mucho cuidado respecto a ese tipo de consideraciones, y el diseño propio del edificio que permite muy rápidamente evacuarlos, tanto hacia la Calle Hermano Miguel como la Calle Mejía, y en el sentido vertical, con gradas generosas que lo hagan posible. Adicionalmente el diseño planteó también la alternativa de comunicarse con el Centro Comercial* El Tejar. *La tipología arquitectónica lo que propone es adaptarse a la topografía del suelo y desde este con el edificio de* El Tejar, *que como usted conoce, es un edificio de estacionamientos en el cual se habilitaron dos niveles y estamos por habilitar un tercero para la adecuación de los locales comerciales. Entonces, esto posibilita generar como un centro en donde el usuario va a llegar en su vehículo al estacionamiento, y de éste poder distribuirse a los distintos locales comerciales que están unidos en ese sector; en este caso* El Tejar, *el* Hermano Miguel, *el* Ipiales Mires, *y el* Nuevo Amanecer, *que está sobre el edificio mismo de* El Tejar. *Este edificio es* sui generis, *realmente, porque sí fue pensado y edificado para cumplir esas necesidades. Aspiramos nosotros que en el transcurso de estos tiempos que van consolidándose ya esos procesos de reubicación, tenga la funcionalidad necesaria.*

C.C.: Cuántos metros cuadrados tiene aproximadamente cada módulo?

A.: El módulo es de aproximadamente de 4,50 a 4,60 metros cuadrados por módulo [(Photo 69)]. *El edificio como tal tiene 17.500 metros cuadrados; el costo asciende a más o menos 2'700.000 dólares, lo cual quiere decir que hemos logrado un costo de 150 dólares por metro cuadrado, lo cual también es importantísimo recopilar. Las características de la edificación, una estructura totalmente sólida; para dar una información, hemos utilizado 8.500 metros cúbicos de hormigón premezclado, hemos utilizado un millón de kilogramos de hierro, 140.000 quintales de cemento, en donde han laborado alrededor de 500 obreros durante un año que duró aproximadamente el proceso de construcción, obviamente trabajando alrededor de 20 horas diarias, pues había que cumplir con estos requisitos, y si deducimos que el costo del edificio es de 151 dólares por metro cuadrado, realmente es plausible, ¿no?*

(…) C.C.: Me llamó mucho la atención el diseño del Centro Comercial Granada, *sobre todo la rampa para permitir que los compradores puedan subir*

a los pisos más altos, porque ese es un problema con los vendedores, que los de los pisos más altos se quejan de que no venden, ¿no?

A.: Bueno, el Centro Comercial Granada *es más bien el fruto de dos procesos: uno, de lo que es prácticamente construcción del edificio esquinero en lo que era el antiguo cine* Granada*, y otros dos inmuebles que están clasificados como patrimonio cultural y arquitectónico en la ciudad. Pero estos inmuebles estuvieron totalmente destruidos en un proceso de superutilización de espacios en sectores en donde el hacinamiento era la característica, así que quedaron totalmente destruidos. Por eso, la misión de la Empresa fue proponer un proyecto en donde se mantienen las fachadas, y hacia el interior los distintos niveles que tenían estos edificios serán manejados de tal suerte que permitan con fluidez una interconexión entre los distintos niveles de los dos bloques: por esto es que se propuso este sistema de rampa, que aparte de su dinámica visual y de su propuesta contemporánea permite eso: una agilidad total para que la gente circule. Se nota la cantidad de gente que está circulando por esa rampa; claro que al principio es una especie de esnobismo, es lo mismo que sucede cuando en un Centro Comercial ven una grada eléctrica, pero luego el proceso se asimila y empiezan a desenvolverse como un medio de circular para acceder a los últimos niveles. En el caso del* Granada *tenemos la ubicación estratégica de un patio de comidas, que en nuestros medios es muy apetecido. Son comidas típicas, entonces la gente está obligada a llegar al cuarto nivel para empezar desde ahí a distribuirse en los distintos centros comerciales".*

Es evidente que una situación de este tipo resultó ser una solución real al problema de las ventas ambulantes, con criterio urbanístico y sentido social. Las opiniones, en este sentido, eran optimistas y llenas de gratitud hacia los emprendedores de la iniciativa, aún cuando ellos mismos tuvieron qué negociar los locales y reconocerle a la administración un pago por el espacio comercial:

"C.C.: ¿Cómo es tu nombre?

J.: Juan.

C.C.: ¿Tú eres reubicado?

J.: Sí.

C.C.: ¿Hace cuánto que vendías en la calle?

J.: Treinta años ya mi suegra vendía.

C.C.: ¿Y tú hace cuánto vendías con ella?

J.: Yo más o menos unos cinco años.

C.C.: ¿Cómo les parece la reubicación que les hicieron?

J.: Ha estado bien. Algo mejor para toda la gente. Para que esté el sitio todo libre, porque es feo toda la gente en la calle.

C.C.: ¿Piensas que el Centro Histórico ha ganado con esa decisión?

J.: Claro, está muy bien.

C.C.: La clientela ha ganado con esta decisión?

J.: Podría ser que sí.

C.C.: ¿Y piensas que la clientela va a llegar hasta aquí?

J.: Sí, usted sabe, con fe, no? Con la fe uno puede pensar eso.

C.C.: Pero ustedes están bastante al interior. ¿Ustedes creen que la clientela va a llegar hasta este punto?

J.: Sí llega.

C.C.: ¿Ustedes creen que la forma como se construyó este Centro Comercial permite que la gente llegue fácilmente hasta estos puestos?

J.: Sí llegan. Aquí estamos bien metidos, pero sí.

C.C.: ¿Ustedes tienen que pagar algo aquí?

J.: No, ya está todo pagado.

C.C.: Arriendo, agua, luz,…

J.: El agua no, porque no se utiliza, nada más que la luz.

C.C.: ¿Y arriendo?

J.: No, arriendo ya no, ya está todo pagado el local.

C.C.: ¿Quiénes pagaron esto?

J.: Los mismos comerciantes.

C.C.: ¿Cuánto costó este local?

J.: No sé, no podría decirlo, porque mi suegra fue la que hizo el negocio.

C.C.: ¿Tienen que pagar alguna administración?

J.: De repente.

C.C.: ¿Pertenecen a alguna asociación?

J.: Sí, la asociación Granada.

C.C.: Cuántos vendedores tiene esa asociación?

J.: No sé";

"C.C.: ¿Cómo es tu nombre?

C.R.: Clemente Ruiz.

C.C.: ¿Anteriormente trabajabas en la calle?

C.R.: Sí.

C.C.: ¿Y qué vendes?

C.R.: Ropa interior.

C.C.: ¿Este es tu local?

C.R.: Sí.

C.C.: ¿Cómo te sientes con la reubicación?

C.R.: Nos sentimos contentos, por la diferencia que es trabajar en la calle.

C.C.: ¿Cree que es posible que la clientela aumente hacia el futuro?

C.R.: Seguro que sí.

C.C.: Usted está en una parte alta, en el tercer piso. ¿Considera que esto va a afectar sus ventas?

C.R.: Sí, pero tenemos la ventaja que es muy claro este piso, y le vamos a sacar provecho adornando y todo eso.

C.C.: ¿Piensa que este nuevo espacio es favorable para los comerciantes?

C.R.: Sí, seguro que sí. Tiene muchas ventajas, como no trabajar a la intemperie, la mercancía se destruye, la delincuencia,… pienso que eso va a cambiar.

C.C.: ¿Quién les asignó este espacio?

C.R.: El municipio.

C.C.: ¿Y el municipio construyó el edificio?

C.R.: Sí.

C.C.: ¿Y los fondos de dónde provienen?

C.R.: No sabría explicarlo.

C.C.: ¿Pero a ustedes les tocó aportar algo?

C.R.: Sí.

C.C.: ¿Cuánto aportaron?

C.R.: No lo recuerdo; todavía tenemos que pagar, hemos pagado, pero todavía falta pagar. Cuando acabemos de pagar, nos van a dar la escritura.

C.C.: ¿Desde hace cuánto están pagando estos locales?

C.R.: Desde hace un año más o menos.

C.C.: ¿Y confían en que la administración les va a dar la escritura una vez terminen de pagar?

C.R.: Claro que estamos seguros que eso va a suceder.

C.C.: ¿Qué piensa de la Alcaldía actual?

C.R.: Esta obra es magnífica; obviamente nos conviene.

C.C.: Hay otros compañeros en otros centros comerciales. ¿Cuántos son en total?

C.R.: Desconozco.

C.C.: Y tú, en particular, ¿perteneces a alguna asociación?

C.R.: Sí. Pertenezco a la asociación 6 de Diciembre.

C.C.: ¿Dónde estaban ubicados?

C.R.: En varios lugares, dispersos en varios puntos del Centro. Especialmente debajo de donde está este edificio ahora.

C.C.: En las inmediaciones del mercado de Ipiales*…*

C.R.: Sí, señor.

C.C.: ¿Cuántos miembros de la asociación son?

C.R.: Somos 80.

C.C.: O sea que aquí hay varias asociaciones juntas.

C.R.: Sí.

C.C.: ¿Cuántos años tienes actualmente?

C.R.: 38 años.

C.C.: ¿Y cree que aquí va a poder resolver su situación económica?

C.R.: Muchos lo han hecho, yo estoy seguro que aquí lo vamos a hacer.

C.C.: ¿Su optimismo es compartido por otras personas?

C.R.: Seguro que sí, muchas otras personas ven con buenos ojos este proceso.

C.C.: ¿Ustedes pagan algún tipo de arriendo?

C.R.: No. Vamos a pagar por administración, limpieza, todo.

C.C.: ¿Cuánto pagarían?

C.R.: No sé cuánto nos vayan a asignar, no sabemos nada de eso".

Los compradores también estaban contentos de ver los resultados, aunque no dejaban de hacer críticas a las medidas del gobierno y la Administración:

"(…) …Esto está bien hecho…

C.C.: ¿Prefiere esto a la situación anterior?

C1: Claro, cien por ciento mejor.

C.C.: ¿Y le parece bien la reubicación que se hizo, o sea, el Centro Comercial como está y todo?

C1: Todo está muy bien, muy bien hecho, muy bien construido, y más organizado.

C2: Muy restringida, está muy apretada la gente.

C.C.: ¿Le parece esto muy apretado?

C2: Dése cuenta que es domingo tarde, pero entre semana o una feria, la gente que hay es mucha.

C.C.: Bueno, ¿qué piensa de la situación de los vendedores ambulantes, la anterior y la actual?

C2: Bueno, en cuestión de organizar a la gente es bueno, porque ahí hasta dan seguridad; en la calle no había seguridad ni para los vendedores ni para el comprador. De alguna manera, hay algo bueno que nos concentra ahí, y hay seguridad para los vendedores y para el comprador.

C.C.: Piensa que de todos modos podría haber sido mejor?

C3: Que hagan un gasto bueno y que hagan locales más grandes, con un poco más de amplitud, porque esto aquí se nota muy estrecho";

(…) "El primer cliente era un señor de color, y el segundo era más bien blanco y tenía un aspecto más, por decirlo así, de clase media; el otro también es de clase media, es difícil definirlos, pero de todos modos uno puede llegar a ver a través del vestuario, de la indumentaria, la procedencia de la persona, cuál es la

capacidad, el nivel intelectual, el nivel de vida, sus formas de vida, y son formas de vida distintas, sin pretensión de condenar o de juzgar. Sencillamente son diferentes formas de vida.

C.C.: ¿Cómo les pareció el nuevo Centro Comercial?

C1: Como está recién inaugurándose, entonces no se sabe cómo nos iría aquí. Pero la ubicación está excelente, porque tiene todo el Centro Histórico vehicular, y esperamos que poco a poco vaya dando mejor resultado. La cuestión aquí es el descongestionamiento vehicular, con eso ojalá se solucione todo el transporte aquí en el Centro, porque está un poco más congestionado de lo que viene del Sur y el Norte.

C.C.: ¿Usted es cliente o es vendedor?

C1: No, yo por lo general acostumbro venir acá a hacer compras, por cuanto se consigue un poco más económico, en relación con los almacenes, y casi toda mi vida he comprado aquí. Hay cómo ofrecer, cómo les rebajan los precios, no son fijos como en los almacenes, ¿no? Y se encuentran los mismos productos, de por sí.

C.C.: Piensa que va a ser fácil para las personas encontrar los vendedores aquí después de que estaban en la calle? O sea, en la calle tenían como más opción de encontrarse con el cliente, con el comprador. Usted piensa que esta es una buena ubicación para ellos y piensa que la gente va a acudir?

C1: Yo creo que sí; lo que veo son momentos de congestión. Aquí parece que también va a haber, aunque ha habido mucha delincuencia, no? Entonces la gente tiene que tener bastante en cuenta eso también, porque en los pasillos hay bastante afluencia de público que viene acá, y especialmente los días sábados o los días de feria que hacen aquí, entonces tienen que tener mucho en cuenta las pertenencias. Pero los locales están muy agradables, y hace falta poco a poco ir conociendo mejor el producto, porque más del 50% de los locales están todavía vacíos".

Además de los centros comerciales de las partes altas, se creó una importante centralidad comercial en las partes bajas de las montañas donde se halla ubicada la zona céntrica de Quito. La Avenida Pichincha es la margen del Centro Histórico, y allí se encuentran muchísimos vendedores ambulantes (Photo 70). Un vendedor me comentaba sobre la incertidumbre que les esperaba en torno a su pronta reubicación, y unos vendedores decían que así como unos están bien, otros -no sé si por el hecho de oponerse a la reubicación o porque no tienen todavía un lugar- van a resultar perjudicados porque los van a "bajar" de la colina del Centro Histórico y los van a llevar hacia un lugar próximo a la Avenida Pichincha, en la

parte baja, justo en la falda, en la sima de la montaña. Allí, el lugar goza de mucha afluencia de personas, pero no tiene las mismas condiciones ni el mismo reconocimiento comercial de los centros comerciales cercanos a las plazas principales de la ciudad. Sin embargo, el hecho de que los comerciantes tengan la posibilidad de adquirir un local y hacerlo propio con el apoyo del Estado y los organismos internacionales resulta ser una muy buena oportunidad para ellos en el proceso de formalización de su actividad.

Es evidente que detrás de este proceso hubo personas con alto nivel técnico, urbanístico y profesional. Una de ellas fue Henriette Hurtado, Directora del Fondo de Salvamento del Centro Histórico; estuvimos hablando largo tiempo, y me proporcionó una visión excelente sobre la evolución del Centro Histórico hasta el día de hoy. Primero, para comenzar, la Plaza de San Francisco se llamaba la Plaza de Tiangues, y prácticamente de eso ya no se tenía memoria hasta los procesos de restauración del Centro; ahora se llama la Plaza de San Francisco, pero como podía ocurrir en San Victorino, ya desde ese entonces existía un tipo de comercio que podíamos llamar de "buhoneros", o comercio informal. Posteriormente esta tendencia continuó con la pila que se aprecia en algunos grabados de la Plaza de San Francisco, a la cual acudían los aguateros y otro tipo de personas para vender sus productos. También me habló sobre que en realidad muchas casas del Centro Histórico no son estrictamente coloniales, sino más bien de carácter republicano, dado que Quito no tenía la condición de ciudad virreinal o grande, y por lo tanto las casas coloniales eran casas muy pequeñas. Entonces esa condición de pequeñas casas coloniales son escasas en el Centro Histórico.

Henriette Hurtado me comentaba también cómo a raíz del terremoto de 1987 surge el Fondo de Salvamento para cambiar la concepción que se tiene del Centro Histórico a partir de un impuesto que se creó y recaudó en toda la provincia de Pichincha para rehabilitar el Centro Histórico de Quito. Eso permite hacer una inversión importante en arquitectura, no solamente a nivel monumental, sino también de las construcciones civiles, como ellos las denominan. Porque la concepción del Centro Histórico suele estar asociada en Quito a la concepción de monumentalidad, de todas las iglesias y de todas las construcciones que se habían dado en momentos históricos precedentes. En 1909 llega el Ferrocarril a Quito; eso es algo bastante importante, porque es una época tardía, y tardía fue también la época de poblamiento y de cambio de concepción del Centro Histórico en Quito. Ese poblamiento se produce a partir de la bonanza petrolera de los años 70's. El proceso que se da en el Centro Histórico es muy similar al que se da en Bogotá; aquí la gente acomodada también se desplaza de sus casas en el Centro hacia el norte de la ciudad, donde ya se habían creado otras centralidades, especialmente desde los años 70's, con la construcción del Centro Comercial *Iñaquito*, que se hizo más allá del parque de La Carolina, en un terreno baldío donde nadie pensó que iba a prosperar, pero terminó por crear un nuevo centro de la ciudad, y

posteriormente se fueron creando nuevas centralidades que fueron desplazando el Centro Histórico, en algunos de los cuales se fueron generando focos de urbanización. Entonces, el Centro Histórico fue perdiendo poco a poco su carácter de habitabilidad, y ha sido muy difícil recobrar el sentido de esa urbanización, o más bien, de esa ocupación del espacio del centro como espacio para la vivienda; entonces, se pensó en construir ese tipo de Centro Comercial popular, que es precisamente un espacio para el comercio de clases media y baja. Durante la época en que fue más rentable traer ropa de Colombia, entonces surgió esta idea de "ir a Ipiales", de viajar a Ipiales, porque viajar a Ipiales significa ir a traer ropa desde Colombia. Por eso se creó el Centro Comercial *Ipiales*, que queda frente al del *Hermano Miguel*. Las asociaciones de comerciantes ambulantes son muy fuertes y habían logrado mantenerse en distintos puntos del Centro Histórico como *El Tejar* y el *Hermano Miguel*, donde desplazaron la estatua del Hermano Miguel y crearon un nuevo escenario de comercio donde fueron apropiándose progresivamente del espacio, generando estos nuevos focos del comercio popular.

En ese momento había mucha actividad y dinamismo a raíz de la reciente inauguración de los nuevos centros comerciales, por lo cual los vendedores ambulantes estaban a la expectativa por lo que sería su futuro en adelante.

En la entrevista con Luis Cuenca, el administrador del Centro Comercial *Granada*, pude obtener información muy importante sobre este nuevo proceso. Una de las cosas interesantes es que los vendedores pagaron por un derecho de piso de 240 dólares por cada uno de los comerciantes, más las mamparas de vidrio y aluminio, que costaron 700 dólares. O sea, ellos consideran que el Centro Comercial es de ellos, porque prácticamente lo pagaron, y solamente están esperando que se les resuelva su situación con el municipio después de publicidad en prensa, radio y televisión para acabar de acreditar estos centros comerciales.

Otra cosa importante fue que una de las condiciones para aceptar esa reubicación en las propiedades expropiadas fue la conexión con el Centro Comercial *Ipiales*, que lleva alrededor de cuarenta años de actividad. Es un indicativo de lo que representa para ellos ese Centro Comercial como eje articulador y expansionista de la actividad del comercio ambulante en el Centro Histórico de Quito. Aquí está el texto completo de la entrevista:

"C.C.: Cómo es tu nombre?

L.C.: Luis Enrique Cuenca Guillén.

C.C.: Porqué está usted como administrador de este Centro Comercial?

L.C.: Realmente no soy el administrador, soy el presidente de la Asociación de Pequeños Comerciantes de El Salvador*, y estoy de momento encargado hasta cuando se nombre el administrador general.*

C.C.: Cómo funciona eso de la administración?

L.C.: Bueno, el proceso se inició hace cuatro años. En la Alcaldía del doctor Yamil Mahuad se empezó a dar la idea de reubicación; y cuando el doctor Mahuad pasó a ser Presidente de la República quedó como Alcalde de Quito el economista Roque Sevilla; prácticamente se iniciaron los diálogos de cómo iba a ser el sistema de reubicación. Primero se escogieron áreas para cada organización. Las áreas de los centros comerciales populares fueron concertadas entre comerciantes y municipio. Cada quien buscó el área más propicia; en el caso de nosotros, ubicamos esta área porque ocupábamos la Calle Chile, la Calle Cuenca, la Calle Mejía y la Calle Cotopaxi, en el entorno de la Iglesia de La Merced. Entonces esta área fue expropiada; allí era un cine, aquí una casa y allá era un hotel [dice, señalando los lugares]. *Entonces nosotros acordamos que la expropiación de estos inmuebles fuera de nuestra asociación. Luego de eso viene el proceso de concertación de predios y verificación de comerciantes. Nosotros tenemos 430 socios, y 430 locales nos han construido. La concertación fue que el municipio construía toda la infraestructura, y los locales de nosotros que usted ha visto, que son de mamparas de vidrio y de aluminio, son hechas con autogestión de nosotros. Nosotros hemos participado en la autogestión de esto. Terminarlo nos corresponde a nosotros. Entonces por eso es que todavía no se ha nombrado un administrador, porque estamos todavía arreglando los locales, tratando de ubicarnos y de mejorar cada local, sus áreas, con el fin de exhibir de mejor manera las mercaderías para brindar servicio al público. De todas maneras estamos aquí desde el viernes dando servicio al público, y no nos ha ido mal, porque temíamos que este proceso fuera un fracaso. Pero hay que agradecer a Dios primero y luego al municipio, porque hasta el momento nos está yendo bien. Necesitamos más tiempo de propaganda, necesitamos que el municipio nos incentive y nos ayude en eso, porque en realidad para nosotros es una vida nueva, de las calles hacia un Centro Comercial. En este proceso nosotros hemos pagado una tasa al municipio de 240 dólares por individuo por el piso, y el resto lo hemos puesto nosotros. Por eso es que el edificio va a quedar en manos de nosotros, o ya es de nosotros, mejor dicho, y por eso es que estamos buscando un administrador, para nosotros poder tener un administrador propio, porque ya no queremos que el municipio esté manejando todo el sistema del Centro Comercial. El compromiso con el municipio terminará a fines de año, cuando nos dé durante todo este proceso la propaganda, en prensa, radio y televisión. Ese es el compromiso del municipio; y dejar funcionando de mejor manera la infraestructura. Ha habido defectos en el proceso de construcción, pero los hemos ido superando poco a poco. Ese es un proceso de cuatro años. Para levantar las calles acordamos un cronograma por*

calles; cada calle se iba levantando e ingresando a los centros comerciales. Nosotros fuimos los últimos en ingresar, los últimos en terminar el adecuamiento (sic) de los locales; el piso que usted ve es de porcelanato, no es un piso común, entonces eso nos llevó tiempo y fuimos los últimos en ingresar. Nosotros aspiramos a que, así como nosotros hemos sacrificado comercialmente, porque en la calle se vende más, aspiramos que el municipio cumpla lo que ofreció: no permitir un solo vendedor ambulante en las calles, para que el público no sólo de la capital, del país, sino el turista que viene a esta ciudad, que viene a mirar la belleza de nuestro Centro Histórico, venga también a admirar los centros comerciales populares. Entonces eso es lo que queremos, tener la oportunidad de ser visitados por gente nacional y extranjera, pues esa es la intención de nosotros, mejorar comercialmente aquí adentro. Quito se ha transformado prácticamente ya, sin vendedores en las calles. Entonces pensamos que hemos dado un aporte muy valioso para la ciudad y para el país, y si esta noticia sale del país, sea para incentivar nuestros centros comerciales populares. Eso es lo que le puedo indicar; este proceso de reubicación no ha sido un proceso violento; todo ha sido concertado. La administración de Roque Sevilla fue de diálogos, y por los diálogos hemos llegado a un entendimiento. La administración de Paco Moncayo también nos ha apoyado para acabar los centros comerciales, y también ha sido un proceso de paz; no podemos acusar a ninguna de las dos autoridades de que haya sido violenta. Todo ha sido concertado; ahora aspiramos a que no nos olviden y nos den la ayuda que nos ofrecieron, que es lo que estamos necesitando en este momento.

C.C.: Ustedes tienen que pagar algún tipo de impuestos?

L.C.: En eso también nos vamos a unir todos los comerciantes para ir al Congreso, y queremos que el Alcalde también vaya con nosotros, porque creemos que nos perjudicaría si el sistema de impuestos que funciona en nuestro país empieza a cobrar tasas. Nosotros sabemos que tenemos qué pagar, pero no apenas ingresamos, porque ni sabemos si el negocio va a bajar, va a subir, pero sí queremos que nos den años de gracia, para luego enmarcarnos en los comerciantes formales. Pero pienso que nos tienen que dar espacio, porque si tenemos que pagar impuestos, ¿qué es lo que va a pasar? El impuesto tenemos que trasmitírselo al cliente, al comprador, y el comprador está viniendo porque estamos dando precios más bajos que en la calle para atraer al comprador. Pero ¿qué pasa donde empecemos a pagar impuestos? Prácticamente el comprador va a decir: 'nos están cobrando el derecho de piso', y eso nos va a arruinar, nos va a llevar a la quiebra. Entonces lo que aspiramos es que nos den unos años de gracia, y que esto se vuelva comercio formal de a de veras (sic), y ahí sí, estamos conscientes de que tenemos que colaborar con el Estado, pero el Estado también tiene que colaborarnos para salir adelante. Primero para salir adelante y segundo para poder tributar, ¿no cierto? Al menos esa es la idea.

C.C.: ¿Cuál fue la participación de organizaciones internacionales como el BID, por ejemplo?

L.C.: Bueno, el BID participó directamente con el municipio, al otorgarle créditos blandos, algunos no reembolsables, para poder construir todo esto. Porque esta ha sido una inversión altísima para poder construir los centros comerciales. Porque hay muchos, y todos esos centros abarcaban a más de 7.000 comerciantes. Entonces nosotros aspiramos a que la parte primordial para el Centro Histórico de Quito sea encontrar una ciudad aseada, limpia; hoy ya está limpia de comerciantes, sin un comerciante en la calle ofreciendo mercaderías. Eso sería lo más saludable que podría suceder en este proceso. Y que esa situación le brinde seguridad al turista nacional, al turista extranjero, especialmente al extranjero, porque nosotros pensamos que el privilegio para nosotros es que venga gente de afuera a conocer nuestro centro. Porque la gente de afuera es la que va a dejar las divisas para este país. Y si tenemos un Centro Histórico limpio, entonces vamos a garantizar para todos, para todos en general, un beneficio. Para este país, para esta ciudad, y para nosotros como comerciantes".

En efecto, estas medidas estaban orientadas a garantizar un mejor ambiente para los turistas y visitantes al nuevo escenario creado para satisfacer las exigencias de los organismos internacionales, que actúan en consonancia con los intereses y necesidades de las principales tendencias económicas y sociales en el plano mundial (Photos 71 y 72). En este sentido, aunque los vendedores pueden verse beneficiados en esta alianza, y pese a considerar que el caso de reubicación del comercio informal en Quito es ejemplar para Latinoamérica, lo que se ha hecho a través de este proceso de reubicación consiste en satisfacer los parámetros de la UNESCO para la patrimonialización de la ciudad en un sentido que beneficia principalmente al capitalismo global: "Las políticas de patrimonio son parte de un proyecto dominante de carácter excluyente y homogeneizante que no incorpora las contradicciones, ni aborda el conflicto, lo ignora y lo silencia, y por último lo excluye hacia los márgenes físicos de la ciudad, aquellos que escapan al inventario del patrimonio. Lo que vemos erigirse como patrimonio es un pasado hispánico representado en fachadas y templos, e idealizado desde lo artístico, en el que se borra la explotación, el conflicto, la diferencia" (Salgado, op. cit.: 22). El patrimonio tiende, de este modo, a invisibilizar los conflictos sociales e incorporar retóricamente la diferencia como mosaico de diversidad. En este sentido, resulta significativo que, en algunos programas diseñados especialmente para los visitantes, el *tiangues* de la época colonial haya sido revivido como parte de las atracciones dominicales para los turistas, mientras las "yuyeras" o los vendedores que no fueron incluidos en las reubicaciones y aún se encuentran en las calles son sistemáticamente perseguidos, pues la fuerza de las migraciones hacia las ciudades y el crecimiento demográfico generan -en centros urbanos donde el problema de la

pobreza y la marginalidad no han sido resueltas y tienen tendencia al crecimiento- una presión infatigable sobre los escenarios de confluencia y encuentro urbano.

Capítulo 2. Lima (Perú).

El Centro Histórico de Lima fue reconocido por la UNESCO como Patrimonio Mundial de la Humanidad en 1995. El reconocimiento fue motivado por los intentos de rescate del deteriorado sector desde finales de los años 80, en cabeza del Patronato de Lima:

> "Nadie que haya recorrido las calles del Centro de Lima en los años ochenta podría creer que la capital peruana mereció algún día el calificativo de ciudad jardín. La contaminación ambiental y sonora, la falta de servicios urbanos (baños públicos, alumbrado apropiado), el tráfico caótico, el vandalismo y la invasión de las calles céntricas por miles de vendedores ambulantes habían ahuyentado del Centro Histórico a los turistas y las empresas privadas, pero también a los propios limeños.
>
> "En Junio de 1989, un grupo de urbanistas, arquitectos, historiadores, artistas y críticos de arte decidieron fundar el Patronato de Lima, una entidad privada, apolítica, sin fines de lucro, para salvar el Centro Histórico de la ciudad.
>
> (…) "…convencidos de que mejorar el Centro Histórico ejercía una influencia sobre el resto de la metrópoli, en la que viven ocho millones de personas (25% de la población peruana), los promotores del proyecto concentraron sus esfuerzos en la renovación del corazón de la urbe, unas 116 manzanas que cubren 123 hectáreas y encierran 570 reliquias monumentales, testimonios de la arquitectura de una ciudad colonial española" (Cisneros, 2000: s.p.).

Los primeros avances en este sentido le permitieron a la ciudad lograr su inscripción en la lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO en 1991, lo cual impulsó el proyecto inicial abanderado por las autoridades municipales y los condujo a emprender un proceso decidido de renovación urbana en el centro de ciudad. Es evidente que una de las exigencias del organismo supranacional para otorgarle el título de Patrimonio Mundial consistía en desalojar el comercio informal que se encontraba disperso por todo el perímetro de la zona céntrica:

> "Hace unos cinco años, el Centro Histórico de Lima no era un lugar al que quisieran ir quienes valoraban el contenido de sus bolsillos. La que

> fuera sede del imperio español simplemente había dejado de ser el centro grandioso y elegante que había sido durante siglos. Las veredas de toda la zona céntrica estaban cubiertas de quioscos improvisados de metal y plástico o sombrillas bajo las cuales vendían sus productos un interminable mar de vendedores ambulantes.
>
> "Las plazas estaban cubiertas de basura y asoladas por los rateros y las bandas de pirañas, como se conoce aquí a los niños de la calle que roban en masa. Con frecuencia, los turistas que llegaban a Perú desde el exterior volaban directamente al Cuzco, la principal atracción del país, y los que llegaban a través de Lima evitaban el Centro" (Elton, 2001: 1).

La inseguridad, la falta de higiene y el comercio informal eran los principales factores de degradación del Centro Histórico, afectado por el abandono de los habitantes locales y por el deterioro del imponente capital arquitectónico expresado en casas, iglesias y balcones. Lo anterior dio lugar a continuos esfuerzos de las autoridades para erradicar el comercio informal y la delincuencia de la zona céntrica:

> "Una de las primeras medidas consistió en reorganizar el comercio informal. 'Para llegar a la céntrica Plaza José de San Martín, peatones y automovilistas debían sortear miles de tenderetes y puestos de vendedores ambulantes que invadían las aceras y las calzadas con baratijas de todo tipo'. (…) hoy se puede circular con menos dificultades, pues sólo los vendedores ambulantes debidamente acreditados tienen acceso al área central y muchos otros han sido agrupados en galerías comerciales fuera del circuito monumental" (Cisneros, 2000: s.p.).

Esto consignaba en mi cuaderno de terreno etnográfico durante mi visita a Lima:

> "15 de Junio de 2003. *Estoy en Lima; he constatado varias cosas aquí. Primero, el Centro huele mal por todas partes, incluso en la Plaza San Martín y los diferentes paseos peatonales o 'jirones' principales que conducen a la Plaza de Armas, en la cual la higiene es mejor, aunque de todos modos también se evidencia en sus cercanías un intenso olor a orines. Lo otro es que no he podido encontrar vendedores ambulantes en el Centro Histórico, excepto aquellos que han sido instalados con sus casetas verdes frente a las suntuosas iglesias de la ciudad* [(Photo 73)], *así como algunos puestos pequeños de papas, chicles, tinto y otras bebidas calientes para reconfortar el cuerpo durante las primeras horas del día* [(Photo 74)]. *Pese a la ausencia de vendedores ambulantes, el Centro Histórico de Lima es aún un lugar degradado y no muy bien visto -aunque bastante frecuentado- por sus habitantes.*

> *"(…) De las cosas que más me han llamado la atención aquí en Lima ha sido el Jirón de la Unión; evidentemente, es el espacio público peatonal por excelencia, por donde la gente pasea entre la Plaza de San Martín y la Plaza de Armas. Aquí podemos ver otras manifestaciones importantes del comercio informal, como es la presencia de pequeños puestos verdes, y la presencia de todos modos de vendedores ambulantes, maneros, tanto en este jirón como en muchos de los sectores del Centro* [(Photo 75)]. *Vendedores de globos, vendedores de dulces, chicles, cigarrillos, etc. También había un vendedor de colgantes luminosos justo en el Jirón de la Unión a la altura de los arcos de la Plaza de San Martín, pese a las prohibiciones expresas que se han colocado en estos paseos peatonales* [(Photo 76)]. *Había muchas otras manifestaciones como la de un enano que vendía helados, y me llamó mucho la atención la venta de churros, la venta de pizzas con gaseosa a 1,99, en medio de la venta de empanadas, la venta de pollo* broaster*, que es muy común, el* MacDonald's… *Bueno, todo tipo de cosas, y mucha gente circulando hoy en un flujo peatonal que se mantuvo hasta altas horas de la noche. Estoy en la Plaza San Martín, y todavía se encuentra muchísima gente en el Centro. En el Jirón Lampa, donde antes estaban ubicados los vendedores ambulantes que fueron expulsados del Centro Histórico, ahora hay un gran supermercado que se llama Metro. Hay muchos niños que venden dulces, que le ofrecen a uno continuamente. Hay mucho cambista de dólares, mucha gente que vende tarjetas telefónicas en el Jirón"* (Cuaderno de terreno).

El 12 de Noviembre de 1995, la UNESCO proclamó el Centro Histórico de Lima, capital del antiguo virreinato del Alto Perú, como Patrimonio Cultural de la Humanidad. El 1° de Enero de 1996, Alberto Andrade fue nombrado alcalde de Lima, y bajo su administración se produjo la ofensiva de reubicación del comercio informal que tuvo mayor incidencia política y socioespacial:

> "La venta ambulante, un fenómeno básicamente andino generador de exclusión social, ha contribuido a acelerar el proceso de deterioro urbano, agravado a su vez por la recesión y el paro. (…) La extensión de este tipo de comercio, representado inicialmente por los buhoneros y posteriormente por la forma habitual de venta ambulante a base de puestos callejeros, condujo al cierre de varios espacios públicos al peatón y a los coches. De este modo, el Centro Histórico se convirtió en un gran mercado callejero. El éxito conseguido a través de la intervención municipal, en coordinación con los comerciantes callejeros y la inversión privada, su relocalización en áreas de negocios de la metrópolis, y el reacondicionamiento y revitalización de importantes espacios públicos han hecho posible que el Centro Histórico de Lima recupere su identidad como lugar para vivir y trabajar" (s.a., 2000: 2).

Luego de esta intervención, para Julio de 1999 se había logrado recuperar el 100% de los espacios públicos del centro de la ciudad. La mayoría de ellos estaban ubicados en el Jirón Lampa, ocupado por más de 2.000 vendedores estacionarios y ambulantes, los cuales fueron reubicados en el campo ferial *Las Malvinas*. El proceso de desalojo de los comerciantes informales del Centro Histórico fue forzado y con muchas expresiones de violencia y arbitrariedades por parte de la Policía, lo cual diferencia esta situación de la ocurrida en Quito y la aproxima a lo sucedido en Bogotá durante la Alcaldía de Enrique Peñalosa. Además, casi la totalidad de los costos de reubicación tuvieron que ser asumidos por los mismos comerciantes, pues la Municipalidad de Lima no destinó a este proceso ninguna clase de subsidios.

Es evidente que esta situación mejoró en cierta medida las condiciones del Centro Histórico para efectos de la actividad turística y la inversión privada, pero las condiciones para los vendedores ambulantes se recrudecieron en algunos casos y en otras terminaron por ser desventajosas con respecto a la posición que antes ocupaban en el Centro Histórico. Los vendedores que resultaron en una mejor condición habían logrado adquirir algún capital en las privilegiadas calles de la zona céntrica, y se unieron para adquirir nuevos locales en las áreas comerciales ubicadas en la periferia del Centro, como *Las Malvinas* (Photo 77), *Polvos Azules* (Photo 78) y algunos centros comerciales de cierto reconocimiento en el sector (Photo 79).

En el momento en que fui, la Municipalidad de Lima se encontraba construyendo la Alameda Ferial *Las Malvinas*, un espacio para congregar a los vendedores ambulantes reubicados de varias zonas de la ciudad, especialmente aquellos desalojados del Centro Histórico (Photo 80), entre otros comerciantes. Aunque desconozco la continuación de este proceso, en el momento en que visité la ciudad no me pareció que esta dinámica de reubicación hubiese tenido resultados satisfactorios para los vendedores. Se podía percibir mucho descontento, y los intereses personales sumados a las influencias políticas y la corrupción habían generado muchas divisiones entre varios grupos de comerciantes. Esto fue lo que pude apreciar durante mi contacto con los vendedores reubicados en los campos feriales de *Las Malvinas* y *Cantagallo*:

> *"Me encuentro en el campo ferial de* Las Malvinas*, y acabo de hablar con su presidente, el señor Nicanor Alvarado. Él me dice que ellos fueron reubicados por parte del Alcalde de la época en 1985 en el Mercado de* Las Malvinas*, y la idea era construir un mercado allí, pero a partir de la crisis económica y la hiperinflación se generó una situación bastante complicada que obligó al abandono del mercado, y desde entonces se convirtió en un fumadero de droga, un lugar de violencia y de prostitución hasta que ellos volvieron a organizar el mercado en 1997. Sin embargo, el mercado actual, que es fundamentalmente de*

electroferreteros, como le llaman, artículos eléctricos y de ferretería, fue reubicado recientemente, por lo cual ese mercado sólo permaneció seis años en el lugar [(Photos 81 et 82)]. *Hace más o menos un mes acaban de ocupar este campo, debido a que en otros centros comerciales que fueron construidos por el Alcalde tales como* Omnicentro, El Progreso *y* Nicoline*, se les cobraba 8.000 dólares por cada uno de los puestos de 2 por 2 metros, o sea que era bastante costoso, por lo cual ellos no aceptaron la reubicación allí, y se vinieron con todas sus casetas a este campo ferial que queda en la Avenida Cantagallo, muy a las afueras del Centro Histórico, cerca a la colina donde está la cruz iluminada que se puede ver desde la lejanía, la cual intenta simular el espectáculo de miseria que se engalana con pinturas de colores pastel, pero que de todos modos no alcanza a hacer declinar las críticas condiciones en que vive esta población.*

"Aquí se encuentran más de 2.000 personas que están vendiendo sus productos, una actividad muy grande, y lo que dicen es que ellos están tratando de recuperar su clientela, y el presidente Nicanor logró un desplazamiento de la delincuencia de la zona del mercado de la Avenida Argentina, porque ellos estaban situados en el centro de la Avenida, que era un espacio vacío, y posteriormente se han ido corriendo de las zonas de delincuencia. Nicanor me decía que ellos con los alcaldes no querían tener lo más mínimo qué ver, debido a que lo que hacen es robar, que los alcaldes son unos ladrones, y que están buscando medios de buscar apoyo de ONG's u otros organismos internacionales. El presidente tiene un equipo de radio y un megáfono para dar la información; es a través de él que se comunican con sus asociados en el día a día.

"Hablé con los administradores de la asociación civil de comerciantes del Centro Comercial Cantagallo *que está justo adyacente al campo ferial* Las Malvinas*, y lo que él me dice es que los del Centro Comercial* Las Malvinas *no fueron reubicados aquí; son invasores de este espacio que es patrimonio del Estado; se asentaron de manera violenta aquí, en el ombligo de Lima, donde afluyen rutas del norte, sur y el centro de la ciudad, rompieron los candados y cogieron algunos puestos, pagaron 500 'rateros de cárcamo', según ellos, para que vinieran aquí; a cada uno de ellos se les daba desayuno, almuerzo y comida, para que ellos hicieran el trabajo de tomarse los locales, invadir este espacio y situar las casetas. Ellos han hecho lo que han querido, y han golpeado incluso a las mujeres que son la mayoría de la Asociación. Sin embargo, lo curioso es que los dirigentes de esa asociación son hombres. Esto es necesario verlo porque esa situación de violencia es necesario que las dirija alguien con fuerza, porque las mujeres no tienen esa capacidad de respuesta frente a ese tipo de agresiones. Ellos están protegiendo toda una cantidad de mujeres, que son la mayoría de los vendedores del Centro Comercial* Cantagallo*, y ellas se sienten protegidas por ese tipo de figura masculina en un entorno a todas luces temible. Pero lo más importante es ver cómo están conviviendo dos asociaciones, una con permiso del*

Estado, aunque no sea el territorio de ellos, y otros sin el permiso del Estado y que están tratando de hacerse al terreno a través de la compraventa del espacio y del permiso para tener ahí las casetas. Entonces, en realidad el campo ferial de las Nuevas Malvinas *es una invasión. Eso implica que lo que ha generado toda esta política de desalojo de los vendedores ambulantes han sido hechos de violencia entre las personas con más escasos recursos económicos y que tienen menos medios para defenderse"* (Cuaderno de terreno);

(…) Entrevista con Carmen Poveda, Secretaria de Organización de la Asociación Civil Centro Comercial Cantagallo.

"C.C.: Doña Carmen, ¿hace cuánto están ustedes aquí ubicados en este sector?

C.P.: Nosotros estamos ubicados aquí hace seis años, por resolución presidencial del anterior gobierno, por lo cual hemos sido sorprendidos por la llegada de comerciantes de Las Malvinas*, que estaban ubicados en la Avenida Argentina. Sorprendidos en el sentido que ellos vinieron con prepotencia a tomarse en asalto este lugar. Ellos han venido a hacer una invasión; ellos dicen que acá no había nadie, que nosotros no existíamos, que el lugar estaba totalmente abandonado. Y eso es totalmente falso, puesto que nosotros hemos estado permanentemente desde que nos entregaron este terreno. Tal es así, que el Alcalde de Lima, y otras autoridades como el Alcalde de Rimac, el licenciado Luis Lopatón Donaire, tuvieron una entrevista con los señores de* Las Malvinas*, y ellos pidieron que les dieran la licencia de funcionamiento, la cual les fue denegada, pues no era la forma como ellos debieron haber entrado a este Centro Comercial: atropellándonos, rompiendo candados, destrozando las puertas, botando mercaderías, maltratando inclusive a los comerciantes que estaban trabajando aquí. También manifiesto que los módulos, todo lo que existe dentro de este Centro Comercial* Cantagallo*, ha sido entregado por el gobierno a esta Asociación Civil. También están los módulos destrozados: los han abierto, han roto, han unido dos, tres módulos juntos, sin haber pedido permiso a los dueños de estos módulos. Entonces de todo eso ya tienen conocimiento las autoridades, ya ellos verán qué es lo que tienen qué hacer.*

C.C.: ¿Ustedes habían vendido en otra parte antes de haber llegado aquí?

C.P.: Sí, nosotros hemos sido comerciantes informales; trabajábamos en diferentes partes de Lima, en las calles. Luego, también con el anterior gobierno local, el Alcalde Andrade, nos prometió reubicarnos. Pero también tuvimos una mala sorpresa, porque igualmente, fuimos atropellados, maltratados; vinieron con Caterpillar*, con matones a sacarnos de las calles, pese a que habíamos pedido diálogo para poder conversar y que nos dieran tiempo para encontrar un espacio donde ir a trabajar. Pero en el momento en que el Alcalde Andrade se*

entera que nosotros teníamos este proyecto del gobierno anterior, que era cuando estaba Fujimori, se enteró de que nos iban a dar este terreno, e inmediatamente nos corta el diálogo, y al día siguiente comienza a desalojarnos de las calles, maltratándonos, robándonos las mercaderías, y así… Creo que esto ha salido a nivel mundial, la noticia según la cual nosotros hemos sido maltratados.

C.C.: ¿Qué piensa de toda esta situación, el hecho de que ustedes fueron maltratados por el Estado, como ahora que han sido maltratados por una serie de comerciantes que han sido desalojados de sus sitios de trabajo de una manera arbitraria?

C.P.: Nosotros no hemos sido maltratados por el gobierno, puesto que el gobierno anterior nos acogió con este terreno. De repente no ha funcionado porque nosotros le pedimos al señor Alcalde la autorización de un puente, porque nosotros tenemos aquí al frente la vía de Aditamiento, una vía donde hay muchísimos accidentes. Entonces nosotros le hemos pedido un puente para nuestro Centro Comercial, del cual nosotros ya teníamos financiado el puente de 115 metros de largo por cuatro metros de ancho. El Alcalde Andrade se negó totalmente y nunca quiso firmarnos esa autorización. Es por eso que nunca hemos tenido ese acceso a este Centro Comercial, y por eso no funcionó como debió ser.

C.C.: ¿En qué consiste el proyecto del parque del Río Rimac?

C.P.: Se dijeron varias cosas: que iba a ser una terminal terrestre, que iba a ser un parque de deportes,… También se dijo que se iba a hacer el teleférico. Pero la verdad no sabemos qué es lo que se va a decidir.

C.C.: ¿Y ustedes están integrados en ese proyecto?

C.P.: Lo hemos pedido, pero no hemos tenido respuesta. Es decir, parece que ellos todavía no han definido, pero no nos han maltratado, no? Solamente que no nos han puesto la debida atención, con respecto al maltrato que hubo. En cuanto al Alcalde de Lima, él anunció que iban a venir los señores de Las Malvinas*. Entonces ellos se adelantaron a hacer la invasión de este Centro Comercial, sin haber hablado con el Alcalde de Lima. Por eso creo que lo más correcto era haber hablado con ellos, y luego ellos se iban a venir para acá. Pero no fue así. Eso es lo que sabemos nosotros, que ellos tenían que conversar primero con el Alcalde.*

C.C.: ¿Pero ellos ya habían sido desalojados de la Avenida Argentina?

C.P.: No, todavía no habían salido de las calles.

C.C.: O sea, ellos decidieron venirse por su cuenta…

C.P.: Claro, ellos contrataron matones, rompieron candados, abrieron las puertas, la gente estuvo acá llorando desesperados, y cuando impedían que abrieran sus módulos, sus mercaderías, sus puestos, estos matones agarraron con fierro a patadas, puñetes, hombres y mujeres, sin respetar ancianos; ya la mayoría son mayores de edad. Esa es la versión precisa y exacta, la que estoy dando. Anteriormente, con el Alcalde Andrade, también en las calles nos maltrataron de igual manera: contrataron matones, contrataron a los serenazgos, que ellos siempre tienen, y con ellos hicieron abuso y medio por lo que rompieron también los módulos, metieron Caterpillar*, bombas,… hay videos en los que el mismo Alcalde sale al frente a decir con disparate y medio que 'esto sale de aquí', y así fue como nos sacaron. Posteriormente también llamó a la Policía para que lo apoyaran, y bueno, la Policía sí se comportó como persona humana y nos dijeron que teníamos que salir. De tal manera, nosotros salimos, y el presidente de esa época nos acogió en este Centro Comercial. Así llegamos aquí.*

C.C.: ¿Qué opinas de las políticas que han tenido los respectivos gobiernos municipales frente al tema de los vendedores ambulantes?

C.P.: Bueno, de repente ellos han querido que las calles sean ordenadas, que estén limpias, sin comerciantes,… Nosotros estábamos de acuerdo con que eso se ordenara, pero siempre es bueno el diálogo, la conversación con los interesados que somos nosotros. Nosotros nunca nos negamos a salir de las calles, pero creo yo que como autoridad, ellos tenían que prever una reubicación para nosotros, porque este es nuestro medio de vida, no tenemos otro trabajo. Entonces ellos debieron ponerse a pensar que nosotros somos familias que mantenemos a nuestros hogares, y tenemos que llevar el pan a la mesa de nuestro hogar. Ellos solamente piensan en ellos, porque tienen un sueldo fabuloso, y nosotros tenemos qué rompernos el alma para poder ganar lo poco que se puede ganar, porque ni siquiera hay un ingreso como debe ser. A las justas, para poder pagar la olla, como se dice".

Este triste panorama se replicaba de alguna manera en el Centro Comercial *Polvos Azules*, aunque en un entorno comercial y laboral completamente distinto, pero con las huellas del maltrato por parte de las administraciones que los expulsaron sin miramientos del Centro Histórico y en medio de una franca reticencia hacia el proceder de las autoridades (Photo 83):

" (…) Amplias instalaciones iluminadas con luz natural, pequeños puestos de comercio de todo tipo de productos, en especial baratijas, juguetería y productos importados, así como la principal actividad comercial que se da en el Centro

Comercial Polvos Azules*, la de venta de calzado y ropa, en un espacio provisto con buenos equipamientos como baños, lugares para arrojar desperdicios, escaleras eléctricas y cajeros automáticos, describen este punto de reubicación de los comerciantes que antiguamente trabajaban en el Centro Histórico de la ciudad* [(Photo 84)]*. El lema de la asociación que creó este Centro Comercial está grabado en las baldosas de la plazoleta central: 'La primera fuerza comercial del Perú', subrayando su carácter popular y sindical. El escudo de la asociación es acompañado por una maqueta del Centro Comercial, en el centro de este espacio que puede ser visto desde los tres pisos en los cuales están distribuidos los locales comerciales. Ante todo productos importados y cosas baratas, así como todo tipo de ropa y textiles. Sus corredores están debidamente demarcados y numerados, y se respira un ambiente de orden, limpieza y tranquilidad para los clientes* [(Photo 85)]*. Esto hace que se produzcan relaciones de cordialidad y amabilidad entre los comerciantes y su clientela* [(Photo 86)]*. En las afueras, otros complejos comerciales comienzan a cobrar fuerza a partir de este polo económico, que ha logrado posicionarse en la ciudad. Allí se venden artículos complementarios a los encontrados en* Polvos Azules*, tales como cristalería, bisutería y artículos de cocina. En la zona del sótano,* Polvos Azules *tiene también locales donde se venden artículos importados, la cual se anuncia con un llamativo aviso de neón: artefactos, videojuegos, CD's, novedades de internet…*

Se pueden apreciar las composiciones de los locales, los zapatos y otros productos colgados de las estanterías repletas, las sandalias de animales, la ropa, las toallas,… Hay venta de cobijas como en el Ecuador, todo ambientado con música del gusto de la clase media y media baja latinoamericana.

(…) El policía que estaba acompañando al jefe de seguridad me comentó que hay dos puntos principales de reubicación: uno, el del mercado de Las Malvinas*, del cual surgió el Centro Comercial* Las Nuevas Malvinas*, sobre la vía de aditamento, cerca al río Rimac, y los mercados de flores que se encuentran en la plaza central. El segundo polo principal de reubicación es el Centro Comercial* Polvos Azules*; aquí no hubo reubicación de ningún tipo; los mismos comerciantes se organizaron para comprar un terreno en las afueras del Centro, muy en las afueras del Centro, y lograron crear el Centro Comercial gracias a la unión de 2.034 asociados. Los mercados de flores los ubicaron en el estadio y otras partes. El arriendo en cada uno de los locales de este Centro vale 300 dólares; antes era un terreno baldío. Esto quiere decir que ellos han generado una nueva centralidad comercial y, por otra parte, cada uno de los locales para comprarlo vale entre 9.000 y 10.000 dólares. Algunos llegan a valer 15.000 dólares, lo cual indica la valorización que ha logrado ese Centro Comercial. Un Centro Comercial muy organizado, muy bonito; ellos mismos recogieron el dinero para poder comprar el terreno y construir los locales.*

"El otro dato importante es que los vendedores ambulantes en general compraron lo que ellos denominan parques de estacionamiento o parqueaderos, y se reubicaron en el Centro Histórico pero dentro de esos parqueaderos; esa es la manera como ellos hicieron su reubicación. Estoy pasando por el Paseo de la República, donde hay un montón de vendedores ambulantes ofreciendo cualquier tipo de cosas, desde juguetería, patos de cuerda que caminan, muñecos de Yu-Gi*, bolas de* Bolitrón*, reglas de metal, tornillos, tuercas, etc. Hay de todo. También en el Paseo de la República hay fotógrafos que toman fotografías al hotel* Sheraton*, al Palacio de Justicia, y he visto todo tipo de comercio informal en las calles que quedan por detrás del Barrio Chino, por la Avenida San Lorenzo de Nola, y por las inmediaciones de la zona de salida de buses intermunicipales. Zonas bastante subnormales que contrastan inmensamente con lo que se puede encontrar en* Polvos Azules*, que es un Centro Comercial de primerísima calidad, donde se venden zapatos importados, calzado, confecciones, etc. También venta de libros, venta de manillas de relojes, venta de todo tipo de cosas. Hay para todo y para todos"* (Cuaderno de terreno);

(…) Entrevista con José Álamo, presidente de la Asociación Polvos Azules.

"C.C.: ¿Cómo empezó el proceso de desalojo del Centro Histórico y de reubicación de ustedes aquí?

J.A.: Cuando se declaró el Centro Histórico como Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO, el alcalde en ese entonces promulga la Ordenanza 062 para recuperar el Centro Histórico de Lima. A raíz de eso, se empiezan a convocar a todos los dirigentes de las asociaciones. A partir de allí, todo se reglamenta y empieza el requisito de que los ambulantes deberían salir. Entonces se trata de buscar los terrenos adecuados para trasladarse. En la Asamblea General, la Asociación de Vendedores Ambulantes de Polvos Azules *nombró comités de búsqueda de terrenos, y democráticamente elegimos este terreno que está en García Naranjo, cuya adquisición contó con el apoyo de la Municipalidad. Entonces, con esas condiciones, la Constructora y la Asociación decidimos comprar y construir esto al mismo tiempo. Con el apoyo del Distrito de* La Victoria*, logramos que nos dieran la calle libre para poder construir el terreno. Una vez coordinados y después de un tiempo de permanecer en la calle, cerramos todas las calles aledañas. Cuando terminamos la construcción de nuestro Centro Comercial, entonces ingresamos uno por uno a través de un sorteo, con la presencia de notarios y dirigentes de comisiones. Antes se hizo un estudio por la entidad de apoyo para evaluar cómo se debería hacer la distribución de los espacios. Se hizo el estudio, se siguieron las recomendaciones del estudio, de la investigación de mercados, y ahí nos*

ubicamos. Poco a poco nos hemos ido organizando mejor; cada uno tiene sus locales, de dos por dos metros cuadrados.

C.C.: ¿Qué tipo de apoyo dio la Municipalidad?

J.A.: La Municipalidad de Lima, el traslado. La Municipalidad invirtió en poner las camionetas, camiones y maquinaria para el traslado de los stands. *Y después que nos reubicaron, inversión en publicidad durante un mes. De ahí, el apoyo del Distrito de* La Victoria*, cuyo alcalde nos permitió la utilización de la calle mientras se construía. Después, entramos.*

C.C.: ¿Esto antes era un terreno baldío?

J.A.: Sí, era un terreno libre, de propiedad privada. Una compañía de acero, el grupo 'Vulcano', tenía tres propiedades, y poco a poco las hemos comprado; se hicieron las evaluaciones del financiamiento, del proyecto, se empezó a construir. Hoy en día ya está todo construido.

C.C.: ¿Cuánto duró el proceso de construcción?

J.A.: Nos estafó la empresa constructora; nos puso unos materiales que no eran. Estamos en una contienda legal, vamos a entrar a una contienda legal. Es un problema que tenemos que afrontar ahora; los malos dirigentes se dejaron comprar.

C.C.: ¿Usted es presidente?

J.A.: Mi cargo es secretaría de imagen.

C.C.: ¿Quiénes son los dirigentes en la Asociación?

J.A.: Son seis dirigentes: Presidente, Secretario General, Secretario de Recursos Económicos, Secretario de Asuntos Internos, Secretario de Atención al Cliente, Secretario de Imagen. Somos seis.

C.C.: Veo que se han valorizado mucho los locales, ¿no?

J.A.: Comercialmente sí.

C.C.: O sea, ustedes contribuyeron a valorizar este sector comercialmente…

J.A.: Sí, comercialmente sí. Ya están haciendo un estudio; la Universidad de Ingeniería está haciendo la valoración de eso. Antes aquí cada tienda costaba 8.000 dólares; ahora cuesta entre 15.000, 20.000 dólares, depende de la

ubicación. Comercialmente se ha valorizado. Somos más de 2.034 asociados. Algunos tienen dos, tres tiendas.

C.C.: ¿Cómo ve usted el proceso de desalojo de vendedores ambulantes aquí en Lima?

J.A.: Ha sido muy abrupto, muy radical ese proceso. La recuperación no ha sido tan de la noche a la mañana, es todo un proceso, hay problemas… Queríamos comprar en varios sitios, pero era un poco difícil, porque era Centro Histórico, va a haber un alto tránsito, así que no era tan viable, así que debíamos ver diferentes terrenos. Hasta que poco a poco, cuando conseguimos el terreno, se compró y se empezó a construir.

C.C.: ¿La Alcaldía tomó medidas demasiado autoritarias?

J.A.: Una parte tuvo que ponerse con medidas bastante radicales, autoritarias; la Policía Municipal, con el apoyo de la Policía Nacional…

C.C.: Ya en este momento el Centro Histórico ha cambiado mucho, ¿no? O sea, está completamente libre de vendedores…

J.A.: Ambulantes siempre hay un poco, pero ya así en gran cantidad, que estén utilizando la calle, no, pero siempre hay ambulantes… Más que todo en la noche; a partir de las 7, 8 de la noche. En algunos puntos, no en todos. Siempre hay vendedores.

C.C.: ¿La Municipalidad ha resuelto la situación del conjunto de vendedores que había en el Centro Histórico?

J.A.: Casi la mayoría los resolvió, pero los desalojó. La mayoría.

C.C.: ¿Y no les dio ningún tipo de solución?

J.A.: No, la solución fue que a una parte de los ambulantes los reubicó por la Avenida Argentina, en un espacio del municipio. Hoy el Alcalde Castañeda los ha desalojado ya. Pero previamente ya algunos habían construido sus centros comerciales.

C.C.: ¿Ese es el Mercado de Las Malvinas*?*

J.A.: Sí.

C.C.: Pero me han dicho que algunos de Las Malvinas *también han salido algunos a otro Centro Comercial…*

J.A.: Ah, ese es Cantagallo*, en un local que es del Estado. Es una parte.*

C.C.: ¿Y el Estado mismo se los asignó?

J.A.: Sí, con la coordinación de la Municipalidad.

C.C.: ¿Los vendedores aquí están contentos con el lugar que les correspondió?

J.A.: No muy contentos, porque alrededor pululan hoteles que permiten la prostitución, y por ende trae la delincuencia, y eso nos afecta a nosotros. El actual Alcalde parece que no tiene mucho presupuesto y personal de la Policía Municipal, y en parte le falta decisión para cerrar esos hoteluchos, porque eso nos perjudica.

C.C.: ¿Qué aspectos cree que se deberían tener en cuenta para una adecuada reubicación de las ventas ambulantes en Lima?

J.A.: Crear condiciones favorables, todo tipo de servicios, de estacionamiento, de seguridad, todas esas condiciones básicas para que funcione un Centro Comercial.

C.C.: ¿Piensa que los vendedores ambulantes deberían estar ubicados en el Centro Histórico?

J.A.: En locales adecuados, sí. Aunque el requisito es que solo hay rubros que no deben estar y están: el rubro de artesanías y turismo para el Centro Histórico, de acuerdo con la Ordenanza 062.

C.C.: ¿Y los demás por fuera?

J.A.: Hay centros comerciales que venden ropa, calzado, de todo, pero están ya en locales fijados. Locales privados. Hay gente que tiene su local y lo ha acondicionado como para centros comerciales y así están funcionando.

C.C.: ¿Piensa que este proceso de reubicación ha afectado al vendedor?

J.A.: Algunos han sido beneficiados como algunos han sido afectados, pues algunos se quedaron sin donde trabajar, sin recursos económicos. Otros con recursos económicos los han perdido y han tenido que buscar otra cosa. Otros han logrado organizarse bien y tener su mercado.

C.C.: ¿Y para ustedes es bueno el cambio?

J.A.: Para nosotros sí lo ha sido, porque vemos el resultado de nuestra decisión y de nuestro trabajo. Ya estamos más seguros, con un Centro Comercial propio…

C.C.: ¿Y otros?

J.A.: Otros se han quedado en nada, se han quedado en la pobreza, en la miseria.

C.C.: De uno a cinco, ¿cómo calificaría la política de reubicación de vendedores ambulantes que ha llevado a cabo las sucesivas alcaldías?

J.A.: La administración debe dar primeramente todas las facilidades, que sea un proceso de permanente diálogo y negociación, y darles a los comerciantes las condiciones favorables, la publicidad adecuada, porque a partir de eso la Municipalidad también recauda impuestos. Ahorita nosotros estamos pagando impuestos; poco a poco nos estamos legalizando, formalizando.

C.C.: ¿Piensa que era necesario desalojar el Centro Histórico de vendedores ambulantes?

J.A.: Sí era necesario, pero también hay otro problema aparte del problema ambulatorio. El problema ambulatorio se da porque nuestro país se ve en una situación económica difícil de hiperinflación, y la gente debe salir a la calle así sea a vender caramelos, una prenda pequeña, para de ahí poco a poco poder sobrevivir. En Perú se dio esa situación, gracias al sistema ambulatorio que es el colchón de la crisis económica. Se creó ese colchón económico, entonces se ven obligados a tomar las calles. La consigna de las mismas autoridades era que 'la calle es del pueblo y para el pueblo', entonces el pueblo se tomó las calles y se hizo ambulante. Es una situación de carácter social; la sociedad peruana creó al ambulante peruano. No es como en otros países, no tuvieron esa crisis económica que tuvimos nosotros, una crisis dura, difícil.

C.C.: Usted era vendedor?

J.A.: Sí, yo era vendedor en el Jirón de la Unión*, la cuadra 8 del* Jirón de la Unión*. Empecé de muy pequeño, a los 17 años. Primero nos trasladaron a la calle* Polvos Azules*; estuvimos 16 años ahí, ubicados temporalmente.*

C.C.: Qué vendían allá?

J.A.: Igualito a lo que vendemos acá: ropa, zapatos,… todos han nacido ambulatoriamente. No hay nadie que haya salido así de una tienda.

C.C.: Usted tiene su puesto aquí?

J.A.: El mío y el de mi esposa. Tenemos dos tiendas".

(…) "Complementando la entrevista, José Álamo me decía que tanto la diferenciación como la situación de violencia son factores que también influyen sobre el surgimiento del vendedor ambulante como sujeto urbano, o como personaje que hace parte del entorno urbano. Todo lo que estoy viendo en este Centro Comercial ha sido el producto del esfuerzo propio. Uno de los símbolos que ellos tienen es el de la hormiguita, para significar que aquí se ha trabajado muchísimo y en equipo, y a partir de ese trabajo se intentó a hacer frente a la gran crisis económica que se suscitó antes del gobierno de Fujimori, y que condujo a toda una serie de ventas ambulantes en las inmediaciones del Centro Histórico que fueron muy intensas durante ese período. Todo tiene una excelente organización, al punto que hay un sitio para comidas, teléfonos públicos, prácticamente en todas partes se permite el pago con tarjeta de crédito, hay almacenes con telefonía celular… si entramos a otras secciones hay secciones de confecciones de todo tipo, zapatos… Aquí en lugar de decirle a las chaquetas 'chaquetas', les dicen 'casacas'. '¿Pantalones? ¿Quieres pantalones?'. No son tan bulliciosos como en otros centros comerciales, pero de todos modos ofrecen su mercancía.

"La conclusión es que todo esto ha sido fruto de políticas completamente arbitrarias por parte de la administración, y que se ha llevado a cabo un proceso de manera muy autoritaria, en el cual los comerciantes informales no han encontrado ninguna clase de apoyo" (Cuaderno de terreno).

Pese a todas estas iniciativas de desalojo y reubicación de los comerciantes informales del Centro Histórico, había muchas zonas en las cuales se podían encontrar numerosos contingentes de vendedores, especialmente en los alrededores de ciertos templos y lugares turísticos (Photos 87 et 88). Esto se podía apreciar, por ejemplo, en la Basílica de San Francisco, situada en cercanías de la Plaza Mayor, lugar de interés histórico y bastante frecuentado por los turistas debido a que es la entrada a las antiguas catacumbas de la ciudad (Photo 89). En sus alrededores se instalaban, en el momento de mi viaje, vendedores de varios productos, tales como artículos religiosos, comidas y bebidas, algunas de ellas bastante tradicionales del Perú, como el emoliente y la quinua (Photos 90 et 91). Los visitantes se sentaban en las pequeñas mesas improvisadas en los alrededores de cada uno de los puestos, para degustar estos productos ofrecidos por los comerciantes en un espacio eminentemente patrimonial (Photo 92).

En total, "cerca de 20.000 vendedores informales peruanos no autorizados fueron desalojados durante todo el proceso de recuperación del Centro Histórico en

Lima", pues se decía que "la ocupación del espacio público (alrededor de 200 manzanas) por aproximadamente 20.000 vendedores ambulantes convirtió el Centro Histórico en un gran mercadillo" (s.a., 2000: 2). No obstante, como en otras ciudades latinoamericanas, esta actividad tenía un remoto antecedente en la época colonial. En el mercado de *El Gato* se vendían

> "…todo género de frutas y viandas; todo lo cual venden negras e indias, en tanto número que parece un hormiguero. Las cosas que se hallan en este mercado son cuantas una muy abastecida república puede apetecer para su sustento y regalo. Hay asimismo muchos tenderijos de mercaderijos, indios que venden mil menudencias. Por toda la acera de Palacio corre hilera de cajones o tiendas de madera arrimadas a las paredes, de mercaderes de corto caudal, sin otras muchas tiendezuelas portátiles que hay en las dos aceras y en el tiangues o mercado; en el lado de las casas de Cabildo nunca deja de haber almonedas, donde se venden a precios bajos ropas traídas, y cuantas cosas pertenecen para alhajar una casa" (Romero, 1999: 97).

El vendedor ambulante y callejero jugaba un papel de comunicador de los mundos existentes en la compleja y abigarrada "sociedad dual" limeña, creando los escenarios o siendo él mismo el artífice de la integración y el encuentro entre los universos socioculturales que se habían creado en esta importante ciudad del reino español en América:

> "El sociólogo Eduardo Arroyo sostiene que durante la Colonia los vendedores ambulantes comunicaban a la Lima señorial con la popular. A pesar de la discriminación existente, el investigador refiere que estos comerciantes cruzaban todos los días el río Hablador para ofrecer sus productos y servicios.
>
> "El Puente de Piedra –que conectaba la ciudad con el antiguo barrio de San Lázaro- era la frontera física que separaba a los señores españoles y criollos de los indios y negros" (Pinedo García, 2002: 1).

Estos encuentros se producían a cualquier hora del día, empezando desde muy tempranas horas de la mañana: a las seis de la mañana madrugaban la lechera y el panadero; entre las nueve y diez de la mañana, aguadores, vendedores de tamales, choncholíes y zanguito de ñajú; hacia las once de la mañana, mulatas zalameras que vendían dulces, como frejol colado, chancaquitas de cancha y maní, ranfañote; al mediodía, aparecía el vendedor de fruta fresca y el pregonero de ante, una especie de sangría de vino de chacra; a media tarde eran frecuentes el vendedor de melcocha, la picaronera, la anticuchera, el bizcochero, la mazamorrera, la champucera y las picanteras (Ibid.).

Pese a los continuos y radicales operativos, la presencia de los vendedores callejeros continúa siendo un fenómeno sociocultural imposible de erradicar totalmente de las calles del Centro Histórico: cambistas de dólares, emolienteros, vendedoras de picarones, anticuchos, tamales, zanguito, champús caliente o chicha de jora siguen haciendo presencia en muchos lugares del sector, como testimonio del significado profundo que reviste el comerciante informal en las calles de cualquier ciudad del mundo: "El gasfitero, otro personaje que sobrevive como trabajador informal, surgió en tiempos de Ramón Castilla, cuando empezó la instalación del servicio de gas. (…) Los sorteros –por lo general hombres jorobados que vendían cachitos de loterías- cumplieron una función similar a la que realizan ahora las vendedoras de 'tinka'" (Ibid.).

Esto no significa, sin embargo, que la situación en el Centro Histórico limeño no haya cambiado de forma sustancial:

> "Hoy el Centro Histórico de Lima es un lugar muy diferente. Las calles están libres de vendedores ambulantes, las veredas no están cubiertas de basura y los parques son seguros y están impecablemente cuidados. Los domingos, el Centro se llena de limeños que llegan de otras partes de la ciudad: los niños juegan a la pelota en las plazas, mientras sus padres conversan sentados en los bancos. (…) Todos los días puede verse a los turistas, solos o en grupos, tomando fotografías de los numerosos monumentos de la ciudad [(Photos 93-95)]" (Elton, 2001: 1).

En los lugares antes ocupados por los comerciantes callejeros, se pueden apreciar bancas para el descanso de los peatones (Photo 96), y algunas zonas que han sido apropiadas por el capital privado para ocupar el espacio público de manera regulada y orientada a otros fines, lo cual no deja de ser polémico, pero le otorga a los entornos urbanos un atractivo especial, bastante apreciado por turistas y visitantes locales (Photo 97). Del mismo modo, y como sucede en las principales ciudades del mundo, los jirones, pasajes y calles peatonales liberados del comercio informal masivo le abren la posibilidad a los artistas callejeros, los vendedores de artesanías y otras actividades de carácter cultural de interactuar con turistas y transeúntes (Photo 98).

Toda esta dinámica contrastaba con las acciones administrativas para avanzar en el proceso de reubicación e incorporación laboral de los antiguos vendedores informales, el cual no había aún llegado a su culminación, en especial entre aquellos comerciantes con menos recursos y nivel de vida:

> "16 de Junio de 2003. *Lunes, primer día de la semana, día en que comienzan a funcionar las oficinas, por lo cual acudí al 177 de no sé qué calle para conocer*

las oficinas que están encargadas de la situación del comercio informal en el cuarto piso, y la División de Reubicación de Vendedores Ambulantes del Centro Histórico y por fuera del Centro Histórico, en el quinto piso. Allí me comuniqué con la secretaria del funcionario encargado de la reubicación de los vendedores ambulantes. Es impresionante la cantidad de personas que están haciendo cola para ser reubicados; todos ellos están buscando un empleo. Hay demasiado desempleo; ellos tienen unos uniformes y unas cachuchas que dicen 'promoviendo empleo', de la Municipalidad Metropolitana de Lima. Estas cachuchas y este uniforme son los que les fueron asignados durante el gobierno de Andrade, el anterior Alcalde.

"Ha habido como dos procesos, y entre uno y otro proceso se han presentado incompatibilidades que han demorado un poco los trámites. Me encontré con unas señoras que me decían que todos los locales habían sido pagados por los vendedores ambulantes, como los de Polvos Azules*, y uno de los puntos más importantes como el del Mercado Central ha sido reubicado también; los vendedores ambulantes legalizados no solamente tienen los puestos verdes que hemos visto, sino también tienen asignado el permiso y los carritos de ventas ambulantes, que también han tenido qué pagarlos ellos mismos. Lo único que ha dado la Alcaldía ha sido el permiso.*

"(…) La señora estaba cansada, le dolían los pies, y entonces le tocaba sentarse en una silla que llevaba ella misma para poder descansar. Esto habla de las condiciones de trabajo y de vida que tienen que sufrir; el hecho de tener que vender parados todo el día les afecta notablemente la salud. Los vendedores ambulantes se han quejado de que les quitan continuamente la mercadería, que los han desplazado del Centro Histórico, dejándolos sin la posibilidad de vender en el punto más central, donde hay mayor afluencia de personas. La otra circunstancia que se ve es la utilización del espacio público por el sector privado por parte de restaurantes que ahora están claramente delimitados, y a ellos sí se les permite la ocupación o la invasión de este espacio, avalado por la legalidad. También he visto grandes grupos de turistas que vienen a conocer el Centro de Lima. Un informador turístico me decía que todas las calles adyacentes a la Plaza de Armas estaban ocupadas por los vendedores ambulantes.

"Junio 18 de 2003. *En estos momentos en Lima hay un programa llamado 'te atiendo, te cuido', que es la razón por la que los vendedores ambulantes están haciendo fila ahí afuera todos estos días. Este programa trata de mantener la limpieza en las vías públicas para permitir de esta manera la presencia de vendedores ambulantes, es decir, ellos tienen su licencia y su uniforme, y de esta manera, a través de una buena presentación pueden vender sus mercancías; la asignación de su tacho y su escoba hace que los vendedores cuiden la ciudad. Entonces los están dejando trabajar, pero en condiciones de limpieza y de responsabilidad con la ciudad y la ciudadanía. Al mismo tiempo que se permite*

el comercio informal, se promueve un compromiso con los ciudadanos. Entonces esta es una de las formas de solucionar el problema de la informalidad en Lima. Los vendedores están contentos, sobre todo en la medida en que los están dejando volver a instalar sus puestos de venta ambulante en las calles aledañas del Centro Histórico, especialmente en la Avenida Abancay y el Jirón Lampa. *Entonces están bastante conformes porque van a estar cerca al Centro, no como otros ambulantes que los trasladaron fuera del Centro de la ciudad"* (Cuaderno de terreno).

Tuve la oportunidad de entrevistar a algunos de estos vendedores para conocer su punto de vista sobre la situación vivida en aquel entonces. Adriana Aguilar era una de las personas que se encontraba en la fila:

"C.C.: ¿Usted participa en el programa 'Promoviendo empleo'?

A.A.: Sí.

C.C.: ¿Y cómo le ha parecido ese programa de la Municipalidad?

A.A.: Muy bien, muy bueno, en realidad trabajamos muchas personas que no nos aceptan en las empresas por la edad. Por lo menos tenemos un trabajo seguro, para poder llevar pa' la casa.

C.C.: ¿En qué trabaja usted?

A.A.: Yo vendo artículos de escritorio.

C.C.: ¿En dónde?

A.A.: Al costado del Diario El Comercio*, en el* Jirón Lampa*; ahí vendo sobres de manila y lapiceros.*

C.C.: ¿Y usted escogió la actividad?

A.A.: Sí, trabajaba con esa mercadería.

C.C.: ¿Y estás en la vía pública?

A.A.: Sí, en la calle";

"C.C.: ¿Cómo es su nombre?

F.S.: Francisco Sarmiento Lizama.

C.C.: ¿Usted participa del programa 'Promoviendo empleo'?

F.S.: Sí.

C.C.: ¿Qué le ha parecido ese programa de la Municipalidad?

F.S.: El programa está yendo bien, y en la anterior administración también. Lo único que estamos haciendo es cumplir con las ubicaciones que nos está poniendo la Municipalidad, ordenando la gente como debiera ser. Estamos contentos con la manera como nos ha tratado, y estamos bien. Estamos esperando órdenes del Alcalde Castañeda, que nos está dando la oportunidad de trabajar en las vías públicas, pero ordenado, y por lo mismo estamos cumpliendo las personas que queremos trabajar, y con nuestra escoba y tacho *apoyando a la Municipalidad con la limpieza de las vías públicas. Las personas que trabajen desordenadas las estamos poniendo en su sitio como representantes de cada zona, y a la vez para poder seguir trabajando ordenados. Así vamos a salir adelante, si la Municipalidad nos apoya en ese aspecto, y poniendo de nuestra parte vamos a acabar con los ladrones, los rateros; nosotros también auxiliamos, y vamos a trabajar conjuntamente con ellos como parte de la ciudadanía".*

Finalmente, tuve la oportunidad de ingresar a las oficinas de la Municipalidad para entrevistarme con Edwin Ugaz, uno de los funcionarios responsables de este proceso, el cual se desempeñaba en ese entonces como Jefe de la División del Comercio Informal en el Centro Histórico. Esta entrevista constituye un resumen del proceso que hemos descrito, visto desde una perspectiva institucional:

"C.C.: Cómo ha sido el proceso de recuperación en los últimos años del Centro Histórico de Lima?

E.U.: Primero te tengo que contar que el Centro Histórico fue ocupado durante muchas décadas por una migración que se suscitó desde el interior del país, debido a los fenómenos que se dieron en los años 50's y 60's. En esa época el Perú estaba en un apogeo agroindustrial, y mediante la intervención del gobierno militar del General Velasco, surge lo que se denomina 'la reforma agraria', es decir, el cambio del capital agrario de las manos de los propietarios a las manos de los trabajadores. Es decir, cada agricultor fue dueño de la parcela que trabajaba para el hacendado en esos momentos. Eso trajo como consecuencia la descapitalización de los recursos naturales y una baja en la producción; en tal sentido, muchos de los productos e industrias que estaban surgiendo comenzaron a descender más su producción, lo cual causó despidos, cierres de haciendas, cierres de la producción, y por lo tanto en las zonas de las serranías y la parte de la costa una baja en toda la economía. A eso se suma que

en la década de los 70's y 80's comenzó el género del terrorismo en todo lo que es la parte de la Sierra Central del Perú, y eso provocó también una migración muy fuerte hacia lo que era el Centro Histórico de Lima. La ciudad de Lima se vio en un momento ocupada por una gran cantidad de personas provenientes de la serranía del Perú, que no sabía en qué ocuparse. Entonces vieron como única alternativa hacer uso de las vías públicas, lo más fácil, ¿no? Hacer la venta comercial. Costumbres que también se tienen en las serranías, pero que en poblaciones controladas no generan un entorpecimiento del uso de las vías públicas. ¿Qué sucedió? Que en el transcurso de todos estos años, esos comerciantes que se asentaron en la vía pública comenzaron a transformarse en otro tipo de comerciantes: ya no eran los comerciantes que guardaban sus cosas, sino que en las noches comenzaron a crear artefactos, quioscos, espacios donde podían dejar ya guardadas las mercaderías en la vía pública. Eso sucedió en la zona del Mercado Central, en el campo ferial de Polvos Azules, y muchas zonas céntricas de la ciudad. Entonces encontramos en el año 1994 una ciudad llena de comerciantes informales. La UNESCO había hecho una evaluación del patrimonio cultural del Centro Histórico de Lima, y dieron un pronunciamiento oficial reconociendo a la ciudad como Patrimonio Cultural de la Humanidad, exigiéndole a la Municipalidad que tenían que proteger ese patrimonio. Si no, iban a perder de todas formas ese galardón, si lo podemos llamar así. La Municipalidad de Lima promueve a través de su Consejo de Regiones, encabezado por el Alcalde Municipal, una ordenanza, una ley de la jurisdicción de Lima que permitiría darle una mejor administración a este Centro Histórico con base en ese reconocimiento. Esta norma es la Ordenanza 062 de 1994, del 4 de abril; en esta norma se dan una indicaciones de cómo se debe erradicar el comercio de las vías públicas, indicando que debe ser progresivamente y ubicándolos en espacios fuera de las vías públicas del Centro Histórico. Todo este trabajo se inició de manera concreta en 1996, siendo Alcalde el doctor Alberto Andrade Carmona, con el cual la técnica principal para este tipo de trabajos fue la concertación entre los funcionarios de la Municipalidad y los comerciantes de la vía pública. Estos comerciantes se rehusaban a desocupar la vía pública, pero ya había un clamor popular de toda la conciencia ciudadana que le pedía a la Municipalidad la recuperación de los espacios públicos, porque había zonas que se habían tornado intransitables: el Mercado Central, el Jirón Lampa, que es el acceso a la ciudad de Lima, las calles de Camaná, las calles de Pachitea, y una gran cantidad de vendedores en la Calle Pizarro, en la cual según estas normas, según las recomendaciones de la UNESCO, no debía haber comerciantes informales, y se debería promover la preservación de estos monumentos históricos. El trabajo de conservación fue arduo, e inclusive se tuvieron que realizar unos operativos de erradicación con poco apoyo del gobierno central. En ese momento había una coyuntura política que no permitía que el gobierno municipal y el gobierno central tuvieran una coherencia de ideas. En el año 1997 y 1998 se logra, con el apoyo de la Policía Nacional, erradicar a los comerciantes informales de la zona del Mercado

Central, que eran unos comerciantes que tenían treinta años trabajando en la vía pública, y que fueron reubicados hacia una zona periférica de la ciudad, conocida como la Panamericana Norte, un local conocido como FEVACEL*. Otros grupos fueron trasladados hacia la zona de* Las Malvinas*, que en este momento ha sido nuevamente recuperada.*

El lineamiento de la División del Comercio Informal y de la Municipalidad de Lima es promover la formalización de los comerciantes que trabajan en la vía pública. Es decir, ese comerciante que ya tiene un ingreso regular que le permite generar una empresa o poner un local comercial, se le presta la asesoría técnica y administrativa para poder desarrollar este negocio de una mejor manera. Todas estas ideas se expusieron ante los comerciantes; algunas fueron recibidas de muy buena forma, otras no fueron acatadas de la misma manera. Pero lo que sucedió es que había ya una corriente distinta en la ciudad, nuevas generaciones de comerciantes informales que no tenían la mentalidad de los primeros ocupantes que solamente aceptaban la vía pública. Ellos decidieron aceptar las reubicaciones, bajo la condición que la Municipalidad les brindara todo el apoyo. Uno de los temas que ahora se está tocando es el de la recuperación de la Avenida Las Malvinas*. Ese grupo de comerciantes estuvieron trabajando en el Centro Histórico de Lima, fueron reubicados allí con un compromiso municipal, compromiso que ya había cesado también después de varios años, y que ya con una intervención nuevamente municipal, están ingresando a locales que son de su propiedad, y han comprado en la mayoría de los casos de manera conjunta, a través de las organizaciones sociales que se habían conformado en el transcurso de su funcionamiento en el sector. En la mayoría de los casos, se trata de unas personas que habían ya logrado una pequeña empresa, un pequeño capital, que los podría motivar a invertir en un local comercial, pero también encontramos personas que no tienen un capital suficiente para poderse formalizar, es decir, adquirir un local que les permita expender sus productos con suficiente tranquilidad, y con la normalidad que se necesita para este tipo de servicios. Con este grupo de comerciantes que hemos identificado nos hemos reunido para generar algunos programas de comercialización. Entre esos está el programa 'te atiendo, te cuido', que está en este momento en evaluación. Los integrantes son 500 comerciantes informales de la vía pública, los cuales van a ser reubicados en distintos puntos de la ciudad, teniendo en cuenta la diversidad de pequeñas actividades económicas que se pueden dar en la vía pública en beneficio de los usuarios de la misma, tratando de no entorpecer los espacios públicos ni el desenvolvimiento de los paraderos de tránsito. Estos señores comerciantes serán ubicados en diferentes puntos de la ciudad, principalmente en las arterias de Lima: Aditamento, Abancay, en la zona céntrica de la ciudad de Lima.*

C.C.: ¿Cómo fue el proceso con Polvos Azules*?*

E.U.: Polvos Azules *es una explanada que tiene una función distinta para lo que fue creada en un primer momento. Fue creada por el Alcalde Urrego, quien generó la explanada para que fuera un gran estacionamiento de vehículos. Pero con la reubicación de los vendedores del Centro Histórico, él llegó a un acuerdo con los vendedores, ofreciéndoles este espacio con un promedio de tres años para que lo ocupen. Al ocupar esos comerciantes y no haberles hecho un buen seguimiento, este comercio comenzó sobre la vereda, y se convirtieron en quioscos y armazones de metal que permitían un almacenamiento mayor. Este mercado fue declarado campo ferial y tuvo quince años de funcionamiento; al cabo de esos años, y luego de las evaluaciones del gobierno de turno, se estableció que la mayoría ya habían capitalizado lo suficiente. En una norma interna de la Municipalidad, el capital mínimo que puede tener un comerciante debe fluctuar por las dos unidades impositivas tributarias, y cada unidad es alrededor de 3.500 soles hoy, o sea, 7.000 soles, pues los comerciantes ya habían rebasado ese movimiento de capital. El movimiento en conjunto llegaba al millón de dólares, y se comerciaban una serie de productos de importación que ya merecían otro tipo de fiscalización, otro tipo de control, y para los usuarios es una garantía mayor. Todo este análisis hizo ver que ese no era ya un lugar adecuado para ese tipo de comercialización, y se iniciaron conversaciones con la gente de* Polvos Azules *para reubicarlos: un grupo en el Centro Comercial* Unicentro*, que era un Centro Comercial estructurado en el cual estaban haciendo venta de locales; y otro grupo de ellos decidió organizarse con el apoyo de la Municipalidad de Lima, e iniciar la compra de un inmueble en los alrededores de la Vía Expresa, en el Distrito de La Victoria, entre el* Paseo de la República *y el* Jirón García Naranjo*, un local que debe promediar los 3.000 metros cuadrados. Con el apoyo de la Municipalidad lograron estructurar un diseño, ya no solamente para ser un campo ferial sino para tener un Centro Comercial para los comerciantes informales que iniciaron un proceso de formalización. Esta medida en un primer momento no fue acatada con agrado, tuvo que haber varias intervenciones, hubo en un momento una intervención de fuerza, haciendo prevalecer la autoridad municipal, pero al final todos los comerciantes fueron reubicados pacíficamente hacia los puntos de la García Naranjo, donde se dieron conversaciones con el Distrito de La Victoria para coordinar este desplazamiento. Hoy en día el Centro Comercial* Polvos Azules *ya está en una segunda etapa; es un Centro Comercial de tres niveles superiores y un sótano; los dos primeros niveles ya están prácticamente terminados y en funcionamiento, porque la infraestructura lo permite. Entonces ya ellos están emprendiendo otra etapa, están en condiciones de inversión de otro tipo de negocios, y han pasado ya a un tipo distinto de la economía. Mientras antes estaban en la vía pública, en algo que no les pertenecía, ahora de manera conjunta son dueños de un bien, un bien que sí les pertenece, que eventualmente pueden dejárselo a sus hijos, y que pueden utilizarlo como una garantía de capital para seguir obteniendo préstamos y reinvertir en su propio negocio, cosa que no podían hacer cuando estaban ocupando la vía pública.*

C.C.: Cuál es el conflicto entre los comerciantes de Cantagallo *y los comerciantes de* Las Malvinas *que se instalaron allí?*

E.U.: Bueno, eso es un problema un poco difícil de explicar, pues el local de Cantagallo *es un local que le pertenece al Estado peruano. Entonces el gobierno a través de sus representantes benefició a un grupo de comerciantes con esos espacios. En una intención de invasión, un grupo de comerciantes informales de* Las Malvinas *ingresaron a la fuerza a ese local. Para estos efectos, la Municipalidad actuó como mediador, y en estos momentos, con el consentimiento del gobernador de la ciudad de Lima, que es la autoridad política que depende del gobierno central en lo que es la jurisdicción de Lima Callao, se han firmado actas entre los invasores y los invadidos, en el cual los invasores están solicitando un espacio dentro del inmueble, argumentando que ellos se encargarán de la promoción del espacio, en la medida en que el Centro Comercial o el recinto ferial llame la atención al público, cosa que no se hacía antes, pues los invadidos solamente eran microproductores. Entonces eso que se avizoraba como un conflicto ya no es un conflicto, ¿no?, sino que se ha convertido en una alianza positiva que va a permitir un mejor desarrollo de la economía en ese local.*

C.C.: En qué consiste el programa 'Promoviendo empleo' que he visto últimamente?

E.U.: El programa 'Promoviendo empleo' fue una idea de la administración anterior que no se llegó a consolidar. Una serie de comerciantes fueron empadronados por la Municipalidad para tener un espacio de venta donde ellos pudieran medianamente subvencionar sus gastos. Pero no se pudo concluir la normatividad legal; entonces nosotros estamos tratando de crear un marco legal que se adecúa mucho a las necesidades de los comerciantes que se encontraban empadronados para prestar ese servicio. En 'Te atiendo, te cuido', una campaña municipal, en los cuales estamos incluyendo a estas gentes que fueron inscritas sin ninguna normatividad legal, optaron por ocupar la vía pública; entonces, a través de un decreto de la Alcaldía firmado por el señor Luis Castañeda Lossio el mes pasado, vamos a redireccionar y hacer un seguimiento real a estos comerciantes, con el fin de que de manera conjunta se capitalicen para lograr el objetivo del reordenamiento de la ciudad; de repente ellos solos no podrían optar por un local o crear una microempresa, pero ya nosotros organizándolos y de manera conjunta, las posibilidades son mucho más amplias. Estamos esperando que este grupo de personas, a través de esta campaña, comiencen a trabajar en el transcurso o a finales de este mes, teniendo una serie de comerciantes organizados que le brinden garantías de servicio a los usuarios, permitiendo hacer una ocupación ordenada de la vía pública, y hacerles un seguimiento

económico para que ellos puedan capitalizarse lo suficiente y tener otras opciones".

Así terminó mi experiencia en la majestuosa ciudad de los balcones y las iglesias barrocas, de la cual se puede decir que contrasta abiertamente con la situación observada en Quito. Sin embargo, las condiciones estructurales de pobreza y marginalidad de las naciones latinoamericanas persisten, y las soluciones que se le dan a estos problemas terminan por desembocar en el resurgimiento de la problemática social en el mediano plazo, ante lo cual los organismos internacionales tienen poco o nada qué hacer para resolver este tipo de situaciones.

Capítulo 3. México, D.F.

Entre Agosto y Noviembre de 2006, logré completar el mosaico de casos latinoamericanos que consideraba similares a la situación vivida en San Victorino, con ocasión de mi visita a México. La Universidad Externado de Colombia, a través de la Facultad de Administración de Empresas Turísticas y Hoteleras (con quien trabajaba en ese entonces), contribuyó a la financiación de mi viaje y me proporcionó el tiempo necesario para llevar a cabo esta exploración etnográfica por territorio "manito".

Lo que intento hacer en estas páginas es una narración de la experiencia vivida en México en relación con la problemática de las "zonas de frontera". Considero que el fenómeno de la informalidad en los principales centros urbanos del país azteca hace parte de la inmensa riqueza social y cultural de esta nación que merece toda mi simpatía y admiración. Sin embargo, lamento que la exuberancia y magnificencia de sus expresiones socioculturales se vea empañada por los profundos contrastes que las condiciones históricas y geográficas acumuladas desde tiempos inmemoriales en el actual territorio mexicano han trazado en su siempre agitada dinámica social.

Este territorio ha sido un escenario de cruce y confluencia de poblaciones diversas desde tiempos antiguos, y ya en el momento de la llegada de los españoles existían miríadas de personas de múltiples procedencias que compartían un espacio sociocultural común. La antigua Tenochtitlán llegó a ser, ya desde el siglo XV, la ciudad más poblada del mundo, situación que deslumbró, sin duda, a los primeros conquistadores europeos.

No resultó distinta mi impresión al llegar a la capital mexicana, pues incluso desde el avión podía apreciar las tremendas proporciones de esta megalópolis de más de 20 millones de habitantes. Luego lograría darme cuenta que, en muchos sentidos, esta gran ciudad desbordaría todas mis expectativas. Había escuchado que el

fenómeno del comercio informal urbano era bastante significativo y visible en México, pues hacía parte de una tradición cultural profundamente arraigada en su herencia indígena, pero nunca me imaginé que su presencia en cada rincón de la capital fuera tan palpable. Desde el primer día de mi exploración urbana, saltaron a mi vista decenas y decenas de puestos de venta callejeros dispersos en todos los rincones del Centro Histórico.

En realidad, no me esperaba esta situación. Por el contrario, había leído en algunas noticias de prensa desde Colombia que buena parte del comercio informal en el Centro Histórico del "DF" había sido reubicado en centros comerciales de los alrededores, o había sido emplazado en establecimientos subterráneos construidos en el propio centro. Sin embargo, la capital de los mexicanos sigue manteniendo una intensa actividad comercial en sus calles, preservando así una práctica cultural relacionada con la forma que adquirían los mercados desde tiempos precolombinos (Photos 99 et 100).

Resultó bastante interesante constatar que el término "*tianguis*" es objeto de un uso frecuente entre los mexicanos para referirse a los mercados callejeros, pues, como ya lo había mencionado, el mismo vocablo es empleado en Ecuador y otros países latinoamericanos. Me pregunto si esta palabra fue reconstruida por los españoles en su proceso de colonización, lo cual le habría proporcionado una forma común en el espacio latinoamericano, o si efectivamente el término era el mismo para los indígenas sudamericanos y centroamericanos en épocas precolombinas, con lo cual estaríamos ante una coincidencia lingüística que nos podría revelar muchos elementos significativos de las relaciones entre las sociedades indígenas antes de la llegada de los europeos. Sin embargo, el "*tianguis*" parece ser un término proveniente del náhuatl, lengua de origen mesoamericano ampliamente difundida por los aztecas en América Central, que luego habría de ser adoptada por conquistadores y misioneros para la difusión de las premisas civilizadoras occidentales en otras regiones de América.

La gran influencia que llegó a adquirir México en América con la llegada de los españoles se debió no solamente al alto grado de sofisticación cultural de las civilizaciones presentes en el territorio mesoamericano, sino a su importante posición geoestratégica en el contexto mundial. México llegó a constituir el centro demográfico, económico, político y sociocultural del proceso de globalización gestado a partir del Renacimiento europeo, lo cual le confirió un sitial de privilegio en las dinámicas socioculturales que se produjeron en este contexto histórico. México fusionaba el norte y el sur del Nuevo Mundo con el Oriente y el Occidente del globo recién conquistado por la conciencia y la racionalidad humana, en un cruce de caminos que hizo surgir en la capital del entonces virreinato de la Nueva España uno de los mercados más importantes del mundo, donde confluían los principales comerciantes del Antiguo Continente con las formas locales de

mercado indígena existentes en épocas previas al encuentro entre europeos y americanos: el "*Parián*", nombre adoptado por el virreinato novohispano de las islas Filipinas[28], territorio del Imperio español que se convirtió en la puerta de entrada de las mercaderías asiáticas hacia Europa, haciendo tránsito en Acapulco, Ciudad de México y Veracruz (Photo 101): "En México había cuatro ferias 'con grande cantidad de mercadería, de sedas, paños, todo cuanto se puede hallar en las más abastecidas del mundo', decía Vásquez de Espinoza; y del mayor de los mercados, que se hacía en la plaza Mayor, decía López de Velasco que 'caben cien mil personas y está todo cercado de portales con lugares señalados para cada oficio y suerte de mercadería, de que hay grande diversidad, y mucha menudencia'" (Romero, 1999: 97). Con este mercado, que recibía de primera mano todos los productos provenientes del galeón de Manila y los artículos europeos que iban a ser comercializados en Asia enviados desde el puerto de Sevilla, la Ciudad de México se consolidó en pocos años como el principal centro de intercambio comercial del sistema mercantilista vigente entre los siglos XVII y XIX.

Pero de igual manera, este importante mercado recogía muestras de la impresionante riqueza cultural de las distintas regiones del virreinato y otras zonas del Caribe y el continente americano, permitiendo la visibilización de todo un mosaico representativo de las sociedades mesoamericanas y propiciando en él la confluencia de objetos, personas y símbolos de muy diversas procedencias: "…el Imperio Tarasco había organizado una compleja división técnica del trabajo artesanal (…): el cuero se trabajaba en Nahuatzen, en los pueblos de la sierra el algodón, los del lago hacían esteras de junquillo y Tzintzuntzan alfarería. El intercambio comercial, en el que las artesanías eran trocadas junto con frutas y verduras, fue muy intenso. Los mercados impresionaron fuertemente a los españoles por su tamaño y actividad" (García Canclini, 1994: 110-111). Los antiguos mercados indígenas se fusionaron, de este modo, con la intensa actividad comercial del mercantilismo global predominante en aquellos tiempos.

La tradición del "*tianguis*" o mercado callejero continuó firmemente arraigada en el Centro Histórico, pese a la desaparición del *Parián* y las múltiples transformaciones que el territorio mexicano y la propia ciudad capital debieron afrontar en el curso de los siglos subsiguientes. El desmesurado crecimiento demográfico del "DF" da cuenta también de la escala y las dimensiones que ha cobrado el fenómeno del comercio informal en las calles de la capital mexicana:

> "Agosto 27 de 2006. *Estamos aquí en Ciudad de México, iniciando este registro oral, puesto que ya hemos algunas filmaciones y hemos tomado muchísimas fotos sobre lo que es el comercio ambulante aquí en el DF, que definitivamente no puede calificarse de otro modo que de 'descomunal'. Es impresionante la cantidad de comercio callejero que podemos encontrar en todas*

[28] Es preciso recordar que, para aquel entonces, Filipinas era una provincia del virreinato de la Nueva España.

partes; fuera de la Plaza del Zócalo*, que es la Plaza Mayor, las calles están absolutamente abarrotadas de vendedores informales, a un lado y otro de la plaza, circundando y penetrando todas las esquinas. Existe todo un fenómeno de la economía informal, herencia de la sociedad indígena. Es decir, lo que hizo la traza cuadrada de los españoles fue simplemente superponer una lógica de ciudad a otra lógica de ciudad, que en un espacio de veinticinco millones de habitantes es una manifestación impresionante de esa espontaneidad de la economía que interactúa directamente con el peatón, con el paseante, en todos los lugares de la ciudad y del Centro. Desconozco las iniciativas y los programas que la Municipalidad tiene con respecto a este fenómeno, y si los tiene no han sido muy eficaces, porque en todas partes se puede ver lo que es el comercio callejero bajo todas sus manifestaciones: comida, zapatos, ropa, vestuario, accesorios, libros, es decir, todo lo que tú te puedas imaginar lo puedes encontrar en los distintos mercados que abarrotan el Centro Histórico. Cada calle es un mercado; por eso me decía alguna de las vendedoras que no hay un nombre de mercado específico, sino que en cada calle hay un tipo de mercado, un tipo de comercio distinto. El nombre de los mercados corresponde al mismo nombre de las calles; eso es suficientemente elocuente, es como si se hubieran apropiado a tal punto de las calles que hasta el nombre es el mismo para la calle y para el ejercicio del comercio. Así que no se puede clasificar ni categorizar el comercio informal de una manera específica, sino que es cada una de las calles la que le da el nombre a cada sector* [(Photos 102-104)]" (Cuaderno de terreno).

El comercio informal callejero está tan establecido que de poco o nada sirven las esporádicas medidas policivas para liberar los espacios públicos de vendedores, los cuales regresan a los pocos minutos de haber sido desalojados para ocupar los andenes que durante mucho tiempo han colonizado, en el marco de un fenómeno complejo que involucra generaciones de comerciantes callejeros, líderes de organizaciones y asociaciones sindicales, y dinámicas sociopolíticas fuertemente arraigadas que trascienden las personalidades y han llegado a convertirse en auténticas instituciones con firme presencia y plena integración en las dinámicas urbanas (Photos 105-107). Esta situación contrasta con la designación del Centro Histórico de Ciudad de México como patrimonio cultural de la humanidad por la UNESCO en 1987 (Photo 108), lo cual obliga a la Municipalidad a adoptar medidas para controlar el fenómeno del comercio informal con miras a la preservación del patrimonio arquitectónico monumental. Sin embargo, pareciera como si la "mexicanidad", esa forma singular y exuberante de la identidad mexicana que ha configurado múltiples y variadas tácticas de resistencia sociocultural frente a las condiciones hegemónicas en las diversas etapas históricas de su conformación como uno de los núcleos identitarios más robustos de América Latina, fuera lo suficientemente consciente de su riqueza patrimonial y al mismo tiempo buscara persistir por alguna u otra razón en la defensa silenciosa de las prácticas características de su herencia indígena y su tradición popular.

Al cabo de mi indagación por los distintos rincones de la capital mexicana, decidí enfocar mi atención en el caso que más se asemejaba a la situación sociocultural observada en el sector de San Victorino: el "barrio bravo" de Tepito. Debido a una serie de elementos comunes relacionados con la problemática central de este trabajo, comprendí que valdría la pena apreciar con mayor profundidad la historia y las condiciones actuales que enmarcan la existencia –o, como señalarían algunos, la supervivencia- de Tepito en el contexto urbano de la capital mexicana en el siglo XXI:

> "Agosto 27 de 2006. *En estos momentos estamos en la zona de Tepito, frente al mercado de* Granaditas*, que es lo más parecido a lo que eran las Galerías Antonio Nariño. Todo el comercio ambulante en la zona de Tepito se congrega alrededor de lo que ellos mismos denominan 'la zapatería más grande del mundo', un Centro Comercial de gran envergadura que sólo está dedicado a la venta de zapatos, y es uno de los nodos, una de las centralidades fuertes en materia de comercio informal en el sector* [(Photos 109 et 110)]. *Es un comercio ya formal, pero de todos modos hace parte de toda esta lógica del comercio popular, del comercio ambulante, de la 'economía popular', la economía de las clases menos favorecidas. El mercado de Tepito es uno de los mercados más importantes de todo el sector, pero desde los puestos de revistas, que es lo más aceptado en todo el mundo, hasta la oferta de artículos de contrabando en todas las esquinas, la venta en los semáforos, los emboladores o 'boleadores', los vendedores de 'tepaches' (este refresco como de panela), en fin, todas las modalidades de comercio callejero, se encuentran en todos los rincones de la ciudad. Sin embargo, el sector de Tepito es especialmente importante, es una zona con un alto nivel de comercio callejero, y fundamentalmente lo que se vende en las calles es ropa, zapatos, chucherías, más que todo* [(Photos 111 et 112)]" (Cuaderno de terreno).

Pero no es sólo la intensa actividad del comercio informal la que caracteriza al sector y la hace similar a la situación vivida en el sector de San Victorino en Bogotá, sino otra serie de elementos que permiten plantear una serie de interesantes analogías: en primer lugar, la conjunción entre el comercio informal que se estableció históricamente en el sector y una dinámica más amplia de economía informal y marginalidad vinculada a redes expandidas a nivel nacional e, incluso, global; su ubicación geográfica en los bordes del Centro Histórico de la ciudad, con una vialidad que divide tajantemente el núcleo central de este comercio y el sector de principal interés patrimonial; el establecimiento de una aglomeración creada a partir de un núcleo central que se fue irrigando progresivamente a las calles y zonas aledañas; la existencia de un "mundo de lo popular", creado a partir de una condición de subalternidad en esta zona de la ciudad con respecto a los lugares de mayor protagonismo social y urbano; la construcción de unas señas de identidad bastante arraigadas a la historia del

sector, al espacio urbano que es ocupado por el escenario de la actividad comercial y a las personas que han hecho parte integrante de este universo social durante varias generaciones.

Con el paso de los días pude identificar algunas personas que me ayudarían a conocer de mejor manera el complejo y abigarrado mundo del "barrio bravo":

> "Septiembre 4 de 2006. *Acabo de estar con Alfonso Hernández, director del Centro de Estudios Tepiteños, en el local de Granaditas 56, entre Aztecas y Florida, es decir, justo en el corazón de Tepito* [(Photos 113 et 114)]. *Alfonso es una persona que conoce bien las dinámicas existentes en Tepito a todo nivel, y me comentaba toda la situación del comercio informal en el Centro de la Ciudad de México. No quiso que lo grabara, por lo cual hago el reporte de lo que conforme a mi memoria reciente puedo registrar.*
>
> *"Alfonso comentaba que había dos ubicaciones fundamentales de los vendedores y que son al mismo tiempo las divisiones existentes en materia de planeación urbana en el Centro del 'DF': uno, el que queda en el perímetro A, es decir, el Centro Histórico como tal, y Tepito, ubicado en el perímetro B, es decir, en el perímetro externo del Centro Histórico, esto es, en las márgenes del Centro* [(Photos 115 et 116)]. *Es algo así como lo que podemos encontrar en Bogotá con respecto a San Victorino, que es el equivalente a Tepito. Es el lugar donde se encuentra de todo, donde se vende de todo: desde artículos de primera necesidad, pasando por camisas, zapatos, películas piratas, baratijas, hasta artículos de electrónica hipersofisticados: cámaras filmadoras, radios para carro, pantallas gigantes de televisores, todo lo que uno quiera, en un complejo comercial callejero absolutamente abarrotado y que ocupa por completo todos los andenes del sector, dejando apenas el espacio para que el transeúnte pueda pasar para apreciar los productos.*
>
> *"Alfonso comentaba sobre la manera tan organizada y jerarquizada como los comerciantes han venido articulándose a través de los años en una serie de niveles que van desde lo más básico, esto es, la mera subsistencia, pasando por comerciantes que ya más o menos tienen sus casetas, hasta agremiaciones o asociaciones, es decir, conjuntos de comerciantes que ocupan una calle, una acera o una esquina, y tienen diversos grados de pertenencia al suelo. Es decir, dirigentes de asociaciones que cobran una cuota a las personas agremiadas para poder continuar con su actividad en ese sector; otros que ya no sólo se limitan a rentar el suelo y delimitarlo, sino que surten de mercancías a los comerciantes agremiados en torno a ellos, monopolizando la comercialización y distribución de la mercancía; y otros que ya a un tercer nivel no sólo se encargan de las tareas de distribución y comercialización, sino que importan y exportan productos a partir de esos centros de comercio. Otro elemento importante tiene que ver con la estrategia macroeconómica que para ellos se ha establecido en la*

ciudad de México, instalando centros comerciales e hipermercados en una periferia externa al centro de la ciudad, de manera que los viajeros urbanos no tengan que desplazarse hasta el centro para adquirir sus productos, sino que se limitan a ir a estos lugares de comercio que han generado nuevas centralidades y que quedan más cerca de los lugares de trabajo, con el fin de disminuir la afluencia de compradores al Centro Histórico, haciéndolos disminuir de este modo sus ventas para obligar al comercio informal a salir del sector. También, por supuesto, en esas zonas existe todo el interés patrimonial en torno a lo que es el Centro Histórico como Patrimonio de la Humanidad, lo cual ha conducido a la presión cada vez mayor sobre los vendedores para hacer que ellos salgan, pero obviamente las disposiciones jurídicas y normativas no han tenido efecto, como lo podemos ver en las calles, porque ellos continúan ahí, y no parece que vayan a tenerlo, debido a que en la práctica se sigue vendiendo en las calles y no hay quién los haga sacar, porque de acuerdo con Alfonso, cualquier acción represiva va a generar una reacción en cadena de todos los vendedores en contra de la fuerza pública. Así que ha sido muy difícil el empleo de la autoridad para tratar de disminuir el comercio informal; hay una gran unidad de los vendedores, lo cual ha impedido -contrariamente a otros países como es el caso de Colombia, donde las organizaciones han sido muy débiles- evitar que ellos continúen ejerciendo su trabajo callejero. Aquí sigue habiendo mucha cohesión, lo cual ha conducido a la estabilización de la economía informal callejera y al establecimiento de una mafia de comerciantes muy fuerte; como decía Alfonso, se ha 'amafiado' el sector, y han cobrado muchísima fuerza, al punto de integrarse con sectores políticos que han venido ejerciendo el control de la ciudad. Él calcula que alrededor de un 60% de los comerciantes están adscritos al PRD y un 40% al PRI, o sea que una mayoría de vendedores ambulantes está adscrito al partido de izquierda en México, lo cual se debe a que ellos tienen el control sobre el comercio de la ciudad, pues hay una prestación de servicios y de cuotas para eventos políticos, a cambio de la garantía de la permanencia en las calles. Es decir, ellos pagan unas cuotas para poder continuar en las calles y la clase política permite que esto ocurra.

"Esa es una de las principales estrategias. La otra es la atomización de las organizaciones de vendedores, agremiadas alrededor de las asociaciones civiles, que cualquiera puede hacer en una notaría con tres personas naturales que quieran agremiarse, lo cual les da una legitimidad jurídica frente a la autoridad. Entonces, las asociaciones están fraccionadas, de manera que es mucho más difícil atacarlas; si quieren atacar a una no pueden atacar a otras, tienen que dejarlas intactas, con lo cual las asociaciones no cubren una cuadra completa, ni parte de una cuadra completa, ni una calle completa, sino que algunos cubren una esquina, otros la mitad de cuadra, y otros los intermedios, de modo que no hay posibilidad de que desaparezcan completamente de un sector. Esa es otra de las estrategias que han empleado. Alfonso me hablaba de la noción de la 'economía de lo minúsculo', enunciada por una publicación del Colegio de

México, y que corresponde a esta situación manifiesta en lo jurídico. 'Antes se suponía que el pez grande se comía al chico, y ahora son los peces chicos y su multiplicidad la que se come al grande'. Esa es la concepción que se tiene en cuanto a la estrategia socialpolíticoeconómicojurídica de ocupación del espacio urbano, que remite a una estrategia territorial integral de resistencia. Alfonso me hablaba de que ellos ya han logrado colocar los anaqueles metálicos sobre los andenes, lo cual actúa en forma de 'barricadas' en caso de una asonada o un avance de la fuerza pública sobre este sector comercial [(Photo 117)].

"Alfonso me dio también algunas pistas sobre los elementos del argot popular, es decir, algunos términos o palabras que emplean los vendedores de Tepito, como la diferencia entre el 'torero' –que torea a la autoridad, la evade, pero se mantiene en un mismo sector con la venta-, y la 'cometa' –donde el vendedor ve a los policías e inmediatamente sale a volar, como es el caso de Chile, que reprime con mucha fuerza las manifestaciones del comercio callejero. En México, la autoridad prácticamente no hace presencia. Alfonso también comentaba que los vendedores sumaban aproximadamente 10.000 comerciantes en todo Tepito, agremiados en 62 asociaciones, lo cual da una idea del volumen tan grande de comerciantes existentes en la zona, tomando en cuenta que en San Victorino, los comerciantes de las Galerías ascendían a apenas 700, y unos 1.500 incluyendo a todos los empleados. En total, sumando todas las demás asociaciones, podían llegar a unos 3.500 o 4.000 a lo sumo, con lo cual se triplica en Tepito lo que se podía encontrar en el sector de San Victorino.

"Otro elemento a tomar en cuenta es que se ha constatado que el auge del comercio informal coincide con momentos de crisis económica en los países. Esto ocurre en momentos del apogeo neoliberal de los últimos años en México, lo cual ha conducido a una reducción del empleo y los ingresos, generando un estímulo a la presencia de los vendedores ambulantes en todos los sectores de la ciudad. También resulta necesario señalar que lo que se configura en el Centro Histórico es una confrontación entre el pueblo pobre mexicano, inmigrantes de pueblos y pequeñas ciudades hacia la capital, frente a los tradicionales ostentadores del comercio formal en el Centro y en general en toda la ciudad, los cuales son ante todo judíos, libaneses y españoles o descendientes de españoles que conquistaron la Nueva España.

"Septiembre 7 de 2006. *Hoy hicimos un primer recorrido por Tepito con Alfonso, una persona muy amable que me ha colaborado y orientado mucho en esta indagación. Gracias a eso, puedo llegar a la conclusión de que Tepito es, guardadas proporciones, la zona o el sector del Centro que más se puede asociar a lo que representa San Victorino para Bogotá. Esto debido a muchas características: primero, porque está y no está en el Centro, pues hace parte del Centro pero está en la margen, y responde mucho a lo que ocurre en el Centro Histórico, pues desde los inicios de la ciudad, todo lo que sucedía en el Centro*

de ciudad repercutía en Tepito, tal y como me relataba Alfonso durante la guerra de 1847 y 1848, con la invasión norteamericana a México (Él comentaba que los rangers *texanos llegaron al Centro y arrasaron con Tepito antes de ocupar Chapultepec, y que las masacres de los tepiteños fueron muy grandes, muy importantes. En ese momento, hubo descuartizamientos y torturas de muchísimos de los pobladores locales). Segundo, su condición de Centro Comercial callejero, donde se vende de todo, aunque Tepito concentra absolutamente todas las actividades del comercio informal que podemos encontrar en Bogotá. San Victorino también las tiene, pero habría que sumar San Victorino, Plaza España y los mercados de San Alejo de Bogotá para poder hacer lo que es el mercado de Tepito. Es impresionante la aglomeración urbana, y todas las cosas que se pueden encontrar allí. Existen múltiples tipos de comercio, pero una característica que también es un paralelismo con San Victorino es que se vende 'de todo', y que lo que no se encuentra allí difícilmente se puede encontrar en otro sector de la ciudad, aunque Tepito es cuatro o cinco veces más grande de lo que puede ser San Victorino, y tiene una historia y una identidad muchísimo más consolidadas.*

"Tuve la sensación de estar conociendo aquello que nunca llegué a conocer de San Victorino, es decir, una San Victorino completamente vital, viva, en pleno dinamismo y vigor, completamente activa, integrada tanto espacial como socialmente al espacio urbano. Eso realmente me dio mucha alegría, porque yo vi a San Victorino en el momento de su decadencia, de su desgracia, del arrasamiento por parte de la municipalidad, mientras que en Tepito pude asistir con gran satisfacción a la Galería José María Velasco, *que ese año cumplía 55 años de estar laborando en Tepito* [(Photo 118)]. *Alfonso me decía que es la única galería de arte que ha subsistido en un barrio popular en Ciudad de México. Eso es absolutamente digno de admirar, un gran logro y una gran labor de cohesión social, una muestra clara de pertenencia por el territorio y de solidaridad que se ha obtenido a través de esta convivencia y cohabitación permanente de los habitantes en ese espacio.*

"Tepito se fortalece mucho más por el hecho de que muchos comerciantes habitan en el mismo Tepito. Tepito es el lugar de habitación al lado del comercio callejero, pues la infraestructura interior del barrio son casas de habitación, una especie de inquilinatos, pequeños espacios de coexistencia barrial, en los cuales la gente ha habitado durante muchísimos años, y que ellos denominan 'las vecindades' [(Photo 119)]. *Y lo fundamental de eso es que desde un principio las casas también eran talleres donde se realizaban muy diversas actividades que, posteriormente, iban a ofrecerse en el comercio callejero. Es decir, zapatería, talabartería, sastrería, productos que salían a venderse en la calle. El comercio siempre ha sido en la calle, pero las casas se adecuaban también como talleres productivos, en una suerte de mediación entre la intimidad del lugar de habitación como espacio de identidad interior y la calle*

como proyección hacia el entorno urbano. Por ello, todas las actividades económicas –incluida la familiar- están prácticamente integradas en un solo lugar. Claro que también hay muchos sectores de inmigrantes; no sólo son personas que habitan allí las que ofrecen sus productos en Tepito. También vienen gentes de todos los lugares de la ciudad a ofrecer sus productos, por lo cual se replica la misma dinámica que se da en San Victorino, es decir, personas que confluyen de todas partes de la ciudad para hacer su comercio en San Victorino. Con ello, se constata que Tepito es un lugar importante de recepción de migrantes que tiene la ciudad, los cuales encuentran en el comercio su medio de subsistencia, ya sea como poseedores de un local o como empleados al interior de esos establecimientos comerciales.

"Esto que pasa en Tepito realmente son palabras mayores en términos de lo que es la vida y la actividad cultural que allí se desarrolla. Es bastante elocuente el hecho de que la Galería José María Velasco *cumpla 55 años de ser fundada, siendo la única galería de arte en un barrio popular que ha subsistido en Ciudad de México, con lo cual estamos asistiendo a un fenómeno de cultura asociada al comercio y al fenómeno económico, así como también a una actividad cultural y artística que se ha desarrollado de manera independiente y autónoma respecto de la dinámica social que de todos modos es supremamente activa en todos sus aspectos, y que paulatinamente ha ido consolidando una identidad muy fuerte, una cohesión muy grande de amistad y solidaridad entre los habitantes de la zona. La presencia simultánea de la habitación con la actividad comercial también es un factor preponderante y de gran importancia en esta construcción identitaria, que sin duda se refleja en múltiples aspectos de la vida cotidiana y en las formas como se proyecta hacia los transeúntes y consumidores.*

"Un ejemplo de ello es la gastronomía. Pudimos probar el agua de Chía, una semilla que se cultiva en territorio mexicano, una especie de fruta que se mezcla con jugo y raspadura de limón para hacer un refresco exquisito, muy agradable al paladar, y que es propio de la zona de Tepito, aunque esa semilla se consigue en el mercado de La Merced. El otro producto gastronómico muy propio del barrio es la 'miga', un plato hecho a base de miga de pan y huesos de cerdo, el espinazo del marrano, con lo cual se alimentaban obreros y comerciantes; un plato económico, un 'plato de pobres' que les daba energía para ir a trabajar, y que luego se volvió famoso y de muy buena acogida entre los comensales. Pasó de ser un plato de subsistencia a un producto de alta calidad y con bastante reconocimiento [(Photos 120 et 121)].

"Otra manifestación muy importante de la identidad tepiteña es el culto a la 'Santa Muerte'. Se sabe que el culto a los muertos en México es bastante representativo de su cultura. Pero en Tepito hay una representación bastante particular del culto a la Santa Muerte, la cual queda en la zona de Morelos, colindante con Tepito. Pude conocer el sitio, lleno de veladoras alrededor de la

imagen y en un pequeño cuarto contiguo, y a la señora que lo cuida, una señora llamada Adela, que vive justo detrás de esta imagen, en un cuarto humilde del sector, y que tiene un problema en sus piernas para caminar. Esta imagen es venerada por muchísimas personas el primer día de cada mes, y los habitantes y comerciantes acuden a ella para renovarle sus votos, con el fin de que les ayude en sus labores cotidianas. En los alrededores, la calle está colmada de ventas en donde se podían encontrar figurillas de la muerte con la hoz en una mano y la esfera terrestre en la otra, un esqueleto con su bata y su gorro que se vende en esa calle. A la calle en la cual está situada la casa donde se ubica la imagen acuden muchas 'gentes', pero todos los primeros días del mes congrega a cientos - quizá miles- de personas.

Además, Tepito se concibe a sí mismo como un 'semillero de campeones'. Es muy significativo que el símbolo del metro para la estación de Tepito sea justamente un guante de box, pues de ese barrio han salido los principales campeones del mundo mexicanos en el boxeo, por lo cual es un factor que no se puede soslayar, pues hace parte esencial de la identidad tepiteña [(Photo 122)]. *Con Alfonso estuvimos visitando el Polideportivo de Tepito, unas instalaciones de muy buena calidad que han sido construidas y renovadas con los aportes de los mismos comerciantes* [(Photo 123 et 124)].

Estas son apenas una muestra del abanico de expresiones culturales que llegan hoy en día hasta el arte urbano contemporáneo, manifiestas en la pintura, la escultura, videos, fotografías y muchas otras formas de expresión de la cultura urbana que se crean y recrean en el barrio. Esta es una identidad construida en torno a la noción barrial; de acuerdo con Alfonso, la noción de 'barrio' en México es una noción más anárquica, más desordenada, que no corresponde con las instancias de planificación de la ciudad, la cual divide su territorio político-administrativo en delegaciones y colonias. La noción de barrio es una noción identitaria mucho más de base popular y cultural, más que administrativa. Tanto así que, como una estrategia de restringir la presencia identitaria de Tepito en el contexto de la ciudad, no se le dio nombre a esa colonia como Tepito, sino como 'Ampliación Morelos', es decir, desde el Eje Vial de la Avenida del Trabajo se pasa de Morelos a Ampliación Morelos, en lugar de darle el nombre de Tepito, precisamente para no reconocer al barrio como espacio urbano de resistencia, que es como ellos mismos lo denominan, lo cual por supuesto no complace plenamente a los sucesivos gobiernos de la ciudad [(Photos 125 et 126)].

Los tepiteños son priístas *(partidarios del PRI); consideran que el PRD es populista, y desde esa lógica es mucho más oportunista. No saben manejar el poder, se han dedicado a hacer negocios aprovechando el cuarto de hora en el gobierno; así es como ha hecho unas alianzas y tomado unas decisiones poco convenientes, por lo cual consideran que no ha sido positivo, pese a lo cual se*

esgrime un discurso de izquierda que supuestamente favorece a las clases pobres. Por su parte, el PRI tiene una trayectoria mucho más amplia y representa el discurso revolucionario, pese a que sea un discurso desencajado con la realidad institucional del PRI a lo largo del siglo XX. Además, ha tenido desde hace mucho tiempo el poder, por lo cual se acomoda mucho más al vaivén político, a las circunstancias políticas imperantes. El PAN no es precisamente su alternativa, pues avalar el comercio en las calles es una situación que no va con los postulados de la derecha conservadora.

"Definitivamente, lo más lindo de esta experiencia fue la de haber podido apreciar aquello que en San Victorino ahora no es posible y es la existencia de un San Victorino vital, en pleno dinamismo, en pleno vigor, en su más completa y plena existencia dentro de la vida urbana. Tepito sigue vivo, mientras que en San Victorino sólo pude ser consciente de su decadencia, de su aliento final, bajo el sino de una Alcaldía con unos objetivos completamente contrarios a las prácticas de las personas que allí ejercieron su actividad comercial durante cuarenta años. Algo así debió haber sido San Victorino unos diez o veinte años antes de todo lo acontecido. Eso me llenó de emoción, porque pude encontrar, así fuera de manera indirecta y en otra circunstancia geográfica e histórica, aquello que San Victorino fue para Bogotá, y su influencia en la intensa dinámica urbana" (Cuaderno de terreno).

Y cada día, Tepito parece fortalecerse antes que dar muestras de reducir su influencia en el escenario económico de la ciudad y el país:

"Septiembre 15 de 2006. *Me parece importante seguir hablando de Tepito, un sector de la ciudad bastante especial, cada vez con más cariño. Cada vez me gusta más, cada vez me llama más la atención su propuesta urbanística, social, su búsqueda, su anhelo por integrarse a la ciudad de manera interesante pero al mismo tiempo autónoma, haciendo propuestas de ciudad, propuestas urbanísticas y arquitectónicas, como se puede presenciar en el Centro Comercial* Aztecas, *donde se pueden apreciar unos módulos recién construidos para hacer muestras de comercio al por mayor en el segundo piso y también comercio minorista en la planta baja* [(Photos 127-128)]. *Entonces es muy interesante ver esas facetas de Tepito: todo el contexto de la vecindad, las expresiones artísticas, las diversas e innumerables formas de comercio existentes en Tepito, la manera como ellas han ido conquistando el espacio urbano, han ido techando, han ido haciendo de ese su espacio, su lugar* [(Photos 129-130)]. *Es así como la identidad también se manifiesta a diversas escalas de lo espacial, lo cual permite dar una mirada mucho más amplia y profunda sobre lo que puede ser un concepto urbanístico en las ciudades latinoamericanas, que concilien con otros usos espaciales ejercidos por diversos actores sociales. Me parece que estamos llegando a una oportunidad para conocer y abordar este tema de una manera distinta, con alternativas reales y posibles, que puedan dar otras respuestas a*

> *las necesidades urbanas, especialmente desde la ciudadanía, desde los colectivos identitarios que se crean al interior de la ciudad, más que simplemente desde la administración pública. Una posibilidad de diálogo entre diversas posiciones y conceptos urbanísticos de ciudad. Podemos ver las posiciones divergentes en torno a la propuesta de elevación del Eje 1 Norte al 'segundo piso', como ellos dicen, por considerarlo lesivo para los intereses de la comunidad tepiteña, como uno de los puntos principales de la actual confrontación con el gobierno de la ciudad, y ellos siguen dispuestos a reclamar sus derechos y la lucha por su identidad"* (Cuaderno de terreno).

Jesús Martín-Barbero resume en buena forma el significado de la identidad tepiteña en el ámbito de su historia barrial:

> "En cierto sentido, la creatividad y originalidad de Tepito arranca en su localización: un barrio popular situado en el 'viejo centro' de la ciudad, a sólo ocho calles del Zócalo. Y amenazado desde hace años por sucesivos planes de demolición para 'sanear' el centro, sus habitantes harán de la cultura, de la explicitación del *hecho cultural* que es el barrio, su mejor arma para defenderlo y sobrevivir como comunidad. Se convierte así en un barrio que desafió los intereses financieros –según los cuales no es más que un barrio-lumpen, tapadera de contrabandistas y mafiosos- y que vive de la venta de cantidades de objetos que allí se producen con materiales y piezas de desecho, una producción que las gentes del barrio califican como 'reciclaje de la basura tecnológica'. Pero no vive sólo de eso, vive también del movimiento permanente por hacerse comunidad desde lo artístico: 'pintando sobre el muro, o sea, la pared, fuimos descubriendo por cachondez pura que varias paredes forman una vivienda y varias viviendas una vecindad, y que varias vecindades una manzana y varias manzanas forman las calles y que todo junto forma el Barrio' [Basado en manifiestos de varios autores]. Pero no un barrio circunscrito a una función, sino al menos con cuatro: vivienda, taller, depósito y tienda. O sea, '*una arquitectura para humanos', un espacio que en lugar de separar y aislar comunica e integra: la casa con la calle, la familia con la vecindad, la cultura con la vida'* [el subrayado es nuestro]" (Martín-Barbero, 2003: 277).

En la presentación de la Revista *Cultura Urbana* dedicada a Tepito, uno de los principales representantes de la vida artística y cultural del barrio se dirigió a los asistentes en la Galería *José María Velasco* con el discurso desencajado y en apariencia incoherente y sin sentido que suelen arrojar los mexicanos en sus ejercicios lingüísticos de resistencia, pero que guardan en sí mismos el sentido profundo de aquello que se quiere expresar:

"Baste recordar la época del Plan Tepito, a principios de los años 70's, del año 68. No por nada, Alfonso no lo quiso decir, pero Tepito no pertenece a la gran Tenochtitlán, sino que pertenece a Tlatelolco. Estamos a dos o tres calles de aquí del inicio de Tlatlelolco, al imperio de Tlatelolco pertenecíamos, y entonces todos esos movimientos siempre han sido de rebeldía. En la época de los 70's se decía que se iban a tirar [echar abajo] todas las vecindades, porque la Oficina de Geografía y Estadísticas del Gobierno cuando publicaron un libro cochino, mentiroso, grosero que se llamaba 'Los hijos de Sánchez', decía que no existían las vecindades. Yo estaba leyendo este texto en el suplemento de Carlos Monsiváis, que se llamaba 'México y la Cultura' de la Revista Siempre *(¿?), y no hay tal, porque esto es una vecindad! Y este güey de la Oficina de Geografía y Estadísticas decía que no existen las vecindades!! Era algo así como treinta años antes!! (Risas entre el público). Y uno estaba ahí en la época de los 60's, pintando los bazucazos, las quemas de tranvía… porque además, salían en las fotos así del mediodía, de lo que había pasado aquí en el barrio, y había gente que estaban ahí animando a los de Tepito, y efectivamente eran estudiantes, porque correspondían a la vocacional 7, ¿no? Entonces toda esa tradición de lucha, toda esa actividad de señalamiento también como que anidaba en la gente para poderse expresar, y si antes fue a través de antropólogos que hablaban de Tepito, después hubo gente del mismo barrio que comenzó a hacerlo, ¿no? Y en los años 60's había una oportunidad impresionante, que todo se origina en el movimiento del 'Arte Acá', porque en esa época habían esos líderes aguerridos, moviéndose como Alfonso Hernández, Miguel Galán, y otros que se me escapan por ahí o no alcanzo a ver, y cada uno era líder de una vecindad o de una calle, la cual se sentía amenazada porque Luis Echeverría iba a iniciar un plan para tumbar todas las vecindades, y la sospecha aquí espantosa de que hubo un problema con los judíos, y que se iban a vengar, pero no era cierto. Y entonces los líderes de Tepito comenzaron a armar Comités de Vivienda (Comisiones, que se llamaban en esa época), y había un tipo que era el director del Plan Tepito, porque sí era cierto que se iba a hacer esto, porque había un arquitecto mariscal que luego se fue a trabajar por allá en el Plan González, e hizo muchos cambios en la Ciudad de México. Bueno, por aquella época él era el director del Plan Tepito. Y entonces nos encontrábamos con algunas personas del barrio, y nos encontrábamos en una iglesia que quedaba en Costa Rica y Héroes de Granaditas. Entonces ahí había un padre, de esos de la teología de la liberación, y hablábamos con mucha gente que llegaba allí, comprometidos con la lucha de clases, y comenzaron a formarse muy pequeños grupos… ahí en el deportivo todos nos reuníamos ahí, toda una pléyade de* superstars *de la crónica deportiva, y entonces fíjate, este es el único barrio que yo he visto que crece y crece y crece: en los medios, matan un tipo allí en la Eduardo Molina, y dicen: 'eso fue en Tepito'; matan uno por allá sobre Matamoros y Reforma, y dicen: '…en Tepito mataron…', (risas) ah, ¿y porqué no dijeron Tlatelolco, porqué no dijeron la Guerrero? A huevo Tepito! Todo lo que pasa cerca en materia de crimen, dicen que fue en Tepito".*

En efecto, no se puede decir que todo es color de rosa en este agitado sector de la ciudad. Como bien hemos señalado, todo fenómeno de comercio informal conlleva situaciones de informalidad asociadas con actos delictivos y la creación de una atmósfera de ilícitos y criminalidad. Así, las múltiples expresiones de la economía informal comienzan a aparecer de forma habitual en estos sectores, relacionadas con otras modalidades como el contrabando y la ocupación no permitida de los espacios urbanos. La estigmatización y rechazo de una serie de actividades por parte de los poderes establecidos, que por otra parte son permitidos y fomentados gracias a la inoperancia institucional y la corrupción política, han sentado las bases para el fortalecimiento de redes de economía ilícita que han acumulado en México un inmenso poder. Esa realidad se hace palpable en áreas urbanas como Tepito, una zona de la ciudad históricamente atravesada por este tipo de situaciones heredadas de la dualidad social establecida en el territorio latinoamericano desde la época colonial, e incluso antes de la llegada de los españoles al subcontinente.

Las anécdotas relatadas por este personaje muestran la importancia de las reivindicaciones sociales y políticas en la historia de Tepito, las cuales han terminado por imponerse a toda posibilidad de acción urbanística hasta el momento actual, lo cual a su vez los ha hecho víctimas de una estigmatización flagrante por parte de los medios de comunicación, que tienden a asociar a Tepito con todo lo que represente negación de las condiciones hegemónicas establecidas, desorden, inconformidad con las disposiciones del poder, en una frecuente descalificación de la búsqueda de sus propias sendas para la existencia. Pero también es cierto que esta estigmatización se justifica debido a los hechos de delincuencia y criminalidad tan estrechamente asociados a Tepito desde tiempo atrás, aunque es importante comprender en este contexto las raíces históricas profundas que contribuyeron a crear esta situación en el "barrio bravo". Las distintas denominaciones que se le han dado a Tepito en los diversos medios de comunicación hablan por sí solas:

> "Centro de poder criminal incontenible, vacío de autoridad, corte de los milagros, reino de impunidad, tierra de nadie, imperio del mal, cada casa una madriguera, territorio del caos, urge un uruchurtazo, tepisaña, un polvorín, amarga y violenta realidad, sangre en Tepito, arde Tepito, corre sangre en Tepito, encostalado en Tepito, tepilocos, narcos tepiteños, imperio del fraude, tepinarcos, cartel de Tepito, puerto pirata sin salida al mar, barrio bravo, barrio bajo, fatídico barrio, arrabal impenetrable, barrio de las cinco mil almas perdidas" (Aréchiga Córdoba, 2006: 5-6).

El artículo de Ernesto Aréchiga en *Cultura Urbana* recopila algunos de esos sucesos históricos fundamentales que explican la condición marginal y el estigma social que ha recaído sobre Tepito, convirtiéndose de este modo en parte constitutiva de su identidad barrial:

> "Sin lugar a dudas, estamos frente a la leyenda negra de Tepito. La imagen más negativa del barrio se sustenta en un largo proceso de marginación derivado de una urbanización inacabada, estructura urbana que expresa espacialmente las desigualdades de la estructura social. Aunque la leyenda negra no corresponde ciento por ciento a la realidad histórica, irrumpe en ella, impone su impronta a la percepción que se tiene del barrio desde fuera y se reproduce una y otra vez de manera incansable. Hasta la fecha Tepito goza de esa mala fama y noticieros siempre a la caza de la nota sangrienta o escandalosa del día.
>
> (…) "En 1868 un decreto de expropiación arrebató a los indios de Tlatelolco y Tenochtitlán las tierras que aún conservaban como bienes de comunidad. Con base en el nuevo régimen de propiedad, a partir de la siguiente década, los barrios de La Concepción Tequipeuhcan, San Francisco Tepito y Santa Ana Atenantitech-Peralvillo, fueron incorporados al entramado urbano de la ciudad con el desarrollo de fraccionamientos, la apertura de calles, la delimitación de manzanas y terrenos. En ese espacio se erigieron las colonias de La Concepción, Violante, Díaz de León y una parte de las colonias Morelos y La Bolsa, sin respetar el Reglamento de 1875 que estipulaba que los terrenos de las colonias debían urbanizarse, antes de ser habitados, mediante la introducción de servicios de alumbrado, agua potable, drenaje, banquetas y pavimentación. Fraccionados por estas colonias sin servicios, los viejos barrios de indios fueron habitados rápidamente por gente pobre, casi siempre inmigrante y mestiza, que por necesidad buscaba viviendas de bajo costo y no muy lejanas a sus centros de trabajo.
>
> (…) "En 1901, el ingeniero Miguel Ángel de Quevedo, regidor del ayuntamiento de la ciudad, lanzó una iniciativa para construir un moderno 'bazar' para la exhibición y venta de mercancías usadas en un edificio cerrado, con servicios de agua potable y baños. El municipio se beneficiaría doblemente al cobrar impuestos a esa clase de comercio que escapaba fácilmente al control fiscal y al concentrarlo en un solo espacio, en vista de que su desagradable presencia 'afeaba' diversas calles y plazas de la ciudad. Mientras se construía el moderno edificio, el ayuntamiento determinó que todos los 'bartilleros', los comerciantes de objetos usados que se esparcían a lo largo y ancho de la ciudad, se

trasladaran a la plazuela de Tepito, frente a la parroquia de San Francisco. Desde la época colonial esta clase de comercio tenía muy mala fama pues, se pensaba, servía para la venta de objetos usados y por lo tanto era refugio de gente deshonesta y malviviente. Con el traslado del mercado del baratillo, se agregó un elemento fundamental para la conformación de la leyenda negra tepiteña y se generó ese paisaje por mucho tiempo distintivo del barrio caracterizado por el comercio en sus calles" (Ibid.: 6-7).

Es así como la historia oscura de Tepito nace vinculada a una serie de decisiones administrativas que determinarán su condición de marginalidad, desamparo y abandono en la ciudad, lo cual crea las condiciones propicias para la aparición de formas simples de criminalidad y delincuencia que, con el paso de los años, terminarán cobrando arraigo en torno a una cultura estrechamente asociada a la informalidad, la marginalidad y la discriminación social, hasta derivar en grandes redes de delincuencia organizada hoy en día vinculadas a los grandes poderes de la economía informal, expresadas en el creciente problema del narcotráfico en México, el contrabando, el comercio ilegal de armas y la trata de personas (Photos 131-132). Pero es preciso recordar que en todas estas actividades hay una decisiva presencia de representantes de las fuerzas políticas, administrativas, policiales y militares, los cuales apoyan de manera soterrada estas manifestaciones, inmersos en los círculos de una corrupción rampante que ha terminado por adueñarse del país y poner en jaque a las mismas instituciones del Estado.

En este sentido, Tepito es un barrio atrapado por las contradicciones profundas de la nación mexicana, donde se reflejan en forma clara y palpable las encrucijadas históricas, geográficas, económicas y socioculturales en medio de las cuales se ha conformado este país latinoamericano. Por ello, el caso de Tepito resulta sumamente representativo de la situación que vive México en la actualidad, pues esa condición de "zona de frontera" y "borde del centro" ha terminado por expandirse a todo el territorio del país en el marco de las dinámicas globales[29].

---

[29] Existen muchos documentos, registros audiovisuales y literatura sobre este barrio legendario de Ciudad de México. Recomendamos sólo agunos títulos que contribuyeron a orientar nuestra indagación y que consideramos relevantes para quien desee ampliar su conocimiento sobre este escenario sociocultural: Rosales Ayala, Héctor, *Tepito: ¿Barrio vivo?*, Cuernavaca, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, 1991; Pastrana, Daniela, "La capital colombiana cambia de rostro: ¿Y si Tepito fuera un parque nacional?", Noviembre 4 de 2001, en http://www.jornada.unam.mx/2001/11/04/mas-tepito.html; Aréchiga Córdoba, Ernesto, "De los miserables a los nietos de Sánchez: una brevísima historia de Tepito", en *Revista Cultura Urbana*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Año 2, Número 12, 2006; Grisales Ramirez, Natalia, "En Tepito todo se vende menos la dignidad: espacio público e informalidad económica en el Barrio Bravo", en *Revista Alteridades*, Año 13, Número 26, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2003. El artículo de Daniela Pastrana presenta una interesante comparación entre los casos de México, D.F. y Bogotá, D.C. en relación con las transformaciones urbanas de ambas ciudades ocurridas en los últimos diez años.

La más reciente amenaza a la existencia de Tepito en la actualidad es el proyecto de renovación del corredor urbano Catedral-Basílica, que intenta unir el Centro de la ciudad, y más específicamente el Zócalo, con la Basílica de Guadalupe, lo cual constituiría un corredor turístico que haría parte del proceso de recuperación patrimonial de la ciudad. Este proyecto, abanderado por grandes capitalistas como Carlos Slim, quien ha adquirido buena parte de la propiedad inmobiliaria en el Centro de ciudad, es sistemáticamente rechazado por los habitantes y comerciantes de Tepito, pues el corredor atravesaría el barrio de un lado a otro, atentando así contra su existencia como comunidad sociocultural.

REFLEXIONES FINALES SEGUNDA PARTE

Hemos visto tres casos latinoamericanos que comparten similitudes y destacan, asimismo, particularidades con respecto a lo sucedido en San Victorino: los tres constituyen "zonas de frontera" con respecto a los Centros Históricos de ciudad, en los cuales se producen segmentaciones y clasificaciones entre lo que se reconoce como patrimonio en la ciudad y aquello que está exento de esa categoría, entre aquello que hace parte de una noción de ciudadanía y de lo público de aquello que no es considerado como tal, pese a ejercerse en esos escenarios prácticas que muestran comportamientos cívicos, como es el caso de los mercados y las ventas informales.

En Quito se dio un proceso exitoso de conciliación en donde se reubica a los comerciantes informales, con el objetivo claro de acceder a los privilegios que otorga el reconocimiento del Centro Histórico como Patrimonio de la Humanidad por un organismo supranacional como la UNESCO. En este caso, resultó fundamental la apropiada gestión del proceso y una voluntad política proclive al diálogo y la negociación, aún cuando las soluciones otorgadas no cubrieron al conjunto de la población. Esto permite reflexionar sobre las dificultades inherentes a la posibilidad de generar proyectos plenamente incluyentes en un contexto nacional y global marcado por las asimetrías en la distribución de los ingresos económicos y los insumos simbólicos que circulan en el ámbito planetario.

El caso de Lima resultó ser un proceso marcado también por el carácter de una administración que no tuvo reparos en generar un proceso forzoso de desplazamiento intraurbano, el cual fue abiertamente rechazado por la población afectada y condenado por la ciudadanía, impulsado por los propios organismos internacionales que, a través de la designación del Centro Histórico de Lima como Patrimonio de la Humanidad, presionaron a la administración para obtener resultados eficaces con el fin de cumplir con el lleno de los requisitos para alcanzar tal reconocimiento.

El caso de Tepito, en ciudad de México, es reconocido como una reivindicación de la identidad barrial, aún en medio de una difícil situación de orden social que ha tendido a excluirlos de la ciudad, y más específicamente del Centro Histórico de la misma, como parte de su historia y de su patrimonio. Es significativo que, a pesar de sus fuertes rasgos identitarios, aún se siga queriendo borrar su historia y su memoria por el sólo hecho de no compartir las representaciones socioculturales hegemónicas en el contexto urbano. Es evidente que ellos no son los únicos responsables de la situación de marginalidad, violencia y criminalidad que los aqueja, pero aún así, la estigmatización recae sin distinciones sobre todos los usuarios y habitantes frecuentes de este escenario particular de la gran capital, lo cual termina por hacerlos ver como una mácula indeseable que en algún momento debe borrarse para siempre de la fisonomía urbana.

Los tres Centros Históricos tienen en común su designación como Patrimonio de la Humanidad, pero en un contexto completamente diferente de coexistencia con los fenómenos sociales de informalidad y marginalidad urbanas. Las "zonas de frontera" fueron creadas también de diversa forma, unos integrándolos al espacio mismo del Centro Histórico, como es el caso de Quito, y otros arrojándolos al borde mismo del sector patrimonial, a través de acciones sistemáticas de desalojo o de zonificación perimetral de los espacios urbanos configurada con el paso del tiempo.

Vemos cómo en cada uno de los casos el factor de las características de la administración urbana y la cultura política juegan un papel fundamental. Un contexto político marcado por la corrupción favorece la aparición y subsistencia de la economía informal y las situaciones de marginalidad social, mientras las alternativas tecnocráticas resultan ser más proclives a la generación de exclusiones socioculturales en los espacios intervenidos. En ambos casos, el efecto de poder juega un papel decisivo para establecer mecanismos de control y dispositivos disciplinarios en el espacio y la sociedad urbanas, aunque de maneras diferentes. En el uno se produce una coexistencia con la informalidad, mientras en el otro hay una voluntad de distinción que da lugar a divisiones clasificatorias.

Además, se encuentra el factor identitario ligado a las tres manifestaciones, pues se presenta una confrontación entre los patrones civilizados de la hegemonía occidental y los rasgos socioculturales locales de referencia. Como ocurre con los vínculos económicos y políticos, lo que se produce en las "zonas de frontera" sociocultural es una imbricación o hibridación en los escenarios de encuentro y negociación que allí ocurren, razón por la cual las variables idealizadas de lo público y el patrimonio nunca llegan a gozar de una existencia plena en el plano de la realidad urbana.

CONCLUSIONES

Las conclusiones a las que conduce este análisis son de dos tipos: las primeras son de tipo empírico, en términos de la presencia persistente de un conjunto de condiciones estructurales en el "espacio latinoamericano" que datan de los primeros tiempos de la época colonial, relacionados con la existencia de una hegemonía que dio lugar a fenómenos de informalidad y marginalidad expresados en el espacio de las ciudades, en tanto escenarios privilegiados de la presencia de Occidente en América. La continuidad histórica de esta situación de dominación ha dado lugar a la existencia de nuevas modalidades de organización de las sociedades urbanas conforme a las transformaciones históricas presentadas en el contexto global. Las recientes disposiciones de ese contexto hegemónico han conducido a reconfiguraciones de la fisonomía urbana en diversas ciudades latinoamericanas y del mundo, relacionadas con la generación de escenarios para el consumo económico y cultural, en el cual están involucrados habitantes y visitantes urbanos, empresarios y políticos, tecnócratas y personas del común, en suma, una multiplicidad de actores con intereses diversos.

No obstante, la persistencia de situaciones de informalidad y marginalidad relacionadas con la existencia de estos factores históricos predominantes, causantes de la pobreza y la desigualdad social vivida en América Latina desde hace siglos, han dado lugar a ciudades que distan de su ideal, pues a la metrópoli construida y planificada se superponen las distorsiones de la ciudad espontánea y vivida por los representantes de la "divergencia social". Aún así, lo que resulta necesario destacar es que calificar a estas situaciones de "divergencia" conduce a un juicio de valor que termina por desconocer la validez de su existencia social y cultural.

Por una parte, los vendedores ambulantes han terminado por adquirir, con el paso del tiempo, una serie de prácticas culturales que los hacen reconocibles como un conglomerado social urbano que ha expandido su presencia en cada vez más ciudades del mundo, incluso hasta en las más desarrolladas, pues el fenómeno de la informalidad y la anomia social ha terminado por afectar a sectores cada vez más amplios de la sociedad global. Además, su persistencia histórica en metrópolis como las de Latinoamérica les han conferido ya una serie de rasgos de identidad y legitimidad cultural, haciendo parte integrante del fenómeno urbano.

Esta característica se remonta, incluso, a una situación vivida incluso en tiempos anteriores a la presencia de los europeos en Latinoamérica. El tema del *tianguis*, *tianguez* o *tiangues* como elemento en común de todas las anteriores experiencias analizadas nos hace reflexionar sobre su valor patrimonial, pero paradójicamente lo que encontramos es la sistemática voluntad de excluirlo bajo la forma espontánea del patrimonio vivo, y su manipulación para rescatarlo bajo la forma de un artificio estético y una modalidad reinventada de identidad: "En nombre del

patrimonio cultural la venta callejera se criminaliza (…) mientras se recupera el *tianguez* en las fiestas organizadas para reconstruir el mito [de la ciudad] como centro de intercambio y lugar de encuentro que prefigura su vocación contemporánea, esa vocación tallada en las piedras como espíritu trascendente" (Salgado, op. cit.: 23).

La segunda serie de conclusiones son de tipo analítico, y conducen a una serie de consideraciones en términos del propio quehacer antropológico. Es evidente que esta reflexión pone en cuestión las concepciones sobre las dinámicas entre "identidad" y "alteridad". El tema del "otro" ha sido una constante en la historia de la antropología social, al punto que el "otro" se ha convertido en una representación dominante. Se habla de

> "…la esquemática cuestión del 'otro', que sitúa el *ser* (el sí mismo, el ser alguien) como punto de referencia y como *locus* de enunciación que postula la otredad. Kusch sitúa el *ser* (ser alguien, el ser que define el 'otro' (bárbaro, salvaje, iletrado, etc.) no-europeo) en el contexto de la modernidad, en ese período precisamente cuya gestación coincide con la colonización del Nuevo Mundo y, más aún, con la ubicación de una parte del planeta (igual en edad que todas las otras) como 'nueva'" (Mignolo, 2000: 35).

Debido a esta concepción moderna y eurocéntrica de la dicotomía identidad/alteridad, se piensa que esta relación debe plantearse en otros términos. Este tema ha sido ya planteado por varias corrientes de la antropología actual, especialmente desde los estudios culturales y el pensamiento poscolonial: "En general, las teorías de la identidad 'han fallado en abrir un espacio anti o incluso contra-modernidad [...] son en última instancia incapaces de contestar las formaciones del poder modernas en su nivel más profundo porque permanecen dentro de las formas estratégicas de la lógica moderna' (Grossberg, 1996: 93). A la lógica que transforma la identidad en relaciones de diferencia, Grossberg opone la lógica de la otredad, de la productividad y la espacialidad" (Escobar, 2005: 201). Con esto se constata que el problema real reside en que se actúa dentro de la modernidad, y por ende se deben buscar alternativas a las lecturas de la identidad por fuera de estos esquemas instaurados por la modernidad desde tiempo atrás.

Concebir la cultura como relación implica comprender las dinámicas socioculturales como un proceso en constitución, que produce transformaciones en los elementos, antes que garantizar su continuidad y su presencia inmanente. La cultura no puede concebirse como se concibe la propiedad o la ley, en términos de "lo propio" y "lo ajeno", aquello que es mío frente a lo que es tuyo, aquello que "es" frente a lo que "no es". Por ello, la cultura no tiene que ver con la política, sino en la medida en que los actores sociales se apropian de ella para satisfacer una

voluntad de poder, o porque ven reflejada en ella unas determinadas representaciones del poder. Es por ello que la historia cultural se ha visto permeada por la política, pero también es cierto que la cultura puede llegar a existir en un entorno no-político, en un escenario donde las divisiones y la dicotomía que generan las clasificaciones y las jerarquías simbólicas se transformen en un espacio de relación e intercambio, de integración y no de separación de los pueblos y las comunidades, como ha sido el carácter de la operación cultural hegemónica llevada a cabo por el imperialismo moderno: "En términos generales, puede decirse que los modelos locales de cultura constituyen ensamblajes de significados-usos que, aunque existen en contextos mayores de poder, no pueden ser reducidos a construcciones modernas, ni considerados al margen de alguna referencia a la cultura local y a los efectos territoriales y de frontera" (Ibid.: 171).

La concepción de la cultura en el ámbito de las zonas de frontera conduce a la concepción de la identidad en el contexto de la intersubjetividad. La intersubjetividad se propone como una fuente de solución para la crisis de la alteridad, pues plantea la existencia de una multiplicidad de "otros" que se integran e intercomunican. Las múltiples identidades y los cruces complejos entre subjetividades identitarias diversas dan lugar a la creación de "identidades heterotrópicas", construidas en torno a una noción de "integralidad": identidades creadas a partir de fragmentos que se integran (a) y se desintegran (de) un conglomerado sociocultural establecido en torno a un "atractor", reflejando la doble vía en la acción de integración, que es matizada, gradual, no radical. Estos conglomerados representan una totalidad, un fragmento hecho de fragmentos, un fractal de fractales, pues construyen una realidad socioespacial a partir de filamentos y fragmentos dispersos, pero más o menos organizados y guardando el principio de una cierta coherencia en su articulación.

Al hablar de la modernidad como producto de la civilización "occidental", se debe hacer referencia a una herencia de la humanidad, a la gran conquista de la especie humana de la cual todos somos partícipes, y que debería ser un patrimonio para el bienestar de todos, y no sólo de unos pocos, obnubilados por la ambición de una pretensión ideológica: "[desde] el discurso de ciudadanía patrimonial (…) es posible leer el Patrimonio como dispositivo de disciplinamiento social, incorporado al sentido común, junto a la noción de ciudadanía como cultura cívica" (Salgado, op. cit.: 15). *Esto ha llegado a consumar una alianza entre el patrimonio y el espacio público liberal como discurso ideológico dominante que se difunde bajo el manto ético de la ciudadanía y la utopía democrática*:

> "Invisibilizadas por la narración del Patrimonio Cultural y las nociones de ciudadanía que ésta porta, hay contradicciones, exclusiones, represiones y violencia, no sólo a nivel simbólico, sino también físico, concreto. Detrás de esto está el esfuerzo por desenmascarar los

> discursos de verdad a partir de su inscripción en relaciones de poder y de fuerza. Para ello es necesario invertir los referentes discursivos de narrativas históricas que se basan en la legitimidad de una racionalidad fundamental, ligada al orden, el bien, la justicia y la paz (el Patrimonio y la ciudadanía cívica), en oposición a la irracionalidad que ocupa el territorio del azar, la violencia, el error (la marginalidad, el caos de la venta ambulante, la suciedad). Desde esta inversión es posible descifrar la verdad (sobre la que se asienta el discurso del Patrimonio) y denunciarla como una ilusión, mostrarla como un arma desplegada desde una relación de fuerza que acentúa las disimetrías profundamente excluyentes que atraviesan el cuerpo social de la ciudad" (Ibid.: 15).

No obstante, este discurso termina por ser bastante radical, reivindicativo, y tiende a negar los esfuerzos de las administraciones urbanas por mejorar las condiciones y la calidad de vida de los habitantes urbanos. Es difícil generar políticas de la conciliación en contextos poblacionales de tan alta complejidad, y eso hace que con frecuencia, en el lugar por excelencia de la ciudadanía, la democracia termine siendo traicionada.

Por ello, el mensaje central para este trabajo en el marco de la antropología urbana tiene que ver, como lo sugiere Marc Augé al final de su libro "Hacia una antropología de los mundos contemporáneos":

> "Pedir a los urbanistas y arquitectos permanecer fieles a la historia de todos y hacer posible la de cada uno, es pedirles reconstruir los espacios donde puedan conjugarse el sentido del lugar y la libertad –demanda muy literalmente, y es un colmo, utópica y de la cual los arquitectos y los urbanistas no serían los únicos destinatarios, pero demanda legitimada por los efectos críticos que es susceptible de inducir: en nombre del sentido social, es decir, de las relaciones simbolizadas e instituidas que somos o no capaces de establecer con los otros y con nosotros mismos, estamos en derecho y en situación de juzgar los proyectos de bienestar que nos proponen todos aquellos que son, en una medida variable, responsables de nuestro espacio, de nuestro tiempo, de nuestra vida" (Augé, 1994: 174-175).

Esta resulta ser una sugerencia respetuosa, que considera el trabajo de los arquitectos, los gestores y planificadores urbanos, pues las opiniones sobre el "deber ser" de la ciudad son encontrados y adquieren multiplicidad de interpretaciones. Pero también, alertan sobre la responsabilidad de los antropólogos y los científicos sociales en aportar de manera sustancial a los debates en el marco de la planificación y gestión urbanas, contribuyendo a generar un

diálogo constructivo que permita proponer soluciones socioespaciales urbanas satisfactorias.

El vértice emergente en esta ecuación debe incluir a la sociedad. De lo contrario, será siempre un cuadro con un vértice imaginario, aparente, irreal. Esto hace que el peso se incline hacia uno de los costados, en una solución asimétrica. El desequilibrio generado por un discurso ilusorio de lo público –ilusorio por no haber respetado la concertación política y el debate democrático para dar salida al debate entre el derecho al trabajo y el derecho al espacio ciudadano- y el artificio de lo patrimonial ha conducido a soluciones unitarias y arbitrarias, hegemónicas y homogéneas, alejadas de la realidad vivida, recargando el vértice de la sociedad hacia Occidente, el lugar donde la luz se oculta (Photo 133).

Es preciso incluir a la sociedad en la realidad de la geometría urbana, así como en los cuadrantes de la gran historia nacional y mundial. Pese a la profundización de las asimetrías en el conjunto de la sociedad global, considero que este propósito todavía es alcanzable. Hoy, al terminar esta versión del relato, retomo las palabras de Romain Rolland: "pesimismo de la razón y optimismo de la voluntad". El cuarto vértice de este espaciotiempo se sitúa en los lugares de la utopía, "en el infinito y más allá" (Photo 134)…

GLOSARIO

Aguador(a): aguatero(a).
Aguatera: mujer que transportaba el agua desde las pilas hacia las casas en la época colonial.
Alameda: paseo urbano.
Anticuchero(a): persona que vende *anticuchos*.
Anticucho: plato popular de la gastronomía peruana, hecho a base de una carne remojada en ají y ensartada en un palillo, que suele venderse en los puestos callejeros.
Atanor: cañería, tubo de barro cocido que servía para conducir el agua en tiempos antiguos.
Basuco: droga alucinógena hecha con los residuos del procesamiento de la pasta de coca. Es muy frecuentada entre las clases más bajas de la población consumidora de estupefacientes.
Berraco(a): 1. Persona emprendedora.
2. Persona de carácter difícil.
Boleador: en México, embolador de zapatos.
Borugo: roedor altoandino endémico de Colombia, Venezuela y Ecuador.
Cachaco: denominación para los bogotanos de alta alcurnia en tiempos antiguos. Solían oponerse a "los de ruana", pertenecientes a la población indígena y

campesina. También suele decírsele así, de forma más genérica, a los nacidos en Bogotá.
Cacho: pedazo de un billete de lotería.
Cafre: tráfuga, persona de malas intenciones.
Cafuche: Saíno. Animal paquidérmico de América meridional similar a un jabalí.
Camellón: terraplén que sirve como vía para vehículos.
Cancha: especie de haba peruana.
Casaca: en Perú, "chaqueta".
Champús: bebida muy común en el Perú, Ecuador y sudoeste de Colombia hecha a base de frutas y especias.
Champucero(a): persona que vende champús.
Chancaca: "panela", azúcar cruda con un alto contenido de melaza cortada en bloques.
Chancaquita: galleta de chancaca mezclada con coco y nueces, tradicional del Perú.
Chicha: bebida alcohólica propia del altiplano cundiboyacense, hecha a base del fermento del maíz.
Chichería: establecimientos en donde se vendía chicha, lugares de reunión de los indígenas y campesinos en las ciudades y pueblos del altiplano cundiboyacense y otras regiones colombianas hasta mediados del siglo XX.
Chino: muchacho, joven.
Chirimoya: variedad de fruta tropical de color verde, pulpa blanca y pepas negras con un sabor agradable.
Choncholí: "chunchullo" en el argot peruano. Menudencias de res asadas a la parrilla.
Churro: rosquilla de harina con azúcar frita en aceite.
Chusma: nombre despectivo que solían darle las familias más prestantes de Bogotá a las clases populares. Este nombre también se le dio a los grupos guerrilleros desde el momento de su conformación.
Chusque: planta gramínea, especie de bambú, de gran altura, con el tallo nudoso y las hojas estrechas.
Cocinol: combustible doméstico similar a la gasolina, pero de más bajo precio, por lo cual fue vendido entre las clases populares y luego prohibido debido a los riesgos de su empleo residencial.
Corraleja: corral circular en donde suelen hacerse corridas de toros.
Corrientazo: nombre para designar un almuerzo "corriente", que consta de sopa, *seco* (una carne, arroz, un tubérculo y verduras) y jugo. Es el plato más común y económico de la comida colombiana, se sirve en diversos restaurantes a distintos precios y en distintas variedades, razón por la cual es la base de la alimentación de la mayoría de los colombianos.
Corrosca: sombrero de paja que usan los campesinos para protegerse del sol.
Despelote: desorden, situación caótica.
Emoliente: bebida popular del Perú.

Emolientero(a): persona que vende emoliente.
Encostalado: cadáver, persona metida en un costal luego de haber sido asesinada.
Fritanga: plato típico colombiano muy apetecido hecho a base de frituras de diversos tipos (carnes, embutidos y tubérculos como la papa y la yuca) que se sirven revueltos en un mismo plato o canasta.
Fritanguería: lugar donde venden fritanga.
Fulano, zutano: expresión empleada para referirse a una persona cualquiera.
Gabela: provecho, ventaja.
Gamín: Expresión empleada para designar a los niños habitantes de la calle en Bogotá.
Gasfitero: en Perú, persona que repara tuberías de gas o agua.
Gramilla: fruta parecida a la granada.
Guarapo: Bebida que hacen los campesinos en regiones como Boyacá y Santander, hecha a base del fermento de la piña o de la caña de azúcar.
Guato: especie de pájaro migratorio.
Güey: en México, "tipo", persona.
Jipa: sombrero de paja.
Jirón: en Perú, camino peatonal.
Jora: especie de maíz peruano con el que se elabora la famosa "chicha de jora".
Madrugón: actividad comercial del mercado mayorista de San Victorino consistente en vender productos al por mayor y al detal a bajos precios a primeras horas de la mañana. Esta práctica y su denominación han sido retomados por otros escenarios comerciales populares en Bogotá y Colombia.
Manear: acción consistente en vender artículos en la calle colgándoselos de las manos y los brazos.
Manero: vendedor ambulante que ofrece sus productos colgándoselos de las manos y los brazos.
Marimbero(a): de "marimba" (marihuana).
Mazamorra (o "mazamorra chiquita"): bebida a base de leche y panela muy apetecida, especialmente para los desayunos, entre los sectores campesinos y populares.
Mazamorrero(a): persona que vende mazamorra.
Melcocha: confitura popular de elaboración artesanal hecho a base de caramelo y mantequilla fundida.
Minitejo: variedad del tejo que se juega en canchas más pequeñas.
Mogolla: especie de pan moreno hecho de salvado.
Múcura: vasija de barro que se utiliza para almacenar el agua.
Narco: traficante de drogas.
Ñajú: planta peruana de frutos comestibles empleada en la preparación del zanguito de ñajú.
Pelao, pelado:
1. Muchacho, joven.
2. Sin dinero.
3. Lugar vacío, sin gente.

Perico: 1. Café con leche.
2. Cocaína.

Picantera: mujer en países como Perú y Ecuador que vendía en la calle platos típicos caracterizados por tener un alto contenido de picante.

Picarones: "churros", en el argot peruano.

Picaronero(a): así se conoce en el Perú a la persona que vende churros en la calle.

Pipo: Así se conocía al consumidor de bóxer, marihuana y alcohol industrial, las sustancias psicoactivas más empleadas en esa época.

Polismen: de "policemen", en inglés, policía.

Poncho: especie de ruana liviana hecha de hilo grueso, usada por los campesinos durante sus jornales.

Pulpería: chichería.

Pulpero: persona que atiende o es dueña de una pulpería.

Quinua: planta que produce semillas similares al sorgo, con un alto valor nutricional. Es una de las principales bases de la alimentación en Perú y Bolivia, pues con ella se hacen todo tipo de platos, como sopas, postres y bebidas.

Rana: juego popular consistente en arrojar desde un lugar lejano unas argollas a una caja con orificios que tienen un puntaje. La caja está coronada por una rana de metal con la boca abierta. Si la persona logra insertar una argolla por el orificio de la boca de la rana, obtiene el mayor puntaje.

Ranfañote: dulce tradicional de la gastronomía peruana, hecho a base de trozos de pan bañados en miel de chancaca.

Rebuscador(a): persona que se dedica al "rebusque".

Rebusque: expresión empleada en Colombia para designar diversas actividades u oficios destinados a la supervivencia de los grupos pobres y marginados.

Repuestero(a): persona que vende repuestos de automóviles y electrodomésticos.

Ruana: vestimenta tradicional de los indígenas y campesinos del altiplano cundiboyacense y otras regiones de los Andes, hecha en lana de oveja y compuesta de una manta con un agujero en el medio para meter la cabeza.

Sabana: planicie donde está asentada la ciudad de Bogotá, que hace parte del altiplano cundiboyacense (ubicado entre los departamentos colombianos de Cundinamarca y Boyacá).

Sabanero(a): denominación dada a los habitantes de la Sabana de Bogotá.

Sortero: en Perú, persona que vende lotería.

Tacho: recogedor de basura.

Tamal: envuelto de masa de harina de maíz con diversos ingredientes como garbanzo, zanahoria y carnes de pollo y cerdo, muy común en Colombia y otros países latinoamericanos.

Tamo: residuo de la trilla del arroz o el trigo.

Tejo: juego del altiplano cundiboyacense consistente en arrojar desde un lugar lejano una pequeña bala de hierro de forma trapezoidal (tejo) a una base de madera rellena de greda con unas mechas de pólvora en el centro. Áquel que logre

reventar las mechas con la bala obtiene puntos que se acumulan hasta tener un ganador.
Tepache: en México, bebida popular refrescante hecha con panela y fermento de piña o maíz.
Tianguis o tianguez: así se le conoce a los mercados indígenas latinoamericanos en países como México y Ecuador. Esta denominación sigue en uso, aplicada a los mercados populares ubicados en las ciudades o las pequeñas poblaciones.
Tinka: así se le conoce a la lotería en el Perú.
Uruchurtazo: en México, nombre popular dado a una reforma urbana radical, como las emprendidas por el exAlcalde de la ciudad de México, Ernesto Uruchurtu, durante sus tres períodos de gobierno.
Vivandero(a): vendedor(a) de frutas y legumbres en los mercados y puestos ambulantes.
Zanguito o sanguito: famoso postre del Perú, hecha a base de harina de maíz y especias.
Zapote: fruta tropical de color verde con grandes pepas y pulpa fibrosa de color naranja, excelente para hacer bebidas.
Zorra: vehículo rústico halado por uno o más caballos, que sirve para transportar cargas pesadas.
Zorrero: persona que conduce una zorra.

ÍNDICE DE MAPAS Y FOTOGRAFÍAS

MAPAS

Tomado de: *Las plazas coloniales de Bogotá*, s.n., 1980. Documento hallado en la Biblioteca Luis Ángel Arango (Bogotá).

En este mapa es posible observar la disposición de las tres principales plazuelas de la ciudad y su relación con el trazado urbano. La plazuela de San Victorino se encuentra ubicada en la parte más occidental de la ciudad, justo a la entrada del camino a Honda.

En este croquis se puede apreciar de la manera más clara la forma de la plazuela de San Victorino con respecto a las otras plazas principales de la ciudad. La forma de la plazuela es triangular debido a la profunda hondonada que para aquel entonces creaba el río en ese sector, lo cual creaba una brecha considerable que obligaba a romper con la semirregularidad de la traza preservada en los puntos más orientales del río. Allí, la traza cuadrada se rompía, pero se sustituía por formas trapezoidales o rectangulares; en la plazuela de San Victorino, el límite del río obligaba a diseñar un trazado de tipo triangular.

- Carte 7: MAPA DE BOGOTÁ – DOMINGO ESQUIAQUI (1791).

Tomado de: MEJÍA, Germán Rodrigo. *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá 1820-1910*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 2000, pág. 35.

Presentamos aquí el primer mapa oficial de Santafé, levantado por Domingo Esquiaqui, en el cual aparecen resaltados la plazuela de San Victorino y los dos caminos que confluyen a ésta desde las afueras de la ciudad: la *Alameda Vieja* y el *Camellón* o el camino a Honda, los cuales han adquirido diversos nombres a lo largo de la historia. Para principios del siglo XIX, el camino a Honda tomó el nombre de *Alameda Nueva*, con lo cual la plazuela de San Victorino fue el punto de confluencia de las dos alamedas de la ciudad.

- Carte 8: MAPA DE BOGOTÁ – DIVISIÓN POR PARROQUIAS (1784).

Tomado de: MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá: sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Escala Ltda., 1976, pág. 52.

En este mapa se puede apreciar la división de las parroquias de Santafé, y el curso que toma el cauce del río San Francisco (Vicachá) hasta la desembocadura de la quebrada de San Agustín. La diagonal que forma a la altura de la plazuela de San Victorino se convertirá, con el tiempo, en el límite histórico de la plazuela hasta el siglo XX. En el mapa se aprecia también que la parroquia de San Victorino se ubica entre el límite del río y el límite de la ciudad, es decir, en la encrucijada entre la frontera natural y la sociocultural de la primera Santafé, confirmando la idea de que esta parroquia y sus componentes urbanísticos "estaban" y "no estaban" a la vez integrados al centro de ciudad.

- Carte 9: PUENTES DE LA BOGOTÁ ANTIGUA.

Tomado de: MEJÍA, Germán Rodrigo. *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá 1820-1910*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 2000, pág. 72.

En el mapa se resaltan los puentes sobre los ríos San Francisco y San Agustín hacia mediados del siglo XIX.

- Carte 10: MAPA DE BOGOTÁ – VICENTE TALLEDO Y RIVERA (1810)

Tomado de: MARTÍNEZ, Carlos. *Santafé: capital del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Presencia, 1997, s.p.

Este mapa, orientado de modo inusual, muestra la forma de las cuadras adyacentes al río San Francisco, y la forma que adquiere la plazuela de San Victorino al tener al río como límite natural. Asimismo, el mapa resalta notablemente el camellón de Honda, el cual parte de la plazuela de San Victorino. Otro aspecto importante del mapa es que aparece ya el puente de San Victorino, sobre el río que comunica la plazuela con el centro de la ciudad, integrándola de manera más estrecha a la zona céntrica. Este mapa data de la época del Grito de Independencia del 20 de Julio.

- Carte 11: MAPA DE BOGOTÁ – AGUSTÍN CODAZZI (1852).

Tomado de: MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá: sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Escala Ltda., 1976, pág. 113.

El mapa de Codazzi es considerado el primer mapa moderno de Bogotá. Trazado conforme a los dictados de la ingeniería de la época, Codazzi fue un geógrafo y militar italiano que llegó a América del Sur en 1817 y participó en la Comisión Corográfica de la Nueva Granada, dirigida por José Celestino Mutis. Sus mapas han retomado las técnicas de la época, dotadas de gran exactitud y precisión planimétrica. En ellos, se confirma el trazado triangular y semirregular de la plazuela de San Victorino.

Vale la pena observar la manera como la ciudad se ajustó a las sinuosidades del terreno adyacente al río San Francisco, creando una serie de manzanas de carácter irregular a todo lo largo de su trazado, incluidas las que rodean la plazuela de San Victorino. La cuadra que ocuparían los comerciantes informales y semiformales en 1964 sería la que es partida en dos por la diagonal del río, en el costado oriental de la plaza colonial/republicana.

- Carte 12: ISAAC HOLTON (1850's).

Tomado de: s.a., *Un vistazo a La Catedral, Las Nieves, San Victorino y Santa Bárbara a través de los avisos publicitarios del siglo XIX (1860-1870)*, Tesis de grado.

Mapa de Isaac Holton, confirmando la planimetría de Codazzi para San Victorino.

- Carte 13: MAPA DE BOGOTÁ – 1900.

Tomado de: CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ. *Bogotá: estructura y principales servicios públicos*. Bogotá: Cámara de Comercio, 1978, pág. 16.

Mapa de Bogotá a principios del siglo XX, que comprueba la continuidad de la estructura triangular de la Plazoleta hasta la época.

- Carte 14: MAPA DE BOGOTÁ – JULIO C. VERGARA Y VERGARA (1925).

Tomado de: s.t., *Registro Municipal*. Bogotá, 1926, pág. 136.

Este mapa muestra la Plaza de Nariño (o plaza de San Victorino hasta 1910) en momentos en que el río San Francisco es canalizado para dar paso a la Avenida Jiménez. También, puede apreciarse el proyecto de construcción de la Avenida Caracas (carrera 14). La estructura triangular de la plaza se mantendrá hasta 1948.

- Carte 15: BARRIO DE SAN VICTORINO – 1850.

Tomado de: MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá: sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Escala Ltda., 1976, pág. 76.

Detalle de San Victorino, cuando ya Santafé había adoptado el nombre de Bogotá, y la organización administrativa de la ciudad había añadido la subdivisión de barrios a la división en parroquias. La estructura triangular de la plazoleta permanecía constante. En el plano se pueden apreciar los dos puentes que servían como entrada de la plazuela de San Victorino a la ciudad: el Puente de San Victorino, terminado en 1791, y el Puente Nuevo, construido en 1830.

- Carte 16: LÍNEAS DEL TRANVÍA (1884-1910).

Tomado de: MEJÍA PAVONY, Germán Rodrigo. *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá 1820-1910*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 2000, pág. 145.
En este mapa se puede apreciar el paso del tranvía de San Diego por San Victorino, similar a la línea que se establecería entre esta plazuela y Fontibón.

FOTOGRAFÍAS

- Photo 1: VENDEDORES AMBULANTES DESALOJADOS EN SAN VICTORINO (1999).

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 2: ASPECTO DEL SECTOR DE SAN VICTORINO ANTES DE LOS DESALOJOS (1998).

Tomada de: DEFENSORÍA DEL ESPACIO PÚBLICO. CD, 1999.

- Photo 3: ASPECTO INTERIOR DE LAS GALERÍAS ANTONIO NARIÑO I (1999).

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 4: ASPECTO INTERIOR DE LAS GALERÍAS ANTONIO NARIÑO II (1999).

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 5: PLACA CONMEMORATIVA DE LA FUNDACIÓN DE LAS GALERÍAS ANTONIO NARIÑO.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 6: PANORÁMICA DE LAS GALERÍAS ANTONIO NARIÑO LUEGO DE LOS DESALOJOS DE LOS VENDEDORES AMBULANTES DE LOS ALREDEDORES (1999).

Tomada de: RAMÍREZ, Luis, en "Una empresa para renovar el D.C.", *El Espectador*, Bogotá, s.f.

- Photo 7: RETROSPECTIVA HISTÓRICA DE SAN VICTORINO – VERSIÓN OFICIAL (1998).

Tomada de: TALLER DEL ESPACIO PÚBLICO, Planeación Distrital.

- Photo 8: PROYECTO DE LA PLAZOLETA ANTONIO NARIÑO – PLANEACIÓN DISTRITAL (1998).

Tomada de: TALLER DEL ESPACIO PÚBLICO, Planeación Distrital.

- Photo 9: AEROFOTOGRAFÍA DE SAN VICTORINO, SANTA INÉS Y SAN BERNARDO (1999).

Tomada de: GERENCIA DEL PARQUE TERCER MILENIO.
En la parte baja de la foto se puede apreciar el lugar de concentración de las Galerías Antonio Nariño con respecto al área general de intervención del proyecto en el sector de San Victorino, Santa Inés y San Bernardo.

- Photo 10: PROYECTO GANADOR DE LA CONVOCATORIA PARA CONSTRUIR EL PARQUE TERCER MILENIO (1999).

Tomada de: *El Tiempo*, s.f.
En la parte izquierda, se puede apreciar el proyecto de la Plazoleta Antonio Nariño, que restituye el espacio ocupado por las Galerías Antonio Nariño desde hace 37 años.

- Photo 11: FUTURO CENTRO COMERCIAL MAYORISTA DE SAN VICTORINO.

Tomada de: CENTRO COMERCIAL MAYORISTA DE SAN VICTORINO, folleto promocional.

- Photo 12: EDIFICIO JUAN B. PÁEZ, EN LA ACTUAL PLAZOLETA ANTONIO NARIÑO.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 13: LOCALIZACIÓN DEL ANTIGUO PUENTE DE SAN VICTORINO.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 14: CAMPESINA CONDUCIENDO NARANJAS AL MERCADO DE BOGOTÁ – RAMÓN TORRES MÉNDEZ.

Tomado de: TORRES MÉNDEZ, Ramón. s.f.

- Photo 15: VENDEDORAS DE PAPAS – RAMÓN TORRES MÉNDEZ.

Tomado de: CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ. *Bogotá: estructura y principales servicios públicos*. Bogotá: Cámara de Comercio, 1978, pág. 75.

- Photo 16: POLLEROS – RAMÓN TORRES MÉNDEZ.

Tomado de: CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ. *Bogotá: estructura y principales servicios públicos*. Bogotá: Cámara de Comercio, 1978, pág. 81.

- Photo 17: GREÑAS – CHAMPÁN Y BARCO DE VAPOR.

Tomado de: MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá: sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Escala Ltda., 1976, pág. 118.
En este grabado pueden apreciarse las dos formas de transporte que más se emplearon para el transporte de mercancías y personas por el río Magdalena hasta las épocas anteriores al siglo XX: el champán, característico de la época colonial, el cual era remolcado con fuerza humana por los denominados "bogas", indígenas o afroamericanos asignados para remar por las vertientes del Magdalena; y el barco de vapor, forma de transporte empleada a partir del siglo XIX por el cauce del río.

- Photo 18: CAMINO CON TROZAS DE MADERA – EDOUARD RIOU.

Tomada de: MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá: sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Escala Ltda., 1976, pág. 118.

- Photo 19: PASO DEL SARGENTO EN EL CAMINO DE HONDA A SANTAFÉ.

Tomada de: MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá: sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Escala Ltda., 1976, pág. 101.

- Photo 20: EL CARGUERO – MAILLART.

Tomada de: MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá: sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Escala Ltda., 1976, pág. 119.

- Photo 21: PILA DE AGUA DE SAN VICTORINO – FRANÇOIS-DESIRÉ ROULIN (1824).

Tomada de: ÁLVAREZ RINCÓN, Beatriz. *François-Desiré Roulin: de La Guaira a Bogotá*. Bogotá: Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel Arango, 2003, pág. 21.

- Photo 22: *AGUATERA* – RAMÓN TORRES MÉNDEZ.

Tomada de: FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA. *Historia de Bogotá*. Bogotá: Villegas Editores, Volumen 3, 1988, pág. 28.

- Photo 23: ANTONIO NARIÑO (1765-1823).

Tomada de: *Álbum del Centenario 1810-1910*. Bogotá: Banco de la República, 1910, s.p.

NOTA A PIE DE ILUSTRACIÓN: "A este distinguido bogotano le corresponde el primer puesto entre los lidiadores de la emancipación colombiana, pues con celo infatigable trabajó en la propaganda de las ideas de libertad e independencia, consagrándose, con ardoroso entusiasmo, a buscar la libertad de su patria; en consecuencia, el movimiento revolucionario que estalló el 20 de Julio de 1810 puede considerarse como la resultante de los esfuerzos de Nariño, pues él sembró el árbol de la libertad que vino a germinar ese día y de manera tan sublime. Nariño fue el hombre más ilustre, o por lo menos de mayor mérito, que Colombia vio figurar en el teatro político de la época de la guerra magna; y en efecto, su figura descuella lujosamente entre las de los grandes hombres que entonces existieron y que formaron una constelación que brillará eternamente en la historia del mundo americano".

- Photo 24: MERCADO EN LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN (1840) – GRABADO DE ÉMILE THÉROND.

Tomada de: CASTILLO, Jairo. S.f.

- Photo 25: PLAZA DE SAN VICTORINO (1888).

Tomada de: FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA. *Historia de Bogotá*. Bogotá: Villegas Editores, Volumen 3, 1988, pág. 62.

NOTA A PIE DE GRABADO: "Coches de caballos en la Plaza de Nariño. Estos vehículos subsistieron hasta principios del siglo XX, cuando fueron reemplazados por los automóviles y el tranvía como medios de transporte más eficientes y rápidos. Sin embargo, los primeros taxis que operaron en Bogotá fueron coches de cuatro asientos tirados por un caballo". Nótese que en la plaza no existe alusión alguna a una iglesia o un símbolo patrio, lo cual quiere decir que durante todo el siglo XIX, la plaza de San Victorino mantuvo una condición bastante desligada de los grandes discursos ideológicos que luchaban por darle una orientación al proyecto nacional.

- Photo 26: ESTACIÓN DE LA SABANA (1890).

Tomada de: DEFENSORÍA DEL ESPACIO PÚBLICO. CD, 1999.

- Photo 27: TRANVÍA DE MULAS EN LA PLAZA DE BOLÍVAR (1890).

Tomada de: Estampas de Santafé y Bogotá.

- Photo 28: PLAZA DE SAN VICTORINO (1900).

Tomada de: CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ. *Bogotá: estructura y principales servicios públicos*. Bogotá: Cámara de Comercio, 1978, pág. 164.

NOTA A PIE DE FOTO: "Fue costumbre engalanar con arcos y arreglos florales la entrada por occidente a la Plaza de San Victorino. Ocurrían estos eventos en los días en que se recibían en la capital los personajes distinguidos por su elevada posición política o religiosa. La fotografía señala uno de esos sucesos en los primeros años del presente siglo".

- Photo 29: PLAZA DE MERCADO DE SANTA INÉS (1900).

Tomada de: *El Espectador*, s.f.

- Photo 30: ESTATUAS DE CRISTÓBAL COLÓN E ISABEL LA CATÓLICA EN LA ESTACIÓN DE LA SABANA.

Tomada de: FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA. *Historia de Bogotá*. Bogotá: Villegas Editores, Volumen 3, 1988, pág. 25.

Las estatuas de Colón e Isabel La Católica fueron colocadas en el camino a Fontibón con ocasión del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América en 1892, cerca al lugar donde antiguamente se encontraba la "Pila Chiquita" de San Victorino.

- Photo 31: INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DE NARIÑO EN SAN VICTORINO (1910).

Tomada de: *El Tiempo*. Bogotá: Julio 20 de 1960, pág. 6.

- Photo 32: PLAZA DE NARIÑO (1928).

Tomada de: FENALCO. "San Victorino añora su espacio público". En: *Fenalco (Bogotá)*, Mayo 13 de 1994, pág. 9.

- Photo 33: AEROFOTOGRAFÍA DE SAN VICTORINO (AÑOS 30).

Tomada de: PALACIOS, Víctor Manuel. *Intervención en la Avenida Jiménez de Quesada y Plaza de San Victorino*. Bogotá: Tesis de Grado, Universidad de los Andes, Facultad de Arquitectura, 1996, s.p.

En la presente fotografía se aprecia una vista aérea única de la Plaza de Nariño en tiempos en que aún era triangular, y no se había producido el ensanchamiento de la zona. Vemos que la Avenida Jiménez ya existe, mas no así la Avenida Caracas ni la Carrera Décima. Por lo tanto, esta aerofotografía corresponde a San Victorino durante la primera parte de la década de los 30, cuando comenzaron las obras de la Caracas, en los inicios de la Bogotá moderna y tomada durante los primeros años de la aviación en Colombia. Este documento resulta de gran importancia, si se tiene en cuenta que es un testimonio palpable y real del mantenimiento de la forma triangular de la plaza hasta aquel tiempo.

En la foto se puede apreciar, sobre la Plaza de Nariño hacia oriente (en la parte superior de la plaza en la foto), la cuadra triangular que se destruyó para dar paso a su ensanchamiento, así como el mercado cubierto de Santa Inés (a la derecha) y la

Plaza de los Mártires (en la parte inferior hacia la derecha), arborizada conforme a los dictados de la época.

- Photo 34: PANORÁMICA DE SAN VICTORINO (1948).

Tomada de: DEFENSORÍA DEL ESPACIO PÚBLICO. CD, 1999.

En esta fotografía se puede apreciar la marca dejada en el pavimento por los vestigios de la antigua plazuela triangular, y la diferencia establecida con el parqueadero de automóviles que comenzó a funcionar en la cuadra triangular ubicada al oriente de la estatua de Nariño, demolida para efectos del ensanchamiento de la plaza. Vemos, asimismo, la Avenida Jiménez completamente pavimentada.

- Photo 35: ESTATUA DE ANTONIO NARIÑO EN LOS JARDINES DEL PALACIO DE NARIÑO.

Tomada de: BEER, Paul. En: *Colombia, país de ciudades*. Bogotá: Editorial Pío X, 1960, s.p.

- Photo 36: SAN VICTORINO DESPUÉS DEL 9 DE ABRIL (17-05-1948).

Tomada de: "Reconstrucción de Bogotá". En: *El Tiempo*. Bogotá: Mayo 17 de 1948, pág. 11.

NOTA A PIE DE FOTO: "En esta otra aerofotografía se ve la Plaza de Nariño de Bogotá, donde desemboca la Avenida Jiménez de Quesada y de donde parte la Avenida de Colón, que se prolonga al Occidente a lo largo de la Avenida del Centenario. En el costado suroeste de la plaza –parte inferior de la fotografía- se aprecia el vacío que dejó la devastación al arrasar varias edificaciones antiguas donde funcionaban almacenes y depósitos de materiales diversos".

En esta foto podemos también apreciar cómo la plaza está dividida exactamente en dos "triángulos" repletos de automóviles, debido a la función de parqueadero que en aquel entonces se prestaba en el sector. Uno de los triángulos corresponde a la plazuela antigua, mientras el otro corresponde a la cuadra despejada entre 1945 y 1948 que permitió la ampliación de las áreas comunes en esta zona. Todo el espacio era propiedad de la administración de la ciudad.

- Photo 37: INUNDACIÓN DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1954 EN EL SECTOR DE SAN VICTORINO.

Tomada de: ZULUAGA, s.n., y CASASBUENAS, s.n., "Violenta inundación sufrió ayer Bogotá", en *El Tiempo*, Bogotá, Noviembre 18 de 1954, pág. 1.

NOTA A PIE DE FOTO: "El nivel de las aguas alcanzó a las 4:30 de la tarde a cubrir gran parte de los automóviles estacionados en la Avenida Jiménez de Quesada, uno de los sitios en donde la inundación adquirió caracteres más alarmantes. Los vehículos parqueados entre las carreras 4ª y 5ª estaban parcialmente cubiertos por las aguas. A las 6:30 de la tarde la Plazuela de Nariño, convertida en enorme piscina, sirve para que don Oscar Boza y uno de sus amigos colaboren en el salvamento de varias personas aisladas, con un bote provisto de remos, motor y cinturón salvavidas".

- Photo 38: SAN VICTORINO, ZONA ROJA DE BOGOTÁ (1963).

Tomada de: CAICEDO, Carlos. "San Victorino, zona roja de Bogotá". En: *El Tiempo*. Bogotá: Marzo 16 de 1963, s.p.
NOTA A PIE DE FOTO: "A la izquierda, un aspecto general de la Plaza de San Victorino donde serán concentrados los llamados vendedores ambulantes. Ya han invadido el costado sur, sobre la Calle 12. A la derecha, una de las construcciones truncas que se adelantan en el antiguo parqueadero y que han sido convertidos en basureros y muladares, como puede apreciarse en la foto".

- Photo 39: LAS GALERÍAS ANTONIO NARIÑO EN EL MOMENTO DE SU FUNDACIÓN (22-03-1964).

Tomada de: GUZMÁN. "La solución de un problema". En: *El Tiempo*. Bogotá: Marzo 22 de 1964, pág. 27.
NOTA A PIE DE FOTO: "Las Galerías Nariño (San Victorino), ya completamente terminadas, albergarán desde la Semana de Pascua a setecientos vendedores ambulantes que actualmente ocupan zonas centrales de la ciudad, constituyendo un problema que ahora ha encontrado solución. Al fondo, el modernísimo aspecto que ofrece la ciudad, en torno a la Avenida Jiménez de Quesada".

- Photo 40: CENTRO COMERCIAL *UNICENTRO*.

Tomada de:
http://www.google.com.co/imgres?imgurl=http://www.esacademic.com/pictures/eswiki/85/UnicentroB.jpg&imgrefurl=http://www.esacademic.com/dic.nsf/eswiki/916585&usg=__sRVcIOyeedMVUYuEZpk1LiUz9p8=&h=632&w=1024&sz=148&hl=es&start=0&zoom=1&tbnid=vDkYo9J513aglM:&tbnh=108&tbnw=175&prev=/images%3Fq%3Dunicentro%2Bbogota%26um%3D1%26hl%3Des%26sa%3DN%26biw%3D1362%26bih%3D589%26rlz%3D1R2SKPB_enCO357%26tbs%3Disch:1&um=1&itbs=1&iact=rc&dur=168&ei=acQsTdzNAsKqlAfamY2RDA&oei=vMMsTZTgEYSClAfLrvy8CQ&esq=6&page=1&ndsp=19&ved=1t:429,r:0,s:0&tx=71&ty=48.

- Photo 41: PANORÁMICA DE LAS GALERÍAS ANTONIO NARIÑO (1994).

Tomada de: FENALCO. "San Victorino añora su espacio público". En: *Fenalco (Bogotá)*. Mayo 13 de 1994, pág. 9.
NOTA A PIE DE FOTO: "Las imágenes hablan por sí solas. Debajo de los cientos de casetas que se adueñaron de San Victorino, alguna vez hubo un parque…".
Esto no es históricamente cierto; esta es una imagen irreal, pues nunca hubo un parque en este lugar. Esta foto -y su leyenda- es una muestra de cómo se construye la historia a partir de las necesidades ideológicas que orientan los postulados de un nuevo proyecto de ciudad a partir de las concepciones filosóficas consagradas en el marco constitucional de 1991.

- Photo 42: "MARIPOSA", ESCULTURA DE ÉDGAR NEGRET.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 43: RESTOS DE LA BASE DONDE SE ENCONTRABA LA PLACA DE FUNDACIÓN DE LAS GALERÍAS ANTONIO NARIÑO (2000).

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 44: PARQUE TERCER MILENIO – AEROFOTOMONTAJE (21-11-2001).

Tomada de: EMPRESA DE RENOVACIÓN URBANA. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2002.

- Photo 45: SAN VICTORINO EN NAVIDAD 2008.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 46: ASPECTO DEL PARQUE TERCER MILENIO (2002).

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 47: "MARIPOSA" DE NEGRET CON GRAFFITTIS.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 48: ESPEJO DE AGUA Y MARIPOSA.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 49: PROYECTO DEL CENTRO COMERCIAL MAYORISTA DE SAN VICTORINO.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 50: PUENTE DE LA CARO, LÍMITE NORTE DE BOGOTÁ.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 51: QUITO, ECUADOR – CENTRO COMERCIAL *GRANADA* I.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 52: QUITO, ECUADOR – CENTRO COMERCIAL *GRANADA* II.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 53: QUITO, ECUADOR – CENTRO COMERCIAL *GRANADA* III.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 54: QUITO, ECUADOR – DESPEJE DEL ESPACIO PÚBLICO FRENTE AL CENTRO COMERCIAL *GRANADA* I.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 55: QUITO, ECUADOR – DESPEJE DEL ESPACIO PÚBLICO FRENTE AL CENTRO COMERCIAL *GRANADA* II.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 56: QUITO, ECUADOR – *TIANGUEZ* EN LA PLAZA DE SAN FRANCISCO.

Tomada de: http://co.kalipedia.com/fotos/iglesia-san-francisco-tianguez.html?x=20080801klphishec_63.Ies.

- Photo 57: QUITO, ECUADOR - IGLESIA DE SAN FRANCISCO.

Tomada de: http://www.app.org.pe/quito1.jpg.

- Photo 58: QUITO, ECUADOR - IGLESIA DE SANTO DOMINGO.

Tomada de: http://farm2.static.flickr.com/1188/1019769924_03e6f303f0.jpg.

- Photo 59: QUITO, ECUADOR – CENTRO COMERCIAL *HERMANO MIGUEL* I.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 60: QUITO, ECUADOR – CENTRO COMERCIAL *HERMANO MIGUEL* II.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 61: QUITO, ECUADOR – ASPECTO INTERIOR DEL CENTRO COMERCIAL *HERMANO MIGUEL*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 62: QUITO, ECUADOR – CENTRO COMERCIAL *EL TEJAR*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 63: QUITO, ECUADOR – CENTRO COMERCIAL *LA MERCED*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 64: QUITO, ECUADOR – ASPECTO INTERIOR DEL CENTRO COMERCIAL *LA MERCED*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 65: QUITO, ECUADOR – CENTRO COMERCIAL *NUEVO AMANECER*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 66: QUITO, ECUADOR – ASPECTO INTERIOR DEL CENTRO COMERCIAL *NUEVO AMANECER*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 67: QUITO, ECUADOR – CENTRO COMERCIAL *IPIALES*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 68: QUITO, ECUADOR – ASPECTO INTERIOR DEL CENTRO COMERCIAL *IPIALES*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 69: QUITO, ECUADOR – ASPECTO DE UN MÓDULO DE VENTAS EN EL CENTRO COMERCIAL *GRANADA*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 70: QUITO, ECUADOR – COMERCIO INFORMAL EN LA AVENIDA PICHINCHA.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 71: QUITO, ECUADOR – FORMAS DE OCUPACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO PARA EL TURISMO I.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 72: QUITO, ECUADOR – FORMAS DE OCUPACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO PARA EL TURISMO II.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 73: LIMA, PERÚ – VENDEDORES DE ARTÍCULOS RELIGIOSOS FRENTE A LAS IGLESIAS DEL CENTRO HISTÓRICO.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 74: LIMA, PERÚ – COMERCIO INFORMAL EN LAS CALLES DEL CENTRO HISTÓRICO.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 75: LIMA, PERÚ – COMERCIO INFORMAL EN EL *JIRÓN DE LA UNIÓN*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 76: LIMA, PERÚ – ANUNCIO DE ZONA RÍGIDA.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 77: LIMA, PERÚ – CAMPO FERIAL *LAS MALVINAS*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 78: LIMA, PERÚ – CENTRO COMERCIAL *POLVOS AZULES*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 79: LIMA, PERÚ – CENTRO COMERCIAL *UNICENTRO*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 80: LIMA, PERÚ – ALAMEDA DE *LAS MALVINAS*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 81: LIMA, PERÚ – ASPECTO INTERIOR DEL CAMPO FERIAL *LAS MALVINAS*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 82: LIMA, PERÚ - CASETA DE ADMINISTRACIÓN DEL CAMPO FERIAL *LAS MALVINAS*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 83: LIMA, PERÚ – PLACA FUNDACIONAL DEL CENTRO COMERCIAL *POLVOS AZULES*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 84: LIMA, PERÚ – ASPECTO INTERIOR DEL CENTRO COMERCIAL *POLVOS AZULES* I.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 85: LIMA, PERÚ – ASPECTO INTERIOR DEL CENTRO COMERCIAL *POLVOS AZULES* II.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 86: LIMA, PERÚ – ASPECTO DE UN LOCAL EN EL CENTRO COMERCIAL *POLVOS AZULES*.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 87: LIMA, PERÚ – VENDEDOR DE CAÑA EN LAS CALLES DEL CENTRO HISTÓRICO.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 88: LIMA, PERÚ – CANTANTE DISCAPACITADO EN LAS CALLES DEL CENTRO HISTÓRICO.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 89: LIMA, PERÚ – COMERCIO INFORMAL EN LA PLAZUELA DE LA BASÍLICA DE SAN FRANCISCO I.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 90: LIMA, PERÚ – COMERCIO INFORMAL EN LA PLAZUELA DE LA BASÍLICA DE SAN FRANCISCO II.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 91: LIMA, PERÚ – COMERCIO INFORMAL EN LA PLAZUELA DE LA BASÍLICA DE SAN FRANCISCO III.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 92: LIMA, PERÚ – COMERCIO INFORMAL EN LA PLAZUELA DE LA BASÍLICA DE SAN FRANCISCO IV.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 93: LIMA, PERÚ – ASPECTO DE LAS CALLES DEL CENTRO HISTÓRICO.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 94: LIMA, PERÚ – ASPECTO DEL PASAJE PEATONAL DEL *JIRÓN DE LA UNIÓN*.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 95: LIMA, PERÚ – TURISTAS VISITANDO EL CENTRO HISTÓRICO DE LIMA.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 96: LIMA, PERÚ – ASPECTO DE UN PASAJE PEATONAL EN EL CENTRO HISTÓRICO.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 97: LIMA, PERÚ – OCUPACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO POR ESTABLECIMIENTOS FORMALES EN EL CENTRO HISTÓRICO.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 98: LIMA, PERÚ – ARTISTAS CALLEJEROS EN EL CENTRO HISTÓRICO.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 99: MÉXICO, D.F. – ASPECTO DE LA MAQUETA DEL *TIANGUIS* DE TLATELOLCO EXHIBIDA EN EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA I.
Tomada de: http://www.mexicomaxico.org/Tenoch/Tenoch3.htm.
- Photo 100: MÉXICO, D.F. – ASPECTO DE LA MAQUETA DEL *TIANGUIS* DE TLATELOLCO EXHIBIDA EN EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA II.
Tomada de: http://www.flickr.com/photos/lahernandez/1467975117/.
- Photo 101: MÉXICO, D.F. – MERCADO DEL *PARIÁN* EN EL SIGLO XVIII.
Tomada de: http://www.mexicomaxico.org/zocalo/zocalo.htm.
- Photo 102: MÉXICO, D.F. – COMERCIO INFORMAL EN LA CALLE CORREGIDORA.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 103: MÉXICO, D.F. – ASPECTOS DEL COMERCIO INFORMAL EN EL CENTRO HISTÓRICO I.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 104: MÉXICO, D.F. – ASPECTOS DEL COMERCIO INFORMAL EN EL CENTRO HISTÓRICO II.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 105: MÉXICO, D.F. – DESALOJO DE COMERCIANTES CALLEJEROS EN EL CENTRO HISTÓRICO I.
Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 106: MÉXICO, D.F. – DESALOJO DE COMERCIANTES CALLEJEROS EN EL CENTRO HISTÓRICO II.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 107: MÉXICO, D.F. – DESALOJO DE COMERCIANTES CALLEJEROS EN EL CENTRO HISTÓRICO III.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 108: MÉXICO, D.F. – DECLARATORIA DEL CENTRO HISTÓRICO COMO PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 109: MÉXICO, D.F. – TEPITO – CENTRO COMERCIAL *GRANADITAS* I.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 110: MÉXICO, D.F. – TEPITO – CENTRO COMERCIAL *GRANADITAS* II.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 111: MÉXICO, D.F. - TEPITO - ALREDEDORES DEL CENTRO COMERCIAL *GRANADITAS* I.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 112: MÉXICO, D.F. - TEPITO - ALREDEDORES DEL CENTRO COMERCIAL *GRANADITAS* II.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 113: MÉXICO, D.F. - TEPITO - ALFONSO HERNÁNDEZ EN EL CENTRO DE ESTUDIOS TEPITEÑOS.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 114: MÉXICO, D.F. - TEPITO - CENTRO DE ESTUDIOS TEPITEÑOS.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 115: MÉXICO, D.F. - TEPITO - VISTA DE TEPITO DESDE LA ENTRADA PRINCIPAL POR EL EJE 1 NORTE.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 116: MÉXICO, D.F. - TEPITO - LA FUENTE DE TEPITO, HITO URBANO QUE SEÑALA LA ENTRADA PRINCIPAL DEL SECTOR.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 117: MÉXICO, D.F. - TEPITO - ARMAZONES METÁLICOS EMPLAZADOS EN LOS ANDENES DEL EJE 1 NORTE.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 118: MÉXICO, D.F. - TEPITO - GALERÍA DE ARTE JOSÉ MARÍA VELASCO.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 119: MÉXICO, D.F. - TEPITO - ASPECTO INTERIOR DE UNA *VECINDAD*.
Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 120: MÉXICO, D.F. - TEPITO - RESTAURANTE “LA GÜERA”, DONDE NACIÓ EL PLATO HECHO A BASE DE MIGA DE PAN.

Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 121: MÉXICO, D.F. - TEPITO - COMENSALES EN EL RESTAURANTE “LA GÜERA”.

Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 122: MÉXICO, D.F. - TEPITO - NOMBRE Y LOGO DE LA ESTACIÓN DEL METRO.

Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 123: MÉXICO, D.F. - TEPITO - COMPLEJO DEPORTIVO *KID AZTECA* I.

Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 124: MÉXICO, D.F. - TEPITO - COMPLEJO DEPORTIVO *KID AZTECA* II.

Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 125: MÉXICO, D.F. - TEPITO - COMPLEJOS HABITACIONALES EN EL SECTOR DE TEPITO.

Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 126: MÉXICO, D.F. - TEPITO - COMPLEJO DEPORTIVO *MORELOS*.

Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 127: MÉXICO, D.F. - TEPITO - PABELLÓN COMERCIAL *AZTECAS*.

Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 128: MÉXICO, D.F. - TEPITO - PROYECTO DEL PABELLÓN COMERCIAL *AZTECAS*.

Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 129: MÉXICO, D.F. - TEPITO - FORMAS DE COLONIZACIÓN DEL ESPACIO URBANO POR EL COMERCIO INFORMAL.

Autor: CARBONELL, Carlos.
- Photo 130: MÉXICO, D.F. – TEPITO – PANORÁMICA DE TEPITO.

Tomada de: http://www.visitingmexico.com.mx/images/images_blog/tepito.jpg.
- Photo 131: MÉXICO, D.F. – TEPITO – ACCIONES POLICIALES EN CONTRA DEL CONTRABANDO EN TEPITO (ABRIL DE 2008).

Tomada de: http://www.correo-gto.com.mx/upload/foto/5/8/4/NACI-TEPITO.jpg.
- Photo 132: MÉXICO, D.F. – TEPITO – OPERATIVOS CONTRA EL NARCOTRÁFICO EN TEPITO (DICIEMBRE DE 2001).

Tomada de:
http://images.google.com.co/imgres?imgurl=http://i.esmas.com/image/0/000/002/125/NOMX0122_tepito3R_P.jpg&imgrefurl=http://www.esmas.com/noticierostelevisa/mexico/213907.html&usg=___TT0v5sMCPJ6idoqzNPb9LkVQrY=&h=200&w=220&sz=9&hl=es&start=14&um=1&tbnid=zHrf8AjpHawHzM:&tbnh=97&tbnw=107&prev=/images%3Fq%3Dtepito%26hl%3Des%26sa%3DX%26um%3D1.
- Photo 133: ATARDECER EN SAN VICTORINO.

Autor: CARBONELL, Carlos.

- Photo 134: LUNA BOGOTANA.

Autor: CARBONELL, Carlos.